

Memoria&Identità  
Cultural&Linguistic Heritage

---



Ambra Pinello, Assunta Polizzi (eds.)

LITERATURA, AUTORITARISMOS Y PRENSA  
LOS ARTÍCULOS LITERARIOS EN LA REVISTA BILINGÜE  
*LEGIONI E FALANGI/LEGIONES Y FALANGES (1940–1943)*

I

NARRATIVA BREVE

*Azorín, V. G. Rossi, A. Gallego Cortés, S. Ros, J. M. Sánchez Silva,  
D. Fernández Barreira, T. Borrás, A. Marqueríe, T. Yuste, E. Neville,  
G. G. Napolitano, A. Benedetti, R. Baroja, Q. Maio, I. Montanelli, O.  
Vergani, M. Ramperti, El Tebib Arrumi, A. de Vega, E. Mediano*



PALERMO  
UNIVERSITY  
PRESS

Memoria&Identità  
Cultural&Linguistic Heritage –3  
ISSN: 2532–5272

*Literatura, Autoritarismos y Prensa*  
*Los artículos literarios en la revista bilingüe*  
*Legioni e Falangi/Legiones y Falanges (1940–1943)*  
Ambra Pinello, Assunta Polizzi (eds.)

*Direttrici:* Floriana Di Gesù, Assunta Polizzi,  
Carla Prestigiacomo

*Comitato scientifico:* Mechthild Albert, Mostafa Ammadi, Enric Bou, Maria Vittoria Calvi, Anna De Fina, Arianna Di Bella, Isabel Duarte, Catalina Fuentes Rodríguez, Ángel García Galiano, Augusto Guarino, Cristopher Hart, Elena Lamberti, Ángel López García, María Matesanz del Barrio, Francisco Moreno-Fernández, Domenica Perrone, Carmen Riera, Cinzia Spinzi, Dolores Thion Soriano-Mollá

ISBN (impreso): 978–88–99934–84–2  
ISBN (online): 978–88–99934–88–0

Este volumen ha sido publicado gracias a la financiación del Dipartimento di Scienze Umanistiche de la Università di Palermo

Las obras publicadas están sometidas a un proceso de revisión de doble ciego

© Copyright 2017 New Digital Frontiers srl  
Viale delle Scienze, Edificio 16 (c/o ARCA)  
90128 Palermo

*A Bri, al suo futuro e alla nostra amicizia.*



# Índice

Presentación	11
<i>Legioni e Falangi/Legiones y Falanges</i> , el proyecto editorial italo-español	15
AMBRA PINELLO	
El espacio literario en <i>Legioni e Falangi/Legiones y Falanges</i>	23
ASSUNTA POLIZZI	
Bibliografía y Sitografía	45
Narrativa breve	51
VITTORIO GIOVANNI ROSSI	
– “Strada Indiana”	54
– “Caminos de la India”	55
– “Naso Blu”	68
– “Nariz Azul”	69
JOSÉ MARTÍNEZ RUIZ (AZORÍN)	
– “Viaje a Italia”	86
– “Viaggio in Italia”	87
– “Las nubes”	95
– “Serenidad en Bolonia”	96
– “Tragedias españolas”	100
– “Aventura en Tarragona”	104
– “Mar de Levante. Y sus pescadores”	108

ALFONSO GALLEGO CORTÉS	
– “Diario de un falangista de primera línea”	114
– Parte I	115
– Cap. I	115
– Cap. II	117
– Cap. III–IV	120
– Parte II	123
– Cap. I–III	123
– Cap. IV–VI	127
– Cap. VII	130
– Parte III	133
– Cap. I	133
– Cap. II–IV	137
– Cap. V–VII	142
<i>Un cuento mensual</i>	147
SAMUEL ROS	
– “La extraña limosna”	147
JOSÉ MARÍA SÁNCHEZ SILVA	
– “La chica del impermeable”	155
DOMINGO FERNÁNDEZ BARREIRA	
– “La pareja del trece”	163
TOMÁS BORRÁS	
– “Exemplario. Exemplo del secretario Moraleja”	168
– “El secretario moralista”	169
– “La mancha en la pintura”	178
ALFREDO MARQUERÍE	
– “Leonor, Luis y la otra”	190
OCTAVIO APARICIO LÓPEZ (TRISTÁN YUSTE)	
– “La Solana de Santiago”	196



EDGAR NEVILLE	
– “La Calle Mayor. Racconto di Edgar Neville”	204
GIAN GASPARE NAPOLITANO	
– “La morte davanti al bar”	218
– “Il camerata”	231
ARRIGO BENEDETTI	
– “Il custode della città. Racconto di Arrigo Benedetti”	247
– “Una sera d’autunno”	254
– “Una noche de otoño”	255
RICARDO BAROJA	
– “Achul”	267
ANDREA DE CHIRICO (QUINTILIO MAIO)	
– “Vendetta postuma”	276
– “Venganza póstuma”	277
– “Uomo eterno”	288
INDRO MONTANELLI	
– “Oggi a Farsalo con Cesare”	294
– “Hoy en Farsalia con César”	295
ORIO VERGANI	
– “Dafne”	312
– “Dafne”	313
– “La sirena”	326
– “La sirena”	327
– “Susanna”	336
– “La grande vasca”	343

MARCO RAMPERTI – “L’ultima corrida”	349
VÍCTOR RUIZ ALBÉNIZ (EL TEBIB ARRUMI) – “Chi è il Tebib?”	361
LUIS ANTONIO DE VEGA – “El presente del Gadiri”	371
EUGENIO MEDIANO FLORES – “La llave del féretro”	381

## Presentación

Miguel Salabert, periodista y escritor exiliado en Francia durante el Franquismo, reflexionaba así en la introducción de 1988 a la primera edición en castellano de su obra *El exilio interior*, conocida en España clandestinamente en los años sesenta a través de sus traducciones al francés y al inglés:

Lo que importa de verdad es que la libertad arraigue de una vez y para siempre por estos pagos, y que podamos deportar definitivamente al pasado todos los exilios, interiores y exteriores. Pero eso no se logrará reclusando a la historia en el desván del olvido, o asimilando la amnistía a la amnesia o la prescripción a la proscripción, sino, muy al contrario, conociendo el pasado en el que se ha forjado el presente y asumiéndolo como una lección inolvidable y preventiva. (14)

En los últimos años, y en diferentes ámbitos, se ha ido percibiendo un renovado interés por el universo simbólico de los 'autoritarismos' o, en todo caso, por la construcción de espacios culturales y de discursos lingüístico-literarios recubiertos, intencionalmente o no, por ideologías. En tales espacios, la vinculación entre el poder y la palabra – poderosa fabuladora de mundos posibles – resulta desde siempre muy vigorosa, sobre todo en la transposición reflexiva de la literatura percibida como historia e identidad de un país y, en cuanto idioma, mientras se hace código en la construcción de una identidad nacional y cultural.

Este libro es el primer fruto de un proyecto que se propone recuperar la memoria de una producción literaria que se ha ido dispersando. Las razones son sin duda editoriales, en consideración de lo 'percedero' del medio periodístico al cual se entregaron. Sin embargo, se trata sobre todo de razones histórico-culturales, ya que son intelectuales, españoles e ita-

## Presentación

lianos, que – a menudo formados en las Vanguardias – se enfrentaron y reaccionaron a los acontecimientos de la Historia de su propio país de forma, en todo caso, conflictiva para la plasmación de la memoria civil y cultural que se ha ido forjando sobre esos mismos acontecimientos. La trayectoria literaria de estos intelectuales está imponderablemente marcada por olvidos o por acercamientos críticos por lo menos ambiguos, puesto que, en las palabras de Andrés Trapiello (1984: s.p.): «...fundaron la Falange [pero] se quedaron sin generación. Ganaron la guerra, pero perdieron las páginas de los manuales de la literatura».

Este proyecto prevé más volúmenes, divididos por géneros literarios: narrativa breve, crítica, reportajes narrativos, teatro y cine. Estas agrupaciones se corresponden con las secciones que la revista bilingüe *Legioni e Falangi. Rivista d'Italia e di Spagna/Legiones y Falanges. Revista mensual de Italia y de España* (1940-1943) dedicaba a temas culturales, entre los cuales destacan los más estrechamente vinculados con la literatura. Hemos reunido en este primer volumen dedicado a la narrativa breve, por un lado, los textos que aparecen bajo determinadas rúbricas como “El cuento mensual” de la edición española o los que llevan en el subtítulo, en la edición italiana, la indicación explícita del género. De hecho, se han transcrito y recopilado también los artículos que se presentan de forma en cierto sentido disfrazada, sobre todo por no respetar la usual posición en el formato de los números – elemento estructural del macrotexto del periódico que orienta en la lectura –, y que, sin embargo, delatan indicaciones para el lector sobre todo a través de la firma, adscribible, en primera instancia, al ámbito literario. Caso este que es constante respecto a los ‘artículos/cuentos’ de Azorín, por ejemplo, o de Orio Vergani. La mayoría de los textos es original; se añaden algunos reeditados, a veces, con diferentes títulos – procedentes de revistas coetáneas o colecciones – y adaptados a las exigencias del medio periodístico. En definitiva, un panorama enriquecedor de la producción de la narrativa breve de los años cuarenta entre Italia y España y de su recepción a través de la traducción en las páginas de la revista hermana.

Este libro, al mismo tiempo, es el fruto del trabajo de investigación del Internacional Research Network MEMITÀ. *Memory, identity, integration to identify analysis models in media communication* ([www.memita.scienzeumanistiche.eu](http://www.memita.scienzeumanistiche.eu)), que se fundó en la Universidad de

Palermo en 2015, entre esta y las Universidades Rheinische Friedrich-Wilhelms-Universität (Bonn), Hassan II-Aïn Chock (Casablanca), Complutense (Madrid), La Habana, Lleida, Łódzki (Łodz), Minho, Pau et des Pays de l'Adour, Petro Mohyla Black Sea National, Porto, Sevilla, Tor Vergata (Roma), Ca' Foscari (Venecia) La Habana, y entre investigadores de diferentes ámbitos disciplinares humanísticos. El Network se propone indagar el concepto de identidad a través de la recuperación de una memoria histórico-cultural, con la cual el presente se pone en relación y con la cual se confronta. El análisis de productos culturales ideológicamente orientados es el punto de partida para una concreta recuperación y recodificación de un patrimonio colectivo que facilite un diálogo intercultural en el momento actual. De un modo especial, el proyecto se propone como una reflexión sobre el papel de la prensa, ya que el formato multimedia y multimodal del texto periodístico – con su variedad de discursos verbales y visuales, además de ofrecer un panorama exhaustivo de la cultura de una determinada época – permite un enfoque interdisciplinar, que conjuga las competencias investigadoras de los componentes del Network. De hecho, el *corpus* está constituido por las diferentes manifestaciones discursivas de la prensa, en las diferentes áreas geográfico-culturales, en cuanto vehículo de formación de identidades individuales y grupales, así como de expresiones públicas de las políticas, inquietudes y problemáticas de una sociedad en su devenir.

Con el intento de ofrecer al lector de este libro, con variadas intenciones de lectura, unas breves indicaciones sobre los autores y sobre sus textos, y conscientes de la dificultad de encontrar un camino viable entre ediciones paralelas y hermanadas por la praxis traductiva – que van cruzándose, sin embargo, respecto a la fecha de su publicación – y sobre todo confiando en que “se haga camino al andar”, se ha decidido seguir un recorrido ecléctico: la línea cronológica, la agrupación por género, por rúbrica o por autor, y finalmente la prioridad de la aparición del prototexto (texto original) respecto al metatexto (texto de llegada). En líneas generales, se sigue el orden cronológico de la aparición de los textos, pero se ha decidido agrupar los que se presentan por entregas o bajo la misma rúbrica. En todo caso, los relatos y sus traducciones, cuando las hay, aparecen en formato bilingüe. Así mismo, se utilizarán las formas abreviadas *L/F* para indicar la edición italiana de la revista, mientras que se indicará *Ls/Fs* para la es-

## Presentación

pañola. Se ha actualizado la ortografía en los dos idiomas, sobre todo en la acentuación española. Finalmente, en caso de cuentos que se publican también en traducción, se presentarán en edición bilingüe, manteniendo la versión original siempre como la primera.

## *Legioni e Falangi/Legiones y Falanges*, el proyecto editorial ítalo-español

AMBRA PINELLO

Entre 1940 y 1943 se publica paralelamente, en España y en Italia, la revista bilingüe *Legioni e Falangi. Rivista d'Italia e di Spagna/Legiones y Falanges. Revista mensual de Italia y de España*, respondiendo a una iniciativa de vinculación político-cultural entre los dos países bajo dos regímenes autoritarios: la Italia fascista, a punto de entrar en la Segunda Guerra Mundial, y la España franquista y posbélica. Se materializa de este modo, un proyecto que tiene como objetivo la exaltación de las gloriosas tradiciones culturales de los dos países protagonistas, la corroboración de la hermandad ancestral existente entre ellos, la difusión del ideario político totalitario común y, sobre todo, el adoctrinamiento ideológico de su público.

Los directores de esta publicación son Giuseppe Lombrassa y Agustín de Foxá. El primero, periodista y político, hombre de confianza del régimen que había luchado con los falangistas durante la Guerra Civil española, y el segundo, diplomático, poeta y autor de la novela *Madrid, de corte a checa* (1938), que había sido muy cercano a José Antonio Primo de Rivera y a la Falange. Asimismo, Foxá será sustituido posteriormente por el también falangista Román Escohotado, poeta y crítico literario.

El primer número de la edición italiana es del 28 de octubre de 1940; los siguientes aparecen mensualmente hasta el 1 de julio de 1943, con un total de 33 números, impresos en Roma<sup>1</sup> por la editorial Garzanti. También la edición española, publicada por primera vez un mes más tarde de la primera, el 20 noviembre de 1940, se publica en

---

<sup>1</sup> Concretamente, la Dirección y la Redacción se encontraban en Roma, mientras que la Administración y la Publicidad dependían de Milán.

el mismo taller hasta el número 6, pero consta de 31 números, ya que del número siete existe solo la versión italiana. Esta ausencia de la edición española, lejos de ser una casualidad, marca un cambio crucial en la configuración periodístico-cultural de la revista. Efectivamente, a partir del número siguiente, el 8-9 de junio-julio, la edición española *Legiones y Falanges* pasa a publicarse de forma autónoma en Madrid, a manos de la Delegación Nacional de Prensa y Propaganda. Al interpretar la revista perfectamente los cambios históricos, políticos y culturales que influyeron en ella a lo largo de su existencia, esta separación editorial se debe probablemente a la crisis del gobierno franquista que, en mayo del mismo año, da lugar a una reprogramación del sistema de control de prensa ya iniciada en 1938. En concreto, el Servicio Nacional de Prensa y el Servicio Nacional de Propaganda dependían del Ministerio de la Gobernación, pasando por la Subsecretaría de Prensa y Propaganda, bajo el control total de los falangistas radicales. En el mes de agosto de 1939, la Subsecretaría pasa a cargo de José María Alfaro, falangista 'de primera hora', y Dionisio Ridruejo es nombrado director general de la Propaganda hasta el 30 de octubre de 1940. Sin embargo, el mando del Ministerio queda vacante a partir del mismo octubre, cuando Serrano Suñer pasa a ocuparse de Asuntos Exteriores, guardando, de todas formas, su control del sector de Prensa y Propaganda gracias a los dos fieles subsecretarios José Lorente Sanz, antes, y Antonio Tovar, más tarde. La crisis política estalla el 5 de mayo de 1941, cuando Franco ofrece la gerencia del Ministerio de la Gobernación al coronel antifalangista Valentín Galarza, el cual, como primera acción, cancela la orden firmada por los subsecretarios gracias a la cual los periódicos de la FET (Falange Española Tradicionalista) estaban exentos de censura preventiva. El enfrentamiento entre los falangistas del gobierno y sus opositores, es decir, los militares y la Iglesia que se resistían a renunciar a su influencia real y a su poder, muy pronto se convierte en choque abierto y frontal. Después de la dimisión de Tovar y de los muchos ataques periodísticos de los falangistas (entre los cuales destaca un artículo muy conocido en las páginas de *¡Arriba!* atribuido a Ridruejo), Franco reforma la estructura gubernamental, aumentando, efectivamente, el número de los ministros falangistas. El 20 de mayo de 1941 se crea la Vicesecretaría de Educación Popular (VSEP), bajo control directo de



la Secretaría general de FET, y bajo cuya autoridad «se encontraban las delegaciones nacionales de Prensa, Propaganda, Cinematografía y Teatro, y Radiodifusión» (Sinova, 2006: 112), así como la censura en dichos ámbitos. De esta manera, el nuevo organismo, al asumir las competencias que hasta ese momento habían estado bajo el control de la Subsecretaría de Prensa y Propaganda del Ministerio de la gobernación, permite llegar a un equilibrio de poderes. Por lo tanto, parece verosímil asumir que la ausencia del número siete de *Legiones y Falanges* es el resultado directo del vacío de gobierno y de la crisis correspondiente.

Además, a partir del séptimo número, se interrumpe la codirección de Lombrassa y Foxá de la edición italiana y se asiste a la salida de este último que pasa a dirigir solo la edición española. Dicho cambio puede estar relacionado, de acuerdo con la hipótesis avanzada por Victoriano Peña, con una reacción desproporcionada del propio Mussolini que decretó la expulsión del país del escritor español:<sup>2</sup>

Foxá se encontraba en Roma desde noviembre de 1939 como jefe de la Falange Española en Italia y tuvo que abandonar el país en mayo de 1941 por razones que aún hoy se desconocen del todo. Luis Sagre-

---

<sup>2</sup> Las versiones que tratan de las posibles razones de la expulsión son muchas y muy distintas. Según Tussell y Queipo de Llano, así como según Peña, la causa tiene que atribuirse a la respuesta dada por Foxá a una diplomática alemana con referencia a la esperada intervención española en el conflicto mundial que al Duce no le gustó. Por lo tanto, «la razón por la que Foxá era expulsado no era espionaje, sino maledicencia: había preguntado, ante la mujer de un diplomático alemán, que le inquiría acerca de la posibilidad de que España entrara en el conflicto “si la soberbia alemana todavía llegaba a atreverse con otro aliado” (lo que dejaba, desde luego, muy mal a Italia). Como el dicho llegó a un Mussolini muy susceptible por su fracaso militar, se tomó tan dramática decisión» (Tussell/Queipo de Llano, 1985: 127). Según Sagrera, en cambio: «Agustín había escrito un despacho destinado a las autoridades españolas, en el cual, de forma clarividente, había pronosticado el desastre lamentable que esperaba al fascismo. En él describía la corrupción interna del Partido, su fraccionamiento, su impopularidad en los medios italianos (...) que le llevaría a dar un golpe de estado en contra de Mussolini. Dicho informe (...) fue interceptado (...) por las autoridades fascistas, y provocó el desagradable incidente que protagonizó Foxá» (Sagrera, 1969: 51–52). Sin embargo, según Carotenuto, se trató de una maniobra orquestada por Filippo Anfuso, el futuro secretario del *Movimento Sociale Italiano* (Carotenuto, 2005: 113).

ra (...) aduce diversas causas, entre ellas la acusación de espionaje o bien (...) a una rabieta momentánea de un Mussolini especialmente irascible (...) que no supo ver el sesgo irónico o burlón (por otra parte, bastante usual en Foxá) de una respuesta que el político español había dado (...). (Peña, 2010: 123)

Si los primeros números de la revista hasta el séptimo, debido al hecho de que comparten el lugar de publicación y los directores, mantienen una relación casi especular tanto para los contenidos como para la disposición de las informaciones (verbales y visuales), a partir de la escisión se crea una significativa divergencia entre *Legioni e Falangi* y su homóloga española *Legiones y Falanges*. De hecho, a pesar de convivir un modelo común, se aprecian importantes diferencias tanto en los temas como en las formas de articular la propaganda. Dichas diferencias son evidentes ya simplemente observando las imágenes destinadas a la portada de las dos ediciones. Efectivamente, *Legioni e Falangi*, al igual que la edición española, se configura como una publicación de gran formato y se caracteriza, en sus portadas, por las fotografías de gran tamaño muy atractivas. Como ya se ha dicho, estas fotografías son reflejo del cambio que se verifica a partir del número doble 8-9, de junio-julio; por lo tanto, si por un lado la edición italiana no solo no pierde su identificación con el lenguaje visual bélico, sino también la intensifica proponiendo constantemente escenarios del frente italiano o alemán y concediendo, solo a veces, una cierta distensión en la contraportada con fotografías de sujetos diferentes (como por ejemplo obreros trabajando), por otro lado, la edición española, a partir del número 10, empieza a dar preferencia a la representación de paisajes típicos nacionales y notablemente 'castizos', en los que el lector pueda percibir un inconfundible clima español y reconfortante. Sin embargo, desde el número 18, se presentan también temas y escenarios bélicos que alternan con cuadros costumbristas, a veces incluso alemanes.

En su conjunto, la revista cuenta con más de doscientos ilustres intelectuales de ambos países. Entre los colaboradores italianos destacan: Giovanni Ansaldo, Mario Appellius, Antonio Ciampi, Giulio Confalonieri, Salvatore Battaglia, Achille Benedetti, Margherita Berio, Indro Montanelli, Francesco Magri, Laura Solari, Orio Vergani, Antonino Trizzino, Elio Zorzi, Ettore De Zuani, entre otros; entre los españoles: Ernesto Giménez Caballero, Concha Espina, Edgar

Neville, Alfredo Marquerié, Dionisio Ridruejo, Juan Ramón Masoliver, Martín de Riquer, Joaquín Entrambasaguas, Azorín, Camilo José Cela, Francisco de Cossío, Gerardo Diego, Julio Caro Baroja, Manuel Machado, Eugenio D'Ors o Álvaro Cunqueiro.

En la edición española obviamente abundan los autores españoles, así como en la edición italiana la mayoría de los autores son italianos, no obstante, en ocasiones, se encuentran autores españoles que publican en Italia y no en España y, al revés, colaboraciones de autores italianos en la edición española que no aparecen en la edición italiana, cuyos artículos son redactados y publicados antes en original y, luego, en su traducción, hasta generar casos muy interesantes de autotraducción.

Puesto que los artículos son redactados y publicados previamente en original y, luego, en su traducción, huelga decir que, a menudo, el retraso debido al proceso de traducción implica aplazamientos o divergencias entre los números de las dos ediciones. Estas posibles diferencias ofrecen la oportunidad de remodelar la composición estructural de cada publicación, comportando, a veces, unos pequeños cambios internos, pero, otras, llegando hasta a la supresión de algunos textos muy relevantes. Entre estos destacan, quizá por su mayor interés artístico, los reportajes narrativos por entregas de Orio Vergani, *Le giornate di Barcellona*, y de Alfonso Gallego Cortés, *Diario de un falangista de primera línea*.

El panorama de las contribuciones es extraordinariamente amplio y variado y, dado que el proyecto de la revista, dentro de la insólita dimensión internacional que la caracteriza, es el de representar el ambiente político y social de la época bajo una óptica común que refuerce y difunda el ideario político totalitario, están presentes secciones fijas que, además de referirse a la actualidad y a la política interior y exterior, tratan de literatura, teatro, cine, música, arte y ciencia. Efectivamente, como subraya Peña, los ámbitos de interés de la revista son múltiples:

El campo de intereses culturales que toca la revista es amplísimo y se extiende desde las contribuciones sobre literatura y las diversas manifestaciones artísticas (...) (del arte a la música, del teatro al cine, etc.) hasta las que se dedican a las relaciones literarias y más ampliamente culturales entre los dos países, pasando por artículos de historia de España así como de relaciones históricas con Italia, dando un

protagonismo relevante a la acción heroica de los legionarios italianos en la Guerra Civil, sin olvidar los trabajos de carácter costumbrista sobre algunas ciudades españolas. (Peña, 2010: 136)

En concreto, junto a los apartados publicitarios, cabe destacar las secciones especulares: *Maschere e scene/Máscaras y escenas*, destinada al teatro y a la ópera, y *Voci dello schermo/Voces de la pantalla*, que recoge la actualidad cinematográfica española e italiana con reseñas y reflexiones, en ocasiones, también sobre el cine de otros países. Esta última sección está firmada, hasta el número veinte de julio 1942, por Rolandino y, luego, por De Feo, Hernández Blasco y Fernández Cuenca. En la primera, en cambio, se alternan los especialistas españoles Díez Crespo, Antonio de las Heras y los italianos Quintilio Maio, Evaristo Gherardi, Ciro Poggiali y Giulio Confalonieri, estos últimos son autores de colaboraciones que se encuentran al margen de las secciones fijas mencionadas ya que también tratan sobre espectáculos.

Especial mención merecen las secciones *Trenta giorni a Roma-Trenta giorni a Madrid/Treinta días en Roma-Treinta días en Madrid*, firmadas respectivamente por Flecha negra/Freccia Nera y J. R. Masoliver, que se configuran como una serie de fotogramas narrativos que muestran cada mes la actualidad de los dos países, y *Oro e sangue/Oro y sangre*, que incluye reportajes sobre la situación política de países extranjeros como los Estados Unidos, Inglaterra, Singapur o Irán, muy a menudo insistiendo en la autopresentación positiva contrapuesta, según una oposición maniquea, a la representación hiperbólica negativa del Otro.

Además, cabe señalar la aparición, durante los últimos meses de vida de la revista en la edición española, del espacio lúdico *Horas perdidas* que, a partir del número 27, incluye una serie de crucigramas, así como de la sección *Humor de Italia y de España*, que, a partir del número 28, presenta llamativas tiras cómicas. Destacan, finalmente, las secciones fotográficas *La viva actualidad. Fotografías del momento de España y el extranjero* y *Contrastes*, cuya esencia principalmente gráfica contribuye a la información política y subraya modelos iconográficos polémicos. La revista, por lo tanto, se enriquece con un apartado de ilustraciones y fotografías en blanco y negro de indiscutible valor, aunque reserva a la portada una luz cromática, la cual le hace adquirir un atractivo más, junto con sus visiones prospectivas y el corte de sus imágenes. A los retratos de las figuras protagonistas de los

artículos, siguen las reproducciones de obras de arte, elementos arquitectónicos o frontispicios de ejemplares antiguos. Sin embargo, lo más resaltado es la organización de la página que enmarca, entre las columnas de palabras, la fotografía de la crónica, la imagen insólita o tremendista del reportaje de guerra, o la visión del cuento de viaje de mundos exóticos y lejanos.

Si teatro, cine y arte en general son los protagonistas de las secciones que se acaban de mencionar, es oportuno señalar que las contribuciones literarias destacan en ambas ediciones de la revista no solo por su gran mayoría, sino también por el valor de los textos y de los escritores y poetas contemporáneos que las firman. El texto periodístico se enriquece, de hecho, con cuentos, artículos odepóricos, ensayos, ficciones histórico-documentales, composiciones poéticas, reseñas, traducciones y comentarios. Además, en cuanto a la creación literaria, la revista cuenta con algunos de los escritores más importantes de la época como, por ejemplo, Azorín, Camilo José Cela, Ricardo Baroja, Manuel Machado, entre otros, y Orio Vergani, Indro Montanelli, Vittorio G. Rossi, Giovanni Ansaldo, junto a los demás intelectuales.

Además, aunque es indiscutible la relevancia que la revista tiene en cuanto modelo paradigmático de las relaciones culturales entre Italia y España en los años 1940-1943, la bibliografía existente es muy escasa. De hecho, hasta muy poco, los patrimonios bibliotecarios italiano y español carecían de la digitalización y catalogación de la revista. La edición italiana en papel se puede consultar en la Biblioteca di Storia Moderna e Contemporanea de Roma – treinta números – y en la Biblioteca Nazionale – dos números, mientras que, en su versión completa, solo se encuentra en la Biblioteca della Fondazione Casa Oriani de Ravenna. La versión digitalizada ahora se puede consultar en línea en la Hemeroteca digital de la Biblioteca Nazionale di Roma (<http://digitale.bnc.roma.sbn.it/tecadigitale/giornale/CFI0350951/1940-1941/unico>) y en la página web de la University of South Florida Library (<http://digital.lib.usf.edu/legioniefalangi>). Por lo que atañe a la edición española, la Biblioteca Nacional de España presenta la edición completa y, a partir de un importante diálogo intercambiado con la Biblioteca, cuyo interés y amabilidad quiero agradecer profundamente, se acaba de digitalizar (<http://hemerotecadigital.bne.es/results.vm?q=parent%3A0053239366&s=0&lang=es>). Solo pocos números en papel de la revista se encuentran, además, en la Hemeroteca

Ambra Pinello

Municipal del Ayuntamiento de Madrid y, según el catálogo en línea, otra versión integral se encuentra en la Biblioteca Universitaria de la Universidad de Castilla-La Mancha.

Con respecto a la producción científica sobre el tema, en 2015 se publica el primer estudio monográfico integralmente dedicado a la revista, *Stampa e regimi. Studi su Legioni e Falangi/Legiones y Falanges. Una rivista d'Italia e Spagna* (Sinatra, 2015) que ha representado el resultado de un proyecto llevado a cabo por la Red Internacional MEMITÀ. El año siguiente, en diciembre 2016, se publica *Identità, totalitarismo e stampa. Ricodifica linguistica-culturale dei media di regime* (Prestigiacomo, 2016), un segundo volumen sobre la prensa ideológicamente orientada de los años 40, en el que muchos de los ensayos se centran en el análisis de la revista objeto del presente trabajo.

En conclusión, *Legiones y Falanges* en cuanto macrotexto heterogéneo «de información y formación propagandística en el cual el discurso, la palabra y la imagen se rinden al mensaje ideológico» (Sinatra, 2015: 25) representa un instrumento útil para recuperar los paradigmas culturales de los autoritarismos y fomentar un proceso de concienciación del pasado indispensable para la plena comprensión del presente.

## El espacio literario en *Legioni e Falangi/Legiones y Falanges*

ASSUNTA POLIZZI

El programa editorial de la revista bilingüe que aquí nos ocupa, además de presentarse como ideológicamente orientado, tiene la ambición de modelar los paradigmas culturales de dos países a partir de los sistemas políticos que, en la misma época, los hermanan. Es más, si Italia había representado para España el modelo de formación falangista y – al salir del Conflicto Civil, la implementación gubernamental franquista – para la Italia del final del *Ventennio* fascista el autoritarismo ibérico puede proporcionar nuevo vigor precisamente al acercarse la prueba definitiva de la entrada en la Segunda Guerra Mundial.

Ambos paradigmas culturales, por lo tanto, apuntan a construcciones de identificación grupal, en las cuales se constatan o bien la celebración de una tradición literaria entera con raíces en el clasicismo, o bien la presencia de célebres intelectuales y literatos que desarrollan un papel relevante, aspectos que garantizan la autoridad de las perspectivas narrativas a través de las cuales se presenta la realidad en el periódico, introduciendo en esa realidad una vertiente imaginativa que la completa gracias a la presencia de textos de ficción.

El espacio literario en las dos ediciones de la revista es amplio y de diferente adscripción genérica. Los ensayos que profundizan en temas relacionados con las culturas italiana y española firmados, por ejemplo, por Joaquín Entrambasaguas (“La novela romántica en España”, *Ls/Fs*, I, 13, 1941, 8-9), Concha Espina (“Emilia Pardo Bazán”, *Ls/Fs*, I, 11, 1941, 13; “Rosalía de Castro”, *Ls/Fs*, II, 24, 1942, 8-9) o Manuel Machado (“Madrid, 1900. D. Francisco Villaespesa y el Modernismo”, *Ls/Fs*, I, 14, 1941, 6-7), alternan con escritos de estudiosos italianos, como Salvatore Battaglia (“Il vero e il magico nel poema”,

L/F, I, 10, 1941, 35-37), o también en traducción como “Caracteres de la nueva literatura española” de Ettore De Zuani (Ls/Fs, I, 4, 1941, 37-38); o, más aún con estudios comparativos que ponen énfasis en los profundos vínculos culturales entre los dos países. Casos ejemplares son los artículos de Alfredo Marquerié (“Pirandello y Unamuno”, Ls/Fs, I, 14, 1941, 16), Antonio Ballesteros Beretta (“Boccaccio y los españoles”, Ls/Fs, I, 6, 1941, 37-39), o M. Fernández Almagro (“Valle-Inclán y Roma”, Ls/Fs, I, 3, 1941, 48-49), que luego reaparecen en traducción en la edición italiana de *Legioni e Falangi*.

Respecto a la creación narrativa, la revista presenta una especial vocación por el cuento odepórico, ya que se encuentra profundamente relacionado con el reportaje narrativo. De este modo encontramos, entre los textos de Azorín, dos artículos dedicados a Italia (“El viaje a Italia”, Ls/Fs, I, 8-9, 1942, 7-8 y “Serenidad en Bolonia”, Ls/Fs, I, 13, 1941, 24-25), o de Cunqueiro, “Las aguas de Roma” (Ls/Fs, I, 13, 1942, 18); así mismo Vergani escribe “Amica Giralda” (L/F, I, 6, 1941, 34-36) y “La strada di Sagunto” (L/F, I, 4, 1941, 31-33). De hecho, el macrotexto del periódico es un espacio idóneo para hacer uso de una escritura fundada en la dimensión del ‘yo’ e incluso autoreferencial (Polizzi: 2015), puesto que, aunque acogiendo la pluralidad de las voces y de las visiones que componen el discurso ‘actualizante’ de la información acerca de la realidad, el macrotexto de la revista necesita la inmediatez de un sujeto que narra en el presente a partir de su propia experiencia. Se trata de un trasvase de recuerdos o de impresiones inmediatas como transposición informativa de la realidad bajo la urgencia de la crónica (Kramer, 1995), que incluso el género del diario intenta reproducir, como en el caso de la serie de artículos de *Diario de un falangista de primera línea*, (Ls/Fs, II, 18, 1942, 38 – III, 26, 1943, 38), y que proporcionan un paradigma asociativo entre el ‘yo’ y el ‘nosotros’ (autor/lector), también relacionable con la retórica ideológica que subyace a los sistemas comunicativo de los gobiernos autoritarios promotores de la revista. «El “diario”, – leemos en la primera entrega del *Diario* – en apariencia la pequeña gran aventura de un muchacho en la España desorientada y agobiadora de nuestros últimos diez años, es en el fondo tan desconcertadamente igual a la que hemos pasado muchos de nosotros, que no he vacilado en considerarla como un símbolo, como lo que es en realidad: la historia de “una generación a la intemperie”» (Ls/Fs, II, 18, 1942, 38).



En todo caso, la autodiégesis otorga una responsabilidad autorial a la narración que es capaz de instaurar un contrato de lectura prepotentemente marcado por la autenticidad, no cuestionable, en primera instancia, por el lector que lee y mira a través de la mirada del intelectual-reportero-testigo de fragmentos informativos de la Historia. Se trata de un efecto narrativo especial e interesante en cuanto a la emisión de la palabra, puesto que se estructura a mitad entre testimonio y necesaria ficcionalización propia de cualquier construcción narrativa, es decir, entre la autoridad de la experiencia directa y el olvido de la memoria, o mejor, de sus alteraciones incluso psíquicas. En definitiva, el lector de la revista – perteneciente a diferentes niveles culturales y, por lo tanto, con variadas herramientas críticas – percibe un estatuto de verosimilitud de lo narrado a raíz de los presupuestos del discurso periodístico-informativo, a pesar de la incontrovertible ficcionalización de la narración (Iovinelli, 2004). Al mismo tiempo, es posible que en la compactibilidad ideológica de estos ‘macro-textos’ se puedan abrir grietas para la manipulación argumentativa o, por otro lado, intersticios de conflictividad (Polizzi, 2016).

El género de la narrativa breve, que de forma estable aparece en las dos ediciones de la revista a partir del n. 8 en la italiana y del 8-9 en la española respectivamente, resulta muy presente en las dos ediciones de la revista. Este se presenta de forma más esparcida y controlada en la italiana, sin una específica colocación en el formato editorial, aunque con un llamativo subtítulo que a menudo declara el género y la autoría, a pesar de la presencia al final de la firma. En cambio, la edición española crea una sesión específica para el relato titulada *Un cuento mensual*, a partir de mayo/junio de 1942 hasta diciembre del mismo año.

Hay que recordar que la narrativa breve mantiene una estrecha vinculación con el canal divulgativo de la prensa a partir del siglo XIX, provocando una osmosis de técnicas discursivas, perspectivas narrativas, heterogeneidad verbal y plástica – gracias a la presencia de ilustraciones y fotografías – en el tratamiento de temas y hasta en la posibilidad de experimentación literaria, así como en la potencial inclusión de discursos de variada naturaleza textual para el periódico. Después de una disminución del interés hacia el relato en prensa alrededor de los años 30, a partir de la posguerra y la implementación

del régimen franquista, se percibe y se utiliza la prensa como recurso privilegiado de propaganda, junto a la radio, al teatro y al cine. El modelo italiano del fascismo lo había ya experimentado e implantado. En todo caso, la relación entre la narrativa breve y el periodismo, en los años que aquí nos interesan, queda establecida y expresada con recíprocas vinculaciones: «la prensa se convierte en uno de los pilares básicos que consiguen mantener a flote este género y a cambio el relato da cierto realce y prestigio al rotativo que lo incluye» (Millán Jiménez, 1991: 105).

En *Legioni e Falangi/Legiones y Falanges* los autores pueden compartir una actividad entre periodismo y literatura o pueden ser más adscribibles a este segundo ámbito, sobre todo en la edición española. En todo caso, sus firmas son reconocibles e influyentes para el público lector de la época y para la élite social, a la que se dirigía idealmente el proyecto editorial de la publicación periódica en los dos países. De hecho, este se correspondía con la construcción identitaria de la España franquista, al mismo tiempo que con la confirmación de la identidad nacional fascista en Italia.

Los temas y los motivos, así como los géneros de adscripción de estos cuentos, varían y las narraciones fantásticas alternan con recorridos de carácter intimista que pueden desembocar en lo surreal de raíz vanguardista que queda explicada por la formación y producción de la mayoría de estos autores. Los protagonistas de los relatos, de hecho, a menudo se parecen a los individualistas y egocéntricos antihéroes vanguardistas y demoran en experiencias desarraigadas, antiheroicas, visionarias. A menudo se presentan sujetos que viven sumidos en conflictos, traumas, heridas de la memoria, alienaciones. Sin duda, los textos se instalan en la tradición del cuento moderno de tradición antirrealista (Zavala, 2006) en el sentido de que dejan vislumbrar varios niveles de lectura: el primero más bien convencional, y el segundo, más profundo, puede adscribirse a la alegoría, disfrazada de narración 'insólita' y hasta 'fantástica' a través de un lenguaje refinado, culto, repleto de un abanico de significaciones que subyacen al significante que se presenta al lector medio de la revista. A esto se suma un final a menudo 'abierto', sin una 'epifanía' resolutive o explicativa o, más bien, se presentan epifanías implícitas o sucesivas que producen una fragmentación narrativa y ontológica de la realidad.

Los cuentos odepóricos abren el camino a la narrativa breve en ambas ediciones. En la italiana, encontramos “Strada indiana” (L/F, I, 8, 1941, 27-30) de Vittorio Giovanni Rossi (Santa Margherita Ligure, 1898 – Roma, 1978) que en la edición española será, “Caminos de la India” (Ls/Fs, I, 10, 1941, 32-35). El autor fue marino, escritor y periodista, corresponsal también en España del *Corriere della Sera* y del semanal *Epoca*. Esencialmente se dedicó al género de viaje a partir de sus innumerables desplazamientos por todo el mundo. De hecho, también el segundo texto de Rossi que se publica en la revista, “Naso Blu” (L/F, II, 8, 1942, 15-17) y en traducción “Nariz Azul” (Ls/Fs, II, 1942, 41-44), bajo la rúbrica *Un cuento mensual*, se adscribe al mismo género y en esta ocasión el escenario geográfico es el preferido por el autor, el mar, en este caso el océano Atlántico y las costas norteamericanas de Nueva Inglaterra. El primer relato está vinculado con el volumen *Cobra*, retablo de los espléndidos contrastes de la India recopilados en los últimos viajes del autor y que Rossi acababa de publicar el mismo año en Bompiani, ya que reescribe una porción, “Capitolo del legno tech” (pp. 177-194), a través de un trabajo de cortes y cosidos favorecidos por una escritura que va estructurándose por cuadros narrativos (Polizzi, 2015). El segundo relato se vincula con mucha probabilidad a la experiencia atlántica de Rossi, vertida en su *Oceano* (Bompiani, 1938). Aquí, el ambiente de la costa de Nueva Inglaterra y la vida extrema de los pescadores de ballenas se hacen absolutos protagonistas de la narración, y todos los sentidos del narrador colaboran en el esfuerzo de ir pintando y reproduciendo sonidos, olores, visiones, sabores y hasta recorridos táctiles.

*Legiones y Falanges* abre con un escrito de Azorín, “Viaje a Italia” (I, 8/9, 1941, 7-8), que aparecerá en traducción dos años más tarde, “Viaggio in Italia” (L/F, III, 9, 1943, 10-12). José Martínez Ruiz (Monóvar, 1873 – Madrid, 1967), Azorín, colabora en la revista con seis artículos: “El viaje de Italia” (Ls/Fs, I, 8-9, 1941, 7-8); “Las nubes” (Ls/Fs, II, 10, 1941, 1); “Serenidad en Bolonia”, (Ls/Fs, I, 13, 1941, 24-25); “Tragedias españolas” (Ls/Fs, II, 16, 1942, 13); “Aventura en Tarragona” (Ls/Fs, II, 21, 1942, 10-11); “Mar de Levante. Sus pescadores” (Ls/Fs, III, 28, 1943, 6-7). Se trata de textos híbridos desde el punto de vista del género, puesto que no se presentan en una específica colocación dentro del sistema de la revista – precisamente la parte final, habitualmente dedicada al cuento – sino que aparecen más bien

en la primera parte, allí donde se concentra el interés político y la crónica de la actualidad nacional e internacional. De esta forma, el lector lee estos textos firmados por el celeberrimo intelectual como parte del discurso propagandístico que se aviva al recorrer las primeras páginas de la revista, o mejor, este mismo discurso aprovecha la consagración que el nombre del escritor asegura. Se perciben, así, como artículos celebrativos o cronísticos y, sin embargo, la textura fictiva que los estructura permite su adscripción al relato. De hecho, «[...] a pesar de la fuerte politización tanto de la revista como de otros textos suyos explícitamente propagandísticos, decide no tratar temas políticos y dedicarse a una escritura que podríamos definir evasiva, intrínsecamente cultural. Esta actitud, interpretada como una expresión de la voluntad propia del autor, podría reflejar [...] un intento de repudiar la realidad, de enajenarse de un contexto histórico-social» (Pinello, 2016: 343-344) que le aqueja ya desde el comienzo de su carrera, como revela en sus páginas más íntimas. En lo que atañe a la carrera periodística del escritor alicantino, cabe señalar que sus primeros intentos como periodista son muy tempranos, ya que tienen lugar en la Valencia de finales del siglo XIX. Azorín comienza a escribir en modestas publicaciones de provincia mostrándose «esquivo, solitario e independiente» (Riopérez y Milá, 1996: 228) y oponiéndose a lo establecido de acuerdo con las doctrinas anarquistas. En el otoño de 1896 se traslada a Madrid, donde, prosiguiendo en la línea de polémicas en contra de todo principio de autoridad, empieza la colaboración con *El País*,<sup>1</sup> que es destinada a durar muy poco (solo algunos

---

<sup>1</sup> No nos estamos refiriendo aquí a *El País*, el diario fundado en 1976 que es, hoy en día, el más leído de España, sino a otro, que tiene el mismo nombre pero que empieza a editarse el 22 de junio de 1887, siendo su fundador y propietario Antonio Catena Muñoz (1840-1913). «Esta publicación, concebida como el nuevo órgano del Partido Republicano Progresista fundado en 1880 por Manuel Ruiz Zorrilla, tendrá un gran éxito como diario popular y anticlerical durante la Regencia de doña María Cristina, alcanzando al comienzo del nuevo siglo su máxima difusión y convirtiéndose en el gran diario republicano madrileño. [...] Bajo la dirección de Lerroux, en el diario van a empezar a agruparse jóvenes escritores e intelectuales de la generación del 98, como José Martínez Ruiz, que será redactor desde el cinco de diciembre de 1896, junto a Ramón María del Valle Inclán, Pío Baroja, Miguel de Unamuno, Vicente Blasco Ibáñez, Benito Pérez Galdós, Ramiro de Maeztu, Manuel y Antonio Machado, Manuel Bueno o Rubén Darío, y hasta el joven Ortega buscará refugio en

meses entre 1896 y 1897). Efectivamente, como afirma Francisco José Martín (1998:16), «sus continuos ataques al gobierno, [...] su radical anticlericalismo y sus críticas a la institución matrimonial propiciaron su salida del periódico». El ser despedido de *El País*, junto a la «repugnancia más profunda hacia este ambiente de rencores, envidia, falsedad» (Martínez del Portal, 2014: 19) da lugar a la publicación de «un imprudente folleto» (Martínez del Portal, 2014: 19), *Charivari (Crítica discordante)*, que suscita escándalo y le causa un rechazo general, hasta motivar su apresurada salida de Madrid (Ruiz Contreras, 1946: 126-148). Después de un periodo en Manóvar, vuelve a la capital, donde, en octubre de 1897, se reincorpora al periodismo y sigue publicando en la prensa madrileña, intensificando su presencia entre los jóvenes que, años más tarde, serán considerados como los escritores más representativos de la España finisecular. El autor se califica, por tanto, como un ilustre testimonio de aquel periodo de gran fermento cultural, de profunda renovación literaria y de regeneración patria. Sin embargo, más tarde, como es sabido, Azorín abandona los ideales juveniles, que gradualmente, entre vaivenes y vacilaciones, se disgregan conllevándolo, por lo menos al parecer, hacia una especie de ataraxia político-ideológica, rastreable en sus artículos contenidos en *Legiones y Falanges*. Durante esta última etapa, que es la más politizada de su vida, Azorín publica sus artículos sobre Franco en *Abc*, *Vértice* y *Arriba* colaborando, al mismo tiempo, con la revista objeto del presente trabajo. Entre los relatos publicados en la revista que aquí nos ocupa, “El viaje de Italia” cuenta la vida de un tal Joaquín Acosta Mora, desde su nacimiento en Alcalá hasta la juventud durante la cual se traslada a Madrid. En la capital el protagonista conoce a Miguel de Cervantes, el cual, contándole continuamente sus viajes a Italia, lo exhorta a visitarla personalmente. Joaquín, por tanto, irá a descubrir las maravillas de Italia, pero, al volver a España, descubrirá que su maestro se ha muerto y lamentará no haberse despedido de

---

sus páginas cuando no pueda publicar en el periódico de su propia familia (*El imparcial*)» (<http://hemerotecadigital.bne.es/details.vm?q=id:0001648645&lang=es>). Este primer *El País*, el 11 febrero de 1921 desaparece, clausurado por las «continuas denuncias que venía recibiendo de la autoridad gubernativa, pero también por la huida de sus lectores hacia los nuevos periódicos de ideas republicanas y progresistas» (ibid.).

él. “Las nubes” (*Ls/Fs*, I, 10, 1941, 1) no se puede definir un verdadero artículo ni un cuento, sino que se trata de pocas líneas poéticas pertenecientes a *Castilla*, una de las obras más conocidas de Azorín, publicada en 1912. El fragmento presente en *Legiones y Falanges* está dedicado enteramente a la descripción de las formas y de los colores de las nubes en el cielo, con un uso constante de símiles, en consonancia con la técnica impresionista típica de Azorín, conocido invocador de paisajes y pintor de los detalles. “Serenidad en Bolonia” (*Ls/Fs*, I, 13, 1941, 24-25) trata del relato del destierro de la Compañía de Jesús, pero desde el punto de vista – secundario y aparentemente insignificante – de José Francisco de Isla, representando, de esta manera, un claro ejemplo de la filosofía de lo nimio típica del autor. “Tragedias españolas” (*Ls/Fs*, II, 16, 1942, 13) cuenta lo que ha pasado entre el autor del artículo y un escritor de teatro que él conocía, uno de los más «sabidos y leídos», de quien prefiere no revelar el nombre. El objetivo del texto, que se hace patente en la conclusión, es alabar los clásicos de la literatura española en cuanto símbolo del país y fórmula para actualizar la tradición. En “Aventura en Tarragona” (*Ls/Fs*, II, 21, 1942, 10-11), un desconocido personaje evoca su viaje a Cataluña y cuenta que, entrando en Tarragona, la ciudad se convierte en un elemento propio de la nación española en el que no existe ningún orden cronológico, sino que se puede pasar del presente al pasado, hasta llegar al periodo del imperio romano, para luego regresar a la actualidad. Todo el relato se compone de detalladas descripciones paisajísticas, que, como es típico en Azorín, van de la mano de una profunda revalorización de la historia y de la geografía nacionales. “Mar de Levante. Sus pescadores” (*Ls/Fs*, III, 28, 1943, 6-7) cuenta la historia de un hombre perdidamente enamorado del mar que cada mañana sale a pescar y a leer poesías. Un día, le ocurre algo totalmente inesperado cuando, al retirar la red, advierte un peso y descubre haber pescado una sirena.

Pasando al género literario del diario, a partir del n. 18 de abril de 1942 y hasta el n. 27 de enero de 1943 de *Legiones y Falanges*, se publica en 8 entregas el texto *Diario de un falangista de primera línea*, firmado por Alfonso Gallego Cortés, mientras que en la edición italiana

de la revista no se encuentran en traducción las entregas.<sup>2</sup> Las pocas noticias encontradas acerca del autor lo definen como un activista de la FE de las JONS, militante en la 'División Azul', que, volviendo de Rusia en 1942, colabora con la revista *Arriba* y que escribe este *Diario*. El texto recoge una experiencia memorialística que cubre los años anteriores a la Guerra Civil a partir de la adolescencia del protagonista, es decir desde Navidades de 1929 hasta los comienzos de la Guerra en 1936, exactamente hasta el acontecimiento del "Cuartel de la Montaña de Madrid" del 19 de julio de 1936. Las 8 entregas del *Diario* se componen de un párrafo-introducción y tres partes, cada una dividida en capítulos – cuatro para la primera y siete, respectivamente, para la segunda y la tercera – con títulos por la mayoría temáticos o enfáticos, como intentando reproducir sintéticamente la estructura de un libro. El género del diario que Gallego Cortés declara escoger para su narración, ya a partir prolepticamente del título, hace hincapié en la dimensión estratégicamente autoritaria del relato autobiográfico, el cual se funda en la fragmentación de lo cotidiano, lo privado, lo estrechamente personal, no ficcionalizado y no destinado a la publicación, hasta el punto de que el género – en su historia – ha sido asimilado con dificultad a la literatura. La introducción se abre con una referencia explícita al fundador de Falange y a su célebre definición generacional en relación con Ortega: «José Antonio ha dicho acertadamente de nosotros que somos "una generación a la intemperie"»,<sup>3</sup> dice el narrador. Luego, el autor, utilizando el recurso altamente literario de unas cuartillas anónimas encontradas por casualidad, refiere acerca de la ocasión del hallazgo, «camino de San Petersburgo», durante una parada de las marchas del frente de Moscú, cuando en un andén ve «desparramadas» unas hojas, las cuales

---

<sup>2</sup> Vuelve a aparecer en forma de pequeño volumen en 2010 publicado por la editorial Nueva República de Barcelona.

<sup>3</sup> José Antonio Primo de Rivera había publicado en *Haz* (núm. 12, 5 de diciembre de 1935) un artículo titulado «Homenaje y reproche a don José Ortega y Gasset»: «Cuando descubrió [Ortega] que 'aquello', lo que era, no era 'aquello' que él quiso que fuese volvió la espalda con desencanto. Y los conductores no tienen derecho al desencanto. No pueden entregar en capitulaciones la ilusión maltrecha de tantas como le fueron a la zaga. Don José fue severo con sí mismo y se impuso una larga pena de silencio; pero no era su silencio, sino su voz lo que necesitaba la generación que dejó a la intemperie. Su voz profética y su voz de mando».

recoge imaginando que son de un 'isba' o 'tobarich'.<sup>4</sup> Sin embargo, las cuartillas están en español y son de un camarada y «en resumidas cuentas, se trataba de un 'diario'». Acto seguido, este narrador admite haber completado lo ininteligible del texto con la imaginación. Por lo tanto, la narración toma arranque en 1929, cuando el narrador protagonista tenía diecisiete años y deja el Colegio del Escorial para pasar las vacaciones de Navidad con su familia. Sin embargo, a raíz de las protestas estudiantiles de la FUE en contra de la Ley Callejo,<sup>5</sup> a las que se hace referencia, el joven no volverá al Colegio de los Padres Agustinos y la vida entera de España irá abriéndose a un camino de cambios políticos ya anunciados en esta primera entrega del *Diario* («Desde que entramos en la Edad Contemporánea, la vida española ha girado en torno a esa politiquería vana de apetitos desenfrenados que alcanzan su cenit en el año 1936 [...]», C. I, 18). A medida que el joven protagonista narrador va cumpliendo su aprendizaje político, junto a una generación que buscaba «el camino nuevo, revolucionario – dice el narrador – sin saber qué clase de Revolución» (C. II, 64), su aprendizaje va entrelazándose con los acontecimientos que el joven vive, recuerda y relata desde su perspectiva particular y hacia la mirada amplia y retroactiva de la memoria, que también reflexiona y emite juicios. Desfilan así en los capítulos la sublevación de Jaca (diciembre de 1930), la huelga contra Telefónica (junio 1931), las figuras de Azaña, de Redondo y de Sotomayor, la fusión de las Juntas Castellanas con las J.O.N.S. y con C.T.N. (otoño 1931), el discurso fundacional del Teatro de la Comedia (29 de octubre de 1933), los asesinatos de nacionalsindicalistas (1933-1934), la proclamación fracasada del Estado catalán (octubre 1934), el acto en el cine Madrid, el primero

---

<sup>4</sup> "Tobarish, 'casa típica y 'compañero', maneras de llamar a los rusos.

<sup>5</sup> El movimiento más importante que impulsó la FUE (Federación Universitaria Escolar) fue la protesta en contra de la Ley Callejo promulgada en mayo de 1928, cuyo artículo 53 permitía expedir títulos universitarios a los dos centros de estudios superiores privados existentes entonces en España, ambos propiedad de la Iglesia Católica, los Agustinos de El Escorial, y los Jesuitas de Deusto. La protesta contra la Ley Callejo se acentuó en 1929. El 27 de febrero una asamblea de asociaciones estudiantiles convocó una huelga para el 7 de marzo. El Gobierno respondió con la expulsión de la universidad del líder de la FUE Sbert, lo que soliviantó aún más los ánimos. Después de una serie de protestas en todo el país, el 28 de enero de 1931, Primo de Rivera presentó la dimisión al rey.



de propaganda nationalsindicalista y presenciado por José Antonio (mayo 1935), las elecciones de febrero de 1936, la clausura del Centro de Nicasio Gallego (febrero 1936), el intento de asesinato de Jiménez de Asúa (12 de marzo de 1936), el encarcelamiento de José Antonio (marzo de 1936), el asesinato de Calvo Sotelo (13 de julio de 1936), y el Cuartel de la Montaña en Madrid (19 de julio de 1936).

La sección *Un cuento mensual* presenta seis cuentos de autores españoles y solo uno en traducción, “Nariz Azul”, del reportero y escritor italiano Vittorio G. Rossi. Las firmas españolas son todas de figuras de intelectuales a menudo de formación y producción vanguardistas, como Samuel Ros, José María Sánchez Silva, Tomás Borrás, Domingo Fernández Barreira, Alfredo Marquerie y Tristán Yuste, seudónimo literario de Octavio Aparicio López.

“La extraña limosna” de Samuel Ros (*Ls/Fs*, 19, II, 1942, 62-63), con ilustraciones de Esteban, después de una introducción acerca de la «revolución roja en Madrid en el año 1936» (62) relata la historia surreal de un robo de ‘talento’, ocurrido durante esos acontecimientos históricos, a una figura de escritor, el cual ahora lo pide como limosna a los paseantes. El texto resulta construido en la línea de la praxis de lo absurdo como lógica visionaria de la realidad propia del Ros que la había cultivado al lado de Gómez de la Serna. Para recordar emblemáticamente a este “vanguardista de camisa azul” (Albert, 2003), del apéndice de fichas bio-bibliográficas que Andrés Trapiello incluye en su *Las armas y las letras. Literatura y guerra civil (1936-1939)* (2014: 587), la que se refiere al intelectual dice: «Samuel Ros (Valencia, 1904 – Madrid, 1945). Novelista. Fue un romántico de la especie intimista – dijo de él su gran amigo Ridruejo, que lo adoraba – y así todo lo que puso fuera, en sus personajes, lo llevaba dentro, en su persona [...] quedaron en la mayor parte de sus cuentos y narraciones ecos de misteriosa poesía, que los hace discretos y silenciosos».

José María Sánchez-Silva (Madrid, 1911-2002), el autor de la celebrísima novela *Marcelino pan y vino*, subdirector de *Arriba* en 1949, además de colaborar en *Ya* y *ABC*, firma el cuento del número de julio, “La chica del impermeable” (*Ls/Fs*, 20, II, 1942, 42-43), que – al año siguiente – reaparecerá en la colección *No es tan fácil* con un título diferente, “Desfila uno solo”. En un ambiente, un ‘no lugar’ de los «soñolientos y cansinos» tranvías que «empujaban hacia su destino a una apretada muchedumbre que leía el periódico de la noche o bostezaba

impaciente en las plataformas» (42) – se propicia el encuentro entre dos figuras emblemáticas, él/ella. Se trata de dos extraños que cruzan sus miradas y, como llevados por un instinto irrefrenable a la vez que fatal, se bajan en la misma parada y empiezan a andar hasta llegar a la Ciudad Universitaria, lugar que se puebla de referencias a la Guerra Civil: «El campo sombrío de la ciudad universitaria, cercado por las arquitecturas mutiladas que habían sostenido como manos la guerra» (43). El limen entre sueño y desencanto/pesadilla no se vislumbra claramente y el despertarse del primero es entrar en la realidad angustiosa de la memoria herida por el trauma de la violencia de la guerra, llevada ya a una dimensión existencial.

El cuento “La pareja del 13” (*Fs/Ls*, 21, II, 1942, 40-41) es de Domingo Fernández Barreira, (1916-1976), periodista, experto de cine, guionista, colaborador de las revistas *Primer plano* y *Triunfo*, además de haber fundado en 1945 el CEC, Círculo de Escritores Cinematográficos, junto a muchos otros intelectuales como Antonio Crespo y Adriano del Valle. El cuento presenta una extravagante pequeña colectividad de tipos, los huéspedes de la Pensión Robles, representativos de caracteres emblemáticos. Se trata del Músico, el «dulce y pacífico flautista»; la Señora Triste, indecisa figura, cuyos ‘votos’, en los debates entre los huéspedes, «eran erráticos y vacilantes»; Don Hombre, «el elemento más avanzado de la pensión» con aficiones teosóficas; y su enemigo, don Justo, de «acendradas opiniones conservadoras». Con doña Presentación Robles, la dueña de la pensión, y la criada Lorenza, cierran este mundillo ‘los del 13’, una pareja de «pájaros raros [...] muchos baúles, facha de aventureros y un desprecio olímpico por las facturas» (40), los cuales van a representar el elemento desencadenante del cuento.

Recopilado luego en *Cuentos con cielo* (Madrid, Aguilar, 1943), entre la tetralogía “Exemplario” (“Exemplo del pavimento del infierno”, “Exemplo del milagro falso”, “Exemplo del que no tuvo nada y del que todo lo tenía”), el cuento del número de septiembre es “Exemplario. Exemplo del Secretario de Moralejas” (*Ls/Fs*, II, 22, 1942, 42-43) de Tomás Borrás (Madrid, 1891-1976), con dibujos de Teodoro Delgado. Se trata de un *exemplum* medieval traspuesto o deconstruido no en su estructura, sino en su nivel de comprobación pragmática y – por lo tanto – en su exégesis, la cual se funda en un multiperspectivismo capaz de fundar una nueva ética de valores. En un ambiente y tiempo

lejanos, un «hombre bienquisto y de fortuna y holgar» decide tener un secretario que apuntase las necedades de su único hijo, un «mancebo demasíadamente poetizador y aun lunático a lo alegre» (42), para remarcárselas y no reincidir. Sin embargo, el mancebo será capaz de enseñar para cada ‘necedad’ otro camino interpretativo, otra perspectiva ética, otra visión de las relaciones interpersonales y de la calidad del ser humano, fundándose todas en la esencial libertad del individuo y en el respecto del otro. Del mismo autor, aunque no en esta sección, se publica el cuento “La mancha en la pintura” (*Ls/Fs*, III, 31, 1943, 36-37). Después de un comienzo en *medias res* (una casa solariega, una mesa preparada para cenar, una joven que, nerviosamente, pasea por el salón asomándose a menudo al balcón bajo la mirada de un sacerdote y de la abuela), ocurre un acto aparentemente incomprensible para todos, es decir una bofetada que Mosén le da a la anciana de repente. En la línea de la paradoja, propia del Borrás cuentista, se desencadena la narración que pasa de lo surreal a una ordenación racional de la realidad y hasta a la posibilidad de extraer de lo aparente absurdo una enseñanza moral. Tomás Borrás, que antes de la guerra había sido uno de los vanguardistas del círculo de Gómez de la Serna, fue escritor, cuentista y dramaturgo. Colaboró con *Vértice* y otros periódicos nacionalistas. Su novela, *Checas de Madrid*, es probablemente su obra más famosa, libro «expresivo, eficaz y heredero del de Foxá, y hermano literario de los de Aub, que conoció un gran número de ediciones [...]» (Trapiello, 2014: 519-20).

Alfredo Marquerié, (Mahón, 1907 – Minglanilla, 1974), fue colaborador en varias revistas, entre las cuales cabe mencionar *Unidad*, *Vértice*, *Fotos*, *Domingo*, etc., y corresponsal en Marruecos, Inglaterra, Alemania, Polonia y la Unión Soviética, además de autor de novelas cortas de estilo sainetesco y costumbrista. En el número de noviembre de la sección firma el relato “Leonor, Luis y la otra” (*Ls/Fs*, 24, II, 1942, 36-37), con dibujos de Asirio, que reproduce un diálogo dramático y cuyo tema es el de un triángulo amoroso tradicional. De hecho, se trata de una escena en la cual, en lo banal de una relación adúltera – a través de un intercambio muy cerrado de reproches – las dos figuras femeninas irán adquiriendo, conflictivamente, un protagonismo inesperado.

El último ‘cuento mensual’ que aparece en esta sección es “La Solana de Santiago” (*Ls/Fs*, 25, II, 1942, 36-37). Su autor es Tristán Yus-

te, pseudónimo del médico y experto de arte Octavio Aparicio López (Almería, 1921 – Madrid, 1978), que publicaba artículos en la revista *Escorial* y colaboraba en *Radio Nacional de España* también con temas de divulgación médica y crítica pictórica que, junto a sus relatos, firmaba precisamente con su pseudónimo. Se presentan, en el relato, dividido en siete partes, fragmentos descriptivos de un ambiente emblemáticamente desolado y encarcelado en su conservadurismo. El ‘yo’ se mueve por estas calles y travesías, como marcando un recorrido del alma angustiada. Este foro social, cosmos vivencial, se puebla de tipos, figuras, grupos, que acuden, como el protagonista, a la Solana por diferentes razones y en diferentes momentos del día.

Edgar Neville Romrée, IV Conde de Berlanga de Duero (Madrid, 1899-1967), está presente en *Legioni e Falangi* con la traducción de su cuento, “La Calle Mayor” (I, 9, 1941, 27-30), cuya versión original no se publica en la edición española de la revista, según la costumbre editorial, probablemente porque aparece, en el mismo año, en España en el volumen/colección de cuentos, *Frente de Madrid* (Madrid, Espasa-Calpe). El libro comprende cinco cuentos largos: “F.A.I.”, “Don Pedro Hambre”, “Las muchachas de Brunete” – anteriormente aparecidos en la revista *Vértice* – “La Calle Mayor” y “Frente de Madrid”, texto – este último – aglutinador del volumen, ya en la prolepsis del título. De hecho, este último cuento largo fija el tema y las coordenadas temporales compartidos entre los diversos textos, como si estos fuesen diferentes episodios de la realidad bélica de la Guerra Civil. Además, este texto se hace *trait d’union* entre Neville e Italia – donde vivió con su pareja Conchita Montes entre 1939 y 1941 – ya que los hermanos Renato y Carlo Bassoli, de la Bassoli Film – lo invitan a Roma, en 1939, para dirigir la adaptación cinematográfica del texto, *Carmen fra i Rossi*, basada precisamente en “Frente de Madrid”. La presencia del cuento “La Calle Mayor. Racconto di Edgar Neville”, solo como texto meta en la edición italiana de la revista podría tener que ver también con el hecho de que el número 9, en el cual aparece, pertenece a una fase de pérdida de total especularidad entre las dos versiones de la revista, ambas impresas, hasta ese momento – abril 1941 – en Roma por Garzanti. El relato se centra en unos pasajes sobre la cotidianidad de los habitantes de la calle Mayor del pueblo de Mudela del Río, en un día específico: 18 de julio de 1936. La figura del cartero, recorriendo la calle para entregar cartas y paquetes a los

varios destinatarios, activa un proceso retrospectivo en el relato emitido por el narrador omnisciente, que pone en marcha un dispositivo analéptico para cada personaje que se asoma al escenario, devolviendo al lector su historia y su esencia.

Gian Gaspare Napolitano (Palermo, 1907 – Roma, 1966), escritor, periodista, guionista y director de cine, presenta en su obra una escritura que a menudo conjuga la literatura y el periodismo y sus reportajes confluyen en el cuento. En los años 1935–1945 fue corresponsal de guerra en Abisinia y España, entre otros escenarios bélicos. De este escritor leemos dos cuentos en la edición italiana de la revista: “La morte davanti al bar” (*L/F*, I, 10, 1941, 27-30) y “Il camerata” (*L/F*, III, 6, 1943, 17-20). El primero, de ambientación española y con una presencia evocadora de italianos ‘periodistas’ que se hace también voz narradora, presenta un cuadro descriptivo y dramático de cariz más bien fílmico. De hecho, en el café/tasca van presentándose figuras de tipos que intercambian diálogos de los cuales la curiosidad de los cronistas intenta extraer fragmentos de vidas, en todo caso, desgarrados por el *leit motif* de la guerra. El segundo cuento, en cambio, se instala en la Italia fascista y relata un ejemplo de heroicidad en el personaje de un adolescente, el cual, por casualidad y con profunda entrega, colabora activamente en la transmisión de informaciones entre *camerata*, en contra del enemigo *partigiano*. La manipulación discursiva aquí intenta seguir el célebre surco de la narrativa de De Amicis, que con su *Cuore* había reflejado ‘los buenos sentimientos’ y lo heroico en una clase de adolescentes de la Italia recién constituida. De esta forma, se cuenta el enfrentamiento entre el joven protagonista y el personaje, hombre mayor y corrompido, reservando para el primero una conmovedora e ingenua heroicidad de *camerata*, que, al mismo tiempo, pone de manifiesto la degradación del otro que practica la praxis fascista.

Arrigo Benedetti, en realidad Giulio, (Lucca, 1910 – Roma, 1976), periodista, escritor, crítico teatral, poeta, representa un caso muy llamativo de intelectual de gran fama relacionado notoriamente con el antifascismo y, sin embargo, presente en la revista que aquí nos ocupa. De hecho, se publica su cuento “Il custode della città. Racconto di Arrigo Benedetti” (*L/F*, I, 11, 1941, 46-47). El personaje de Agostino es el protagonista de este cuento, narrado a través de la memoria de un niño, proficua para amplificar o deformar la materia narrada. De

hecho, se nos presenta una extravagante y paradójica figura de guardián nocturno de un pueblo, el cual, precisamente, transcurre el día durmiendo para despertarse al anochecer y empezar sus recorridos por las calles, listo para intervenir donde se le llame con alarma, como un superhéroe en un tiempo y un lugar lejanos. Además, se publican “Una sera d’autunno” (*L/F*, III, 3, 1943, 22-23) y su traducción, “Una noche de otoño” (*Ls/Fs*, III, 27, 1943, 36-37). El relato sigue la línea surreal y hasta visionaria de otros cuentos ya presentados, amplificada por la perspectiva del niño, narrador protagonista, que relata las deformaciones de la realidad bajo la sugestión de una noche de tempestad otoñal. La relación de Benedetti con la prensa empieza con la experiencia de reseñador de obras literarias para *Omnibus* y seguirá con semanales de público muy diverso como *Tutto*, *Oggi*, *L’Europeo* o *L’Espresso*, periódicos que sufrieron la censura fascista. Benedetti conoció incluso la cárcel en 1943, por haber socorrido a los soldados aliados. Fue enviado especial de *La Stampa* y, en los últimos años de su vida, dirigió también *Il Mondo* y *Paese Sera*.

El relato titulado “Achul” (*Ls/Fs*, 29, 1943, 36-37) presenta un lugar y un tiempo más bien míticos y a un protagonista como una figura atávica, «el salvaje Achul», puesto a guardia de la costa y con una voz tremenda capaz de avisar a los pescadores y a su gente acerca del pasaje de las ballenas, así como de la llegada de los corsarios. El autor es Ricardo Baroja, (Riotinto, 1871 – Vera de Bidasoa, 1953) pintor, grabador y escritor, profesor de la Escuela Nacional de Artes Gráficas, solo un año mayor que su hermano, el novelista Pío Baroja. Su producción es copiosa e imponente, no solo por lo que atañe al centenar de grabados dejados y por los cuales se le considera el sucesor de Goya, sino también por sus mil óleos y aguafuertes, por las dos docenas de libros entre ensayos y novelas, así como por su gran obra dispersa de articulista en distintas revistas y periódicos. Como señala Andrés Trapiello (2014: 516), «la guerra destruyó muchos de sus cuadros y grabados, que se encontraban en la casa de los Baroja en Madrid [...], cuando fue bombardeada. Durante la guerra, en Itzea, Baroja pintó setenta tablas con temas bélicos, tal vez la más extensa aportación de ningún artista a los desastres de 1936. La posguerra la pasó en el pueblo navarro pintando y escribiendo».

Según una carta de 6 de diciembre de 1941 (Scarpelli, 2017: 325), Andrea Francesco Alberto De Chirico (Atenas, 1891 – Florencia,

1952), que ya desde principios de 1914 se presenta con el seudónimo de Alberto Savinio, en aquella época empieza a firmar como Quintilio Maio. Se trata de un destacado periodista, escritor, pintor y compositor italiano, hermano menor del célebre Giorgio De Chirico. La de Maio es una firma recurrente en las dos ediciones de la revista, bien como reseñador teatral para la rúbrica *Máscaras y Escenas/Escenarios*, autor de artículos de crítica literaria y cuentista con “Vendetta postuma” (*L/F*, I, 11, 1941, 33-35), también en traducción con “Venganza póstuma” (*Ls/Fs*, I, 12, 1941, 30-31) y “Uomo eterno” (*L/F*, III, 7, 1943, 17-19). El primer relato sigue la autobiografía fictiva o autoficción, híbrida con la narración histórica ficcionalizada – que también veremos en el cuento de Montanelli – con saltos temporales y, en este caso, el todo sumergido en una dimensión onírica. De hecho, el narrador, en las Olimpiadas de Atenas de 1896, reconoce al hijo del arqueólogo Enrico Schliemann, que le da pie para narrar los fastos de la majestuosa ciudad griega, las gestas de Agamenón, que sigue buscando su venganza. Luego, en la Primera Guerra Mundial, este mismo narrador relaciona Troia e Hissarlik, hasta llegar, entre meditaciones, al momento actual. El segundo texto es una narración, refinada en el estilo y con matices de ironía reflexiva, que relata un caso fantástico de ‘eterna juventud’ de un hombre a partir de la predestinación que le asigna su padre al imponerle el nombre, Eonio, en griego ‘eterno’. La condena que esconde su destino se corresponde con una unicidad que lo aleja de su misma vida, sus afectos y de la historia, alusivamente recordada a través de la fecha 1918, final de la Primera Guerra Mundial.

En el n. 11 de septiembre de 1942 (15-17) de *Legioni e Falangi*, en la parte de la revista habitualmente destinada a la crónica política, se publica el largo artículo/cuento “Oggi a Farsalo con Cesare”, presente también en traducción, aunque en una versión bastante reducida, en la edición española, “Hoy en Farsalia con César” (25, II, 1942, 10-11), firmado por Indro Montanelli. Considerado como uno de los más grandes periodistas italianos del siglo XX, Indro Alessandro Raffaello Schizògene Montanelli (Fucecchio, 1909 – Milano, 2001), fue también ensayista, historiador y comediógrafo. En las mismas fechas de esta colaboración con *Legioni e Falangi*, escribía para el semanal *Tempo*, que también vivió una experiencia de edición bilingüe ítalo-española, con el seudónimo *Calandrino* para la rúbrica *Tempo perduto*. El interés

hacia la historia romana del intelectual se hace patente en “Oggi a Farsalo con Cesare”, y en forma embrionaria, ya que en los años 50 publicará su celeberrima *Storia di Roma*, por entregas en *La Domenica del Corriere* y luego en volumen por Longanesi en 1957. La evocación histórica del título, la batalla de Farsalo del 9 de agosto de 48 a.C., presenta un elemento desestabilizador desde el punto de vista del discurso histórico, un ‘hoy’ que abre el texto a una serie de distorsiones, entre las cuales se encuentra la presencia de un yo narrador *sui generis*, un ‘periodista’ siguiendo a César («Attendemmo Pompeo con impazienza, ufficiali, sottoufficiali e soldati e anche noi giornalisti», 16) para escribir sus crónicas y la Historia.

El insigne periodista, escritor, crítico literario y dramaturgo Orio Vergani (Milán, 1898-1960), autor de más de veinte mil artículos a lo largo de su vida y colaborador polifacético del *Corriere della Sera* durante treinta y cuatro años, firma en la revista cuatro cuentos, dos de los cuales aparecen también en traducción. En “Dafne” (*L/F*, II, 9, 1942, 17-19) y su traducción con el mismo título (*Ls/Fs*, II, 22, 1942, 28-29) la voz de la camarera que canta en el huerto despierta a su amo, Stefano Melandri, filósofo y poeta, que duerme en su habitación en la villa donde está solo, ya que su mujer se ha ido de excursión. Habiendo sido despertado por el ruido, de pronto, el hombre se pone a espiar a la camarera por entre las maderas de las persianas, sin acordarse «ni de que era filósofo ni de que era poeta» (28). Cuando Rita, la camarera, se da cuenta de que el amo la está espiando, se echa a gritar y, cuando él la persigue, la agarra y, perdido todo freno, le rebusca entre la camisa, ella, de repente, empieza su metamorfosis en planta. «La sirena» (*L/F*, II, 4, 1943, 15-17), que aparece también en traducción (*Ls/Fs*, III, 30, 1943, 34-35) con ilustraciones de Cabanyes, se abre con la escena de cinco jóvenes conversando en un establecimiento de baños frente al mar. Uno de ellos empieza a hablar del destino, de las indicaciones sugeridas a cada ser humano y del poder que cada uno tiene de cambiarlas, trazando su propio camino en el mundo. Acabando su discurso, el joven se dirige a una de las chicas presentes, diciéndole que «su destino tiene una forma musical». Desde entonces, ella empieza a buscar su música, descubriéndola, finalmente, en el mar y decidiendo quedarse a solas con el secreto de ser, de alguna manera, «una sirena desterrada», en exilio en la Tierra. En esta misma Tierra, aquel joven que un día, frente al mar, le había aconsejado



que se escuchara para encontrar su destino, ahora la besa, pidiéndole la mano, sin reconocer «la boca fría de las sirenas». “Susanna” (L/F, III, 1, 1942, 15-17) narra la historia de una mujer que de repente, en plena noche, se despierta y se encuentra en un lugar desconocido, totalmente desnuda, aterida de frío y muy asustada. Solo siguiendo la lectura, se descubre que se trata de Susana, protagonista de un cuadro que celebra el tema de “Susana y los viejos” que ha salido de la tela y, en sus setenta centímetros, empieza a vagar por el museo. Susana es encontrada por el director del museo, quien intenta ayudarla y, entre tanto, buscar a los dos viejos del cuadro. Solo la última línea del cuento nos hace intuir que resulta ser toda una alucinación onírica del director del museo, el cual, de pronto, vuelve a dormir sus sueños. “La grande vasca” (L/F, III, 9, 1943, 17-18), como tres de los cuentos anteriores, empieza con el despertar del protagonista. En este caso, se trata de un chico que, en el silencio de la noche, en su camita, se pone a pensar y, casi mágicamente, logra comunicarse con su padre el cual, en la habitación contigua, se despierta también y se dirige hacia la habitación del hijo, convencido de que se ha despertado y encontrándolo, sin embargo, dormido. Los pensamientos del hijo son los que tenía el padre a su edad, al igual que sus miedos, sus intereses, el repentino despertar por la noche y los juegos alrededor del estanque de los jardines públicos. El padre, mientras todos duermen, reflexiona sobre el pasado, sobre la vida de aquel pequeño hombre que, de alguna manera, será la prosecución de la suya.

Marco Ramperti (Novara, 1886 – Roma 1964), es autor, en *Legioni e Falangi*, de un único artículo titulado “L’ultima corrida” (L/F, III, 2, 1942, 17-19). Conocido periodista, Ramperti escribe en muchas de las terceras páginas de los diarios de la época, llegando a ser, desde 1920 hasta 1935, uno de los «giornalisti più interessanti del tempo nostro» (Pellizzi, 1929: 27). Socialista, antifascista, empieza su carrera periodística publicando en ¡*Avanti!*!, colabora con *L’Illustrazione italiana* escribiendo críticas teatrales, cinematográficas, literarias, musicales y reportajes. En 1943, inesperadamente, se posiciona contra la Italia oficial, llegando a ser vehemente defensor del Régimen. Por lo tanto, acusado de colaboracionismo, en diciembre de 1945 es condenado a 16 años de reclusión, aunque es liberado después de los primeros 15 meses de cárcel. Después de esta experiencia, en 1950, publica su obra más famosa y apreciada, *Benito I imperatore* y, luego, la novela auto-

biográfica *Quindici mesi al fresco* (1960). “L’ultima corrida” va creando el relato a partir de la actualidad degradada y desesperada de Don Vicente Ferial, ex torero valeroso que se culpa por no haber sabido defender a su única hija de una muerte trágica a mano de un hombre indigno de la cual se había enamorado. Así, arrastra su vida en un tugurio de contrabandistas hasta que se le ofrece la oportunidad de rescatar su drama íntimo al salvar a una joven con un destino parecido al de su hija.

Víctor Ruiz Albéniz (Puerto Rico, 1885 – Madrid, 1954), bajo el seudónimo de *El Tebib Arrumi*, firma para la revista el cuento: “Chi è il Tebib?” (*L/F*, II, 12, 1942, 15-17). Entre las escasas noticias encontradas, en la página web de *Elmindolibro.es*, un artículo así lo define: «‘El Tebib Arrumi’, que significa ‘El Médico Cristiano’, es uno de los muchos seudónimos que utilizó en su tarea como cronista. El apodo lo utilizó en sus artículos sobre la guerra de Marruecos. También firmó como *Chispero*, *Doctor Cito*, *Acorde*, *Don Sincero* y *Bargas*, según tratara en sus textos de los avatares de Madrid, de medicina o de toros, entre otros temas» (s.a., 2003: s. p.). Conocido por ser el cronista oficial del régimen de Franco, antes, en el protectorado Marroquí, ejerciendo como médico, trabajó como reportero bélico de *Diario Universal e Informaciones*. Publica en diferentes periódicos y publicaciones españolas, es cronista del *ABC* y es también novelista y cuentista. Además, desde 1937 es presidente de la Asociación de la Prensa de Madrid y, en 1943, es nombrado también Cronista Oficial de la Villa de Madrid. El cuento aquí reproducido relata el episodio bélico de la entrada de las tropas franquistas en Barcelona y, de forma autobiográfica o autofictiva, pone énfasis heroico en la figura de El Tebib, médico que una joven enfermera reconoce y lleva a la cama del hijo herido. Lo dramático personal se entrelaza con lo dramático del acontecimiento histórico, con un cruzarse de los planos y de los discursos y con un efecto de actualización enfática.

El cuento “El presente del Gadiri” (*Ls/Fs*, III, 26, 1943, 36-37) lleva la firma de Luis Antonio de Vega (Bilbao, 1900 – Madrid, 1977), escritor, periodista, poeta del *Romancero Colonial*, destacado arabista y gastrónomo. En el periódico bilbaíno *Pérgola*, Gregorio San Juan (2000: XI) escribe de él que se «vinculó al mundo musulmán, no sólo por su vocación y su enorme conocimiento, sino también por su matrimonio con una ilustre dama tetuaní. Sus novelas son, en una buena parte, de

tema marroquí. [...] También lo son sus cuatro libros de reportajes (en realidad, relatos cortos, cuentos vividos)». De ambientación árabe es también el cuento “El presente del Gadiri”, en el que se mezclan un exotismo sensual y lo conservador de las costumbres sociales en relación con la figura de la mujer, que desemboca en el macabro regalo que recibe el joven capitán español enamorado de la bellísima cuarta esposa de Sidi Abd-el-Kader el Gadiri.

Eugenio Mediano Flores (Salamanca, 1911-1973), fue cuentista, periodista y poeta español. Fundó los periódicos *Alerta*, *Haz*, *Medina* y *Hechos*. Entre sus obras destaca la colección *Desierto y camino. Poemas* (1947). El día después de su muerte, el jueves 29 de marzo de 1973, el *ABC* lo recuerda así: «[...] había tomado parte muy activa en la fundación de revistas literarias e interviniendo intensamente en la vida cultural del país en los años de la inmediata posguerra, en los que fue secretario general del Ateneo madrileño. Tras residir en Chile durante unos años, regresó a España, para dedicarse activamente al periodismo. Ingresó en *Pueblo*, diario del que fue corresponsal en Buenos Aires, y ejerció en revistas y otras publicaciones y en emisoras de radio la crítica literaria, artística y teatral» (p. 65). El cuento que lleva su firma es “La llave del féretro” (*Ls/Fs*, III, 29, 1943, 36-37), con ilustraciones de Kin. En la oficina de una imprenta, un corrector de pruebas lee en voz alta las galeradas de un próximo libro de filosofía a su autor y, al mismo tiempo, los dos comentan y discuten los pasajes. Se ofrece, por lo tanto, el pretexto para una meditación filosófica sobre el sentido de la vida y de la muerte hasta que, al filósofo, cada vez más agitado por defender sus teorías, le da un ataque y cae muerto al suelo. La segunda parte del cuento presenta la dimensión fantástica del cielo, donde ahora se encuentra el fantasma del filósofo junto a otros. La incapacidad de aceptar su despedida del mundo, que contradice sus teorías, convierte el texto en una irónica parodia.



## Bibliografía y Sitografía

- ABELLÁN, M. L. (1980), *Censura y creación literaria en España (1939-1976)*, Barcelona, Península.
- ABELLÁN, M. L. (1987), "Fenómeno censorio y represión literaria", *Diálogos Hispánicos de Amsterdam*, Nº5, 5-25.
- ALBERT, M. (1998), *Vencer no es convencer. Literatura e ideología del fascismo español*, Madrid, Vervuert.
- ALBERT, M. (2003), *Vanguardistas de camisa azul*, Madrid, Visor Libros.
- ANDRÉS, G. (2012), *La batalla del libro en el primer franquismo. Política del libro, censura y traducciones italianas*, Madrid, Huerga y Fierros editores.
- BELARDELLI, G. (2005), *Il ventennio degli intellettuali: cultura, politica e ideologia nell'Italia fascista*, Roma-Bari, Laterza.
- BERTONI, C. (2013), *Letteratura e giornalismo*, Roma, Carocci.
- BLAS, A. de (1999), "El libro y la censura durante el franquismo: un estado de la cuestión y otras consideraciones", *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie V, Historia Contemporánea, 12, 281-301.
- BONSAVER, G. (2013), *Mussolini censore. Storie di letteratura, dissenso e ipocrisia*, Roma-Bari, Laterza.
- CAMPS, A. (2014), *Italia en la prensa periódica durante el franquismo*, Barcelona, Universitat de Barcelona.
- CAROTENUTO, G. (2005), *Franco e Mussolini, La guerra mondiale vista dal Mediterraneo: i diversi destini di due dittatori*, Milano, Sperling & Kupfer.
- CANNISTRARO, P. V. (1975), *La fabbrica del consenso: fascismo e mass media*, Roma-Bari, Laterza.

- CARDIA, N. (2008), "Il neopurismo e la politica linguistica del fascismo", *Écho des Études Romanes, Revue semestrielle de linguistique et littératures romanes*, Institut d'études romanes de la Faculté des Lettres de l'Université de Bohême du Sud, Vol. IV/Num. 1, 43-54.
- CAROTENUTO, G. (2005), *Franco e Mussolini, La guerra mondiale vista dal Mediterraneo: i diversi destini di due dittatori*, Milano, Sperling & Kupfer.
- CEMBALI, M. E. (2006), "I traduttori nel Ventennio fascista fra autocensura e questioni deontologiche", Milano, archivo della Fondazione Arnoldo e Alberto Mondadori: Fondo Arnoldo Mondadori. En: <http://www.intralinea.org/specials/article/1636> [fecha acceso: 07.06.2017].
- CESARI, M. (1978), *La censura nel periodo fascista*, Napoli, Liguori.
- COETZEE, J. M. (2016), *Contra la censura. Ensayos contra la pasión por silenciar*, Barcelona, Penguin Random House Grupo Editorial.
- COSTA FERNÁNDEZ, L. (2013), "Comunicación y propaganda durante la dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)", *Historia y Comunicación Social*, Vol. 18. N° Esp. Dic., 385-396.
- ECO, U./LIVOLSI, M/ PANOZZI, G. (1979), *Informazione. Consenso e Dissenso*, Milano, Il Saggiatore.
- GALLEGO CORTÉS, A. (2011), *Diario de un falangista de primera línea*, Barcelona, Ediciones Nueva República.
- GÓMEZ MOMPART, J. L. (2002), "Ecosistema comunicativo franquista y construcción simbólica y mental de España", García Galindo, J. A. (ed.), *La comunicación social durante el franquismo*, Málaga, CEDMA, 597-608.
- IOVINELLI, A. (2004), *L'autore e il personaggio. L'opera metabiografica nella narrativa italiana degli ultimi trent'anni*, Soveria Mannelli (Catanzaro), Rubbettino.
- KRAMER, M. (1995), "Breakable rules", Sims, N., Kramer, M. (eds.), *Literary Journalism: A New Collection of the Best American Nonfiction*, New York, Ballantine Books, 21-34.

- LLORENS GARCÍA, R. F. (1994), «Legiones y Falanges: una experiencia insólita», *Relaciones culturales entre Italia y España: III Encuentro entre las Universidades de Macerata y Alicante*, Alicante, Universidad de Alicante, 91-103.
- MARTÍNEZ DEL PORTAL, M. (2014), “Introducción”, José Martínez Ruiz (Azorín), *La voluntad*, Madrid, Cátedra, 9-96.
- MILLÁN JIMÉNEZ, (1991), *El cuento literario español (1939-1949)*, Tesis doctoral, Universidad Complutense, en: <http://eprints.ucm.es/3250/1/T16933.pdf> [fecha acceso: 17.04.2017].
- MURIALDI, P. (2014), *Storia del giornalismo italiano*, Bologna, Il Mulino.
- OSKAM, J. (1992), “Las revistas literarias y políticas en la cultura del franquismo”, *Letras peninsulares* 5, 3, 389-405.
- PECOURT, J. (2006), “El campo de las revistas políticas bajo el franquismo”, *Papers* 81, 205-228.
- PELLIZZI, C. (1929), *Le lettere italiane del nostro secolo*, Milano, Librerie d'Italia.
- PEÑA, V. (2010), “España y la segunda guerra mundial: doctrina política y cultura militante en *Legioni e Falangi*. *Rivista d'Italia e di Spagna (1940-1943)*”, *RSEI, Revista de la sociedad española de italianistas*, 6, 119-143.
- PINELLO, A. (2016), “Azorín en *Legiones y Falanges*: creador desengañado de microcosmos felices”, Prestigiacomo, C. (ed.), *Identità, totalitarismo e stampa. Ricodifica linguistica-culturale dei media di regime*, Palermo, UniPaPress, 343-358.
- PIZARROSO QUINTERO, A. (2002), “Italia y España franquista: información y propaganda (1939-1945)”, García Galindo, J. A. (ed.), *La comunicación social durante el franquismo*, Málaga, CEDMA, 33-54.
- POLIZZI, A. (2015), “Scrittura autoreferenziale negli articoli letterari di *Legioni e Falangi*/*Legiones y Falanges*”, Sinatra, C. (ed.), *Stampa e regimi. Studi su Legioni e Falangi/Legiones y Falanges*. *Una Rivista d'Italia e di Spagna*, Bern, Peter Lang, 277-299.

*Bibliografía y Sitografía*

- POLIZZI, A. (2016), "Intersticios conflictivos en la sección «Un cuento mensual» de la revista *Legiones y Falanges* (1940-1943)", Prestigiacommo, C. (ed.), *Identità, totalitarismi e stampa, Ricodifica linguistica-culturale dei media di regime*, Palermo, UniPaPress, 361-372.
- RODRÍGUEZ PUERTOLAS, J. (2008), *Historia de la literatura fascista española*, Madrid, Ediciones Akal.
- RUIZ BAUTISTA, E. (2017), "¿Una censura católica? Censura editorial y catolicismo durante el franquismo (1939-1966)", *Historia Actual Online*, 42 (1), 71-85.
- RUIZ CONTRARES, L. (1946), *Memorias de un desmemoriado*, Madrid, Aguilar.
- RUIZ-COPETE, J. (2001), *Narradores andaluces de posguerra. Historia de una década (1939-1949)*, Sevilla, Universidad de Sevilla.
- RUSSO, A. (2016), *Catálogo y estudio de la revista Horizonte. Arte, literatura y actualidades, Sevilla-Madrid, 1938-1942*, Sevilla, Ediciones Ulises.
- S. A., «Las crónicas madrileñas de Víctor Ruiz Albéniz» (2003), <http://www.elmundo.es/elmundolibro/2003/12/10/historia/1071079646.html> [fecha acceso: 22.08.2017].
- SAGRERA, L. (1967), *Agustín de Foxá y su obra literaria*, Madrid, Cuadernos de la Escuela Diplomática.
- SAN JUAN, G. (2000), «Luis Antonio de Vega, un novelista bilbaino en tierras del Garb y Yebala», *Pérgola*, 142, XI en <http://www.bilbao.eus/bld/handle/123456789/33574> [fecha acceso: 17.04.2017].
- SCARPELLI, N. (ed.) (2017), «*Attraversiamo un momento nel quale scrivere non è facile*». *Pier Maria e Francesco Pasinetti, lettere scelte 1940-1942*, Venezia, Edizioni Ca' Foscari.
- SCOTTO DI LUZIO, A. (1995), "«Gli editori sono figliuoli di famiglia»: fascismo e circolazione del libro negli anni Trenta", *Studi storici*, 36, 3, 761-810.



- SINATRA, C. (ed.) (2015), *Stampa e Regimi. Studi su Legioni e Falangi/Legiones y Falanges. Una Rivista d'Italia e Spagna*, Berna, Peter Lang.
- SINOVA, J. (2006), *La censura de prensa durante el franquismo*, Barcelona, DeBolsillo.
- TRAPIELLO, A. (18.11.1984), "¿Quién piensa en 1936?", *El País*.
- TRAPIELLO, A. (2014), *Las armas y las letras. Literatura y guerra civil (1936-1939)*, Barcelona, Destino.
- TUSELL, J./QUEIPO DE LLANO, G. G. (1985), *Franco y Mussolini*, Barcelona, Planeta.
- VENTURINI, M. (2010), "Il mito dell'Impero tra letteratura e giornalismo", *Controcannone: per una cartografia della scrittura coloniale e postcoloniale italiana*, Roma, Aracne, 25-30.
- ZALBIDEA BENGEOA, B. (2002), "Prensa del movimiento y prensa del estado: un modelo de dirigismo institucional", García Galindo, J. A. (ed.), *La comunicación social durante el franquismo*, Málaga, CEDMA, 557-570.
- ZAVALA, L. (2006), "Un modelo para el estudio del cuento", *Casa del tiempo*, 26-31.



## Narrativa Breve



VITTORIO GIOVANNI ROSSI

“Strada Indiana”  
(L/F I, 8, 1941, XIX, 27-29)

– Questo è tèch del Màlabar: più scuro – disse Solcedo prendendo sulla tavola due cubi di legno giallobruno e soppesandoli con le mani. – E questo è tèch della Birmania: più chiaro.

Mi porse i due cubi di legno: legno resinoso, grasso, aromatico, aveva un sapore di foresta. Portava anche i segni del lavoro dell’uomo, le righe oblique dei denti della sega: è legno per travature, traversine delle linee ferrate, opere navali e marittime, resiste ottimamente al tempo e anche sottacqua; dava piacere tenerlo nelle mani, palparlo, sentire quell’aroma caldo di foresta e la compatta forza vegetale di quella materia da costruzione.

Dal *maidàn* che si stendeva attorno alla baracca di Solcedo, venivano i tonfi cupi dei tronchi squadrati di tèch che gli elefanti avevano trasportato e ora lasciavano cadere; e i gridi secchi dei *mahùt* che incitavano gli elefanti.

Salcedo si passò una mano sulla faccia, lunghe gocce di sudore gli scorrevano dalla fronte sulle guance: poi, stando in piedi; s’appoggiò con le mani alla spalliera della sedia, pesantemente, come se fosse per accasciarsi e schiacciarsi a terra.

Nella baracca il calore era atroce: dalle fessure la luce penetrava violentemente, era un’irruzione di metallo fuso, pareva rodere e divorare gli orli delle tavole.

Io guardavo la faccia di Solcedo; floscia, disfatta, quasi bigia, gli occhi infossati e spenti: in ogni gesto, nelle parole che lui diceva, si sentiva lo sforzo ch’egli creava per vincere una pesante stanchezza, il peso d’un corpo che sta per abbandonarsi ma è tenuto su da una dura volontà.

Si passò ancora la mano sulla faccia; disse:

– Oggi mi sento come un verme. Non dormo da quattro cinque notti; non riesco a far niente.

Stava con la testa chinata, gli occhi svaniti sulla tavola, il respiro grosso. D’un tratto si raddrizzò; fu come se si liberasse con uno strappo da un peso enorme. La faccia gli s’era indurita; stringeva la spalliera della sedia come per brandirla, mulinarla in aria.

“Caminos de la India”  
(*Ls/Fs*, I, 10, 1941, 32-35)

—Esto es tech de Malabar: es más oscuro dijo Solcedo cogiendo de la mesa dos trozos de madera amarilla negruzca y sopesándolos con las manos... Y esto es tech de Birmania: más claro.

Me largó los dos trozos de madera: madera resinosa, hinchada, aromática, tenía cierto olor campestre. Llevaba también las huellas del trabajo del hombre, las líneas oblicuas de los dientes de la sierra; es madera de construcción para traviesas de las líneas férreas, obras navales y marítimas; resiste muy bien al tiempo y bajo el agua; daba gusto tenerla entre las manos, palparla, sentir el cálido aroma del bosque y del compacto vigor vegetal de aquella materia de construcción.

Del maidan que se extendía alrededor de la barraca de Solcedo venían los ruidos secos de los troncos cuadrados de tech que los elefantes habían transportado y los dejaban caer, y los gritos entrecortados de los mahut que animaban a los elefantes.

Solcedo se pasó una mano por la cara; grandes gotas de sudor le bajaban de la frente a las mejillas; luego, poniéndose en pie, se apoyó al respaldo de la silla con cierta dejadez como si estuviese abatido y fuese a caer en tierra.

En la barraca el calor era insoportable; por las hendeduras penetraba la luz con violencia; parecía una irrupción de metal fundido que roía y devoraba los extremos de la mesa. Yo contemplaba la cara de Solcedo: demacrada, deshecha, pardusca, con los ojos hundidos y apagados; en cada gesto, en las palabras que el pronunciaba, se sentía el esfuerzo que hacía para vencer un agobiante cansancio, el peso de un cuerpo que está para caer, pero que se sostiene gracias a una férrea voluntad.

Se pasó de nuevo la mano por la cara, diciendo:

—Hoy me siento como un gusano. No duermo desde hace cuatro o cinco noches; no acierto a hacer nada.

Estaba con la cabeza inclinada, la mirada perdida por la mesa, la respiración fuerte. De pronto se irguió; fue como si de un estirón se librara de un enorme peso. El semblante se había puesto hosco; sujetaba el respaldo de la silla como para blandirla, voltearla en el aire.

Disse: – Non è niente. Passerà. E ora, via, al lavoro! –; e parve che si desse una frustata.

Uscì sul *maidàn*; dopo un po' udimmo la sua voce schiacciare tra i tonfi cupi del tèch, i gridi secchi dei *mahùt* e i barriti degli elefanti.

Domandai a Pragiàpati, pensando che Solcedo era di frequentazione piuttosto mattiniera con l'alcole:

– È ubriaco Solcedo?

– Macché. Ha il male del paese, effetto del clima, i medici lo chiamano «testa del Pangjàb»: sentirsi la testa vuota, intontita, nessuna voglia di lavorare, un grande sfinimento, non poter dormire la notte. Ma lo avete sentito? «Via, al lavoro!». E ora sta gridando come un'aquila ai *coolies* e ai *mahùt*. Dove prendete tanta forza di volontà voi occidentali? Ditemi: dove la prendete?

Salimmo sulla sua automobile... Era una macchina tutta sconquassa e ammaccata, tenuta insieme da molte e industrie legature di filo di ferro, antiche e recenti. Ma aveva un fanale nuovo, l'altro era esattamente adeguato al resto della macchina: un fanale fresco di fabbrica, strepitosamente nuovo, sotto la polvere doveva essere splendidissimo; veniva voglia di mettersi a spolverarlo col fazzoletto, vederlo brillare di tutta la sua fragrante bellezza di metallo e cristallo su quel mobile ammasso di lamierino pesto e di legature di filo di ferro.

Quando cominciammo a correre la strada, m'accorsi che una delle ruote davanti svagava, andava a sghimbescio, forse stava per sfilarsi e volar via.

Richiamai con sollecitudine l'attenzione di Pragiàpati sulla ruota e sulle possibili disgrazie attinenti alle sue stranezze: ma Pragiàpati mi rispose tranquillo: – Lo sò –; e invece di occuparsi della ruota, riprese l'importante discorso che aveva cominciato fuori della baracca di Solcedo.

– Dove trovate tanta forza di volontà voi occidentali? Tanta energia di fare, lavorare, lottare, conquistare? A volte, sembrate sfiniti, perduti, mezzo morti, ed ecco che all'improvviso saltate su con una furia che mette paura, e ricominciate a lavorare. Se vi dicono che sulla porta dell'inferno c'è una miniera d'oro, accorrete in folla, nulla vi ferma più. Che cos'è la vita per voi occidentali, dite? Una torta dolce, da prenderne un pezzo grosso e mangiarselo?



Dijo: —No es nada. Pasará. Y ahora, ¡hala!, al trabajo—; y pareció como si se hubiese dado un latigazo.

Salió al maidan; al poco rato oímos su voz resonar entre los ruidos secos del tech, los gritos entrecortados de los mahut y los berridos de los elefantes.

Pregunté a Pragiápati, creyendo que Solcedo estaba acostumbrado, incluso por la mañana, al alcohol:

– ¿Está borracho Solcedo?

– ¡Qué va, hombre! Tiene el mal del país, efecto del clima; los médicos lo llaman “cabeza de Pangial”: sentirse la cabeza vacía, entontecida, ninguna gana de trabajar, un gran agotamiento, no poder dormir por la noche. Pero ¿habéis oído? “¡Hala!, al trabajo”. Y ahora está gritando como un loco a los coolíes y a los mahut. ¿De dónde sacáis vosotros los occidentales tanta fuerza de voluntad? Dime: ¿De dónde la sacáis?

Montamos en su automóvil. Estaba todo él destrozado, magullado, unido con muchas e ingeniosas ligaduras de alambre, antiguas y modernas. Pero tenía un farol nuevo; el otro era proporcionado a lo demás; un farol salido de la fábrica, a todas luces nuevo, bajo el polvo debía resultar algo espléndido: daban ganas de ponerse a quitarle el polvo, verlo brillar con toda su deslumbrante belleza de metal y cristal en aquel móvil montón de láminas magulladas y de ligaduras de alambre.

Cuando empezamos a marchar por la carretera me di cuenta de que una de las ruedas de delante iba en zíg-zag, sesgada, tal vez estaba para salirse.

Llamé con inquietud la atención de Pragiápati sobre la rueda y las posibles desgracias derivadas de sus extravagancias; pero Pragiápati me respondió tranquilo: “Lo sé”; y en vez de ocuparse de la rueda, reanudó el importante discurso que había empezado fuera de la barraca de Solcedo:

– ¿Dónde encontráis tanta fuerza de voluntad los occidentales? ¿Tanta energía para obrar, trabajar, luchar, conquistar? A veces parecéis que estáis agobiados, abatidos, medio muertos, y de pronto irrumpís con una furia que da miedo y empezáis de nuevo a trabajar. Si os dicen que en la puerta del infierno hay una lámina de oro, acudís en montón, nada os detiene. ¿Qué es la vida para vosotros los occidentales, di? ¿Una torta dulce de la que se toma un buen trozo y se come?

La strada rasentava il fiume; erbe morte e bagliori fulminanti scorrevano sull'acqua. Nell'acqua stavano sdraiati alcuni elefanti: poderosamente immobili, blocchi di basalto, e l'acqua del fiume che girava dolcemente attorno: c'era nel loro giacere una calma ebrezza di fresco, d'acqua che scivola addosso e passa.

Sugli elefanti erano coricati i *mahùt*: nudi, lucenti, la faccia nascosta nel cerchio delle braccia: dormivano.

– Elefanti sulla nostra strada, buon augurio – disse Pragiàpati, interrompendo momentaneamente il suo discorso.

Io, che non riuscivo a distogliere lo sguardo e il pensiero dominante dalla stravagante ruota della sua automobile, mi rinfrancai alquanto a questo annunzio, pensando che l'incontro con gli elefanti poteva forse avere occulto e benefico riferimento con la sorte della ruota.

Pragiàpati, che masticava *bétel* e parlando mostrava di tratto in tratto il rosso sanguigno dei denti e della lingua colorati dal sugo del *bétel* continuò:

–Io non conosco la vostra religione, non so se voi credete nell'al dilà, in un'altra vita dopo questa. Ci credete veramente?

Era quello il momento di fare una domanda così grave, dentro un'automobile che poteva d'attimo in attimo slegarsi e andare in pezzi, e una ruota davanti che era più di là che di qua?

Infatti, la mia affermazione della nostra inconcussa fede nell'esistenza d'una vita ultraterrena non dovette fare soverchia impressione a Pragiàpati, il quale seguì il suo discorso come se io non avessi risposto niente.

– Per noi indù la vita, questa vita, tutto che ci circonda e vediamo e tocchiamo, è illusione. *Maya*, cioè illusione o prodotto d'illusione. Illusione il piacere, illusione il dolore, tutto. E i mali che ci affliggono, da che ci vengono? Da noi stessi ci vengono, dalla nostra vita anteriore, effetto delle colpe che noi abbiamo commesso prima che la nostra anima si reincarnasse nell'uomo che oggi siamo. Quindi per i nostri mali non ce la possiamo prendere con nessuno fuori di noi stessi; non ci resta che sopportare ed espiare.

La carretera rozaba el río; hierbas muertas y resplandores radiantes descendían por el agua. En ella estaban echados algunos elefantes completamente inmóviles, bloques de basalto, y el agua del río que giraba alrededor; había en su postura cierta reposada frescura, de agua que resbala por encima y pasa

Encima de los elefantes estaban recostados los mahut, desnudos, brillantes, la cara escondida entre el círculo formado por los brazos; dormían.

—Elefantes en nuestro camino, buen augurio—dijo Pragiápati, interrumpiendo momentáneamente su discurso.

Yo, que no conseguía apartar de su automóvil la mirada y el pensamiento dominado por la extravagante rueda, me reanimé un poco a esta noticia, pensando que el encuentro con los elefantes podía tal vez tener referencia oculta y benéfica con la suerte de la rueda.

Pragiápati, que masticaba betel y hablando mostraba de vez en cuando el rojo sanguinolento de los dientes y de la lengua coloreados por el jugo del betel, continuó:

—Yo no conozco vuestra religión; no sé si creéis en el más allá, en otra vida después de ésta. ¿Creéis en verdad?

¿Era aquel el momento de hacer una pregunta de tanta importancia, dentro de un automóvil que en un abrir y cerrar de ojos podía desunirse y hacerse trizas y una rueda delantera que estaba más saliente de un lado que de otro?

En efecto, mi afirmación de mi profunda fe en la existencia de una vida ultraterrena no debió de causar gran impresión a Pragiápati, el cual continuó su discurso como si yo no hubiese dicho nada.

—Para nosotros los hindúes, la vida, esta vida, todo lo que nos rodea, vemos y tocamos, es pura ilusión. Maga, es decir, ilusión o producto de la ilusión. Ilusión el placer, ilusión el dolor, todo. Y los males que nos afligen, ¿de dónde nos vienen? De nosotros mismos, de nuestra vida anterior, efecto de las culpas que hemos cometido antes que nuestra alma se reencarnase en el hombre que hoy somos. Por consiguiente, fuera de nosotros mismos no nos la podemos tomar con ninguno por nuestros males: no nos queda otro remedio que soportar y expiar.

«Che insegna il bramanesimo? Insegna che bisogna soffocare il desiderio, ossia la volontà di vita, mediante la rinunzia. E il buddhismo? Che la vita è dolore, che il dolore nasce dal desiderio, che per estirpare il dolore non c'è, naturalmente, che da estirpare il desiderio; e l'uomo altro non essere che materia in cammino verso la disgregazione e l'annientamento. E non dovete dimenticare che sebbene il buddhismo sia quasi scomparso dall'India, esso è un puro frutto del suolo indiano, cosa nostra, nata qui».

Sputò la foglia trita di *bétel*, e proseguì: «Noi siamo immersi nella religione, tutti gli atti della nostra vita sono impregnati di religione. Pensate alle caste, fondamento della vita indiana. La casta bràmana è uscita dalla bocca di Visenu Naràyana, la casta ksàtrya dalle sue braccia, dalle sue cosce la vàiscya, dai piedi la sciùdra. Origine nettamente, corporalmente divina, quindi. Ma lasciamo stare le antichità. Le due tre mila caste e sottocaste di oggi, benché originate da innumerevoli complicati fermenti, benché prevalentemente rappresentino vaghe sfumate distinzioni di razza e, sopra tutto, diversità di mestiere, sono nuclei umani avvolti e isolati da formule di religione. Il *Dharma*, la sacra legge di vita, regola con sopraffina pedanteria le opere, la convivenza, tutti i rapporti degli uomini.

«La religione è il nostro *wkisky*: appaga tutti, o quasi tutti, i nostri normali bisogni di eccitazione e di ebrezza. Siamo un popolo adorante; ci occorrono molti dei. Nella festa della nascita di Ganéscia, il contadino adora gli arnesi con cui lavora la terra, il muratore la sua cazzuola, il fabbro il suo martello, lo scrivano la sua penna, e devotamente li spargono di riso colorato con lo zafferano e di pasta di sandalo. Se un operaio maltratta uno dei suoi ferri di lavoro, poi se ne pente e spaventa, e gli fa la *nàmaskaram*, un atto di ammenda e propiziazione.

«Quale è la portata e conseguenza pratica di tutto questo? Che il nostro agire nella vita, considerata come mera illusione, è fatto essenzialmente di rinunzia, di passività, di dire no.

“¿Qué enseña el brahmanismo? Enseña que es necesario sofocar el deseo, o sea la voluntad de vivir, mediante la renunciación. ¿Y el budismo? Que la vida es dolor, que el dolor nace del deseo, que para extirpar el dolor no hay más, como es natural, que extirpar el deseo; y el hombre no es más que materia encaminada a la disgregación y aniquilamiento. Y no tenéis que olvidar que, aunque el budismo haya casi desaparecido en la India, es un puro fruto indiano, cosa nuestra, nacida aquí.”

Escupió la hoja desmenuzada de betel, y prosiguió:

—Nosotros estamos sumergidos en la religión, todos los actos de nuestra vida están impregnados de religión. Pensad en las castas, pábulo de la vida indiana. La casta de los brahmanes ha salido de la boca de Vischnú Narayana; la casta kasatrya, de sus brazos; de sus costillas, la vaisoga; de sus pies, la sudra. Origen, por consiguiente, netamente, corporalmente divina. Pero dejemos aparte lo antiguo. Las dos o tres mil castas y subcastas de hoy, a pesar de tener su origen en innumerables causas complicadas, aunque representen preponderantemente vagas distinciones desvanecidas de raza y, sobre todo, diversidad de oficios, son núcleos humanos envueltos y aislados por fórmulas religiosas. El Dharma, la ley sagrada de la vida, regula con exquisitez suma las obras, la convivencia, todas las relaciones humanas.

“La religión es nuestro “whisky”: apaga todas o casi todas nuestras necesidades excitantes y ebrias. Somos un pueblo que adora; necesitamos muchos dioses. En la fiesta del nacimiento de Ganescia, el campesino adora los aperos con los que trabaja la tierra, el albañil su paleta, el carpintero su martillo, el escritor su pluma y con devoción los rocían de arroz colorado con azafrán y pasta de sándalo. Si un obrero maltrata uno de sus instrumentos de trabajo, después se arrepiente, y le causa horror, y le impone el namaskaram, un acto de enmienda y propiciación.

“¿Cuál es el alcance y consecuencia práctica de todo esto? Que nuestro obrar en la vida, considerada como mera ilusión, es un hecho esencialmente de renunciamiento, de pasividad, de negación.

«Quale strada abbiamo infatti preso per cercar d'arrivare alla nostra indipendenza politica? Premetto che tutti gli occidentali – tolti gli inglesi, naturalmente – coi quali ho parlato di questo argomento, mi hanno detto di non comprendere come una massa di trecento milioni di indiani non riesca a sbarazzarsi, per semplice forza d'urto, del padrone britannico. Non vi parlo delle ragioni, come dire? d'ordine pratico che creano difficoltà a questa operazione, sono notissime: divisioni religiose, di casta, di paese, politica britannica intenta a incoraggiare gli odi, le avversità e incomprensioni, a suscitare sempre nuovi problemi di minoranze, ecc.

Queste cose anche l'occidentale le sa o le intuisce. Quello che invece non sa e più difficilmente intuisce è la ragione generale e profonda di questa lunga sopportazione indiana.

«Per voi occidentali, rivolta vuol dire azione violenta, spinta in avanti, spalancata collisione. Noi invece abbiamo predicato il *satyàgraha*, che significa insistere per la verità ma senza adoperare la forza fisica, senza violenza e scontro aperto di forze, bensì con l'*himsà*, l'amore, soffrire senza lamentarsi, sopportare senza ira, disobbedire a chi con ira comanda.

«Ogni popolo fa la sua storia coi materiali che ha: l'indiano trova la sua strada politica conformemente alla sua visione e valutazione della vita, cioè condizionandola allo spirito religioso, perno della sua vita. Rinunziare, non collaborare, tirarsi indietro, dire di no: ecco l'azione rivoluzionaria che aderisce allo spirito religioso indiano.

«Non nego che gli effetti di questa azione siano lenti e chiedano tempo. Ma anch'essi operano, lavorano nel sottosuolo, scalgano, recidono le radici. La nostra dottrina della trasmigrazione delle anime ci insegna che il tempo non ha importanza: quello che conta è il giungere alla liberazione finale».

Ci arrestammo per lasciar passare indisturbata e con tutto il suo agio una mandria di bufali. I bufali inalberano sulla testa fiere corna; ma non furono le corna ad arrestare la nostra marcia. Rispettammo nei bufali la sacra specie bovina, a cui la corsa dell'automobile, fatalmente combinandosi col disordinato andare dei bufali, poteva produrre qualche sacrilego danno.

“¿Cuál es el camino que hemos tomado para intentar llegar a nuestra independencia política? Advierto que todos los occidentales — quitados los ingleses, naturalmente — con los que he hablado sobre este tema, me han dicho que no comprenden cómo una masa de trescientos millones de indios no consiga desembarazarse, por una simple sacudida, del dominador británico. Nada os digo de las razones de orden práctico que crean dificultades para este modo de obrar; son muy conocidas: divisiones religiosas, de casta, de país, política británica dirigida a alentar los odios, las disensiones e incomprendiones, a suscitar siempre nuevos problemas de minorías, etc. Estas cosas también las sabe y adivina el occidental. Lo que, sin embargo, no sabe, y adivina con mayor dificultad es la razón general e íntima de esta larga paciencia india.

“Para vosotros los occidentales, revolución quiere decir acción violenta, empuje hacia adelante, brusca colisión. Pero nosotros hemos predicado el “satyagraha”, que significa insistir por la verdad; pero sin emplear la fuerza física, sin violencia ni manifiesto choque de fuerzas, sino más bien con el “himsà”, el amor, sufrir sin lamentarse, aguantar sin rencor, desobedecer a quien manda con violencia.

“Cada pueblo forja su historia con los materiales que tiene: el indio encuentra su camino político conforme a su visión y valoración de la vida; es decir, subordinándola al espíritu religioso, galardón de su vida. Renunciar, no colaborar, echarse atrás, decir que no: he aquí la acción revolucionaria que se liga al espíritu religioso indio.

“No niego que los efectos de este modo de obrar sean lentos y exijan tiempo. Pero también éstos obran, trabajan por lo bajo, socavan, cortan las raíces. Nuestra doctrina de la transmigración de las almas nos enseña que el tiempo no tiene importancia: lo que interesa es llegar a la liberación final.”

Nos paramos para dejar pasar sin molestia y con toda comodidad una piara de búfalos. Los búfalos ostentan en la cabeza grandes cuernos: pero no fueron los cuernos los que nos hicieron detener la marcha. Respetamos en los búfalos su sagrada especie bovina, a la que podía ocasionar algún sacrílego daño la marcha del automóvil, al combinarse fatalmente con el desordenado andar de los búfalos.

Come la mandria ci ebbe, senza guasti, oltrepassati, rimettemmo in moto: e Pragiàpati ancora parlò: «Voi sapete quanto guadagna, in media, un contadino indiano? Guadagna su per giù quattro rupie il mese: venticinque lire. E duecento milioni di indiani vivono della terra, del lavoro e prodotto della terra. Quando vi vengono a dire che l'inglese ha fatto progredire l'India, pensate al contadino indiano che deve mantenere sé stesso e la sua famiglia con due anna il giorno, ottanta centesimi. Pensate che quasi tutto quello che l'indiano paga di tasse, serve a pagare stipendi e pensioni ai funzionari dello Stato e le spese per rafforzare il dominio britannico sull'India. Sapete quel è il debito che grava l'agricoltura indiana? Sedici miliardi di rupie. Soltanto gli interessi di questa enorme somma sono dodici volte più grandi delle entrate dell'amministrazione governativa indiana. Tre quinti dei proprietari terrieri dell'India hanno debiti che superano due annate di reddito delle loro terre. C'è da meravigliarsi allora se la miseria e la fame imperversano costantemente per le strade dell'India?

«Tutte le promesse fatte all'India nei momenti bruschi per la Gran Bretagna, quando l'inglese aveva bisogno dell'aiuto o, almeno, della temporanea tranquillità interna dell'India, l'inglese se le è rimangiate appena passato il pericolo. Quando i reduci indiani della grande guerra andarono a cercare lavoro nelle colonie britanniche dell'America, l'inglese li mise alla porta, perché, disse, erano asiatici, gente indesiderabile».

Entrammo in città. Le vie pullulavano di gente, era tutto un irrequieto intrico, un andare venire incrociarsi multicolore, un denso stagnare d'aria fortemente drogata, marciapiedi ingombri di gente sdraiata, di gente seduta a gambe intrecciate, gente che dormiva, mangiava, guardava davanti a sé, lontano, irraggiungibili cose, e i corvi crocidavano forsennatamente dagli alberi, dai fili elettrici, dai cornicioni delle case.

Pie vacche e vitelli se ne andavano calmamente passeggiando per le vie, si soffermavano arrestando la corsa delle automobili, mettevano la testa dentro la porta delle botteghe placidi, indifferenti al brulicante muoversi agitarsi degli uomini pieni della coscienza della loro intangibile santità.



Así que la manada hubo pasado sin menoscabo, nos pusimos de nuevo en marcha. Pragiápati dijo todavía:

“¿Sabéis cuánto gana, en término medio, un campesino indiano? Gana, poco más o menos, cuatro rupias al mes: veinticinco liras. Y doscientos millones de indios viven de la tierra, del trabajo y producto de la tierra. Cuando os vengan a decir que el inglés ha hecho prosperar la India, pensad en el labrador indiano, que tiene que mantenerse a sí mismo y a su familia con dos “annas” diarias: ochenta céntimos. Pensad en que casi todo lo que el indio paga de impuestos sirve para dar estipendios y salarios a los funcionarios del Estado y los gastos para reforzar el dominio británico en la India. ¿Sabéis cuál es la deuda que grava a la agricultura indiana? Diez y seis mil millones de rupias. Solamente los intereses de esta enorme suma son doce veces más grandes que los ingresos de la administración gubernativa indiana. Tres quintas partes de los terratenientes de la India tienen deudas que superan a dos años de crédito de sus tierras. ¿Hay que admirarse entonces de que la miseria y el hambre soplen constantemente por los caminos indios?”

“Todas las promesas hechas a la India en los momentos difíciles por la Gran Bretaña, cuando el inglés necesitaba ayuda, o por lo menos, la temporánea tranquilidad interna de la India, el inglés se las ha pagado apenas cesó el peligro. Cuando los indios que volvían de la Gran Guerra fueron a buscar trabajo a las colonias británicas de América, el inglés los puso en la calle, porque dijo que eran asiáticos, gente indeseable.”

Entramos en la ciudad. Pululaba la gente en las calles; todo era una agitada confusión, un ir y venir y cruzarse de gente multicolor: un denso aire viciado con gran olor a drogas; aceras llenas de gente tumbada, de gente sentada con los pies cruzados, gente que dormía, comía, miraba hacia adelante, lejos, cosas imposibles de conseguir, y los cuervos graznaban con desenfreno desde los árboles, desde los hilos eléctricos, desde las cornisas de las casas.

Mansas vacas y becerros marchaban con calma, paseando por las calles: se paraban, impidiendo la marcha de los automóviles; metían la cabeza dentro de la puerta de los almacenes: tranquilos, indiferentes al bullicioso moverse y agitarse de los hombres, convencidos de su intangible santidad.

Eravamo giunti: ci fermammo. All'angolo della strada, sopra quattro paletti, era disteso un telo di sacco. Sotto stava un uomo nudo, il corpo coperto di cenere, i capelli irti sconvolti abbondantemente intrisi di cenere. Era accucciato, seduto sui calcagni; le braccia, posate sui ginocchi, erano tese innanzi, a mani aperte, come se si scaldassero a un braciere. Aveva una collana di grosse angolose bacche di *rùdrak-sli*: in terra, accanto a lui, c'era un vaso d'ottone, con l'acqua da bere.

E l'uomo stava fermo, così, seduto sui calcagni, le braccia tese, il corpo i capelli coperti di cenere – fermo così, da anni; fermo così sino alla definitiva morte.

Pragiàpati vide ch'io stavo guardando intensamente il *digàmbara* o «vestito d'aria»; forse credette ch'io pensassi cose complicate e supreme: ma io non pensavo niente, la vista di quell'uomo vivo e fossilizzato mi teneva i pensieri in sospenso, a mezz'aria tra il sì e il no, come quando non si sa a chi dare ragione.

«Un'altra cosa, e poi vi lascio andare – disse Pragiàpati. – Sapete la differenza che c'è tra noi indiani e voi occidentali? È questa: che noi indiani viviamo come se dovessimo morire fra dieci minuti; e voi occidentali vivete come se non doveste morire mai».

Habíamos llegado; nos paramos. En el ángulo de la calle, encima de cuatro pequeñas estacas, estaba extendido un trozo de harpillera. Debajo estaba un hombre desnudo, el cuerpo cubierto de ceniza, los cabellos erizados, desenvueltos, abundantemente mezclados con ceniza. Estaba sentado sobre los talones; los brazos, puestos en las rodillas, estaban extendidos hacia adelante, con las manos abiertas, como si se calentasen en un brasero. Tenía un collar de gruesas y angulosas bayas de “rúdrakslí”; en tierra, junto a él, había un vaso de latón con agua para beber.

El hombre estaba quieto, así, sentado en los talones, los brazos extendidos, el cuerpo, los cabellos cubiertos de ceniza; quieto en esta postura desde hacía años; quieto así hasta la muerte definitiva.

Pragiápati vió que yo estaba observando con atención al digámbara, o “vestido de aire”; tal vez creyó que yo pensaba cosas sutiles y elevadas; pero yo no pensaba nada; la vista de aquel hombre vivo y fosilizado me tenía la mente en suspenso, en la duda, entre el sí y el no, como cuando no se sabe a quién dar la razón.

“Otra cosa y os dejo marchar — dijo Pragiápati — . ¿Sabéis cuál es la diferencia que hay entre nosotros, indios, y vosotros, los occidentales? Es ésta: que nosotros vivimos como si tuviésemos que morir dentro de diez minutos, y vosotros vivís como si no debierais morir nunca.”

“Naso Blu”  
(L/E, II, 8, 1942, 15-17)

– Conoscete dunque Saint–Pierre? Il Barachois? ... Isole di Saint–Pierre e Miquelon, a quindici miglia per ponente da Terranova; la grande e la piccola Miquelon, e la Grande–Dune, la lunga diga di sabbia che le congiunge. Quante navi sono sepolte sotto quella diga di sabbia? Quante ossa di marinai ci si sono disfatte? Gabbiani errano stridendo nella nebbia come anime in pena; onde si frangono con alto schianto sulla diga; la risacca piolla su e giù, su e giù e la sabbia con un fruscio diffuso e profondo di foresta percorsa dal vento sulla tomba di quelli che ha ucciso, il mare canta la sua selvaggia eterna canzone.

Tutto inghiotte la sabbia; il mare tutto rompe trita mangia disperde; ma che spunti dalla sabbia o dall’acqua un pezzo di legno, un troncone di albero, la costa d’uno scafo: legno e chiodi arrugginiti, o soltanto legno coi buchi dei chiodi e le macchie di ruggine: e il cuore dell’uomo sussulta come se si trovasse dinanzi a un avanzo umano. È una cosa dove c’è ancora il contatto dell’uomo, l’estremo e più durevole contatto, quello della mano che s’aggrappa e poi si distacca. Lui solo, quel legno con Dio e il mare, ha visto lì uomini di coraggio combattere con la morte e morire.

E quei nomi avventurosi, primordiali, che sanno di cose appena scoperte, della meraviglia con cui l’uomo vede per la prima volta certe forme e aspetti della natura, e anche nomi legati a fatti di cronaca minima, divenuti in quella solitudine immensi, tali da rimanere per sempre affidati alle cose che non periscono: isola del Cane, isola del Massacro, isola del Ragazzo Perduto, isola del Vincitore, Gran Colombaia, punta del Cavallo, punta dell’Aquila, punta dell’Allodola, punta del Diamante, le Canaglie ...

E quel viso ostile delle isole, un che di acerrimo e unghiuto: pietra, roccia aspra morsicata dai ghiacci, raschiata dalle tempeste; macchie lebbrose di licheni e muschi; qualche ginepro storto dal vento, qualche abete, qualche betulla gelida e triste: vegetazione che sembra esserci perché l’uomo non disperi e seguiti a credere nella vita.

Macigni e grossi sassi sparsi sui pendii; sono quello ch’è rimasto del lavoro degli antichi ghiacciai sulla roccia: detriti, frantumi abbandonati dal ritirarsi dei ghiacci nelle età morte; sono smussati, lisci, cose levigate da un gran mucchio di secoli e d’intemperie, una vecchiaia che ha una sua immobile pace dopo lunghi travagli.

“Nariz Azul”

(*Un cuento mensual, L/F, II, 23, 1942, 41-44*)

¿De modo que conoce usted la isla de San Pedro?, ¿y el Barachois?... Islas de San Pedro y Miquelón, a quince millas al ponente de Terranova; la grande y la pequeña Miquelón, y la gran Duna, el largo dique de arena que la une.

¿Cuántos buques hay sepultados bajo este dique de arena? ¿Cuántos huesos de marineros hay encallados en él?

Cruzan errantes las gaviotas, dando gritos en la niebla, como si fueran almas en pena; las olas se rompen contra el dique con estruendo, la resaca cepilla la arena en distintas direcciones, con un rumor sordo y profundo de bosque recorrido por el viento; el mar canta su salvaje y eterna canción sobre la tumba de aquellos a quienes quitó la vida.

La arena lo traga todo; el mar lo rompe todo, lo tritura todo, se come todo, pierde todo; pero que asome en la arena o en el agua un trozo de madera, un fragmento de mástil, el fondo de una quilla, maderas y clavos herrumbrosos, o sólo maderas con los agujeros de los clavos y manchas de moho, y entonces el corazón del hombre apresura su latir como si se hallara ante un resto humano. Es algo que guarda todavía el contacto del hombre, el contacto último y maduradero, el de la mano que se agarra y luego se suelta. Aquella madera, sola con Dios y el mar, ha visto a hombres de valer luchar con la muerte y morir.

Nombres de aventura, primordiales; nombres que tienen un sabor a cosas recién descubiertas, a la maravilla del hombre cuando ve por vez primera ciertas formas y aspectos de la naturaleza; nombres ligados a hechos cotidianos y mínimos que, en aquella soledad, resultaban inmensos, tanto que fueron dados para siempre a las cosas que no perecen: isla del Perro, isla de la Matanza, isla del Niño Perdido, isla del Vencedor, Gran Palomar, Punta del Caballo, Punta del Águila, Punta de la Alondra, Punta del Diamante, las Canallas...

Y ese cariz hostil de las islas, ese no sé qué de áspero y uñoso: piedra, roca dura mordida por los hielos, arañada por las tempestades; manchas leprosas de musgos y líquenes; algún enebro torcido por el viento, unos abetos, unos abedules helados y tristes; vegetación que parece estar [...] para que el hombre no desespere y siga creyendo en la vida.

Rocas y pedruscos enormes esparcidos por las laderas es todo lo que queda de la obra de los antiguos glaciares en su retirada en edades pretéritas; todo ello redondeado, alisado, pulido por los siglos y por la intemperie: una vejez que, tras grandes fatigas, ha alcanzado una paz inmóvil.

Ma si possono anche pensare come materiali d'un mondo cominciato e non finito, rimasti lì. E le casette a tetto spiovente, alto e aguzzo; casette sparpagliate all'uso brètone, uso di marinai che, quando sono a casa, vogliono ripagarsi della promiscuità di bordo, sentirsi soli, difesi da muri, loro e la famiglia, chiusi in un'intimità distaccata e inviolabile.

Davanti a ogni casetta, un rettangolo di terra, pochi palmi; è terra preziosa, l'hanno portata coi bastimenti, con palizzate la difendono dallo scolare delle acque e dalla rapina del vento, la ingrassano con teste di merluzzo.

È un bene, quella terra, come l'aria e la luce; i pescatori la curano e custodiscono come se di momento in momento temessero di vederla levarsi dalla roccia e volarsene via come una nube; ci piantano anche fiori e erbe d'odore, per adornarla, vestirla di pregi festosi e luminosi, e quindi sentirsela più amica.

Isolotti e scogli dove l'uomo non vive: roccia, mare e gabbiani; i gabbiani vi nidificano a branchi, una frenetica copertura d'ali e becchi rapinosi sulla roccia che il mare assale e avvolge di spume; un incessante levarsi a volo, precipitarsi sulle onde, riprendere terra con un gusto chiassoso di preda afferrata; un gremito sguaiato ridere che si mescola al fragore delle ondate. Schianti, scrosci e risa; qualcosa di diabolico.

Nebbie pesanti, aderiscono al mare, alla roccia, fasciano le case come una pasta densa che cola su uno stampo e vi si rapprende; un silenzio di cenere; un vano deperire in un tempo che s'è fermato di scorrere. Nebbie che durano settimane, e danno un senso di cecità, di soffocamento, di reclusione; non c'è più cielo, né mare, né muoversi di uomini intorno; l'uomo si sente schiacciato, segregato nello spazio infinito, senza uno spiraglio di speranza.

A traversare Saint-Pierre ci vogliono pochi minuti, non più di quindici, ma in tutte le case c'è il telefono; è il bisogno di allacciarsi ad altre voci, di udire di là dal muro di nebbia uomini vivere.

Mas también puede pensarse que todo ello sea material preparado para un mundo empezado y sin terminar, que quedó en estas latitudes.

Casas pequeñas con el tejado en pronunciada vertiente, alto y puntiagudo: casas desparramadas a estilo bretón, estilo de marinero, que, cuando están en su hogar, quieren desquitarse de la promiscuidad de abordo, sentirse solos con su familia, defendidos por muros, encerrados en una intimidad alejada e inviolable.

Delante de cada casa, un rectángulo de tierra, pocos palmos; es tierra preciosa llevada en los mismos buques, que la detienen del agua y del viento por medio de una empalizada, y la alimentan con cabezas de bacalao.

Esta tierra es un don tan precioso como el aire y la luz: los pescadores la cuidan y la vigilan como si a cada momento temieran verla separarse de la roca y echarse a volar como una nube: plantan en ella hasta flores y hierbas olorosas para adornarla, para vestirla de fiesta y de color, y así sentirla más amiga.

Islotes y escollos donde no vive el hombre: roca, mar, gaviotas que construyen allí sus nidos y pasan en bandadas, como una frenética techumbre de alas y de picos de rapiña suspendida sobre la roca asaltada y envuelta de espuma por el mar; un incesante levantar el vuelo, precipitarse en las olas y volver a ponerse en tierra con un ruido satisfecho de presa lograda. Un confuso griterío como de risa, mezclado con el fragor de las olas. Estruendo, confusión y carcajadas: algo diabólico.

Nieblas tenaces se adhieren al mar y a las rocas, envuelven las casas como una masa densa que cayera en un molde tomando su misma forma; un silencio de ceniza, un vano desgaste en un tiempo que ha dejado de correr. Nieblas que duran semanas enteras y que dan una sensación de ceguera, de sofocación, de prisión; no hay alrededor ni cielo, ni mar, ni movimiento humano alguno; el hombre se siente aplastado, segregado en el espacio infinito, sin vislumbrar una esperanza.

Para atravesar San Pedro bastan pocos minutos, no más de quince; pero en todas las casas hay teléfonos; es la necesidad de enlazarse con otras voces, de oír y sentir que hay hombres que viven al otro lado del muro que forma la niebla.

Dal mare invisibile vengono e si spandono i rintocchi lunghi e opachi delle campane da nebbia, gli urli lamentosi dei corni da nebbia: sembra che in quella tenebra fradicia animali marini usciti dagli abissi vaghino e si cerchino con richiami in cui c'è un grondare d'acqua.

E i *blizzards*, venti di ghiaccio che turbinano nevischio: raffiche gelate urlanti che infondono ai nervi dell'uomo una vibrazione violenta e a soprassalti, colpi di lima su una corda tesa.

E i merluzzi salati distesi a seccare sulle *graves*; poi li ammucchiano in pile rotonde come pagliai, ci mettono sopra un copertone; sotto il copertone il merluzzo «suda e si lavora», come dicono là; e ci vogliono quattro, cinque «soli», esporlo al sole quattro, cinque volte, e il sole è lento a venire e subito se ne va come niente; ma quella sfuggente pallidezza di sole è quello che ci vuole per il merluzzo salato, che così asciuga senza scaldarsi.

E i giovani pescatori e le ragazze che stendono il merluzzo o ne fanno pile; ragazze la cui pelle ha sapore di pesce; di letti d'alghie; abbracciarle e stringerle è sentirsi dentro un greve alito di mare, respiro di grotte marine a bassa marea.

Ma l'odore del pesce impregna l'aria, la terra, gli uomini; odore che penetra e stagna cupo e sfatto da per tutto, avvolge la vita come un sudore inesauribile, diventa quasi un odore interno, di noi, respirato da dentro, emanato dalla memoria.

E il Barachois, il porto di Saint-Pierre; una volta c'erano tante navi goletta e brigantini a palo e brigantini venuti dai porti brètoni a pescare sui Banchi, e le golette dell'isola che facevano la «grande pesca»; andavano in porto a prendere esca, a portare il merluzzo pescato agli essiccatoi, o a riparare manovre strappate dalla tempesta, o a provvederli di ancore, avendo perduto le proprie, o a turare una falla aperta nello scafo dall'urto con ghiacci in deriva o da una collisione nella nebbia; allora le viuzze di Saint-Pierre erano stipate di pescatori, vi si aggiravano col loro passo sbandato, con l'aria di gente che, dopo aver sospirato tanto la terra, ora che c'è non sa che cosa ci sia venuto a fare, e restano insieme, in gruppo, come a bordo, e parlano di pesce, di barili di sale, di cavi di manilla, di nebbia e di *icebergs*, come a bordo.



Desde el mar invisible llegan y se expanden los toques largos y opacos de las campanas y el sonido de los cuernos para guiarse en la niebla; parece como si en medio de la humedad de la niebla vagaran animales marinos salidos de lo profundo de los abismos y se buscaran unos a otros con llamadas en las que aún se oyese el chorrear del agua.

Y están los *blizzards*, las ventiscas heladas que arremolinan la nieve menuda; ráfagas de hielo cuyo ruido determina en los nervios humanos una vibración violenta y sobresaltada, como si se restregara con una lima sobre una cuerda tensa.

Y los bacalaos salados puestos a secar en las *graves*; luego los amontonan en pilas redondas como pajares y los cubren con una manta; debajo de esta manta el bacalao “suda y se hace”, como dicen allí, necesiándose cuatro o cinco “soles”, o sea exponerlo al sol cuatro o cinco veces, a un sol lento en venir y rápido en marcharse; pero esa palidez fugitiva del sol es la que se necesita para salar el bacalao, que, de este modo, se seca sin calentarse.

Y los jóvenes pescadores y las muchachas que extienden el bacalao y lo colocan en pilas; muchachas cuya piel sabe también a pescado y a lechos de algas. Abrazarlas es tanto como sentirse sumergido en un denso aliento marino, como en una gruta en bajamar.

Pero el olor del pescado impregna el aire, la tierra y los hombres; es un olor que penetra y se agarra y se desparrama por todas partes, que envuelve como un sudor inagotable, que llega a parecer un olor interno, nuestro, respirado interiormente y que emana de la memoria.

Y el río Barachois, el puerto de San Pedro; en tiempos había muchas goletas y muchos bergantines de vela que venían de los puertos de Bretaña a pescar en los bancos, y goletas de la isla que se dedicaban a la “pesca grande”; de nieblas y de *icebergs*; igual que a bordo.

Ma ora i velieri della «grande pesca» sono scarsi nel Barachois; gli *chalutiers* a vapore o a motore che dragano il fondo con le loro pesanti reti a strascico, hanno scacciato quasi del tutto i velieri dai Banchi; e i pescatori di Saint-Pierre non fanno più che la «piccola pesca» coi *doris* a motore, in vista di costa.

Hanno le loro case nell'isola del Cane; li chiamano i Piedi Rossi, i loro piedi essendo arrossati dal freddo e dall'acqua.

E quando viene l'estate, ecco i *capelans* o *capelins*: sono pesci lunghi una spanna, al primo caldo vanno alla costa per la frega; non ci vogliono né lenze né reti per prenderli, basta immergere un bugliolo o una cesta nel mare, tanto le onde sono cariche gonfie di pesce, una massa vivente che appesantisce e fa quasi solida l'onda.

Nel Barachois, ora, ci sono le motobarche e le golette del contrabbando, della «fraude», così dicono quelli dell'isola: golette canadesi, scafi da regata, gran velatura; arrivano cariche di casse di whisky da mandare sulla costa del Maine, nel New Hampshire e del Massachusetts; e quelli che ieri pescavano a gran rischio merluzzo sui Banchi, ora lavorano nel porto, caricare, scaricare, trasbordare casse e balle di whisky; i capannoni del pesce sono stivati di bottiglie; il legno delle casse disfatte si ammuccia a cataste enormi, invade l'isola, tutti lo possono prendere, lo bruciano per scaldarsi, lo adoperano per farsi la casa o ripararla, per raddobbare barche e botti da merluzzo, e con le barche vengono quelli di Terranova a far provvista di quel legno, che non costa niente e ce n'è fin che si vuole.

E per le stradette di Saint-Pierre passano i marinai del contrabbando: canadesi atletici, rasi, grosse linde casacche da vento, e l'aria di ruminare incessantemente pensieri spenti.

E ci si vedono quelli della razza dei Nasi Blu di Halifax, che ha annegato nell'alcool la noia mortale della Nova Scotia.

– Ah! – esclama Makin, non come se gli sembri strano ch'io conosca Saint-Pierre e il Barachois, ma come uno che sente parlare a un tratto d'una persona che conosce e gode che se ne parli.

Finora Makin ha parlato poco, a lunghi intervalli, qualche parola distratta e inerte, quasi che le parole che diceva non fossero che momenti del suo fumare, un interrompere e riprendere la gioia della pipa per guardarla e prolungarla.

Pero ahora los veleros de la “pesca grande” son escasos en el Barachois; los *chalutiers* de vapor o a motor que dragan el fondo con sus pesadas redes de arrastre han hecho desaparecer casi completamente los veleros de los bancos, y los pescadores de San Pedro ya no hacen más que la “pesca pequeña” con *Doris* a motor y a la vista de la costa.

Tienen sus casas en la isla del Perro; los llaman “Pies rojos”, por tenerlos enrojecidos por el frío y el agua.

Y cuando llega el verano aparecen los *capelans* o *capelius*; son peces de un palmo de largo que, con los primeros calores, van a la costa para desovar; para cogerlos no se necesitan ni sedales ni redes, sino que basta con sumergir una cesta o un barreño en el mar; tan cargadas de estos peces llegan las olas, que parecen una masa viviente que las hace pesadas y casi sólidas.

En el Barachois están también las motoras y las goletas del contrabando, de la *fraude*, como dicen en la isla; goletas canadienses, esquifes de regatas con grandes velámenes; llegan cargadas de cajas de “whisky”, que luego irá a parar a las costas del Maine, de New Hampshire y de Massachusetts, y quienes ayer pescaban con grandes peligros el bacalao en los bancos, trabajan ahora en el puerto cargando, descargando y trasbordando cajas y fardos de “Whisky”; los cobertizos del pescado quedan atestados de botellas; la madera de las cajas deshechas se amontona en pilas enormes, invade la isla, todo el mundo puede cogerlas; la queman para calentarse, la emplean para hacer sus casas o repararlas, para arreglar barcas y botes bacaladeros, y los de Terranova vienen con sus barcas para hacer provisión de esta madera que no cuesta nada y de la que hay cuanta se quiere.

Por las callejuelas de San Pedro pasan los marineros contrabandistas; canadienses atléticos, afeitados, con gruesas y limpias cazadoras y con el aire de estar remiendo incesantemente pensamientos adormilados.

Y allí se ven también a los hombres de la raza de los Narices azules de Halifax, a quienes ha ahogado en alcohol el aburrimiento mortal de Nueva Escocia.

– ¡Ah! – exclama Makin, no como si le pareciera extraño que yo conozca San Pedro y el Barachois, sino como quien de repente oye hablar de una persona conocida y se alegra de ello.

Hasta ahora, Makin ha hablado poco y a largos intervalos: unas palabras distraídas e inertes, como si no fueran más que momentos de pausa en su fumar, algo así como una interrupción en medio de la alegría de su pipa, para contemplarla y hacerla durar.

Ora sembra che nella sua voce sia giunta una felicità inaspettata, come quella che nasce da un incontro impreveduto e gradevole.

Ci sono paesi, terre, angoli perduti nel mondo che solo a nominarli avvicinano due che ci sono stati; aprono una cordialità, un desiderio di raccontarsi, come se improvvisamente sboccasse una amicizia che fino allora s'era tenuta nascosta, ignara di sé.

Makin s'è anche voltato un po' verso di me; prima stava voltato quasi di schiena, seduti tutt'e due su una ruota di cavo a prora; quando una rollata mi spingeva contro la sua spalla, sentivo che il mio braccio incontrava una resistenza compatta di muscoli, ne avevo un senso compatto e rigido, di pietra.

Grande e forte, è Makin; una forza lenta, fredda, con movimenti lenti e freddi; la stessa lenta freddezza l'ha negli occhi, sì che anche i suoi pensieri sembrano riflessi delle sue masse di muscoli; qualcosa d'una pianta, una quercia.

– Che facevate a Saint-Pierre, Makin?

– Il contrabbandiere.

Contrabbandiere d'alcool; un uomo degli equipaggi dei *rumrunners*.

Adesso capisco Makin, certi suoi modi di fare, di parlare, che lo differenziano dagli altri pescatori di bordo; un che di estraneo al suo mestiere, l'eco d'una vita diversa da questa. Una vita in cui è passato del danaro; quell'impronta che il danaro lascia in chi lo ha speso, raramente in chi lo ha soltanto guadagnato.

Capisco anche perché il cuoco, quando parla di Makin, dice «quella canaglia di Makin»; non perché il cuoco pensi che Makin sia una canaglia avendo fatto il contrabbandiere, un tale pensiero nessun uomo di mare lo avrebbe, come al tempo dei pirati nessun uomo di mare pensava in cuor suo che i pirati fossero canaglie, salvo il caso che i pirati avessero depredato lui personalmente. Sono le punte avventurose del mestiere, a cui l'uomo comune guarda con simpatia, come a superiori manifestazioni di vitalità e indipendenza.

Ma Robin – buon – diavolo considera Makin una canaglia perché qualche volta la faccia di Makin si fissa sul piatto che ha davanti con una smorfia che lui il cuoco giudica sommamente irriverente per i prodotti della sua arte, e lui non gli può dire: – e a casa tua, che mangiavi? – sapendo che Makin non ha speso in opere di beneficenza il molto danaro che è entrato nelle sue tasche.

Ahora parece que, a su vez, se añade una felicidad inesperada, como la que nace de un encuentro grato e imprevisto.

Hay países, tierras, rincones perdidos en el mundo que, sólo con nombrarlos, acercan a dos personas que hayan estado en ellos, que provocan en ellas una cordialidad y un deseo de confianzas mutuas, como si de repente aflorase una amistad que hasta entonces hubiera permanecido escondida, inconsciente de sí misma.

Makin se ha vuelto un poco hacia mí; antes estaba casi de espaldas, sentados los dos en un rollo de cable de proa, y cuando un balanceo un poco brusco me empujaba contra su hombro, sentí que mi brazo encontraba una resistencia compacta de músculos, que me daba una sensación rígida, como de piedra.

Makin es grande y fuerte, con una fuerza lenta, fría, de movimientos igualmente lentos y fríos; la misma frialdad y la misma lentitud tiene en los ojos, hasta tal punto que sus pensamientos parecen reflejo de sus masas de músculos; algo así como un árbol, una encina.

¿Qué hacía en San Pedro, Makin?

—El contrabandista.

Contrabandista de alcohol; un miembro de las tripulaciones de los *rumrunners*.

Ahora comprendo a Makin y comprendo ciertos gestos suyos y cierta manera de hablar, que lo distinguen de los demás pescadores de a bordo; algo de extraño a su oficio, el eco de una vida distinta de ésta.

Una vida por la que ha pasado el dinero; esa huella que deja el dinero en quienes lo han gastado, y raramente en quienes no han hecho más que ganarlo.

También comprendo por qué cuando el cocinero habla de Makin, dice: “Ese canalla de Makin”, no porque el piense que Makin es un canalla por haber hecho el contrabando. Semejante pensamiento no se forjaría en la cabeza de ningún marinero, como, en tiempos de los piratas, ninguno pensaría tampoco, en el fondo de su corazón, que los piratas eran unos canallas, a no ser que lo hubieran despojado a él personalmente. Son los aspectos aventureros del oficio los que el hombre mira con simpatía, como manifestaciones superiores de vitalidad y de dependencia.

Pero “Robin – buen – chico” considera que Makin es un canalla porque, a veces, su cara se fija en el plato que tiene delante con un gesto que el cocinero juzga sumamente irreverente para los productos de su arte, y él no le puede decir: “Y en tu casa, ¿qué comías?”, sabiendo que Makin no ha gastado precisamente en obras de caridad el mucho dinero que ha entrado en sus bolsillos.

Come si vede, il cuoco giudica gli uomini dalle piccole cose che toccano lui, piuttosto che al lume delle grandi idee morali.

Due anni Makin ha fatto il contrabbandiere d'alcool.

Le bottiglie di whisky le imballano in involucri di tela, perché in caso di disgrazia, cioè se i guardacoste americani li avvistano e inseguono, le balle di bottiglie si buttano in mare e subito vanno a fondo; le casse invece sono lente ad affondare. Imbarcano due mila balle di whisky ogni viaggio.

I *rumrunners* sono grandi motobarce, hanno motori potenti; basse sul mare, di scafo affilato. La traversata è lunga, piena di pericoli; i guardacoste sparano; a bordo ci vuol gente di fegato, rotta al mare, pronta a tutto; il capitano è un uomo di ferro, inflessibile, marinatore: un uomo disposto a giocare la sua vita e quella degli altri su un colpo di dadi.

Al largo della Nova Scotia a volte si mettono tutt'a un tratto tempi spaventosi; quelle barche reggono poco il mare, sono barche fatte per correre, per non essere viste; trovarsi in un fortunale con una barca così, c'è da sentirsi perduti a ogni ondata che viene addosso.

Bisogna arrivare sulla costa di là in una notte senza luna; in un punto convenuto, motoscafi attendono. Sono motoscafi velocissimi; loro portano il whisky in terra.

Trasbordare le balle di bottiglie sui motoscafi, quello è il momento più brutto: se c'è mare, è tutto un lavoro di acrobazia, motobarca e motoscafi saltano sull'acqua, si urtano, mentre si sta col carico in aria, mezzo di qua mezzo di là, un colpo di mare distacca un bordo dall'altro, nel buio gli uomini non hanno faccia, non mani, si capisce che lì c'è un uomo soltanto perché lì si sente un bestemmiare.

E poi tenere gli occhi sgranati, gli orecchi tesi; da un istante all'altro può aprirsi nell'oscurità la luce folgorante d'un proiettore, veder-sela piombare sopra come una mano che prende per il collo.

Makin s'è riscaldato: è un giocatore che parla del suo gioco: quando lavorava là, era il gusto del danaro a scaldarlo, la posta grossa; qua è il gusto più sottile e inebriante del gioco giocato, l'aver fatto quella vita, quello che nel gioco c'era di rischio e d'avventura e d'imprevisto.

Como se ve, el cocinero juzga a los hombres por las pequeñas cosas que se relacionan con él más que a la luz de las grandes ideas morales.

Dos años hizo Makin el contrabandista de alcohol.

Las botellas de "whisky" se embalan en fardos de tela para que, en caso de desgracia, es decir, si los guardacostas americanos les dan vista y los persiguen, los fardos se puedan tirar al mar y se vayan inmediatamente al fondo; en cambio, cajones son lentos para hundirse. Cada viaje embarcan dos mil fardos de "whisky".

Los *rumrunners* son grandes motoras de mucha potencia, bajas de borda y con el casco muy afilado. La travesía es larga y está llena de peligros; los guardacostas disparan; a bordo se necesita gente valiente, avezada al mar y dispuesta a todo; el capitán es un hombre férreo, inflexible, marinerote: un hombre dispuesto a jugarse su vida y las de los demás a una tirada de dados.

Al largo de Nueva Escocia se desencadenan a veces temporales espantosos: esas barcas aguantan poco la mar gruesa; están hechas para correr, para no ser vistas; encontrarse en una borrasca con una barca así es sentirse perdido a cada ola que llega.

Es preciso llegar a la costa en una noche sin luna; allí esperan las motoras en un punto convenido. Son unas motoras muy veloces, que llevan al "whisky" a tierra.

El momento peor es el de transbordar los fardos de botellas a estas motoras; si la mar está gruesa, hay que hacer todo un trabajo de acrobacia, porque las barcas y las motoras saltan en el agua y chocan unas con otras, mientras la carga está en el aire, mitad en un lado y mitad en otro; otras veces, en la oscuridad, un golpe de mar separa las bordas, y en todo momento los hombres no tienen cara ni manos y sólo se sabe que están allí porque se les oye echar maldiciones.

Y hay que tener los ojos abiertos, y el oído en tensión, de un momento a otro puede surgir de las tinieblas la luz de un proyector que cae encima como una mano que aferra por el cuello.

Makin se ha animado como un jugador que habla de su juego. Cuando trabajaba allí tenía el gusto del dinero que lo animaba; el fuego fuerte; ahora tiene el gusto, más sutil y embriagador, del juego ya hecho, el haber vivido aquella vida, lo que había en ella de riesgo, de aventura y de improviso.

Vittorio Giovanni Rossi

– Un bel gioco dannato – dice in un impeto d’estasi, ma anche con un sapore accorato e amaro, come chi amando i liquori non può più bere che acqua fresca

Talvolta tutti nell’oscurità sentivano un movimento, un vivere come se qualcuno passasse, si avvicinasse, nessuno riusciva a distinguere se era un moto dell’acqua, una palpitazione dell’aria, tutti stavano contratti in ascolto, si sentiva nel buio e nel silenzio la presenza di cuori che battevano forte, poi uno diceva una parola, una parola qualsiasi, gettata là, e allora capivano ch’era stata la tensione dei nervi, aveva raggiunto quel punto acuto in tutti, nello stesso istante, come se fossero collegati da un medesimo circuito di corrente.

– Ma perché siete tornato a lavorare sui Banchi?

Makin non risponde subito; non so se esiti a dirmi perché ha smesso di fare il contrabbando e sia tornato a pescare merluzzo, oppure se continui a scolare, assaporandone l’ebbrezza, le ultime gocce del ricordo di quel suo tempo d’avventura.

– Ah, – dice tutt’a un tratto, come se avesse finito di sciogliersi in bocca la cosa dolce – volevate sapere perché ho smesso? Ho smesso perché sulle barche del contrabbando nessuno mi ha più voluto. E non mi hanno più voluto, sapete perché? Perché una volta che dovevamo partire, mi sono ubriacato.

A bordo dei *rumrunners* la disciplina è durissima: l’uomo lì deve dare senza risparmio tutto quello che è capace di dare, e avere la testa sempre limpida, capire quello che c’è da fare senza che il capitano apra bocca.

Durante la traversata nessuno può assaggiare alcool, neanche una goccia; tutto quell’alcool a bordo, ma per chi lo trasporta, acqua o tè, che fa lo stesso.

Una sera di partenza, Makin si presenta sulla banchina della Roncière ubriaco cotto. Il capitano lo vede, salta a terra, lo copre di insulti, lo vuole strozzare. Un uomo che gli manca all’ultimo momento. Makin non trovò più imbarco sui *rumrunners*.



–Buen juego del diablo – dice en un ímpetu de éxtasis, pero también con un deje afligido y amargo, como el de quien, gustándole los licores, ya no puede beber más que agua fresca.

A veces, en la oscuridad, sentían todos un movimiento, un hálito, como si alguien pasara y se acercase; nadie lograba distinguir si era un movimiento del agua o una ráfaga de aire, y todos detenían la respiración para escuchar; se sentía, en medio del silencio y de la oscuridad, la presencia de unos corazones que palpitaban con fuerza; luego, uno decía una palabra, una palabra cualquiera, y entonces comprendían que habían sido la tensión nerviosa, que había llegado a su punto álgido en todos y en el mismo instante, como si estuvieran unidos por un mismo circuito eléctrico.

– ¿Pero por qué ha vuelto a trabajar en los bancos?

Makin no responde de momento; no sé si duda en decírmelo porque ha dejado de hacer el contrabandista y ha vuelto a pescar el bacalao, o si es que sigue aperando y saboreando la embriaguez de las últimas gotas del recuerdo de su época aventurera.

–¡Ah! – dice de repente, como si hubiera acabado de disolver el dulzor en la boca –, ¿quiere saber por qué lo he dejado? Lo dejé porque en las barcas de contrabando ya no me admitieron; y no admitieron, ¿sabe por qué?: porque me emborraché una vez que teníamos que zarpar.

La disciplina es durísima a bordo de los *rumrunners*; quien sirve allí tiene que dar sin reservas todo el rendimiento de que es capaz y tener la cabeza siempre despejada para comprender lo que hay que hacer en que el capitán abra la boca.

Durante la travesía nadie puede probar el alcohol, ni una sola gota; con tanto alcohol a bordo, quienes lo transportan sólo pueden tomar agua o té, que es lo mismo.

Una noche que iban a zarpar, Makin se presentó en el muelle de la Roncière completamente borracho. El capitán lo ve, salta a tierra, lo llena de insultos, lo quiere agredir. Es un hombre de menos en el último momento, y Makin ya no encontró quien lo embarcase en ningún *rumrunner*.

Vittorio Giovanni Rossi

– Non so neanch'io come sia successo. Il giorno della partenza, mai avevo bevuto, mai. Quel giorno fu una tentazione più forte di me, una forza grande irresistibile che mi tirava a bere. Feci di tutto per scacciarla; mi stesi sul letto, cercai di dormire, far venire dormendo l'ora della partenza. Nel sonno vedevo una bottiglia di whisky ballare davanti ai miei occhi, dentro una luce. Mi svegliavo. Chiudevo ancora gli occhi, e la bottiglia mi tornava davanti. Che volete? Mi si era acceso il sangue, il mio sangue di Naso Blu quel giorno s'era rivoltato, s'era messo a bollire. Mi alzai, vuota! un bicchiere, un altro, andai fino in fondo. Ubriaco. Intanto, era venuta l'ora d'andare a bordo.

—Yo mismo no sé cómo ocurrió, y precisamente el día de la marcha. Yo nunca había bebido, nunca. Aquel día fue una tentación más fuerte que yo, una fuerza enorme, irresistible, que me impulsaba a beber. Hice todo lo posible por vencerla; me tendí en la cama, intenté dormir, en espera de la hora de zarpar. En sueños veía una botella de “whisky” bailar ante mis ojos en medio de una luz. Me desperté.

Volvía a cerrar los ojos, y la botella volvía a ponérsese delante. ¿Qué quiere usted? Tenía la sangre hirviendo, mi sangre de Nariz Azul, que aquel día se había revuelto y me bullía en las entrañas. Me levanté, vacié un vaso, y otro, y otro, hasta no poder más. Borracho.

Y, mientras tanto, había llegado la hora de ir a bordo.



JOSÉ MARTÍNEZ RUIZ (AZORÍN)

“El viaje de Italia”  
(*Ls/Fs*, I, 8-9, 1941, 7-8)

Vamos a ver si cuento sin requilorios lo sucedido. Joaquín Acosta Mora, hijo de Justo y de Visitación; nace en Alcalá de Henares; sus padres son propietarios de un molino cercano a la ciudad. Cuando Joaquín tiene seis años muere su madre; el padre no puede atenderle; Joaquín crece en el campo; el padre está cuidando de la molienda, y el niño corretea por los contornos; el padre dormita y es despertado de pronto por la cítola – la cítola que avisa la falta de trigo en la tolva –, y Joaquín, sentado al borde de un camino, contempla las nubes. Joaquín cuenta ya ocho años; corre por el campo; se detiene ante un hormiguero y observa una hormiga que va llevando trabajosamente, cayendo y levantándose, un grano de trigo. Ve revolotear una mariposa con giros torcidos y posarse con las alas temblorosas en una planta; cerca del molino, en el quijero del caz, poblado de rumoroso cañar, se sienta y echa al agua leves hojas que se van alejando lentamente.

Joaquín Acosta Mora, a los diez años, pierde también a su padre; un pariente lejano lo recoge en Alcalá; este pariente es el clérigo don Fulgencio; el molino está arrendado; pero el arrendatario no paga el arrendamiento. Va creciendo Joaquín, es ya un adolescente y todavía no sabe él, ni sabe don Fulgencio lo que Joaquín va a ser en el mundo. Don Fulgencio es pobre; trae una sotana raída y un sombrero grasiento; vive solitario en un cuartito de una calle apartada; sale por las mañanas a celebrar, y cuando torna vuelve a salir hasta el día siguiente; tiene unos pocos libros, y Joaquín los lee con avidez. Cuando Joaquín no lee, sale al campo; contempla las nubes y regresa a casa con un manojito de flores silvestres. Don Fulgencio lee en su breviario y Joaquín permanece silencioso sentado en un rincón. La vida pasando y los años hacen de Joaquín un hombrecito; don Fulgencio no conoce a nadie; tímido y retraído, pobre e ignorado, poco puede hacer por Joaquín. No sirve, además, Joaquín para nada. De pronto, después de haber estado contemplando las nubes..., nubes blancas en el azul..., o tras haber leído diez o doce páginas, se le ocurre a Joaquín unas cosas extrañas; él no podría decir lo que le pasa; pero coge un papel – mientras su tío está en la iglesia –, coge también una pluma y escribe un renglón corto, y debajo otro corto también, y luego, otro; así va escribiendo Joaquín en la soledad, abstraído de todo, y después el papel se lo guarda y no lo enseña a nadie.

“Viaggio in Italia. Di Azorín”  
(L/F, III, 9, 1943, 10-12)

Vediamo un po' se riesco a raccontare senza perifrasi il fatto. Joaquín Acosta Mora, figlio di Justo e di Visitación, nacque ad Acalá de Henares; i suoi genitori erano proprietari di un mulino vicino alla città. Quando egli aveva sei anni, sua madre morì; il padre non poteva occuparsi di lui, perché aveva da badare alla macinatura; e lui crebbe così, nei campi. Il padre sonnecchiava nel mulino, e si svegliava bruscamente quando la battola picchiava per avvertire che non c'era più grano nella tramoggia; e Joaquín, seduto al margine della strada, contemplava le nuvole. Egli ha già otto anni; corre per i campi; si ferma davanti a un formicaio e osserva una formica che trasporta, faticosamente, cadendo e rialzandosi, un chicco di grano. Vede una farfalla svolazzare e posarsi, con le ali tremanti, su una pianta. Vicino al mulino, al bordo del canale presso il canneto, si siede e getta nell'acqua piccole foglie che si allontanano lentamente. Joaquín Acosta Mora, a dieci anni, perde anche suo padre; un lontano parente lo raccoglie ad Alcalá; questo parente è il prete don Fulgencio. Il mulino viene affittato, ma l'affittuario non paga la pigione. Joaquín diventa grande; è già un adolescente e ancora non sa, e non lo sa neanche don Fulgencio, quello che diventerà nella vita. Don Fulgencio è povero, porta una sottana logora e un cappello unto. Vive solitario in una stanzetta di una strada appartata; esce la mattina per celebrare la messa e quando rincasa non esce più fino al giorno seguente. Possiede pochi libri, che il nipote legge con avidità. Quando Joaquín non legge va in campagna, contempla le nubi e ritorna a casa con un mazzo di fiori campestri. Don Fulgencio legge il suo breviario e il ragazzo rimane silenzioso, seduto in un angolo. La vita passa, e gli anni fanno di Joaquín un ometto; Don Fulgencio non conosce nessuno; timido e ritirato, povero e ignorato, poco può fare per lui. Per di più Joaquín non serve a nulla. All'improvviso, dopo aver contemplato le nubi – nubi bianche e azzurre – dopo aver letto dieci o dodici pagine, gli vengono in mente delle cose strane; egli non potrebbe dire quel che gli succede.

Ma prende un pezzo di carta, mentre suo zio sta in chiesa, prende anche la penna e scrive una breve riga, e sotto un'altra e un'altra ancora; e così va scrivendo nella solitudine, astratto da tutto, poi conserva il pezzo di carta e non lo mostra a nessuno.

Ya es hora de que Joaquín Acosta Mora salga de Alcalá y vaya a Madrid; en Madrid hay más facilidades para abrirse camino. El tío logra vender el molino; Joaquín es ya un hombre hecho y derecho; don Fulgencio no tiene relaciones valiosas en Madrid; recuerda, sin embargo, que su padre fue muy amigo, aquí, en Alcalá, de un cirujano que se llamaba Rodrigo; Rodrigo tenía varios hijos, y uno de ellos, Miguel, es amigo también de don Fulgencio; Miguel vive en Madrid; don Fulgencio le da a Joaquín una esquila para Miguel, y Joaquín se planta en Madrid.

Miguel le pregunta a Joaquín que si sabe algún oficio, y Joaquín le contesta que no; Miguel, entonces, poniéndole la mano en el hombro, le dice que Dios proveerá y que venga todos los días a su casa a la hora de comer. Ha seducido a Miguel en Joaquín la mirada clara y el gesto sencillo; Joaquín replica al señor Cervantes que él tiene, por fortuna, algún dinerillo, y que no vendrá a la hora de comer; se lo agradece infinito; vendrá todos los días un rato por la tarde. Ha seducido también a Joaquín en Cervantes el tono de la voz – la voz no engaña nunca – y su continente reposado y apacible.

Ya está Joaquín en Madrid y tiene su norma de vida; vive en un cuartito allá, en lo alto de una empinada escalera; su afán es poder tener un pedazo de papel, un tintero y una pluma; por una ventana de su zaquizamí sigue contemplando las nubes; de tiempo en tiempo escribe renglones cortos en el papel; no se los enseñaba a nadie en Alcalá y no los enseña a nadie en Madrid. Todos los días, a una misma hora; sobre tarde, en las proximidades del crepúsculo Joaquín va a ver a Cervantes. La casa de Cervantes – según él mismo ha dicho – es lóbrega, y el crepúsculo, cuando a poco llega, pone más penumbra en esta estancia en que Miguel se halla retrepado en un sillón y en que Joaquín, sentado frente a él, le contempla con ojos ávidos. Hay avidez en estas miradas de Joaquín – avidez y admiración –, porque Joaquín ha leído los libros de Cervantes y sabe que Cervantes es poeta....

Le ha dicho que los versos de Cervantes valen menos que su prosa, y dice él – y dice el autor de estas líneas – que los versos de Cervantes son admirables. De memoria sabe Joaquín los primeros versos, tan etéreos, de Miguel:



È giunto il momento che Joaquín Acosta Mora lasci Alcalá e vada a Madrid; là sarà più facile farsi una strada. Lo zio riesce a vendere il mulino, il nipote è già un uomo fatto. Don Fulgencio non ha relazioni importanti a Madrid. Ricorda tuttavia, che suo padre fu molto amico di un chirurgo di Alcalá che si chiamava Rodrigo Cervantes; questi aveva parecchi figli, ed uno di essi, Miguel, che è anche suo amico, vive appunto nella capitale. Don Fulgencio dà a suo nipote un biglietto di presentazione per lui, e Joaquín si presenta a far visita. Miguel gli domanda se conosce qualche mestiere, ma la risposta è negativa. Allora Miguel, mettendogli una mano sulla spalla, gli dice che Dio provvederà e che venga pure tutti i giorni a casa sua all'ora di pranzo; egli è rimasto colpito dallo sguardo chiaro e dai gesti semplici del giovane. Joaquín risponde al signor Cervantes che, per fortuna, egli ha qualche soldo e non verrà all'ora di pranzo; lo ringrazia infinitamente, ma passerà tutti i giorni un momento nel pomeriggio. Egli è rimasto colpito, a sua volta, dal tono di voce di Cervantes – la voce non inganna mai – e dai suoi gesti calmi ed affabili. Joaquín si è organizzata la sua vita a Madrid; vive in una stanzetta in cima ad un'alta scala; la sua smania è di poter avere un pezzo di carta, un calamaio e una penna. Da una finestra della sua soffitta continua a contemplare le nubi, e di tanto in tanto scrive brevi righe; non le mostrava a nessuno ad Alcalá e non le mostra a nessuno a Madrid. Tutti i giorni, alla stessa ora, sul tardi, verso il crepuscolo, va a trovare l'amico. La casa di Cervantes – secondo quanto egli steso dice – è «lugubre», e il crepuscolo fa più intensa la penombra in quella stanza dove Miguel è sprofondato in una poltrona mentre l'ospite, seduto di fronte, lo contempla con occhi avidi. C'è avidità nello sguardo di Joaquín, avidità e ammirazione, perché egli ha letto i libri di Cervantes, sa che è un poeta.

Gli hanno detto che i suoi versi valgono meno della sua prosa ed egli dice – e lo afferma anche l'autore di queste righe – che i versi del Cervantes sono mirabili. A memoria Joaquín sa i primi versi, così eterei, di una sua poesia:

José Martínez Ruiz (Azorín)

“Cuando un estado dichoso  
esperaba nuestra suerte,  
bien como ladrón famoso,  
vino la invencible muerte  
a robar nuestro reposo.  
Y metió tanto la mano  
aquetes fiero tirano,  
por orden del alto cielo,  
que nos llevó deste suelo  
el valor del ser humano.”

Cervantes pasa horas sentado en su sillón; es viejo y está enfermo; de tarde en tarde viene a verle un amigo; a los pobres los visita poca gente. Cervantes se complace en evocar, como consuelo, ante Joaquín, cuando están solos, su vida pasada.

Joaquín – dice Miguel –, los días más felices de mi vida son los que he pasado en Italia; tú no puedes figurarte la hermosura de Italia; la he recorrido casi toda; he estado en Roma, en Milán, en Florencia, en Génova, en Luca, en Venecia, en Nápoles. En Italia hay una maravillosa facilidad para todo: las comidas en las hosterías son espléndidas. ¡Y qué vinos, Joaquín! Vinos generosos y vinos de pasto. No soy yo bebedor de oficio; pero me gusta paladear de cuando en cuando mi buen vino. Coca, San Martín, Alaejos, Yepes, Ocaña, tienen famosos vinos; pero no son nada, querido Joaquín, en comparación con un clarete chiarello que yo solía beber en Nápoles. “¡Chiarello”, “chiarrello”! He creído que podría volver a Italia para ver Nápoles otra vez y después morir. Confiaba en la amistad; y esa amistad ha fallado. ¡Qué le vamos a hacer! Así es la vida. Habrá que conformarse con lo que venga. “Bisognerà accomodarsi al tempo”.

Joaquín escucha embelesado a Cervantes; Cervantes vuelve un día y otro día a recordar sus deliciosas horas de Italia; en la casa se toma a chungu cariñosa el tema de Cervantes;

el famoso vino clarete se ha convertido en personaje; cuando Cervantes comienza a hablar de Italia no falta quien rezongue: “Ya está Miguel hablando de “Chiarello”.

*Cuando un estado dichoso  
esperaba nuestra suerte,  
bien como ladrón famoso,  
vino la invencible muerte  
a robar nuestro reposo.  
Y metió tanto la mano  
aqueste fiero tirano,  
por orden del alto cielo,  
que nos llevó deste suelo  
el valor del ser humano.*

Cervantes passa delle ore seduto nella sua poltrona; ma è vecchio e malato. Ogni tanto, nel pomeriggio, viene a trovarlo un amico; i poveri ricevono poche visite. Con Joaquín, quando son soli, si compiace di rievocare la sua vita passata. «Joaquín – gli dice – i giorni più felici della mia vita sono quelli che ho passato in Italia. Tu non puoi immaginare la bellezza del paese; l’ho percorso quasi tutto, sono stato a Roma, Milano, Firenze, Genova, Lucca, Venezia e Napoli. In Italia tutto è meravigliosamente facile. Nelle osterie ci sono vini deliziosi; che vini, Joaquín, vini liquorosi e vini da pasto. Non sono un bevitore per natura, ma mi piace assaporare ogni tanto un buon bicchiere. Coca, San Martín, Alaejos, Yepes, Ocaña hanno vini famosi ma non valgono nulla, caro Joaquín, in confronto a un chiarello, che io solevo bere a Napoli. *Chiarello, chiarello!* Ho sperato di poter tornare in Italia un’altra volta per rivedere Napoli. Avevo fiducia nella amicizia, ma l’amicizia ha fallito. Che vogliamo fare! Così è la vita. Bisogna adattarsi agli avvenimenti. Bisognerà accomodarsi al tempo».

Joaquín ascolta sempre estasiato, quando il vecchio evoca le ore deliziose vissute in Italia. Nella casa si scherza sull’argomento preferito di Cervantes.

Il vino *chiarello* è diventato un personaggio; quando Cervantes comincia a parlare dell’Italia non manca chi protesti: «Miguel sta di nuovo parlando di chiarello».

José Martínez Ruiz (Azorín)

El tiempo va pasando. No viene un día Joaquín a casa de Cervantes; no viene al otro; no viene tampoco al siguiente. No viene porque está muy lejos; ha escondido en una landre de su tabardo el dinero que le dieran por el molino, y sin decir nada a nadie se ha marchado a Cartagena, y en Cartagena se ha embarcado para Italia. Ha recorrido Joaquín ya toda Italia: ha estado en Florencia, en Milán, en Roma, en Venecia, en todos los sitios de que Cervantes le hablara con entusiasmo; por fin, ha recalado en Nápoles. El cielo de la altiplanicie castellana es puro y resplandeciente; el cielo de Nápoles es tan puro y resplandeciente como el de Castilla. Trae a su mente Joaquín el otro cielo lejano, y pone ahora sus ojos, extasiado, en éste. No se cansa de ver bogar lentamente las nubes blancas por el cielo de Nápoles. Y en las hosterías, con un vaso de “chiarello” en la mano, se acuerda, conmovido, al beber el claro vino, de Miguel de Cervantes.

No podemos detener el tiempo; un gran poeta español – el autor de la epístola moral – le dice a un amigo que venga a verle en su soledad feliz antes de que el tiempo muera en sus brazos.

“Ya, dulce amigo, huyo y me retiro.  
de cuanto simple amé, rompí los lazos.  
Ven y verás al alto fin que aspiro,  
Antes que el tiempo muera en nuestros brazos.”

Nosotros, creadores del tiempo, matamos el tiempo, y el tiempo – que muere en nuestros brazos – nos mata a nosotros. Joaquín ha llenado de versos muchos papeles en Italia. Si en Italia no se escriben bellos versos, ¿dónde se escribirán? Continúa no mostrándoselos a nadie; siendo, como es, poeta verdadero, su miedo consiste en que alguien desflorará, aunque sólo casi impalpablemente, la visión que el poeta tiene de la vida, del mundo y de lo infinito. Como el tiempo ha pasado, Joaquín ha vuelto a España. Todo llega, todo pasa y todo se aleja en lo pretérito. Al llegar a Madrid, lo primero que hace Joaquín es encaminarse a la casa de Cervantes; va henchido de tierna emoción; le contará a Cervantes todo cuanto ha visto en Italia.

Se va acercando a la casa; la puerta está cerrada; da un aldabonazo y espera; no abren, y da otro aldabonazo más fuerte; una vecina le grita desde una ventana que en la casa no vive nadie. Hace dos meses que Cervantes ha muerto. Aquí estaba Cervantes y ya no está aquí; ésta era su casa, y la casa está vacía. Han llorado, sin duda, su muerte unos pocos fieles amigos y unas piadosas mujeres.

Il tempo passa. Un giorno Joaquín non viene a casa di Cervantes, né viene il giorno appresso, né gli altri ancora. Non viene perché è andato molto lontano; ha nascosto in una tasca interna del cappotto il denaro che aveva ricavato dal mulino e, senza dir niente a nessuno, è andato a Cartagena e di lì si è imbarcato per l'Italia. E percorre quasi tutta la penisola; va a Firenze, Milano, Roma, Venezia, in tutti i luoghi di cui Cervantes gli ha parlato con tanto entusiasmo. Va infine a Napoli. Il cielo degli altipiani di Castiglia è puro e splendente; il cielo di Napoli lo è altrettanto. Egli evoca terre lontane, e i suoi occhi si posano estasiati su quel panorama d'incanto. Non si stanca mai di guardar navigare lentamente le nubi bianche in quell'azzurro immenso. E nelle osterie, con un bicchiere di *chiarello* in mano, ricorda, commosso, Miguel de Cervantes. Non possiamo arrestare il tempo; un grande poeta spagnolo, l'autore della *Epistola moral*, dice a un amico che venga a trovarlo nella sua solitudine felice prima che il tempo muoia fra le sue braccia.

*Ya, dulce amigo, huyo y me retiro  
De cuanto, simple amé, rompí los lazos;  
Ven y verás el alto fin que aspiro,  
Antes que el tiempo muera en nuestros brazos*

In Italia Joaquín ha scritto molti versi. Continua a non mostrarli a nessuno; essendo un vero poeta egli teme che qualcuno possa leggerli. Leggendoli a qualcuno potrebbe sciupare, sia pure quasi insensibilmente, la visione che egli ha della vita, del mondo e dell'infinito. Il tempo è passato e Joaquín è tornato in Spagna. Tutto arriva, tutto passa tutto si allontana nell'infinito. Appena giunto a Madrid, Joaquín si avvia alla casa di Cervantes, pieno di emozione; gli racconterà tutto ciò che ha visto e sentito. Si avvicina alla casa; la porta è chiusa. Bussa alla porta e attende; non aprono, dà un colpo più forte. Una vicina gli grida da una finestra che la casa è disabitata. Sono due mesi che Cervantes è morto. Qui viveva il poeta e ora non c'è più; questa era la sua casa ed ora è vuota. Hanno pianto, indubbiamente, la sua morte pochi fedeli amici e qualche donna pietosa.

José Martínez Ruiz (Azorín)

(Al acabar el autor estas líneas, abre una antigua edición de los “Himnos sacros”, de Alessandro Manzoni; tiene el autor predilección por este librito; está impreso en Florencia, en la imprenta de Coen y Compañía, año 1831. En el libro, titulado “La resurreccion”,<sup>1</sup> el autor lee por centésima vez, igualmente conmovido que la primera, la segunda estrofa, que dice así:

“É risorto: il capo santo  
Più non posa nel sudario:  
È risorto: da l’un canto  
De l’avello solitario  
Sta il coperchio rovesciato:  
Come un forte inebriato  
Il Signor si risvegliò”)

---

<sup>1</sup> “La resurrezione” [en el texto].

José Martínez Ruiz (Azorín)

*“Las nubes”, Castilla*  
(*Ls/Fs*, I, 10, 1941, s.p.)

Hay nubes redondas, henchidas de un blanco brillante, que destacan en las mañanas de primavera sobre los cielos translucidos. Las hay como cendales tenues, que se perfilan en un fondo lechoso. Las hay grises sobre una lejanía gris. Las hay de carmín y de oro en los ocasos inacabables, profundamente melancólicos. Las hay como velloncitos iguales e innumerables, que dejan ver por entre algún claro un pedazo de cielo azul.

Algunas, de color de ceniza, cuando cubren todo el firmamento dejan caer sobre la tierra una luz opaca, tamizada, fina, que presta su encanto a los paisajes otoñales.

“Serenidad en Bolonia”  
(*Ls/Fs*, I, 13, 1941, 24-25)

En el primer escenario: cuatro paredes blancas con una ventana y dos puertas. Semeja, cuando nos hallamos en Galicia, que, estando en España, nos encontramos, después de un largo viaje enfrentados con el Atlántico, en el cabo del mundo. Pero lo suave del ambiente y la amorosidad de los habitantes disipan pronto la inquietud del alojamiento. La soledad de los valles con verdura inmarcesible es profunda, y bajo el cielo de un gris de plata, con una luz cernida, divagamos abstraídos en la grata esquividad. Una de las puertas del aposento, el blanco aposento, es de dos hojas con vidrieras veladas por cortinillas rojas, y franquea la alcoba; la otra puerta, de una sola hoja, puerta de cuarterones, da a un ancho corredor. Nos detenemos, y quisiéramos que en la mesa de este aposento hubiera, entre los varios libros, el mismo librito que nosotros tenemos ahora sobre nuestra mesa de trabajo. No sería inverosímil la concomitancia. Abrimos por una señal este volumen, y leemos, en el profundo silencio de la madrugada, cuando al amanecer, dentro de unas horas, nos envolverá de nuevo el maleficio mundano: *Non confidas, nec innitaris super calumun ventosum*: no os apoyéis y confiéis en caña que ondula al viento. El libro es un volumen chiquito, regordete y alongado, con textos fronteros latino y griego; hablo de la “Imitación de Cristo”, impresa por el Seminario de la Compañía de Jesús, en Villagarcía de Campos, año 1762.

El anciano que ocupa el aposento ha cerrado la puerta del corredor a prima noche, y la ha cerrado como la cierra todas las noches. No la cerraba, en realidad, como todas las noches. Cuando cerramos una puerta para entregarnos al sueño o para trabajar, ¿estamos seguros de que nos hallaremos en el mismo estado anímico – indemnes de dolos, libres de inquietud – que cuando hayamos de abrirla? Ha cerrado la puerta el anciano – José Francisco de Isla – y se ha entregado, en el silencio de la noche, a la meditación y al estudio. Las estrellas brillan eternas en la inmensa bóveda, y acaso las estrellas, como sabían los cuidados de un poeta, Francisco de la Torre – él lo dice – , tengan guardado también el secreto de la tragedia inminente.



Al trabajo y a la oración sucede un leve sueño; el tiempo pasa; la tragedia, sin que lo sepamos nosotros, se va acercando: ya podríamos decir que el espectro del mal ha abierto silenciosamente la puerta y se encuentra encuadrado en el marco.

Ligero rumor al principio; estruendo luego; gritos y pasos precipitados momentos después en el corredor; golpes, al fin, que suenan presurosamente en la puerta. No son inverosímiles los tales pormenores. Ha llegado la tragedia; allí está en forma de soldadesca, celada la bayoneta, que de pronto ha forzado las puertas y ha entrado en la casa. Y allí están acongojados, presos en un recinto, todos los religiosos. Plicas misteriosas han sido abiertas a un tiempo mismo, en idéntica noche, por toda España, y la Compañía de Jesús va a ser desterrada. Cuando se habla de un suceso histórico en los manuales y aun en los libros abultados no se ministran las necesarias circunstancias; sólo el artista, apoyado en ese tejido de pormenores, logra hacer palpitar una vida ya muerta. Los pormenores en este caso son los siguientes: los religiosos, reducidos a prisión, hacinados en una estancia; sus celdas, visitadas y registradas en los más íntimos papeles por manos toscas y brutales; muchos de esos papeles son cartas y consultas confidenciales, y esos secretos íntimos van a ser bárbaramente esparcidos a los cuatros vientos; la espera da órdenes que no acaban de llegar con el itinerario para el viaje al puerto de embarque; el aislamiento absoluto en que a esos religiosos se les tiene, las vejaciones continuadas que sufren, la falta de cuidado para los enfermos y valetudinarios; enfermos algunos de ellos, casi agonizantes, que se han levantado de la cama para seguir la suerte de sus compañeros; la alimentación irregular y escasa; la imposibilidad de sueño en el amontonamiento en que conviven. ¿Y qué hace nuestro anciano, a sus sesenta y cuatro años, después que su puerta se ha abierto, como las demás puertas, a la inesperada tragedia? José Francisco de Isla ha tratado de sobreponerse a sí mismo; su carácter, sereno y jovial, le ha impuesto, por el momento, serenidad. No os apoyéis en vana caña, que vuestro apoyo, fuerte apoyo, constante apoyo, esté en Dios. Si durante unas horas, durante unos días, el padre Isla ha podido confortarse a sí mismo y confortar a los demás, al cabo, como el esfuerzo interior ha sido terrible, todo en él se derrumba. No en balde – lo sabemos todos – se puede hacer tan caudaloso gasto de energía nerviosa. Ha sobrevenido un violento ataque de perlesía. El anciano consideraba con angustia que no podía marchar con sus compañeros. No es tampoco arriesgado

presumir que esta congoja ha contribuido a ocasionar un nuevo ataque apoplético. Y ahora sí que la perdición era definitiva; decididamente, él se tendría que quedar en España, en un pueblo cualquiera, en manos de desconocidos, que, aun siendo almas piadosas, no tendrían para él la cordialidad de sus compañeros. Y un tercer violentísimo ataque le ha hecho desplomarse súbitamente. Ya no hay ni sombra de esperanza; todos se van – se van hacia el azar doloroso – y él permanecerá en España. Con palabras ininteligibles, con manoteos, él protesta, pide, implora a los demás que le lleven consigo. Van pasando los días, y acaso, vista la marcha de la enfermedad, podrá marcharse. Sus deseos se cumplen; casi baldado, apoyado en un palo, renqueando, sin poder expresarse, allá va él con todos los demás religiosos hacia la costa, en busca del barco que les ha de llevar a otras tierras.

(El autor de estas líneas, al llegar a este punto, en las horas densas de la madrugada en que escribe, abre el libro impreso en la vieja tierra de Campos, la tierra del trigo, y lee las mismas líneas, en la página 152, que ha leído antes: *Non confidas, nec innitaris super calamum ventosus*. No quiere el autor apoyarse, como en una caña vana, en las superfluidades del mundo, sino en su fervor. El fervor, que implica confianza en nosotros mismos, nos da serenidad. Y esta serenidad es la que nos place contemplar en José Francisco de Isla).

En Bolonia, otro aposento claro de cuatro paredes blancas, y en él una mesa con recado de escribir y estantes llenos de libros. El tiempo ha pasado. En la Italia, cuando ya el padre Isla se creía seguro, se ha visto calumniado y ha sufrido carcelería; estuvo luego confinado en una aldea cerca de Bolonia; escribiendo desde esa aldea a sus deudos de España, él dice, resignado con su pobreza, que las berzas de que se alimenta le saben mejor que los capones de Pontevedra. Yendo días y viniendo los días, el calumniador de antaño se ha visto en la miseria, y el padre Isla ha intercedido por él, y la miseria ha sido remediada. Serenidad en Bolonia; serenidad al presente en una de las más bellas ciudades de Italia. Le han tendido a Isla generosamente su mano unos aristócratas. Vive actualmente José Francisco de Isla en otro cuartito. ¡Y qué lejos, en el espacio y en el tiempo, los otros dos aposentos de Villagarcía de Campos y de Pontevedra! Sus achaques son muchos; de los pasados insultos le ha quedado el renquear y su habla dificultosa. No le falta nada, sin embargo; espera con serenidad el trance postrero.

Serenidad en Bolonia; pero en estos momentos de serenidad, sentado junto a la ventana, contemplando el azul del cielo, él vuelve la vista atrás y rememora. Surgen en su mente el viaje azaroso hacia el puerto de embarque, rotos y hambrientos los religiosos, entre guardianes inciviles, desatendidos en sus más apremiantes necesidades; luego se ve en la bodega de una nave zorrera, atropados angustiosamente todos, mal comidos y teniendo todos que beber en un solo y sucio vaso. Y ve el arribo a Italia y la imposibilidad de embarcar en aquellas costas, y el tornar a la nave, y el divagar sin rumbo por el mar, y el desembarco en una playa inhospitalaria de Córcega, y el permanecer tiempo y tiempo esperando, hasta volver a un barco y llegar de nuevo a Italia... José Francisco de Isla escribió, con su prosa viva y expresiva, un memorial en que se relata la tragedia. ¿Acaso los historiadores futuros – pensará él – tendrán en cuenta, al escribir sus historias, este precioso documento? (No lo citan jamás en sus bibliografías de la expulsión). Con ternura evoca el anciano a los novicios abandonados en España: una legión de adolescentes que en la tragedia ha escrito las más brillantes páginas. No estaban comprendidos estos muchachos en la extrañación. Quisieron, empero, seguir sus maestros. Y en seguirlos pusieron energías subhumanas. Criados casi todos en el regalo, hijos de casas ricas, mostrándose resistentes cual forzudos varones. Para disuadirles de su intento se apeló a todo: a la coacción violenta y a la promesa incitadora; se le despojó de su ropa talar y se les hizo caminar por las calles, entre la chacota de populacho, casi desnudos. Se les encerró en compañía de mujerzuelas y truhanes y se les hizo beber hasta embriagarles; se les prohibió pedir limosna por las calles cuando caían debilitados por la inanición. No sirvió de nada todo esto para rendirles. Y allá se fueron, desde Palencia a Santander, pasando por Burgos, a pie, sin saber los caminos, despeados, escuálidos, en busca de los maestros que en Santander iban a embarcarse.

Sí, serenidad en Bolonia. Serenidad y un íntimo consuelo al pensar en la fe y en el tesón de ese tropel de adolescentes. ¿Repararán en esta página soberbia espléndidamente española, los historiadores futuros? (No, no repararán; pero hay ahora, en a la madrugada madrileña, un escritor que fija en ella, no la primera vez, su mirada. Juventud, juventud española: arriba siempre, arriba con España, y nos apoyéis nunca, jóvenes, en vanas cañahejas).

“Tragedias españolas”  
(*Ls/Fs*, II, 16, 1942, 13)

No les diré a ustedes dónde ni cuándo; ya lo sabrán a su tiempo. No quiero, sin embargo, desazonarles enteramente; les daré una idea vaga e inconcreta del suceso. ¿De qué se trata aquí? ¿Quiénes son los protagonistas de esta ocurrencia? Si le diera su nombre propio al héroe principal de la fábula, le despojaría del aura de arcanidad de que quiero circuirle. No le nombro, pues; pero ustedes podrán rastrear de quién se trata. Desde luego es hombre sabido y leído, en el promedio de la vida. Unas veces se forja ilusiones y otras se despeña en desesperanzas. Cuando tiene ilusiones, se exalta y acomete empresas varias; cuando cae en desmayos, permanece días y días, meses y meses, arrumbado en un diván; viendo cruzar las nubes. En uno de sus momentos de exaltación ha imaginado lo que con toda reserva voy a contar. ¿Habrá nadie más apasionado del arte? ¿Y más amante de las cosas de España? Y ¿no reputaremos lo esencial en España, en cuanto a letras, el teatro clásico? Como ven ustedes, voy acercándome ya, sin querer, al asunto. La primera vez que hablé yo con él de estas cosas, como le opusiera ciertos reparos, él sonrió, me puso la mano en el hombro, me miró de hito en hito y profirió estas palabras:

—Hay dos clases de teatro. El teatro para ganar dinero y el teatro para perderlo. ¿Cómo quieres tú que llamemos a este otro teatro imppecuniario? Del modo que tú quieras. El teatro argentario, o, si quieres, frumentario, en realidad, no es teatro; quiero decir que no tiene medula de arte. Los empresarios, cuando se les presenta una obra artística, dicen, menospreciativamente, que “no da dinero”. Si ellos supieran lo que da o no da dinero; ya supondrías tú que todos ellos serían Fúcares. Dejemos ese cuento. El caso es que yo voy a hacer teatro, no para el público, sino contra el público. Si tú has leído la obra de Federico Nietzsche “El origen de la tragedia”, acaso la más bella obra de Nietzsche, habrás visto que esa era la actitud de Eurípides. No con el público, sino contra el público. Y ¿me vas a decir tú que Eurípides no era autor dramático? Acaso lo diga algún currinche. Y cuando Goethe era director de teatro y ponía en ‘escena alguna obra que no gustaba a los espectadores, y le decía que cómo ponía tal obra, él contestaba: “Ya se acostumbrarán” ¿Tienes mucho que hacer pasa-

do mañana? ¿En qué día vivimos? No lo sé, ni me importa. El día en que se vive es indiferente; lo esencial es hacer algo bueno o bello cada día. Creo que hoy es jueves ... Si no te afaena nada el sábado, pásate, a las tres de la tarde, por donde se expresa en este papelito en que yo voy a escribir unas señas.

No dijo más mi amigo. Estábamos los dos señeros, es decir, solitarios, en el vasto ámbito desierto de un apartado café. Bebió él un vaso de agua alcalina y tomé yo un chisguete de vino generoso. Nos separamos. No me acordé, al día siguiente, de lo que convinimos en el café. Tenía a mi amigo por un hombre un tanto lunático. Últimamente, registrando ediciones antiguas del Diccionario de la Academia – cosa para mi útil y placentera –, he tropezado con el vocablo opinativo; en las ediciones modernas del léxico oficial ha sido expedida esa palabra. El vocablo es curioso, bollito, expresivo, sonoro; significa esa voz “inclinado a opiniones extravagantes”. No arriesgo mucho si digo que mi amigo puede ser motejado de opinativo. Y si ustedes sonríen, aunque con leve sonrisa, al escucharme decir tales cosas, y creen allá para su sayo, que soy también un poco opinativo, ¿qué le vamos a hacer?

El sábado convenido, al ir a sacar del bolsillo una llavecita, tropecé con un papel. No supe, al pronto, explicarme allí su presencia. Pero todo tiene su explicación, como al final de las malas comedias. Lo leí y me encaminé, paso ante paso, al lugar de la cita. Sólo diré a ustedes que el tal encuentro debía efectuarse, como se efectuó, allá por el barrio de Segovia, en la parte más castiza de Madrid. Si la empresa era españolísima, ¿cómo había de ser otro el escenario? Entré en un viejo caserón.

Al poner el pie en el umbral – que muchos, incluso don Juan Valera – llaman dintel, miré el reloj: era la hora exacta de la entrevista. El zaguán se ofrecía anchuroso, con piso de pelados guijos y con farolón vetusto. Al fondo se veía la escalera. Me detuve en el primer desembarco; llamé a una puerta y pronto estuve en una espaciosa sala. Unos carpinteros estaban levantando allí un tabladillo, y sonaban estruendosamente los martillazos. Como, si no le importara el estruendo, mi amigo paseaba de un lado a otro, abstraído, con un libro en la mano, cual, el trágico inglés pinta a Hamlet. Pronto el protagonista de este suceso estuvo a mi lado; estrechóme cordialmente la mano y me dijo estas razones:

José Martínez Ruiz (Azorín)

– Ya estás en el campo de la batalla; los últimos preparativos para el combate se están haciendo apresuradamente. No te puedo decir cuándo será la primera representación; pero será, con seguridad, muy pronto. ¿De qué la representación?, preguntarás tu acaso. No; tú no preguntas nada; estás callado y lo observas atentamente todo. Soy yo el que te digo que preparo una serie de representaciones de teatro español selecto; entiéndelo bien: no de farsas frívolas ni de traducciones descoloridas; sino de teatro elegido. ¿Ves allí, en aquel rincón, un hacinamiento de sillas? Son las sillas para los espectadores; suman quinientos y están ya todas pedidas; me van a faltar localidades para las muchas demandas con que me acucian. ¿Teatro contra el público? ¿Teatro que no da dinero? Pues ahí tienes la prueba – en el abono de esas quinientas sillas, a ochenta pesetas cada una – de que el público quiere teatro en contra suya y teatro impecuniable ... Y ¿qué es lo que voy a representar? Y, ¿con qué actores? No te extrañes – tú no extrañas nada – de la vehemencia con que hablo; hablo a voces, parte porque soy así y parte por dominar el estrépito de los martillazos. Voy a dar por abono, ya cubierto, varias tragedias españolas, si no todas por el asunto, si por sus autores. Daré en la primera tanda la “Raquel”, de García de la Huerta, el ingenio tan sañudamente perseguido por el conde de Aranda. La “Raquel”, de Huerta, ha sido una de las obras más populares en España. La representaron multitud de compañías, y se dio el caso de ser representada también por agrupaciones de aficionados en cinco casas de Madrid al mismo tiempo. Ya estoy escuchando resonar en este salón los primeros versos de la obra, los cuales siempre se citan mal, puesto que en vez de “toda” se dice, generalmente, “todo”:

*Todo júbilo es hoy la gran Toledo:  
el popular aplauso y alegría,  
unidos al magnífico aparato,  
las victorias de Alfonso solemnizan.  
Hoy se cumplen diez años que triunfante,  
le vio volver el Tajo a sus orillas,  
después de haber las del Jordán bañado  
con la persiana sangre y con la egipcia.*

Luego de la “Raquel” daré el “Pelayo”, de Quintana; más tarde, el “Edipo”, de Martínez de la Rosa, la más bella obra del poeta granadino, y, por fin, la “Virginia”, de Tamayo, obra que su autor estuvo trabajando incesantemente. Ya veo en ese escenario a mi primer actor representar a Pelayo como lo representaba Máiquez.

¿Con qué actores cuento?

Con actores de verdad, es decir, con actores que no han pisado nunca las tablas, con actores que se estremecen ahora con la emoción de quien acomete por vez primera una empresa grata y bella. No todos los actores sirven para lo trágico. Se puede ser buen actor y fracasar en la tragedia. Ni aun los actores que brillan en lo trágico se atreven a todo. Carlos Latorre, gran actor trágico, se sintió sin arrestos para estrenar “El desengaño en un sueño”, del duque de Rivas ¡Rossi, Vico, Zacconi, magníficos actores trágicos! No actuarían, sin embargo, en ese tabladillo con más fervor que mis actores.

¿Conoces tú la “Virginia”, de Tamayo? ¿La has leído? El teatro español es un maravilloso tesoro de que todos pueden disponer y que nadie toca. Nadie: ni empresarios, ni actores, ni críticos.

Y ¿por qué no volver la vista a nuestro pasado glorioso?

En tanto, ya puedes considerar lo que se representa por esos escenarios. Y con esto, querido amigo, volvemos a lo del otro día, a lo de hoy y a lo de siempre: a lo que es pecunia y a lo que no es pecunia.

Y ¿qué importará que el teatro no dé dinero, si se exalta con ello a España y se sublima el arte?

Llegaban poco a poco los actores para el ensayo; llegaban – cosa no extraña aquí – con toda puntualidad.

Cesaban los carpinteros en su quehacer ruidoso; despedíme de mi amigo, retuve su mano un momento entre las mías y le miré fijamente a los ojos.

¿Opinativo? ¿No opinativo?

“Aventura en Tarragona”  
(*Ls/Fs*, II, 21, 1942, 10-11)

Había estado cerca de dos años recorriendo Cataluña; me había propuesto registrarla toda pausada y minuciosamente. Como me agrada viajar despacio, iba caminando en un carro tirado por una mula y un borrico delantero; mi criado Valero guiaba el carro. Había ya recorrido las provincias de Gerona, Lérida y Barcelona; me restaba conocer Tarragona. Placiente era, en verdad, al menos para mí, viajar tan despaciosamente; ni el tiempo se acaba, ni yo tenía meta fijada en parte alguna. Como llevábamos repuesto de vituallas, lo que más nos gustaba era detenernos en el campo, apartarnos un breve trecho del camino y comer al pie de un árbol; le poníamos primero a la mula pienso, soltábamos el borriquito para que fuera goloseando en los pinchudos cardos de las lindes, y todos, en tanto que resplandecía el cielo, si estaba desojado – casi siempre lo estaba – reparábamos de consuno nuestras fuerzas. En las casas de campo hablé muchas veces con los labriegos; usaban todavía algunos la barretina de color de amaranto; me senté muchas veces en el escaño familiar, colocado en la cocina, junto al fuego, donde se habrían sentado abuelos, padres e hijos. Conversé también en los pueblos con los artesanos; he sido siempre lector de manuales de artes y oficios; precisa tal lectura a quien, como yo, es escritor y ha de nombrar directamente las cosas, sin dar vueltas en su derredor para designarlas.

En mis coloquios con carpinteros, herrero, alfareros, guarnicioneros, pellejeros, yo les sorprendía muchas veces por el hecho de que un señor supiera detalles minutísimos de sus oficios. Tuve interés en preguntar si existían todavía tejedores de manos: lo había yo visto en mi niñez, instalados en los porches de las casas. Desgraciadamente no pude encontrar ninguno. Digo desgraciadamente para mí: las grandes fábricas textiles son una necesidad moderna; en Cataluña las hay abundantes y magníficas. Cuando, cansado del campo y de los espectáculos rústicos, yo veía una fábrica, cobraba con ello nuevo anhelo para volver después con el espíritu renovado, al eterno y confortador espectáculo de la Naturaleza. El rumor incesante de la fábrica me atraía: contemplaba los anchos y altos ventanales acristalados – en que siempre hay algún cristal roto – me embelesaba con las



altísimas y delgadas chimeneas, y estaba largo rato, cual en éxtasis, en esos tubos que suelen sobresalir en las techumbres y por donde escapa, a intervalos regulares, un blanco vapor.

En fin, entramos en el campo de Tarragona. De un mundo pasábamos a otro; de la edad moderna saltábamos a lo pretérito. Debo decirlo chivamente, no sé por qué voy a andar con rodeos. Ahora mismo, al decir que de la edad moderna saltábamos a lo pretérito, he usado de un eufemismo innecesario y pueril. Saltábamos, sí; pero saltábamos al imperio romano; tal es la pura verdad. En el prólogo de una guía de Tarragona, guía que acabo de leer, se dice: "El desarrollo de la población ibero-romana de Tarragona, en la época de Augusto, fue asombroso, según las pomposas descripciones de los escritores latinos". En Tarragona había capitolio, circo, arena, foro; tenía allí un palacio el emperador Augusto; en Tarragona pasó Augusto una temporada. Al escribir el nombre de este emperador me siento conmovido: no podría yo definir la clase de sensación que experimento; pareceme que de remotísimos antecesores llega hasta mí, por la sucesión de las generaciones, algo que no puedo explicar. Pero todo ello – y esto sí que puedo explicarlo – se resume en el nombre de Augusto... y en otro nombre.

En Tarragona, después de husmear por la ciudad, entré en una librería. No pasaré adelante sin consignar mi fruición profunda ante el mar, el mar latino, el mar de la civilización occidental, contemplado, en una mañana clara, donde esta ciudad orgullo de los antiguos romanos. Todo respiraba romanidad en el pueblo y todo sugería sosiego en el mar; sosiego que, en la persona, es dominio de sí. ¿Y cuál rasgo predominante podremos señalar en los ciudadanos de la Roma imperial que no sea este del señorío sobre sí mismo? Sobre sí mismo para poderla tener, naturalmente, sobre los demás. ¿He dicho que entré en Tarragona en una librería? Si. «Miré afanosamente, y mi pregunta fue esta:

– ¿Tienen ustedes a Ovidio?

No me contestaron al pronto; no quiero yo suponer que no supieran quién es Ovidio. Dudaron un instante y, al cabo, me dijeron que tal autor no lo habían tenido nunca: no lo habían tenido porque no se vendía.

Caminábamos por el campo de Tarragona; Valero, sentado en el varal, echaba al aire, de cuando en cuando, una copla para entrete-

ner la jornada, y yo necesitaba entretenerla: me hallaba abstraído en mis meditaciones; todo giraba en mi mente en torno a dos nombres: Augusto y Ovidio. No quise decir al principio cuál era el otro nombre que acoplaba yo a Augusto y ya lo he escrito dos veces. El carro entró en un ancho camino bordeado de frondosos olmos; allá al final se descubría una casa; la tarde estaba templada y serena, se experimentaba el goce de vivir. Pero uno de los dos nombres que a mí me obsesionaban dejaba en el curso de mis pensamientos cual una leve estela de melancolía; siempre que se lee a un poeta o se piensa en él sucede lo mismo. No digo más por ahora; todo se aclarará cuando entremos de lleno en la aventura. Acabaron los olmos, liños de olmos a uno y otro lado del camino, en este trecho, se encontraba exornado con cipreses altos y centenarios. En este instante comencé yo a tener cierto presentimiento; dudé de dónde me hallaba y barrunté vagamente algún lance misterioso. Lo más natural es, a veces, lo que más nos sorprende. Entre ciprés y ciprés se veían sarcófagos romanos, pedazos de estatuas antiguas, fustes de columnas y capiteles destrozados. El carrito seguía avanzando y yo iba sumiéndome cada vez más, sin proponérmelo, en el pretérito. Nos detuvimos ante un caserón sólido, labrado con simétricos y dorados sillares: en el dintel de la puerta, con letras de bruñido bronce, se leía *Roma y Augusto*. Acudió un criado a recibirnos y nos introdujo en el vestíbulo de la mansión; al fondo, sobre pedestal de mármol, se veía de pie, mirando al contemplador, una loba de bronce, la loba que amamantó a Rómulo y Remo. Entramos luego en una espaciosa estancia; había allí armas romanas, bellas estatuas y vitrinas con monetarios riquísimos de monedas romanas de oro y de plata. Esperé un momento. ¿En qué pensaba yo durante esta espera? Acaso mi pensamiento estaba en el Ponto Euxino. No sé si tengo que añadir que El Ponto Euxino es el mar Negro. De pronto se abrió una puerta y apareció un caballero, alto, fuerte, con semblante en que se retrataba la serenidad y le energía. Había yo visto muchas veces a este patricio. Sí, yo había visto en las monedas y en los bustos de Roma. Saludóme tendiendo el brazo y yo le contesté del mismo modo. Conversamos con afabilidad.

– Soy anticuario – me dijo –; pero limito mis actividades de coleccionista, de amigo de la historia y del arte antiguo, a la Roma imperial. Y es tal mi entusiasmo, mi entusiasmo de hace treinta años, que me figuro que soy un ciudadano romano y que me llamo, por

ejemplo, Publio o Nevio. ¿Y por qué no he de ser yo un vecino de Roma? Usted, en su viaje por el campo de Tarragona, habrá encontrado frecuentemente labriegos que son verdaderos tipos romanos. El sedimento que Roma ha dejado en esta tierra es copioso y profundo. Soy Publio Nevio, he vivido en Roma bajo el imperio de Augusto y me he retirado a estos campos, que procuro cultivar cuidadosamente. Todo romano es primero conquistador y luego agricultor. Cuando el emperador ha estado en Tarragona yo he ido a rendirle tributo de admiración; ya tenía yo el honor de conocer a Augusto: muchas veces, cuando yo vivía en Roma, estuve en palacio.

Escuchaba yo embobecido al noble y viril caballero cuando llegó en sus palabras al término transcrito: no pude ya contenerme; impetuosamente pregunté:

—¿Habrá usted conocido entonces a Ovidio?

—¡Alt, Ovidio! — exclamó mi interlocutor —. Naturalmente que lo he conocido. Pero ese es un asunto muy delicado, del que yo no quiero hablar. He sido amigo de Ovidio. Estuve con él en su casa la última noche que pasó en Roma antes de salir, al despuntar el día, para el mar Negro. Y ahí tengo todos sus libros: los sé de memoria, tengo también la traducción del primer libro de los *Tristes*, hecha por el duque de Villahermosa.

Comencé yo a recitar entonces el comienzo de la mentada traducción, “Parte, pequeño libro; lo permito; irás a la ciudad, donde tu dueño no puede, y bien le pesa, acompañarte...”.

—Sí, sí, es verdad; parte, pequeño libro. No mando yo mis libros a la ciudad porque, claro, es que no publico ninguno.

—No se los mando yo a mis amigos — dije — porque creo que cada vez escribo peor, y cuando publico un libro no quiero yo acordarme de él. Ovidio es un poeta un poco artificioso, pero me encanta. Hay en sus versos verdadero sentimiento. ¿Qué noticias tiene usted de él?

—Excelentes. Su salud es buena—me contestó Publio Nevio—; últimamente ha escrito unos versos quejumbrosos en que dice que sus cabellos son ya del color del cisne y que sus miembros son febles por la edad: pero, yo creo que nuestro amigo, como les sucede a todos los poetas, exagera un poco cuando habla de sí mismo.

Era la hora de comer y el noble varón romano me invitó a sentarme a su mesa: la comida fue delicada.

“Mar de Levante. Sus pescadores”  
(*Ls/Fs*, III, 28, 1943, 6-7)

Vivió primero en una casa de la montaña; era un hombre alto, esbelto, con una melenita negra, con los ojos negros, con la barba negra. En la negrura resaltaba el ancho y blando cuello de la camisa, cuello doblado y siempre nítido. Desde la puerta de la casa veía todas las mañanas, al levantarse, el mar: lo tenía allá abajo, reverberante, azul intenso, en tanto que el cielo era de un azul blanquecino. No se cansaba nunca de contemplar el mar; el Mediterráneo no era nunca para él un espectáculo cansado. Siempre, en la infinita planicie azul, encontraba algo nuevo. Y como amaba tanto el mar, quiso estar más cerca del mar.

Se trasladó a otra casa que se levantaba en un collado, junto a un ramblizo de tierra bermeja, resquebrajada por el sol, sin una hierba, desnuda, agrietada. La casa estaba circuida por un cerco de chumberas, con sus anchas palas de un gris verdoso. Desde la puerta, mucho más cercano que antes, contemplaba el Mediterráneo. Todos le conocían ya en la contornada; con todos hablaba afablemente; a los menesterosos los acorría, y a los afligidos los consolaba con palabras dulces. Se solía detener en la obrada con los labrantines, y con ellos conversaba de las labores del campo. Si encontraba algún pastor con una punta de cabras u ovejas, echaba con él también una larga parrada. No había hombre humilde a quien él no conociera y a quien no tratara con su afabilidad acostumbrada. Y siempre, en los momentos de soledad, se sentaba ante la puerta de su casita y se ponía a contemplar el Mediterráneo. No sabía él todavía que andando el tiempo, muy poco tiempo, había de ser, por antonomasia, el pescador de Levante. El mar lo tenía aun muy distante, con estar tan cerca; el mar ejercía sobre él una profunda fascinación. Se trasladó a un pueblecito de pescadores que había a poca distancia de la casa. Allí, como en todas partes, le rodeó el respeto y el cariño de todos. Ya estaba más cerca del mar; ya podía a todas horas marcar sus plantas, con huellas pasajeras, en la dorada arena de la playa. Ya podía contemplar en la majestad de la noche, más cerca, el faro, con sus destellos rojos y blancos, que se levantaban en un promontorio. Todas las mañanas asistía a la salida de los pescadores, con el lubricán, es decir, con el

crepúsculo; todas las tardes, con el entrelubricán, es decir, con el entre crepúsculo, asistía también al regreso de los que habían partido por la mañana. En los anchos cenachos contemplaba los montones de pescado: uno de los peces caídos en las redes era de un azul intenso; otros de color de carmín: otros de plata; algunos acerados, como el pavonado acero. Estaba cerca del mar, orillas del Mediterráneo, y todavía ansiaba estar más metido en sus senos. Compró un ligero esquiife y se hizo pescador. Ya era el pescador de Levante: no lo era todavía del todo; para serlo le faltaba pescar algo que nunca nadie había pescado. Las mallas de la red que tendía eran deliberadamente muy claras; no quería él que cayeran en ella pececitos chicos e incautos. En realidad – esto es lo cierto – tampoco quería que cayeran los grandes. Su bondad innata se oponía a tal apresamiento. Cuando en los banastos contemplaba el hacinamiento de la pesca, se placía un momento con la diversidad de colores; pero apartaba prestamente la vista. En su barquilla, él, en tanto que la red estaba tendida en lo hondo de las azules linfas, leía en el libro de algún poeta. Las nubes, si las había, cruzaban por el azul del firmamento, y él, con el libro en la mano, pasaba también, cual pasaban las nubes, hojas y hojas. Cuando terminaba su tarea, en la red no había caído ningún pez. No lo sentía él, y a otro día, con igual fervor, continuaba en sus trabajos. Esos trabajos, con tanto entusiasmo realizados, habían de convertirle, al fin, completamente en el pescador de Levante. Aconteció que un día, al retirar la red, advirtió un peso que no había advertido nunca. Algo iba a salir del seno de las ondas que no sabía él lo que podría ser. Algo extraordinario se preparaba, en efecto. Lo que salió fue una sirena. Tal como lo estamos diciendo: una joven y bella sirena. No experimentó él sorpresa; diríase que la esperaba. La sirena se sentó en la proa del esquiife y él se sentó en la popa. Los dos se contemplaban en silencio. Y de pronto la sirena rompió a cantar: lo que entonaba era, naturalmente, *un canto de sirena*; no cabía la menor duda. Allí estaba la sirena entonando su dulce y engañadora canción. Pero esta sirena no quería engañarle. Sus ojos claros y su sonrisa bondadosa estaban dictando que se trataba de una sirena inocente. El esquiife navegaba con dirección a tierra, y la sirena continuaba en su canción. Entonces él sintió un profundo temor: no sabía lo qué, llegado a tierra, tendría que hacer con la sirena. Su espíritu se debatía en un penoso conflicto. ¿Cómo iba a vivir en tierra la sirena? ¿Qué es lo que se hace con las

sirenas cuando se las pesca? ¿Acaso ha pescado alguien, nunca alguna sirena? No; no había pescado nadie en el Mediterráneo una sirena: era él quien primero había tenido esta feliz aventura. Pero, al tenerla, entraba también su espíritu en perplejidades dolorosas. ¿Dónde poner la sirena? ¿Y es que las sirenas se ponen en algún aquarium, como los peces? Estaba ya el esquife tocando la playa, cuando al volver la vista hacia el faro, que ya lucía en el promontorio, se quedó un momento absorto. Lucía ya también la estrella de la tarde; todo era majestad y recogimiento en el dulce crepúsculo. Fue a mirar luego otra vez a la sirena, y la sirena había desaparecido. Ya el esquife encallaba en la blanda arena. Estaba él de pie en el frágil barco, y al saltar a tierra contó su pesca maravillosa a los pescadores que le aguardaban. En este punto termina la primera parte de la aventura; falta la segunda. La segunda es más extraordinaria que la primera.

Contaba él lo que le había acontecido aquel día, y todos prestaban asenso a su relato. Describía él minuciosamente la figura de la sirena, y todos convenían en la verdad de la pintura. No dudaba nadie, ni por asomo, de lo que él iba diciendo. Nadie manifestaba ni la menor sorpresa. Y esto era lo que a él le sorprendía; la no sorpresa de los demás era su gran sorpresa. En las calles del pueblecito, en las casas, en el campo, en todas partes, relataba la pesca de la sirena, y todos, como si se hubieran puesto de acuerdo, convenían en que la sirena pescada debía de ser bonita y en que era una lástima que se le hubiera escapado. El asenso general le comenzó a contristar; si todos, creían en la sirena, fatalmente su imagen de la sirena, compartida con todos, había de quedar apocada en su espíritu. Si negando todos la veracidad de la sirena, la imagen permanecía íntegra en el fondo de su ser, aceptando todos la verdad de la maravillosa pesca, parecía – y así era, en efecto – que todos se repartían pedacitos de sirena y que él, afortunado pescador, el pescador de Levante, se quedaba sin la sirena pescada.

Andaba triste y acongojado; necesitaba alguien que al fin, negara la existencia de la sirena. Negándola, toda la sirena, toda la imagen de la sirena, sería suya y permanecería íntegra en su conciencia. Y como no encontraba contradictor, sus días y sus noches fueron penosas. Había abandonado ya el pueblo y se había trasladado a una gran ciudad. Pocos le conocían aquí; podía él contar su aventura y seguramente que, al fin, encontraría quien dijese, con aire escéptico, que

estaba soñando. No soñaba él nunca; por lo menos no soñaba cuando en el Mediterráneo contemplaba en la proa de su esquife la bella sirena. Y un día, sentado en un apartado café, vino a colocarse junto a él un anciano vestido de negro, pulcro, y de rasurado semblante. Con un motivo fútil trabaron las dos conversaci3n. El anciano haba sido marino; por todos los mares del planeta navegara y muchedumbre de islas haba bajeadado. Comenz3 a insinuar su aventura nuestro personaje. Al principio hablaba t3midamente; luego, ante cierta sonrisita del viejo marino, se enardec3 y hablaba con resoluci3n. S3, 3l haba pescado una sirena en el Mediterr3neo. S3, la sirena era la m3s bella mujer del mundo. S3, ten3a una voz encantadora y su sonrisa era inefable. El anciano le miraba en silencio. La sonrisa se acentuaba en sus labios. La imagen de la sirena, antes fragmentaria ya, empalidecida ya, con el asenso antiguo, resurg3a l3mpida e 3ntegra en la mente de nuestro poeta. All3, al fin, ante la sonrisa esc3ptica, ante la incredulidad del antiguo nauta, ten3a su sirena adorada. El poeta se levant3, y en silencio, con honda gratitud estrech3 la mano del anciano. La aventura del pescador de Levante haba terminado.





ALFONSO GALLEGO CORTÉS

“Diario de un falangista de primera línea”  
(*Ls/Fs*, II, 18, 1942, cap. I, 38)

José Antonio ha dicho acertadamente de nosotros que somos “una generación a la intemperie”.

Ha sido en el azar de un reciente viaje cuando he creído ver plasmados todos los afanes y desvelos de esta generación; su historia, me voy a atrever a decir, en unas sencillas Memorias, cuyo autor creo no conoceré nunca.

El episodio ocurrió así: fue camino de San Petersburgo.

Por el momento, se habían acabado las duras marchas. Abandonábamos el posible frente de Moscú y embarcábamos en Orcha con dirección Norte.

Durante varios días no tuvimos otro panorama que la estepa, siempre igual, infinita, exasperante.

En una de las paradas, esta monotonía se rompió con la presencia de un montón de “isbas”. Sobre un andén, en cualquier sitio, no sé con precisión dónde, había desparramadas unas cuartillas. Poder llevarme un recuerdo tan sugestivo como las impresiones íntimas de un “tobarich” ruso sobre el experimento soviético me sedujo con gran fuerza. Recelosamente y con cuidado, salté del vagón – estaba prohibido – y las cogí.

Sin embargo, en un principio me desilusioné por mi equivocación: Aquellas hojas eran de un camarada de España que nos había precedido. Algunas, de tiempos antiguos, se las adivinaba rehechas, como nuevas; otras, más modernas, tenían esa pátina especial que adquiere el papel cuando por él pasa cierto tiempo. También estaban las del momento, las actuales, quizá sólo por eso interesantes. En resumidas cuentas, se trataba de un “diario” – todos los soldados, en todos los países, escriben siempre su “diario”. Este podría llevar anotados la cantidad de kilómetros andados diariamente, los detalles del régimen alimenticio, etc., etc. Es bastante difícil encontrar dos “diarios” iguales en el tema. Mas, no obstante, era de pretensiones. El mayor inconveniente estribaba en que no estaba completo. Faltaban cuartillas. La imaginación ha suplido lo que hubiera convertido al relato en ininteligible.

El “diario”, en apariencia la pequeña gran aventura de un muchacho en la España desorientada y agobiadora de nuestros últimos diez años, es en el fondo tan desconcertantemente igual a la que hemos pasado muchos de nosotros, que no he vacilado en considerarla como un símbolo, como lo que es en realidad: la historia de “una generación a la intemperie”. Claro es. Empezaba así:

## PRIMERA PARTE

### EL BIENIO DEL RESENTIMIENTO

#### CAPÍTULO PRIMERO

##### **Por el camino del error**

Cuando aquel año de 1929 salí del Colegio de El Escorial, en las vacaciones de Navidad, pensé en todo menos en que no volvería nunca. Bien abrigados y fuera de la Lonja, sólo esperábamos los que partíamos la llegada de uno de aquellos monumentales y amarillos autobuses de “La Estellesa” hacía subir con sus años y su asma para encargarse de cubrir la distancia que separa al Monasterio del pueblo propiamente dicho.

Después de un viaje insoportablemente incómodo, ¡oh, esos terribles asientos de madera, sin “camouflage” de guata ni de ninguna especie, partidos en tres maderas! Y luego, el frío. Era cuando, en pleno invierno y en la sierra, se desconocía la calefacción en los vagones. Solamente algunos calentadores en ciertos departamentos, calentadores que, por cierto, nunca estaban calientes, era toda la defensa de que se disponía. Por fin, llegamos a Madrid. La vista de aquella máquina corta y panzuda, de alta chimenea, nos daba un poco de vergüenza al pensar que era la que nos había trasladado.

El Padre agustino que nos conducía, al aparecer la capital, nos hizo las advertencias de ritual por última vez: “No olvidar que el 7 es el día en que se acaban las vacaciones”. Pero ninguno le hacíamos caso. Nadie pensaba más que en las puras alegrías del reencuentro familiar.

Mi padre, pasadas estas primeras expresiones efusivas, más severo que de costumbre, me comunicó (con gran alegría por mi parte) que no permanecería entre los Padres agustinos. A los diecisiete años, libre e independiente en ese Madrid entrevistado y leído a escondidas, de estudiante y modistillas, de billar y cartas, me seducía como expresión de felicidad.

En el amanecer de aquel día se le veía adornado con esos pintoresquismos que tanto daño nos han hecho en el devenir del tiempo; todavía existían los coches de punto y había puestos de churros y buñuelos en todas las esquinas, todo con un encanto especie de final de “La Revoltosa”.

Ya en casa, pude enterarme un poco en concreto de todo. Se relacionaba con la política. ¡Cómo no! Desde que entramos en la Edad Contemporánea, la vida española ha girado en torno a esa politiquería vana de apetitos desenfrenados que alcanza su cenit en el año 1936, y que sólo tiene el paréntesis de la Dictadura. Hasta el año 1931 dura la primera etapa, en que conservadores y demócratas gobiernan a un pueblo infinitivamente apático e indiferente a través de sus cacicatos... A partir de 1931, este mismo pueblo, acuciado por el frenesí intervencionista, también se deja conducir por caciques, más o menos marxistas, que ensangrientan el suelo patrio en las 32 direcciones de la Rosa de los vientos. Mi padre, magnífico tipo representativo de nuestros últimos liberales, siempre enterado de todo, empezó a hablar cuando se trató de la conducta a seguir conmigo.

—Los actuales incidentes escolares que se han promovido en todas las Universidades españolas como protesta contra el régimen excepcional de que gozan las Universidades de El Escorial y Deusto, aconsejan, como medida prudente, no volver allí.

¡Ah, los hombres que están siempre al tanto de la situación!

No se habló una palabra más, y quedó decidido que mi preparatorio de Derecho lo haría libre en la Universidad Central.

“Diario de un falangista de primera línea”  
(*Ls/Fs*, II, 19, 1942, parte I, cap. II, 64)

CAPITULO II

**El correspondiente periódico**

Mi primer contacto con los universitarios madrileños me demostró que la agitación escolar sólo tenía fundamentos políticos. Potencias con propósitos oscuros – masonería, judaísmo y marxismo – nos utilizaban para derribar, primero, un Gobierno; después, un régimen; finalmente, un sistema social; llegar al caos; qué sé yo... Primo de Rivera, que tenía como condición sobresaliente ser un hombre bueno y muy español, prometía en notas oficiosas que pronto volveríamos “a la normalidad”. La “normalidad”, como consecuencia última de la política, no podía satisfacerlos.

Era otra vez el régimen caduco de derechas e izquierdas. Y nosotros, completamente a oscuras, buscábamos el camino nuevo, revolucionario; sin saber qué clase de Revolución. Por toda perspectiva existía una de tipo oriental, la rusa, con la engañosa apariencia que le daban los volúmenes de ciertas editoriales subvencionadas, desde luego, por el Kremlin.

En enero de aquel año caía el Dictador. Nos habíamos olvidado ya que no existía la “guerra de África”, constante pesadilla española; que vivíamos en un “standard of live” superior al del resto de Europa; que teníamos en el mundo cierto prestigio. Queríamos la revolución como fuera, con todas sus consecuencias. A los socialistas los calificábamos, despectivamente, de “social-burgueses”. En realidad, el elemento estudiantil, que jugó en la caída del Dictador uno de los papeles principales, a pecho descubierto, fue convertido por los agitadores en adalid de toda protesta.

En diciembre del mismo año se produjo la sublevación de Jaca. En ella intervinieron varios estudiantes madrileños. Después de la conmoción producida en España por el suceso y su represión, todo siguió con el mismo ritmo desordenado. El 12 de abril se celebraron elecciones municipales. El rey, ante el resultado, que creyó antimo-

nárquico, salió de España. El 14 amanecimos todos republicanos, sin haber contribuido ninguno directamente, conscientemente, a ello.

Por aquel tiempo, en la Universidad Central la reunión de cualquier grupo de estudiantes – menos de una docena, en total – significaba la existencia de un periódico. Un periódico extremista, claro está. La vida de estos periódicos era corta. Dos o tres números, lo más. El nuestro, que se llamaba “Renovación”, batió un verdadero “récord”; llegó a tirar cinco. Existían “Rebelión”, “España Nueva” o “Nueva España” y tantos más. Entre todos ellos – y con las mismas características: grandes páginas, demagogía, irregularidad en la salida, etc.–salió un día “La Conquista del Estado”. Esperábamos todos que en su cuarto o quinto número desapareciera. No lo leíamos. En general, nunca leíamos más que el que hacíamos nosotros.

Pero yo leí un día “La Conquista del Estado”. La razón fue un comentario de un camarada de curso, que me dijo: “Fíjate. Este es un periódico de locos. Al lado de un artículo sobre la inminencia de la revolución hispánica en marcha, publica otro sobre los fundamentos que servirán de base a nuestro Imperio.

¡Y está escrito en serio! ¿Se puede hablar de Imperio cuando hace unos días hemos echado al Rey?”.

No sólo lo leí, sino que lo releí despacio. Incapaz de formar tan pronto una opinión, me fui a mi casa sin decir palabra. Del periódico no se sabía nada. Me eran desconocidos los nombres de los que en el escribían – lo que atribuí a su carácter universitario – y me sonaban a cosa nueva y demasiado difícil sus doctrinas. Resolví ilustrarme sobre la materia consultando a los compañeros que en la Federación Universitaria Hispanoamericana habían transformado la Asociación Profesional de Estudiantes en una agrupación política.

Los sudamericanos siempre sabían más que nosotros.

Casi todos los que concurrían al Centro de la calle de la Magdalena eran americanos del Pacífico, la mayor parte mestizos. Cuando les enseñé “La Conquista del Estado” empezaron a vociferar: “¡Es un periódico fascista! ¡Es un periódico fascista!” “Pero aquí, ¿no están prohibidos los semanarios fascistas?”, exclamó uno. “¿No veis las simpatías hacia Italia, la exaltación de la Patria, la creencia en un destino católico e imperial? Todo esto son prejuicios burgueses. Tiene esto su peligro. Debemos vigilar este periódico”, dijeron los demás... La reunión se fue animando. Todo el mundo se mostraba indignado.

Abandoné el local. Por primera vez empecé a reflexionar un poco sobre la posibilidad de que la Patria fuera algo más que “un concepto burgués”, la religión algo más que el “opio de los pueblos”, y así, por el estilo, los cinco o seis “slogans” que habían deformado mis sentimientos en los años mejores.

La quema de conventos del 11 de mayo puso fin definitivamente a todo este “snobismo” extremista, que quería hallar un nuevo camino de Revolución para España. Mis simpatías, después de aquel triste suceso, se dirigieron hacia aquella publicación, que de una manera tan extraña me había impresionado. Procuré enterarme. Desde un mes antes de la proclamación de la República, sus redactores habían visto claro lo que constituiría en líneas generales el destino hispánico. Eran una fracción, dirigida por Ramiro Ledesma, de la que formaban parte, desengañados de errores antiguos, destacados elementos sindicalistas. Figuraba como secretario de redacción Juan Aparicio, de gran dinamismo e inteligencia (verdadera alma del periódico), que, desde el primer momento, sin ser “de derechas de toda la vida”, comprendió la postura a adoptar ante la República, sin incurrir en ñoñerías o debilidades de antiguo error, ya que una revolución de tipo nacional era la única salida posible de aquella encrucijada. Estas cosas del hombre, si tienen valor, lo tiene por haberlas sabido ver bien pronto. Los de “La Conquista del Estado”, en este sentido, supieron ser profetas.

(De la División Azul)

“Diario de un falangista de primera línea”  
(*Ls/Fs*, II, 20, 1942, parte I, cap. III-IV, 46)

CAPITULO III

Empecé por apartarme de mis antiguos compañeros, y, aunque no lo hice de manera muy ostensible, fue notado por más de uno. Cierta día, subiendo la escalera de la Universidad, se me acercó Barros para preguntarme entre irónico y amenazador:

–Es que ya no quieres nada con nosotros? ¿También te has vuelto monárquico? – Luego agregó –: Ya sabes lo que hacemos con los traidores. Ándate con ojo si eres de esos.

Con los traidores, como así se nos llamaba, sabía que no se hacía nada. Pero le respondí evasivamente:

Hombre, no digas tonterías. Me extraña que me conozcas tan poco. Sólo faltan quince días para los exámenes y no quiero que me dejen hasta septiembre. Eso es todo.

En junio se produjo la huelga contra la Telefónica, feudo del capitalismo norteamericano. Esta agitación, de tipo nacionalrevolucionario, fracasó por el gubernamentalismo de los dirigentes de la U. G. T, en plena euforia enchutista. Durante el verano se gobernó en ese tono normal de desaciertos, característico de nuestra “República de trabajadores”: huelgas, asesinatos, asaltos, etcétera. Azaña, declarado descubrimiento del régimen, prosiguió desarticulando los cuadros de mando del Ejército.

Hacia el otoño, todo el movimiento revolucionario nacional se mueve en torno de las *Juntas de ofensiva nacionalsindicalista*, recientemente creadas y extendidas con rapidez, en pequeños núcleos, por todo el país. En especial, es interesante, por el número y espíritu de sus afiliados, la fusión de las Juntas Castellanas de Actuación Hispánica de Valladolid con la J. O. N. S. Onésimo Redondo, adalid de los labradores de Castilla, llevó por buen cauce esta labor unitaria. Un sistema de triunviratos regirá la naciente Organización: Ramiro, Onésimo y Álvarez de Sotomayor, fundador de la C. N. T. madrileña, formaron el Triunvirato Ejecutivo Central.

El año 32 pasa un poco apagado para los jonsista madrileños, ya que, por no haber, no hay ni periódico. En agosto, la campaña contra



el estatuto catalán adquiere gran violencia popular. El general Sanjurjo cree llegado el momento de oponerse a la disgregación de España. El fracaso de su golpe militar trae como consecuencia un mayor amordazamiento de los partidos situados en línea de combate enfrente de la República.

El 33 llega, por el contrario, fértil en acontecimientos. El asalto a las madrigueras marxistas de "Amigos de la Unión Soviética" y al "Fomento de las Artes" son tantos que hay que apuntar en la historia de las Juntas. En marzo, en los talleres del señor Delgado Barreto, se tira el primer número de un nuevo semanario, "El Fascio", en el que colaboran José Antonio y Sánchez Mazas, aparte de nuestros más caracterizados jonsista. Pero el número no llegó a salir. En mayo aparece la revista mensual "J. O. N. S.", órgano teórico de las Juntas. Es por esta época cuando ingreso en la Organización. Ni un fugaz local que hubo en la calle de Amaniel, ni el Café del Norte, sitio de reunión de los jefes, fueron nunca pisados por mí. Cuando aparezco es en la época de Caños.

#### CAPITULO IV

##### **El acto de la Comedia**

El otoño del 33 señala el ocaso de Azaña. Se disuelven las Cortes y se concede un poco de libertad. Para el 29 de octubre se anuncia un acto de propaganda del Estado Nuevo. Tres son las personas que se dirigirán a las jóvenes generaciones. José Antonio, para nosotros desconocido, en su manera de pensar, aun cuando no mucho para nuestros dirigentes, coincidente ya con nuestro pensamiento en las páginas frustradas de "El Fascio". Julio Ruiz de Alda, de universal renombre por su vuelo trasatlántico, y Alfonso García Valdecasas, que ya había colaborado más de una vez en la revista "J. O. N. S."

Los simples militantes no tenemos la menor noticia de José Antonio. Ni de que hubiera escrito en "El Fascio"; así es que aquel nombre, pese a la significación del acto, no despierta más que desconfianza. Es la clase, la posición, el título, todo lo que incapacita a este "señorito" para darnos una idea total y revolucionaria de la España de porvenir. Unos pocos, los más intransigentes, proponen interrumpirlo. La mayoría propone que, por lo menos, sea escuchado.

Los discursos fueron radiados. La presencia de José Antonio, con su cuello duro y su atuendo elegante, aviva nuestra desconfianza. Es una reacción primaria y elemental, pero es así. Cuanto meno limpieza exista en un jefe revolucionario, más posibilidades existen para llevar a cabo una revolución.

Comienza Valdecasas, el joven catedrático, con un discurso inteligente, bien medido, pero que a nosotros no nos dice nada nuevo. Luego Julio Ruiz de Alda, un poco vacilante en su forma de expresarse, pero llenas de hondo sentido nacional sus concepciones. Por último, José Antonio. De apariencia tímida. Su oración fue correcta, quizá excesivamente correcta. Cuando empezó hablándonos de Rousseau nos sonreímos un poco. – He aquí un muchacho estudioso – pensamos –; va a darnos una buena lección de Derecho y, por la seguridad con que se expresa, bien estudiada. Sin embargo, no fue así. Partiendo de la influencia nefasta de Rousseau en el porvenir de la Humanidad, enlaza hábilmente esta premisa con el mal de España y su posible remedio. Ni las derechas, encerradas en su egoísmo antisocial, ni las izquierdas, envueltas en la neblina apatrida del marxismo, tienen razón. Todo perfectamente razonado. Ningún Mediterráneo nuevo, pero expuesto con una clarividencia total. En una palabra: personalidad. En muchos de sus párrafos, así como al final, fue aplaudido largamente por todos. No se registraron incidentes. Era difícilmente que nadie, sinceramente nacionalrevolucionario, lo provocase. La mayoría del público, selecto, se sintió llamado a engaño. Nos había hablado de la vuelta del rey. No había añorado su título de marqués en aquella época tan capitidismuido. Se había enfrentado con los problemas de España, nada más.

“Diario de un falangista de primera línea”  
(*Ls/Fs*, II, 21, 1942, parte II, cap. I-III, 20)

## PARTE SEGUNDA

### El bienio estéril

#### CAPITULO PRIMERO

#### José Ruiz de la Hermosa

El 2 de noviembre es apuñalado por la espalda, en Daimiel, José Ruiz de la Hermosa, primer caído del nacionalsindicalismo. Hasta entonces, en las distintas refriegas sostenidas, sólo hubo heridos. El primer claro en nuestras formaciones es el producido por este heroico jonsista manchego. Sobre su asesinato han circulado varias versiones, orales y escritas. En este caso, al igual que en tantos otros, como lo que se conoce es por referencias más o menos directas, es difícil saber exactamente lo ocurrido.

Sin embargo, la verdad parece ser ésta: nuestro camarada había pertenecido a la organización sindical marxista, aunque repugnándole su carácter internacional, ya que, en apariencia, era la única defensora de sus derechos como trabajador. Al surgir las J. O. N. S. conciliando total e íntegramente las aspiraciones sociales y las ideas nacionales, ingresó en sus filas. Se dice que vino a Madrid al acto de la Comedia. Lo cierto es que un domingo, escuchando en un mitin socialista los insultos que se proferían contra el honor español, alzó indignado su voz. Momentos después, a traición, como es de rigor en la táctica marxista, una navaja se encargó de colocarle en la primera guardia de aquel ciclo y de aquellos luceros tan bellamente evocados por José Antonio como destino final de los caídos en actos de servicio.

#### CAPITULO II

#### ¡Ha salido «F. E.»!

Mientras de la calle de los Caños seguía saliendo mensualmente nuestra revista, en Falange Española se hacían los preparativos para

publicar un semanario. Se llamaría "F. E" y tendría, dentro de su tono de periódico de lucha, un decoro y una dignidad desconocida por las publicaciones izquierdistas. El 7 de diciembre aparece el primer número, y su salida coge desprevenidos a los dirigentes de los Sindicatos. Con carácter general, está prohibida la simple confección de todo lo que lleve las consignas de Falange Española. ¿Cómo va a atreverse nadie a distribuirlo y venderlo? ¡El "ukase" ha fallado!

No hay nada estridente en sus páginas. Únicamente el ímpetu juvenil con que los falangistas vocean la publicación, llenando con sus gritos las calles de la ciudad, si es que a esto se puede llamar estridencia. ¡"F. E.!" ¡Ha salido "F. E.!" Es todo lo que dicen. No se escupe el insulto de "contra la canalla bolchevista" ni "contra los pistoleros comunistas". Surgen incidentes de poca importancia: palos, bofetadas. Todo de acuerdo con la «época febril y agitada en que se vive. No se fían dado aún a las "células" y grupos de "Agit-Prop" las consignas del crimen.

Para nosotros, esta aparición tiene la virtud de romper muchos recelos con respecto al nuevo Movimiento. Además, los jefes de ambas organizaciones deben estar al habla. En realidad, no existe razón ninguna para que Falange Española y J. O. N. S. no se conviertan en Falange Española de las J. O. N. S. Las flechas jonsistas aparecen en más de un lugar del número. Es un detalle.

Con un mes de retraso sale el segundo número: el 11 de enero de 1934. Pero ahora todo es distinto. Las partidas rojas han estado preparando este tiempo una respuesta sangrienta contra la propaganda "filofascista", como se decía entonces. De todos modos, como entre ellos mismos han hecho correr la fábula de los "pistoleros a sueldo" y otras lindezas por el estilo, aunque las escuadras de protección no son aun veteranas, no se atreven a atacarlas.

"Cuando va tan tranquilo, o lleva una buena pistola o va bien protegido", piensan, y le dejan.

Al anoecer, esto cambia. La oscuridad o el gentío son buenos factores para garantizar la impunidad de los asesinos. En la calle de Alcalá, enfrente del teatro Alcázar. Francisco de Paula Sampol recibe diversos tiros, que le ocasionan la muerte. En sus manos llevaba "F. E.". Nadie se explica cómo ha sido aquel tiroteo ni por qué. Mas el cuerpo de un muchacho en tierra, con un periódico a su lado, es la

protesta muda contra el Gobierno estúpido, que deja asesinar a las personas que piensan de determinada manera.

Comienza una carrera desatada de atentados. En Extremadura es asesinado Juan Jara. En Jaén, Tomás Polo. En Eibar es herido Juan Oyarbide. En Zaragoza, el estudiante Manuel Baselga.

Esos acontecimientos se suceden con extraordinaria rapidez. La F. U. E. piensa tomar una postura antifascista y expulsar de la política asociación a los que piensen en fascista. Pero la época del monopolio irritante ha pasado, y esta medida traerá graves consecuencias.

### CAPITULO III

#### **Matías Montero**

Una de las figuras más representativas de la Falange de aquellos días era la de Matías Montero, estudiante de Medicina. Su decidida actuación al frente de la incipiente primera línea madrileña le había creado la devoción y afecto de sus camaradas y la enemistad de los "fuístas" revolucionarios.

En esta época, la idea del S. E. U. aún no ha germinado en ninguna cabeza. Falangistas y jonsistas estiman más acertado llegar hasta las entrañas de la organización enemiga, y desde allí, una vez conseguida la infiltración en las directivas, dar un sentido nacionalsindicalista a esa F. U. E. dirigida sólo por masones.

El acuerdo, que se va a tornar reunidos en asamblea en la Facultad, tropieza con las firmes y claras razones de Matías Montero, que expone la ilegitimidad de esta resolución política en una organización exclusivamente profesional. La defensa suya y la de sus compañeros, tan inteligentemente expuesta, tropieza con el cerrilismo de la mayoría, que aprueba la expulsión.

Las provocaciones de estos vencedores aumentan en días sucesivos. Por fin, el 2 de enero, este firme baluarte del comunismo universitario que es la F. U. E, de Medicina, es asaltado, habiendo heridos de ambas partes. Algunos tradicionalistas también intervienen en esta sana operación de policía. Pero **es** la figura de Matías Montero, la que pacíficamente, se defendió días atrás, la que concita las iras de estos estudiantes, que aún persisten en su postura antiespañola.

El 9 de febrero sale otro número de "F. E.". Escenas, las de siempre. Matías Montero, acabada la venta del número, se dirige a su casa,

Alfonso Gallego Cortés

ya solo, satisfecho de deber cumplido. En Marqués de Urquijo, esquina a Mendizábal, a eso del mediodía, cae asesinado. También por la espalda, de unos balazos.

Cuatro días han faltado para que pudiera ver escrito el documento en que los jefes de Falange y de las J. O. N. S. sellaban la unión de ambas organizaciones. Pero es igual esta unión: espiritualmente estaba hecha hacía tiempo.

A su entierro, verificado al día siguiente, emocionante por su misma sobriedad y sencillez, asisten innúmeros camaradas. José Antonio, en el momento de serle dada definitiva sepultura, pronuncia su invocación, que años después nuestro Caudillo y Jefe Nacional ha de pronunciar también ante su tumba de El Escorial:

“Hermano Matías Montero y Ramírez de Trujillo: gracias por el ejemplo. Que Dios te dé su eterno descanso y a nosotros nos lo niegue hasta que hayamos sabido ganar para España la cosecha que siembra tu muerte.”

Después, bosques de brazos en alto señalaban el paso del Fundador. ¡Hermoso epílogo, en verdad, a una vida ejemplar y a una muerte heroica éste del entierro de Matías Montero!

“Diario de un falangista de primera línea”  
(Ls/Fs, II, 22, 1942, parte II, cap. IV-V, 44)

CAPITULO IV

**F. E. de las J. O. N. S. El acto de Valladolid. Dos asesinatos más**

El 13 de febrero, José Amonio y Ramiro Ledesma firman un documento por el cual, en lo sucesivo, las Organizaciones F. E. y J. O. N. S., que hasta entonces han desenvuelto sus actividades separadamente funden en una sola: F. E. de las J. O. N. S. Funcionará en su régimen interno por el sistema “triunvirista”, desde la base hasta la jerarquía suprema. Esta residirá en un Triunvirato Central o Junta de Mando, formado por José Antonio, Julio Ruiz de Alda y Ramiro Ledesma.

El 4 de marzo, en el Valladolid campesino, ganado al nacional-sindicalismo por Onésimo Redondo, se celebra la primera manifestación pública de esta unión, en medio de un indescriptible entusiasmo. Estudiantes y labradores de Castilla, en número de varios miles, se agrupan ilusionados para oír las consignas de lucha y sacrificio que van a lanzarse bajo el símbolo de nuestras banderas yugadas. Durante el acto no se produce un solo incidente. Los que amenazaban con asaltar e interrumpir se contentan con merodear por los alrededores. Únicamente entre el barullo de la salida, se registra uno: hay heridos de ambas partes. El regreso a la capital se hace con la satisfacción de ver totalmente unidos, y a nuestro lado, a los campesinos del corazón de Castilla.

Mientras, Madrid, el Madrid “oficialmente de ‘derechas’”, ve impávido correr la sangre de nuestros mejores escuadristas en la venta de cada número del semanario.

En el que sale el día 8 se relata, con la extensión que merece, la buena nueva del acto de Valladolid. Ahora le toca el turno a Ángel Montesinos. En la Glorieta de Bilbao las balas marxistas saben dar cuenta de él. Mientras, los demás camaradas, con la sonrisa en los labios, continúan vendiendo el número hasta que se agota.

El 27, Jesús Hernández, casi un niño, solamente quince años, un verdadero “balilla”, también cae asesinado cuando pasaba cerca de la “Casa del Pueblo”. Por lo visto la caza del presunto “fascista” no se ha convertido en un bonito deporte para los jóvenes de camisa roja y

gorro mariner. Se ha tomado nuestro deseo de no convertir el Movimiento falangista en una partida de la porra a incapacidad para responder a la agresión. Olvidan que responder a una muerte con otra no es nada difícil. Sin embargo, nuestros nervios, nuestro impulso, que se hubieran manifestado de una manera brutal devolviendo golpe por golpe, se contiene y espera disciplinado las órdenes. Mas este ha terminado. Queríamos estar bien cargados de razón y el momento ha llegado. En lo sucesivo, por cada falangista caído, uno o más socialistas encontrarán como argumento “la dialéctica de las pistolas”.

## CAPITULO V Los de Sevilla

En Sevilla uno de los sitios donde, unas veces por sectarismo y otras por miedo, a que se deduce de su sinceridad republicana, los poncios radicales o cedistas han cerrado con más contumacia el paso a la propaganda de la Falange. Hasta marzo no se aprueban los Estatutos, ni se autoriza la apertura del Centro. Las gestiones de Sancho Dávila, como jefe territorial de Andalucía, y las de José Antonio de Madrid, no dan resultado, a pesar de las “buenas intenciones” del ministro de la Gobernación. Cuando llega el 14 de abril, los falangistas sevillanos se disponen también a conmemorarlo. El desfile militar que el gobierno radical-cedista organiza en esta fecha pasará ante sus puertas. El día señalado aparecen los balcones del inmueble repletos de camaradas que lo presenciarán. En el momento de pasar los primeros soldados de la Patria, desde uno de ellos salen voces de ¡Viva el Ejército! En la calle algunos interpretan esto como un reto y se responden con ¡Viva la República! Un grupo se destaca con ánimo hostil, pero al darse cuenta de su inferioridad se disuelve. Esto habría terminado así si no hubiera sido porque el gobernador – modelo de gobernador beligerante – en un exceso de celo, mandara unas camionetas de guardias de asalto con orden de detener a los que asistían al desarrollo de la “fiesta cívico-militar” desde la casa de la Falange. Días después el mismo ministro tuvo que obligarle a entrar en razón para que fueran puestos en libertad.



## CAPITULO VI

### La concentración de Estremera

El domingo 3 de junio nos encontrábamos en pleno estado de alarma y, como consecuencia, se había prohibido la celebración de toda clase de actos. El Triunvirato, a pesar de ello, acordó, para ver la calidad de los afiliados, la manera de responder a las llamadas de la Organización, realizar una concentración en el aeródromo de Estremera, de los pertenecientes a la Falange madrileña. El aeródromo particular de Estremera se encuentra en Carabanchel. Ante todos los camaradas, militarmente formados, José Antonio pronunció unas palabras elogiando el magnífico espíritu demostrado e incitándoles a seguir por el camino emprendido, que, aunque áspero y difícil era el único para reencontrar a la España una, grande y libre, que todos deseábamos ver convertida en realidad más o menos pronto.

Los guardias civiles, informados de lo que allí ocurría, aparecieron y pidieron a José Antonio el permiso para la celebración del acto. José Antonio, al parecer, dijo que no lo tenía y enseñó su carnet de diputado. Después los acompañó. Al poco rato volvió solo y nos ordenó que regresáramos a Madrid. El episodio fue bien inocente. Sin embargo, la Prensa izquierdista lo removi6 profundamente para sus fines propagandísticos, señalando el terrible peligro que significaban las concentraciones "fascistas" para la tranquilidad y el porvenir del proletariado.

“Diario de un falangista de primera línea”  
(*Ls/Fs*, II, 23, 1942, parte II, cap. VII, 45)

CAPITULO VII

**La revolución de octubre y otros sucesos**

El marxismo se está reponiendo, en el verano del 34, de su derrota electoral. En Madrid, “Salud y Cultura”, con un pretendido aire de sociedad puramente recreativa, organiza excursiones domingueras; en realidad, concentraciones políticas que, ni el gorrito de marinero, la promiscuidad y el olor a tortilla aciertan a disimular.

Cuando “ellos” regresan la noche, vociferantes, provocadores y ebrios, con sus caucionas obscenas o revolucionarias, los habitantes de la ciudad, siempre pacíficos y bienintencionados, aunque también un poco medrosos, no dan importancia a su actitud. “Son cosas de la juventud” – dicen –. “Están borrachos, hay que dejarlos”.

Pero, en cualquiera de los casos, la Falange no piensa que haya que dejar a nadie maldecir a España. Así tienen lugar centenares de choques, que terminan en las Casas de Socorro o en los Juzgados de guardia. En las cercanías de El Pardo, Juan Cuéllar, uno de nuestros más decididos escuadristas, se enfrenta con un grupo comunista. La superioridad numérica termina venciendo al coraje y la valentía. Juan Cuéllar es asesinado, sufriendo después su cadáver mutilaciones que ponen de relieve el grado de vesania y sadismo a que ha llegado el marxismo en la realización de sus crímenes. El Gobierno, mientras, permanece al margen. Esta ausencia perpetua de autoridad es la que puede permitir a “Mundo Obrero” desatar una campaña de excitación al atentado personal, al señalar desde sus columnas los nombres y domicilios de nuestros dirigentes más caracterizados con el deseo expreso de que los asesinen.

No obstante, todo esto no son más que los prolegómenos de la revolución, que solo espera para ser puesta en marcha, el hallazgo de un motivo. La entrada de los miembros de la C. E. D. A. en el conglomerado radical-agrario es suficiente. Pero la orden del día marxista fracasa en toda España. Únicamente en Asturias tiene un éxito relativo. El comportamiento de la Falange de la provincia fue, sencillamen-

te, ejemplar. En un clima hosco y hostil, cinco caídos heroicamente, numerosos heridos e infinidad de servicios prestados en contener primero y en atacar después a los subversivos de la cuenca minera de Oviedo y de Gijón son la mejor prueba de la actuación falangista.

El 6 de octubre ocurre algo peor. La Generalidad proclama el Estado Catalán, y se coloca en actitud secesionista ante el resto de España. Afortunadamente, aquella aventura, que pudo ser fatal, resultó tan sólo ridícula. El propósito duró las horas justas dadas de plazo por el general López Ochoa a aquellos megalómanos para que depusieran su actitud.

En la mañana del 7, en la calle de Riscal, el I Consejo de la Falange termina sus tareas. Los allí reunidos acuerdan salir en manifestación para testimoniar al Gobierno el apoyo de los falangistas en la lucha contra los que intenten atentar a la unidad patria. Al desembocar en la Puerta del Sol, es una inmensa muchedumbre la que sigue a los primeros manifestantes. José Antonio, frente a Gobernación, expresa esta adhesión con voz entera. Unas obras que se están haciendo para los enlaces ferroviarios le sirven de tribuna. La manifestación se disuelve para dar paso a la labor eficaz. Tarea dura, ya que durante el día hay que sustituir a los huelguistas en los servicios abandonados, preferentemente los servicios públicos, y por la noche hacer frente a los saqueadores que, desde todas las esquinas de la capital, amenazan la vida del transeúnte. Además, los dos o tres intentos medio serios de apoderarse de algún centro vital encontraron siempre la oposición de pechos falangistas. En un pretendido asalto a la Telefónica, realizado por hombres armados, dos camaradas nuestros resultaron heridos. Los rojos terminaron por renunciar a la empresa. Su fin táctico a nadie pudo escapársele, sin embargo.

Pasados unos días, ya todo tranquilo, se procedió a un reajuste en los cuadros de mando de la organización: en la J. O. N. S., en las Milicias, en el Partido.

En mayo del 35 se celebra en el cine Madrid el primer gran acto de propaganda nationalsindicalista ante cerca de 10.000 espectadores. Las Milicias rodean el patio de butaca impasibles, con encargo de evitar toda alteración del orden. En la puerta, dos filas de camisas azules esperan la llegada de los jefes. La presencia de José Antonio es acogida, brazo en alto, con el grito de ritual: ¡J. O. N. S. de Madrid, jefe Nacional! El acto transcurre en una atmósfera de fe y ardor fa-

langista como hasta entonces no habíamos presenciado. Las palabras de Raimundo, Valdés, Mateo, Onésimo y Julio hacen subir progresivamente el entusiasmo, que llega al colmo durante el discurso de José Antonio. A la salida no se produce un solo incidente. Una vez acabado ya todo, estando comiendo tres de nosotros en un establecimiento de la plaza del Carmen, en una mesa de al lado, un grupo, al parecer de socialistas, comenzó a decir impertinencias acerca del acto y de sus asistentes con manifiesta intención provocadora. Ferrándiz, fuerte e impulsivo, se precipitó sobre ellos. Nosotros acudimos en su ayuda y la pelea se generalizó. En la Comisaría nos escucharon y nos mandaron a todos a la Dirección General de Seguridad. Allí se descubrió que nosotros éramos los culpables y ellos eran unos pobrecitos obreros que no se habían metido con nadie. En vista de eso, sólo nosotros tres pasamos a la Cárcel Modelo: Ferrándiz, el impulsivo, era nuevo en la Organización, sólo llevaba un mes afiliado. Noel, en cambio, era de los más antiguos. Antes de que existiera Falange, ya había pertenecido a Hueste Española. Durante nuestra estancia en el “abanico” ocurrieron muchas cosas fuera. El Gobierno fue desprestigiándose cada vez más, mientras la voz de José Antonio resonaba en todos los “burgos podridos” de España, sembrando el germen de una cosecha que pronto fructificaría.

En julio ponen en libertad a Ferrándiz. Ya no sabremos más de él. A Noel y a mí nos ponen en libertad en noviembre, cara a un nuevo acto que va a tener lugar también en el Cine Madrid, como final de las tareas del I Consejo de la Falange. Aumentado en entusiasmo, si esto es posible, transcurre aquel mitin, en el que ya pudo apreciarse la enorme fuerza de F. E. T. y de las J. O. N. S. Hablan el jefe de Cataluña, el secretario y José Antonio. Al ingresar yo ahora, al salir de la cárcel, en la escuadra, ésta pertenece a la Falange de Miguel Primo de Rivera, cuyo jefe de Centuria, la primera de Madrid, es José María Díaz Aguado.

Ya las Cortes han sido disueltas. Todos los partidos tienen su vista puesta en las elecciones que se han de celebrar el 6 de febrero, sin comprender nadie, salvo la Falange, que este año de 1936 ha de ser decisivo para España.

“Diario de un falangista de primera línea”  
(*Ls/Fs*, III, 24, 1942, parte III, cap. I, 38)

## PARTE III

### EL AÑO DECISIVO

#### CAPITULO PRIMERO

#### **Trascendencia y recuerdo del último periodo electoral**

Reina gran actividad en el piso de la Cuesta de Santo Domingo los días que preceden a las elecciones. La Falange, como siempre separada de toda clase de partidos, se presentará sola a la lucha. Aquel sueño de José Antonio, de un Frente Nacional inspirado en un mejor destino para España, no es el miedo a la pérdida de ciertos privilegios, se desvanece ante la incomprensión de la derecha.

Los nombres del Jefe Nacional y los de tres de nuestros más destacados camaradas, Julio Ruiz de Alda, Rafael Sánchez Mazas y Raimundo Fernández Cuesta, figurarían en las candidaturas para cubrir los puestos de diputados por las minorías de Madrid.

Frente a la propaganda de derechas e izquierdas, que con sus cientos y cientos de carteles llenan las fachadas de la ciudad en una orgía de colores e invectivas, la nuestra presenta tan sólo dos carteles: uno con los nombres de esos cuatro posibles diputados que se presentan “sin fe ni respeto”, y otro con el anuncio de un mitin en el que la Falange, desde los cines Europa y Padilla, expondrá su posición ante la contienda electoral.

Las octavillas que en manos de los propagandistas de ambos bandos corren a millones queda reducido en nosotros a dos, y muy significativas: una es la reproducción del Peñón de Gibraltar, con un texto que no recuerdo exactamente, pero que era una alusión a la vergüenza que significaba este trozo de España en manos inglesas, y la otra, una fotografía de la manifestación que, dirigida por José Antonio, expresó el 7 de octubre el apoyo de la Falange al Gobierno en su lucha contra todo intento separatista, y que decía: “El 7 de octubre hubo puestos para la Falange”.

El 2 de febrero se celebró el anunciado mitin, en el que hablaron los candidatos. No ocurrió ningún incidente. Transcurrió en medio de una atmosfera de indescriptible entusiasmo. Nos tocó hacer la guardia en el piso bajo. Se oyó bastante mal el discurso de Sánchez Mazas, que hablaba desde el cine Padilla, por la deficiente instalación de los micrófonos, y se terminó cantando el “Cara al Sol” por primera vez. He aquí, en síntesis, lo que fue el último acto de propagada falangista.

El efecto que produjo en aquella barriada roja su celebración fue ostensible. Se habían recibido órdenes terminantes de interrumpirlo, fuera como fuera, para obligar a suspenderlo. Mas la presencia de nuestras escuadras, militarmente formadas y distribuidas por los pasillos de patios y anfiteatros, dispuestas a caer sobre el primer alborotador, habían quitado su ímpetu combativo a los posibles agentes provocadores.

A la salida, el rosario de bares que existen a lo largo de la calle de Bravo Murillo era un hervidero de grupos más o menos marxistas, que asistían a nuestro paso con una aparente indiferencia, encubridora de su sorda hostilidad. Mas no se decidieron a platear la lucha en campo abierto, y ante el entusiasmo, la disciplina y los cánticos de nuestros camisas azules, optaron por disolverse como Dios les dio a entender. Su puesto no era aquel. Ellos sólo atacaban en la esquina, al amparo de la oscuridad, en su lugar favorito.

El 16 no pudo aparecer más desapacible. Llovía de una manera infernal. A las cinco ya estábamos en la calle, dispuestos a vigilar las elecciones. Era nuestra misión. Hacer de eso que se llama “ronda volante”. Nos tocó el distrito de Chamberí, pero éramos tan pocos que terminamos en los últimos números de la calle Torrijos, cerca de la Guindalera. En muchos casos la mayoría de los Colegios no teníamos interventores. Los palos que dimos y nos dieron fueron abundantes. Los marxistas, amparados en la ayuda solapada que les prestaban los secuaces del “Gobierno imparcial”, se envalentonaban, cometiendo toda clase de desmanes, convencidos de su impunidad. Nos detuvieron innumerables veces, siempre injustamente, pudimos salir de las Comisarías para poder empezar de nuevo la vigilancia.

Esta ayuda prestada al marxismo por las fuerzas del Orden público tuvimos la ocasión de comprobarla repetidas ocasiones. En un Colegio de la calle de Lope de Rueda, la elección, al parecer, iba mal

para los rojos y pretendieron romper la urna. Nosotros, en total once, que casualmente caímos por allí, nos opusimos. Mientras duraba el forcejeo apareció un teniente de asalto, seguido de varios números, que procedió a detenernos y a dejar en libertad a los marxistas. Después nos colocó en fila a largo de la calle, en los momentos que más arreciaba la lluvia. Aquel hombre se hallaba verdaderamente enfurecido, pero no contra los alborotadores, sino contra nosotros. Pasó un buen tiempo en el interior del Colegio. ¿Qué se le habría perdido allí? Al cabo del cual salió y empezó a insultarnos, dando grandes voces. Era andaluz y tenía un ceceo estomagante. Nos vino a decir: “Los fascistas, vosotros teníais que ser. Los que interrumpís siempre en todos los lados. Ahora que ellos no se metían con nadie..., y sacando el vergajo, no sé si suyo o de quién, empezó a golpearnos en la cara, con una mala intención indudable. Estábamos allí empapados y con el agua chorreándonos por la cara. Recibí dos vergajazos en las orejas, ateridas, que súbitamente se pusieron encarnadas como dos tomates. De idéntica manera procedió con los demás, y al acabar dijo: “Ahora, al coche”. Yo, que era el primero de la fila, al no ver más solución que la entrada en el “sobre verde”, y en esta ocasión a lo mejor para pasar después a la Dirección de Seguridad, y de allí a la Modelo, eché a correr como un desesperado y conseguí librarme del “enchiqueramiento”, ya que lo perdí de vista en cuanto crucé la primera bocacalle. Como este ocurrieron cientos de episodios.

Ya al anoecer se empezó a tener noticias del triunfo de las izquierdas en Madrid y otras provincias. La “expansión” popular se manifestó con los actos vandálicos de siempre. Un monumental cartel con el retrato de Gil Robles, que en la Puerta del Sol cubría la fachada de un edificio, fue tirado a la calle.

Al día siguiente se tuvo la confirmación del triunfo rojo en la mayoría de las provincias. Las manifestaciones, que, presa de maderable júbilo, destrozaban todo lo que encontraban a su paso, señalaron el principio de esas vacaciones de la legalidad, que quedaron en Madrid tres años.

Por curiosa coincidencia, en aquella fecha nos trasladamos del piso de Santo Domingo a un hotelito en Nicasio Gallego, último y fugaz refugio de la Falange madrileña, que tantos vaivenes conociera en tan poco tiempo.

Mientras esta mudanza se efectuaba, José Antonio, espíritu observador, quiso ver hasta qué punto había acertado en sus pronósticos sobre la interpretación que las masas habían dado al triunfo “republicano”.

Con las manos en los bolsillos, a pie firme, y acompañado únicamente de Luis Aguilar, en Recoletos, en Alcalá, en todos los sitios presencié el paso de las vociferantes multitudes. Con sus vivas, sus mueras y sus peticiones se veía que no deseaban más que una política extremista llevada a sus últimas consecuencias. Exactamente, lo predicho hacía un año por nuestro Jefe Nacional.

El socialismo, mejor dicho, los dirigentes del socialismo dudaban aún entre la tesis oportunista de Prieto y la bolchevique de Largo Caballero. Mientras duraba esta indecisión aceptaron la jefatura del republicano Azaña, el hombre más popular de las izquierdas, como máscara que, entre otras cosas, quitara un poco el miedo a los frentepopulistas burgueses.

Azaña era la legalidad, era el 14 de abril de 1931; estos señores podían respirar tranquilos. Aquel porcentaje tan crecido de nuestras clases medias que le habían votado serían seis meses después sus primeras víctimas. Sin saber por qué, “ellos no se habían metido en nada”, cubrirían sus cadáveres kilómetros y kilómetros de todos los caminos españoles.



“Diario de un falangista de primera línea”  
(*Ls/Fs*, III, 25, 1942, parte III, cap. II-IV, 38)

CAPITULO II

**La clausura del Centro de Nicasio Gallego**

La presencia en el poder del “republicano” Azaña – “antes de la primavera del año próximo” – convirtió en triste realidad una de las más certeras profecías de José Antonio. Inmediatamente se desató una campaña para el exterminio de la Falange, que, empezando en los altos medios ministeriales, llegaba hasta aquellas zonas humanas que la incuria y desidia gubernamentales les había convertido en fáciles presas de las prédicas marxistas.

Lo primero que había que hacer era suprimir el sitio de la reunión de los falangistas. Mas tarde, perseguir y encarcelar a los cuadros de mando, con objeto de restarle la máxima eficacia, y, por último, proseguir idéntica labor hasta el último afiliado, con el fin de convertir a la ya temible Organización en una mera masa inoperante.

Para esta labor servirían, indistintamente, la fuerza armada o las mesnadas de “chíbiris”. Siempre, en último caso, podía ser ellos, dada su irresponsabilidad, los culpables.

Así, inventando el pretexto, claro está, fue cerrado el Centro de Nicasio Gallego. Tan poco fue el tiempo que estuvimos allí, apenas un mes, que no nos tocó hacer más que una guardia.

Un día, tal vez dos o tres antes de ser clausurado, escuchamos la última oración política que pronunciarla José Antonio, estando en libertad, en toda su vida.

Conforme íbamos llegando, los que tenían armas se las entregaban a sus jefes de Centuria, que las guardaban en unos sotabancos hábilmente disimulado, y en el secreto de cuya existencia sólo se encontraban los estrictamente indispensables. La Falange se iba haciendo muy numerosa y el espionaje podía ser hecho por las personas más insospechadas. Durante nuestra Cruzada tuvimos casos verdaderamente sangrientos de estos que se presentan sin pudor ninguno como tales. Pocos se habrán olvidado de aquel falso escuadrista, llamado “el Abisinio”, que, ya estallado el Movimiento se presentó en la ga-

lería cuarta de la Modelo para ir señalando a los “chequistas” que le acompañaban los que él conocía como falangistas.

La última arenga de José Antonio nos emocionó quizá más que ninguna. Llena, como todas las suyas, del más firme ardor combativo, en sus palabras, sencillas, efusivas y cálidas, se parecía adivinar una imperceptible melancolía, fundada, Dios sabe, en qué negros presagios.

– El despido de estos magníficos camaradas – vino a decir entre otras cosas – que en octubre del 34 ocuparon su puesto de trabajo o siguieron en él, a pesar de los tiros y de las amenazas del marxismo ensoberbecido, es una profunda lección que los elementos de la anti-patria colocan ante nuestra vista para que no la olvidemos nunca. Así será; desde hoy, para todos nosotros queda patente que la primera y más urgente petición es la de la readmisión de estos auténticos obreros represaliados, no por abandonar el trabajo, sino por haber estado en todo momento cumpliéndolo.

– Conforme pase el tiempo – agregó, los días serán más difíciles. Pero es igual. En nuestros puestos permaneceremos firmes hasta el último momento, orgullosos de sabernos cumplidores de una misión sublime y total, y que, en el supremo instante, podremos resumirla con un ¡Arriba España!

A la salida fueron devueltas las armas y nos dispusimos a esperar nuevas órdenes. Sin embargo, ya no partirían ninguna más. Como dijimos antes, fue cerrado dos o tres días después.

### CAPITULO III

#### **El atentado de la Plaza de Toros**

En los derribos que se estaban efectuando en la Plaza de Toros, los anarco-marxistas declararon una huelga. Camaradas nuestros, los arrojados de todos los sitios por imposición de las Centrales obreras internacionales, ocuparon los puestos abandonados sin temor a las represalias anunciadas en caso de que así se hiciera. A la J. O. N. S. llegaron anónimos planteando el dilema de dejar el tajo o recibir el plomo comunista. En vista de esto se montó un servicio de vigilancia, que era prestado diariamente por camaradas de distintas escuadras. Con las llamadas autoridades no había ni que contar. Por norma habrían de permanecer ausentes y si intervenían lo hacían

en contra nuestra, de acuerdo con lo ordenado por el pretoriano de Gobernación.

El marxismo había hecho cuestión de amor propio el que en aquellas obras no se trabajara. Así es que esperábamos el hecho para proceder a la represalia en el mismo momento que se realizara la agresión o para descubrir a los autores si no se podía obrar en consecuencia.

La noticia nos llegó al anochecer, a la taberna de "La Cuesta", donde nos seguíamos reuniendo y a donde acudían muchos de los allí trabajaban. La casa era una de las muchas que se habían convertido en locales clandestinos de la Falange madrileña, debido al entusiasmo falangista de sus propietarios. Por cierto que este entusiasmo le costó al dueño de la "Cuesta" ser una de las primeras víctimas el mismo 19 de julio.

Uno de los que estaban en las obras llegó y nos contó, un poco excitado, lo ocurrido en líneas generales.

—Han sido alcanzados cuatro. Hasta ahora, dos muertos. Los otros dos solamente heridos. Acabábamos de terminar la faena y salíamos por el callejón cuando desde una camioneta, pararía ante la única puerta por donde podíamos aparecer, empezaron a disparar con ametralladoras o con fusil ametrallador sobre los primeros que alcanzaban la plaza: Johnson, el negro, se dio cuenta y, a pesar de su único brazo, sacó con ligereza la pistola, pero no tuvo tiempo de más. Antes de disparar le habían cosido en el pecho materialmente a balazos. Urra, ese vasco callado, menudo y ágil, cayó igualmente describiendo una trayectoria rarísima, yendo a parar, al perder el equilibrio, a uno de los fosos. Choperena, el gran Choperena, está solamente herido y, gracias a su gran fortaleza, podrá salvarle. Y, por último, también han herido a este camarada, que sólo sé que le llamaban "El Americano". Los demás, que íbamos más retrasados, nos ocultamos entre ladrillos y la tierra recién removida y desde allí, agazapados, empezamos a disparar. No sé si atinaríamos o no; lo cierto es que desde el coche se cesó de tirar y lo pusieron en marcha. Nosotros le perseguimos, pero pudo escapar. Era ya muy oscurecido y por aquellos parajes no había luz. Yo no sólo no supe el número de la matrícula, sino que ni llegué a ver si la llevaba. Hay uno que se parece haberla reconocido.

Hasta aquí lo que nos contó el camarada desconocido. Luego fuimos a los hospitales donde estaban Choperena y "El Americano" y no nos pudieron aclarar nada. Tuvieron mala suerte; se salvaron de

este intento, pero al estallar el Alzamiento, como todavía estaban en cama, fueron sacados de ellas y "paseados".

Aparte de esto, la camioneta fue descubierta y más de un comunista pagó con su vida el crimen realizado.

#### CAPITULO IV

##### **El profesor Jiménez de Asúa**

Días después, los estudiantes Olano y Bersolegui fueron asesinados en la calle de Alberto Aguilera. De vengarlos también se encargó la Primera Centuria. Pero el criterio seguido por nosotros era muy diferente al marxista. El que la respuesta se llevara a efecto solamente contra los autores no era suficiente. En principio, éstos eran los responsables directos del hecho delictivo; pero en las condiciones que se desenvolvía la vida de España en aquella época su muerte sólo significaba una solución incompleta. Y es que era más importante, mucho más importante, castigar al inductor del crimen. Este, acostumbrado a moverse en una atmósfera de total impunidad, excitaba a más y mejor las columnas de cualquier periódico de izquierdas, al asesinato del "fascista" como una acción beneficiosa para el porvenir de la Humanidad, mientras él, en la práctica, permanecía al margen, viviendo entre dorados enchufes y con suntuoso coche oficial.

Una de las figuras más destacada y luego sobre su misma piel, era una experiencia que merecía ejercitarse y a la que se había hecho acreedor por derecho propio. En el Parlamento, en la Cátedra, en la Prensa, se había convertido en un apologista del atentado personal por motivos políticos.

El jefe de la Primera Centuria, el subjefe y dos camaradas más se encargaron, al día siguiente del asesinato de Olano y Bersolegui, de esperar al belicoso catedrático socialista. Vivía éste en un piso lujoso de la aristocrática calle de Goya, por cierto, bastante en desarmonía con lo que debe ser la vivienda de un profesor inteligente que ha leído a Marx y afirma creer en la plusvalía, no sólo teóricamente, sino en la práctica.

Apareció el polemista de la violencia (nuestro Jorge Sorel), acompañado del policía Gisbert. En cuanto sonaron los primeros disparos se tendió sobre el suelo para dar la sensación de que había sido acertado y no se movió. Estaba resguardado. Gisbert sí recibió la descar-

Alfonso Gallego Cortés

ga, y como la misión estaba cumplida, Jiménez de Asúa, al parecer muerto, visto que el coche se había calado, se apresuraron a ponerse a salvo, corriendo como Dios les dio a entender.

“Diario de un falangista de primera línea”  
(*Ls/Fs*, III, 26, 1943, parte III, cap. V-VII, 38)

## CAPITULO V

### **El entierro del alférez**

El 14 de abril los agentes de Moscu recibieron la orden de arreciar en su campaña antiespañola, bajo el pretexto de la conmemoración republicana. En Madrid, cuando se estaba celebrando un desfile en la Castellana, entre constantes mueras a España y vivas a Rusia, el alférez de la Guardia Civil, Anastasio de los Reyes, fue asesinado por protestar con indignación de tales gritos.

Dos días después, en una magnífica jornada que puso de relieve la patriótica reacción de la población madrileña, ante tan escandaloso hecho, se celebró el entierro. A pesar del capcioso relato que de lo sucedido se vio obligada a publicar la Prensa y de desconocerse la hora del entierro, anunciado para por la mañana, verificado por la tarde, desde las más tempranas horas del 16 una inmensa muchedumbre se apiñaba en los alrededores del cuartel del 14 Tercio de la Guardia Civil, en los Altos del Hipódromo, trémula de rabia y de coraje y deseosa de manifestar con su asistencia la reprobación que la conducta del Gobierno le merecía.

Este día, diversas circunstancias hicieron aparecer unidas por primera vez a las distintas fuerzas nacionales, que, meses después combatirían en estrecho haz contra el enemigo común en los campos de España. Fue una, la marcha heroica y férvida, en todo un trayecto, flanqueado por expertos “paqueadores” marxistas, de militares y camisas azules, unidos hombro a hombro, en el riesgo y en el pensamiento. Y otra el asesinato de un falangista, Andrés Sáez de Heredia, primo de José Antonio, y el de un tradicionalista, cuya sangre, al fundirse en un mismo y último acto de servicio, fueron feliz presagio de esa indestructible unidad española condensada más tarde en la organización de F.E.T. y de las J.O.N.S.

El traslado del cadáver comenzó a las cuatro. Se constituyeron varias presidencias, integradas por nadie sabe a punto fijo quien. Únicamente tuvimos oportunidad de ver a Gil Robles, cuya presencia fue acogida con una estrepitosa silba.

La primera línea de Falange formó por centurias y en columna de a tres, aunque esta correcta formación duró breves momentos. A los pocos pasos, desde una casa situada al lado de la Goigoechea, partió la primera agresión. La respuesta fue contundente, y más de un anarcomarxista perdió para siempre la oportunidad de asesinar a traición. A lo largo del recorrido los tiroteos menudearon, con objeto de sembrar el desconcierto en la manifestación, aunque el efecto fue contraproducente, ya que los ánimos se fueron excitando cada vez más, y ya a mitad del paseo de Recoletos aquel grito de ¡Al Congreso! ¡Al Congreso!, que no se había oído más que aisladamente, se convirtió en el deseo de todos los manifestantes. Al llegar a Cibeles, los señores circunspectos y de orden que ocupaban las presidencias, juzgaron cumplido su deber y nos abandonaron. Unos pocos pasos antes, en una obra de la calle de Olózaga, habíamos sufrido el último tiroteo. Para hacer callar a los agresores hubo necesidad de asaltar la casa.

Una cabeza. Un verdadero jefe en aquellos momentos y los destinos de España hubieran tomado otro rumbo. Pero no lo hubo y seguimos al cortejo, con más decisión que antes, pero sin rumbo, sin saber a dónde José Antonio estaba en la cárcel y con él compartían el encierro las más destacadas personalidades del Partido. Los “tranviarios”, esos plácidos trabajadores del transporte, que miraban nuestro paso con un aire burlón y que hasta se permitían tocar el timbre de sus vehículos, muestra indudable de su impaciencia, antes ciertos ejemplos modificaron automáticamente su manera de pensar. Los coches se paraban respetuosamente, ellos se quitaban la gorra, esbozaban una sonrisa de agrado y saludaban.

## CAPITULO VI

### **Segundo veraneo en “El Abanico”**

Esta vez, las primeras diligencias practicadas con los seis camaradas que detuvieron conmigo tuvieron el marco más alegre de la Comisaría de la calle de Pardiñas. Desde allí, otra vez “a tocar el piano” en la repugnante covacha de la calle de las Infantas, y, por último, nuevamente a la galería segunda de la Cárcel Modelo. Lo curioso de todo esto es que, después de un tiempo más o menos largo de estar en prisión, era uno puesto en libertad, sin haber sido tan siquiera procesado.

La galería segunda era totalmente falangista. Seríamos unos 400. Mas en esta no estaba José Antonio. Las noticias que nos venían de fuera, a través de las comunicaciones generales, entre gritos, o de alguna especial, nos confirmaban el grado extremo a que estaban llegando las cosas. Algunos dirigentes rojos habían pagado, por fin, sus crímenes. La Falange había pasado a una ofensiva que estaba haciendo vacilar a los más extremistas de las Juventudes Socialistas Unificadas.

Poco antes del asesinato de Calvo Sotelo, salí de la cárcel.

También a este entierro acudimos. Por cierto, los guardias de Asalto volvieron a cebarse sobre los falangistas, indefensos, cuando volvían a sus casas sin meterse con nadie. Al lado de la estafeta de Correos que hay en el cruce de las calles de Alcántara, Hermosilla y Alcalá, se me quedó entre los brazos, agonizando, el camarada José Valencia. Una bala supo acertarle entre los pulmones, haciendo imposible su salvación.

El 19 de julio los pocos que quedábamos de las Milicias nos citamos en el Cuartel de la Montaña, para tomar, por fin, la decisión tanto tiempo esperada. Ya no volveríamos a tener esa sorpresa exasperante del paseo de Rosales durante las noches que se traducía siempre, a la madrugada, en un “Por hoy no hay nada”.

## CAPITULO VII Y ULTIMO

### **El cuartel de la Montaña**

La falta de eficacia de la sublevación del Cuartel de la Montaña se puede sintetizar en unas palabras: “No haber intentado una salida”, “No salir”.

El único objeto del levantamiento en un edificio como el de la Montaña del Príncipe Pío, es el de hacerlo para que éste sirva de punto de partida en futuras operaciones. Nunca para que sea el centro de resistencia. Por la escasa solidez de sus muros, por la total ausencia de medios ofensivos, aquello no hubiera podido ser nunca un Alcázar. Y, sin embargo, razones poderosas debieron asistir a nuestro mando para concebirlo así. Es difícil prever lo que hubieran hecho los “chiribis” ante una compañía declarando el estado de guerra en la Puerta del Sol. Mas, en todo caso, el lamentarse es totalmente inútil.



SAMUEL ROS



“La extraña limosna”  
(*Un cuento mensual*, Ilustraciones de Esteban)  
(*Ls/Es*, II, 19, 1942, 62-63)

De los despojos realizados por la revolución roja en Madrid en el año 1936 he oído hablar mucho. He oído hablar en todos los tronos y a toda clase de personas. Estos relatos suelen ser monótonos y, en general, el daño causado a las víctimas, demasiado pequeño en relación a las quejas. Creo, además, que la memoria para aquellos quebrantos es excesivamente firme, comparada con la débil memoria para los duelos importantes de la carne maltratada y de la sangre caída. No obstante...

Confieso que recuerdo haber escuchado algunos casos que lograron conmoverme, no por su magnitud, sino más bien por la ingenuidad de la gente perjudicada. Tal fue el relato de la anciana a quien robaron su mecedora con asiento y respaldo de rejillas, no por aprovecharla, sino para romperla con un machete en su presencia. Y tal fue el relato del cochero a quien robaron su viejo caballo para comérselo. De otra índole – y para mí igualmente conmovedora – es la historia de la joven marquesa, a la que dejaron sola en el palacio frente a un espejo quebrado que ponía en su rostro cicatrices de muñeca rota. Pero...

La historia que me propongo relatar es diferente, no se parece en nada a las historias que conocía, y me apresuro a contarla a los lectores antes de que haya formado un juicio claro sobre ella. En realidad no sé que pensar de esta historia, ni del hombre que me la contó con acentos tan patéticos. Aún me parece estar escuchando la voz sombría que explicaba el daño irreparable: era la voz como una larga queja, como un infinito lamento, apenas modulado en palabras.

Encontré a este hombre la noche del 10 de diciembre en la glorieta del Cisne, a las dos de la madrugada. No hace falta decir que helaba, y que la calle, solitaria, apenas estaba alumbrada por moribundos faroles de gas. Jamás he sufrido asombro tan grande como al escuchar las primeras palabras de aquel hombre en aquella noche. Iba el desconocido correctamente vestido, incluso con elegancia, y hasta añadiría que su largo y recto gabán negro era de paño inglés. Me pedía limosna, a pesar de aquellas ropas, y con el sombrero en la mano; además me pedía la más extraña limosna que pueda imaginarse.

—Una limosna de talento, ¡por caridad!

Salté como si me hubieran insultado. Casi todos los hombres son una pequeñez en los trances difíciles, y yo confieso que nunca la susceptibilidad humana alcanzó a ser tan ridícula como fue la mía en este caso. La petición, tanto por el atuendo del desconocido como por mi condición de escritor, me autorizaba a sospechar una burla sangrienta. No quiero pensar — ni ahora que el peligro ha pasado — en la posibilidad de que aquel hombre se dirigiera a mí sabiendo quién soy yo, y precisamente por ser también él escritor de más mérito y más viejo que yo, aunque peor tratado por el tiempo y la fortuna. No; por suerte, el hombre se dirigía a otro hombre cualquiera, y la duda quedó rápidamente desvanecida.

Las excusas usuales en esta ocasión hubieran sido de una amarga comicidad, que hubiese dejado más fría la noche. ¿Cómo decirle: “otra vez será” o “no llevo suelto”?... Hacer efectiva la limosna era impracticable.

Me sirvió el instinto y le invité a que me siguiera. Mi casa no estaba lejos y la limosna que se me pedía no podía ser otra que un poco de consuelo y de atención para una desgracia que yo ignoraba y que otro hombre necesitaba confiar.

Han pasado varios días y no puedo decir si el mendigo estaba en su sano juicio o desvariaba.

En todo caso, pienso que su historia es igualmente sorprendente y conmovedora, y su voz sombría, lenta y convincente, no puede perder para mí la menor importancia por el hecho de que su dueño fuese loco o cuerdo.

Le hice sentar en la más cómoda butaca de mi biblioteca y le ofrecí una copa de coñac y un cigarro. Sus manos temblaban, como debía temblar toda su alma. Hube de ayudarle a encender y tuve que reponer en su copa el coñac vertido. Cuando comenzó a hablar estaba extraordinariamente sereno. Antes había mirado despacio y con amarga melancolía los volúmenes, algunos de cuyos títulos y nombres pronunció en voz alta como si leyese las lápidas de los amigos muertos en un cementerio.

—Yo era un hombre de talento, señor. Si me da ocasión podré probárselo, pero los rojos me lo robaron vilmente. Me robaron hasta la última porción, hasta dejarme en el lamentable estado en que me encuentro hoy. Al principio de la brutal expoliación me sentí como

liberado de una horrible carga y responsabilidad. Quedarse entonces sin talento, en el Madrid rojo, era alejar el peligro; lo primero era vivir y esperar... Viví, pues, feliz sin mi talento. Después, terminada la guerra, volví a necesitarlo y comencé a buscarlo con afán. Necesitaba a todo trance mi talento y revolví Roma con Santiago. Pero fue inútil, completamente inútil. Muchas veces creí haberlo encontrado y lo reclamé enérgicamente, brutalmente... En ocasiones, confieso que llegué a verdaderos extremos de injusticia y violencia. Al fin me he convencido de que no recuperaré jamás mi talento. Para mí esto es mil veces peor que la muerte.

Calló cuando el viejo reloj dio solemnemente la hora. Sus ojos estaban fruncidos, como si mirara el vuelo de un pájaro en un punto lejano del horizonte. Yo estaba perplejo y bebía en silencio, casi sin atreverme a mirarle.

De pronto sentí miedo y miré instintivamente al sitio donde guardaba un revólver.

– Si usted me diese un poco de talento – un poco nada más –, salvaría a un hombre desesperado y Dios se lo pagaría.

– Yo no... Los libros, quizá... ellos pueden ayudarle.

– No sirven para nada – atajó –. Los conozco bien. No nos sirvieron ayer para lo que vivimos hoy. Ni nos servirán hoy para lo que vivamos mañana. ¡Ellos tampoco tienen talento!

– Sin embargo..., saben cosas. Los libros pueden enseñarlas.

– Sí. Como sé yo mi carrera. Soy ingeniero, señor, puedo tender un puente y trazar un camino..., pero no es eso lo que me importa.

¿Qué es entonces lo que usted desea saber?

– ¿Para qué se tienden los puentes y se abren los caminos? ¿A qué enemigo se acerca salvándole el abismo y hasta qué punto escondido se le abre paso al dolor? Pero esto es pedir demasiado, lo comprendo. Quizá usted tampoco lo sepa, quizá nadie lo sepa. Cuando yo tenía talento, tampoco aspiraba a tanto. Me bastaba con dirigir mi vida a un fin noble y saber de mi actividad en relación con las actividades de los otros hombres. No me creía el mejor ni el más importante, pero no dudaba de mi utilidad y de mi importancia. Sabía que mi muerte no enlutaría ni trastornaría el mundo. Pero también sabía que no estaba mal morir con una esquila como yo iba preparando desde mi juventud... Mañana saldrá el sol y no sabré qué hacer...

—¿Y no sabe usted qué hicieron los rojos con su talento! – pregunté.

—¡Bah!... Con el talento de otros no se puede hacer nada. Yo sé que no soy el único a quien han robado... Hay muchos miles de hombres que se encuentran como yo... Pero yo soy más humilde y por eso pido limosna... Sé que, aunque nos devolvieran el talento, no nos serviría para nada, porque el tiempo es otro... Precisamente en esto está la dificultad. Me han hablado de agrupaciones de hombres que se quedaron sin talento que intentaron reclamar y se fían de abogados y detectives. Pero esto es ridículo, señor; son ganas de ladrar a la luna. En el fondo dan lástima, porque eso mismo es lo que hacen los locos en sus manicomios... ¿Sabe usted lo que pienso? Que acaso mi talento lo tenga un hombre muerto...

Era muy tarde y me levanté para despedirle. No sabía qué decir a aquel hombre que, ayudado por mí, se enfundaba su largo y rico abrigo y que, sin embargo, era pobre, terriblemente pobre, como denunciaban sus ojos asustados y suplicantes. Le tendí la mano y le demostré mi afecto sin palabras. Después bebí de un golpe otra copa de coñac y me acosté.

Confieso que dormí tranquilamente. Soñé que me recibían en el de Academia de la Lengua y que pronunciaba un discurso sobre un filósofo del siglo XVI, del que sabía muy poco, y que me reservaba desde hacía varios años para la gran ocasión de demostrar que sabía mucho. Cuando desperté volvió a la preocupación por el encuentro de la pasada noche con aquel extraño señor al que habían robado el talento. Durante el día estuve incómodo y como disgustado conmigo. Sentía como si de golpe todo hubiese perdido para mí importancia: las cosas y gentes, las ambiciones y los recuerdos.

Después de cenar fui al casino y contemplé una partida de billar. Salí del casino con la sensación de que ya iba a parecerme siempre la vida como una partida de billar en la que unos juegan y otros miran. ¡Qué tedio!

No pude escribir, como tengo por costumbre; mis ideas y mis invenciones me parecían absolutamente estúpidas... Después de pensar mil cosas, me decía:—¡Bueno! ¿Y qué?" ... Todo me parecía igualmente sin importancia... Todos los libros de mi biblioteca, incluso los míos propios, habían perdido interés, podía leerlos con la misma indiferencia del principio al fin, o viceversa, y me daba igual que afirmasen una cosa o su contraria.

Pensé en el hombre que pedía una limosna sin talento, y decidí escribir un ensayo o un cuento. La verdad es que a lo que llamaba aquel desconocido talento no era más que sus hábitos, sus costumbres y sus previsiones del futuro. Al fin, sólo pude escribir estas cuartillas.

Han pasado tres días y vuelvo a releerlas. Ahora ya me pasó el hastío y la preocupación. Ahora tengo que hacer una cosa. Os confieso en voz baja: hace tres noches que salgo a la calle y aguardo en una esquina a que pase un desconocido... Entonces me acerco muy humilde y con el sombrero en la mano:

—Un poco de talento, por caridad... ¡Llevo tres días sin escribir!  
¡Dios se lo pagará!





JOSÉ MARÍA SÁNCHEZ-SILVA



“La chica del impermeable”  
(*Un cuento mensual, Ls/Fs, II, 20, 1942, 42-43*)

En cambio, esta primavera se cuajaba intranquila y levantisca por encima de las nubes persistentes y silenciosas. Diríase que la estación jugase a su capricho y levantase sin orden alguno fuertes vientos que hacían temblar las desnudas ramas como niños desamparados, o bien estrujase las nubes para salpicar graciosamente algún pequeño rectángulo de tierra invernal y todavía seca o, aun, metiese su áureo dedo infantil, de pronto, entre las nubes para iluminar de sol, como la arena de un circo taurino, pequeñas parcelillas frías, esquilgadas, ateridas, invernizas.

– ¡Esta primavera...! – Y los habitantes de las provincias alzaban al aire sus bastones con un falso y tierno módulo de llamamiento paternal ante la travesura abrileña. En la capital, entre tanto, los funcionarios no ocultaban su mal humor: – ¡No sabe uno nunca a que atenerse! Si te pones el impermeable, haces el ridículo bajo un sol espléndido, y si sales a cuerpo, te mojas hasta en el tranvía.

No estallaba, no, la señorita Primavera, por fin. Su revolución se anunciaba con breves avisos de sofocos imprevistos, de dolores nocturnos indecibles, con mítines de nubes que disolvía de pronto la angélica policía solar, con impetuosos discursos de lluvia fina y, si acaso, con algún delicado menester de orfebrería artesana al aire libre en el brote de suaves capullos verdes y recogidos sobre los troncos delicados y olorosos.

Había llovido y la cosa sucedió así. Era la hora apresurada del regreso. Los tranvías ciudadanos, soñolientos y cansinos, empujaban hacia su destino a una apretujada muchedumbre que leía el periódico de la noche o bostezaba impaciente en las plataformas. Ambos habían tomado el tranvía en el mismo lugar. Él la había hallado, de pronto, junto a sí en la parada. Se miraba una bota brillante tan alta – esas botas de lluvia –, que apenas sí dejaba ver entre ella y el impermeable un pequeño trozo de pierna. Luego subieron. Él pudo, al principio, tenerla próxima, a pesar de ir colgado en el estribo; pero poco a poco la muchacha se fue alejando como esas estrellas que corren siempre ante nosotros. De pronto, desapareció tras un individuo alto y corpulento. Entonces él deseó con toda su alma, primero, ganar el centro de la plataforma y luego que ella no se sentase.

¡Bien! – pensaba –. Heme aquí rogando a Dios que una señorita no se siente.

Jamás había él pensado en las señoritas de otro modo que en las farolas de gas. ¡Dios mío, qué sorpresa permanente nos pones dentro!

Por fin, pudo colocarse a su lado. Ahora se fijó en que era rubia, tal vez teñida. Era todavía muy difícil mirarla sin ostentación de su curiosidad. Así, cuando llegó el cobrador aporreando con su libro metálico los cristales, él pudo volverse y quedar tranquilamente frente a ella como la cosa más natural del mundo, tan natural como aquella pareja, quizá, que mira con sus manos apretadas las grandes fotografías que anuncian las películas.

El tranvía, en esas paradas misteriosas que sólo conocen sus conductores, se había vaciado y llenado otra vez. Las gentes subían y bajaban sin ver nada, sin enterarse de nada, como si una tremenda preocupación tirase de ellas y no las dejases atención sino para sus oscuros designios. La muchacha miraba hacia su hombro izquierdo y él intentó varias veces recoger y alzar aquella mirada hacia la de sus propios ojos. ¡Era tan difícil todo! Su cara, como siempre, no tenía nada de particular. Apenas iba pintada. O tal vez la lluvia la hubiese sorprendido en la calle para desnudarle el rostro. Sólo de una cosa estaba seguro él: la muchacha le había visto. No había duda. Iba quieta, fingiendo indiferencia. O cansancio, tal vez. ¡Se está ahora tan cansado, después de la guerra! Siempre le coge a uno de improviso la Primavera, silbando estúpidamente y con las manos en los bolsillos.

Se acercaba su parada. ¿Se bajaría? ¡Cómo llaman los lugares! ¿Y dejar «aquello» así? Cuando el tranvía se acercó renqueando a su calle, la olvidó un instante y se acordó de la hora, de la oficina, de don Eugenio y, sin saber por qué, de la boina sucia del vendedor de periódicos que subió en la Glorieta para apearse, después de gritar unos títulos a pocos pasos de la parada. Su casa. Allí le esperaban. Sin duda, estaban poniendo la mesa. Cerca de la mesa, vestida ahora ante los cristales de la plataforma con prodigiosa realidad, él vio claramente a... Bueno, a ellos. Rechazaba con fuerza con fuerza el recuerdo de su mujer y su hijo por temor a que ella lo pudiese sorprender. Alguno le miraba con una penosa sorpresa por encima del freno eléctrico. Entonces él dio un paso hacia la puerta de salida y rozó imperceptiblemente con su mano el hombro del conductor como si le ordenase parar. Pero, de golpe, fue el corazón lo que se le detuvo y le devolvió la realidad del instante.

Cómica, apresuradamente, sacó un brazo afuera como si quisiera saber si llovía. En vano: las estrellas, a trechos, fulgían gloriosamente como anuncios de la Eternidad lejana. Su parada había pasado. La mesa y las caras se habían borrado con la misma suavidad y ante él, delante de los cristales sucios, se extendía la vía, la calle, la... la libertad.

¿Se había dado cuenta ella? ¿Le habría estado espionando mientras él caía en las redes de la memoria? Parecía que no. Ella seguía allí, de pie, mirando exactamente a la altura de su hombro izquierdo. Pero pronto empezó a intranquilizarse y entonces le miró. Fue una mirada velocísima que pasó sobre él como un roce, como una luz que resbala, indiferente y rápida, sobre uno. Sí, como esas luces de los escaparates que le ponen el conductor, sobre el capote azul oscuro, unas vetas doradas que le convierten en casulla no se sabe cómo.

Él notaba muy bien que en ella crecía la intranquilidad. ¿Se acercaba, acaso, su parada? Él se rió. Se rió hacia dentro, con una risa penosa, difícil, escondida. La muchacha se agitaba dentro de su impermeable. Todo su cuerpo parecía pedir algo, parecía ser requerido por algo; por un imán quizá. Él la observaba. Nadie más hubiese podido notarlo. La chica vibraba como si algo la atrajese en varias direcciones al mismo tiempo. Sonó el timbre del cobrador y el vehículo se detuvo. Entonces ella dio un paso hacia adelante, como si fuese a salir. Pero... Cómica, apresuradamente, volvió hacia atrás y tropezó con el señor que salía. Luego se estuvo un instante quieta como quien quiere ocultarse en la inmovilidad y en el silencio interior. Y, de pronto, le miró. Le miró con una pregunta tan clara en los ojos, que él hubo de volver la cabeza para no contestar: – No se apure; yo no me he enterado de nada.

El tranvía se había puesto en marcha otra vez. ¿Se había quedado allí atrás, cortada como un queso por las luces de los faroles moribundos, la parada de ella? Entonces a él se le hinchó algo dentro del pecho y, como un gallo que alza su pico al amanecer sobre el corral dominado, sintió gana de cantar y hasta, ridículamente, aplastó sus dedos contra las palmas enguantadas como si antes del combate, probase el filo de sus espolones.

La chica del impermeable iba solamente a unos pasos de él por la calle mal iluminada silenciosa. Serían las diez aproximadamente y sólo unas pocas gentes apresuradas les adelantaban o alguna pareja regresaba con la calma dramática de quienes van a despedirse

pronto. La luna reinaba como un hada en medio de su amplio halo luminoso. Dicen que cuando la luna tiene este halo va a ser muy irregular el siguiente día. Pero, ¿dicen eso? ¡Ah! Sobre la altura pelada de un terraplén cercado reposa una larga fila de camiones. En el suelo sin secar se adivina esa hierba raquítica que le suele crecer a la tierra estéril como una barba enfermiza. Ellos, que pasaban, no sabían que aquella mañana, allí mismo, entre los camiones, un hombre había empujado con un palo a unas vacas tristes y descarnadas, para que arrancasen los hierbajos. Pero, ¿Qué importa todo esto?

La chica del impermeable andaba y él tras ella. Andaba con unos pasos tan firmes, tan rectos, tan seguros, que bien claramente decían ignorar el camino. Él, varias veces, se había reído dentro. En las esquinas, casi imperceptiblemente, ella solía detenerse un instante, indecisa. Iba orientada por la larga sombra del hombre que proyectaban ante ella las llamas vacilantes de los faroles.

¿Cómo se había producido el acuerdo para bajar ambos a un tiempo del tranvía? Esto no podría saberse nunca. De pronto, ambos se habían debido de encontrar andando. ¿Habían elegido esta calle por su apagada tranquilidad? ¿La perseguía él, realmente? Juraría que era él el único perseguido. Aquella mesa, aquellas personas esperando... ¿Hasta Hasta cuándo iba a durar aquello? ¿Cómo concluiría?

La luna iluminaba ahora mejor la figura completa de la muchacha y daba a sus cabellos un tinte celeste, un reflejo apagado y dulcísimo. También en sus caderas, dibujadas a veces bajo el ancho impermeable por una ráfaga repentina, se colgaba la luz, como si intentase señalar los caminos de la vida. Sonaban bien sus tacones sobre el pavimento. En cambio, los pasos de él no se oían y llegaban a parecer los pasos de una sombra. El impermeable era, debía ser, de fondo oscuro, con lunares blancos. Seguramente azul. Como la bóveda que los cubría. Plagado de estrellas bamboleantes, cobertoras [¿] de la armonía aquella en movimiento. Debajo, una mujer. Un mujer joven, un bello animal lleno de vitalidad, con las aletas de la nariz bien abiertas y las manos sin guantes dejándose flotar en el aire indescriptible de la noche primaveral, cargada de efluvios olorosos, sugestivos. Llevaba el brazo derecho doblado ligeramente hacia afuera y lo movía con un ritmo brillante de batuta sobre el garbo oscuro y caliente de su juventud en marcha.

De pronto, junto a un portal, la chica se detuvo. Él también, indeciso al principio. La muchacha dio unas palmadas. Unas palmadas, precisamente, como si lo que intentase fuese no llamar a ningún sereno. Él lo comprendió así y se adelantó, con una repentina claridad en la mirada.

No se moleste, señorita, el sereno soy yo.

Luego se quitó el sombrero mientras ella reía. Prosiguió él lento y seguro:

Sé que no vive usted aquí. No se esfuerce. Hagamos todo esto tan natural como si hubiese ocurrido siempre.

Ahora, sería, ella caminaba a su lado. No sabía bien lo que había pasado. Él tampoco, hablaban como refiriéndose a otros. La calle se iba haciendo arrabal y amenazaba convertirse pronto en campo.

No se habían visto nunca, decía él, y, sin embargo, parecía... Iba a decir una tontería, seguramente. Parecía que se hubiesen visto todos los días sin conseguir nunca esto de hoy. Sí, a ella le sucedía lo mismo. Posiblemente estaba avergonzada. No, de todos modos no había que avergonzarse.

¿Quién fue el primero en pronunciar la palabra «amor»? Esto tampoco podría saberse nunca. Ella tenía veinte años y no había conocido novio alguno. Él treinta y... ¡Demonio, qué difícil esquivar la mesa puesta y los... las *personas*!

En fin, lo importante era andar juntos, así como iban, hablando de otros. Se gustaban indeciblemente, y esto se veía en el extraño arrastrar de las palabras, en el ritmo de los pasos, en la dulce pereza de los movimientos. Ella tenía unos ojos corrientes. Precisamente, dijo él. Corrientes como las cascadas, como las estrellas que huyen sin gritos en la apagada inmensidad de la noche.

Habían llegado al campo. Estaba húmeda la tierra y silenciosa como nunca. Ahora que inconscientemente se habían cogido del brazo, podían oír bien sus corazones latiendo a contratiempo, atropelladamente, como los de dos corredores que ven avanzar juntos la meta. Se detuvieron para mirarse. Estaban muy cerca y los labios de ella podían abrirse de un momento a otro como se abren en primavera, de golpe, las flores azules y rojas pequeñitas de los campos.

La noche caía sin peso: es más, parecía alzar a la tierra hasta sí; pero esto sólo fue a principio. Porque luego se fue como hundiendo en los ojos de ella singularmente y llegó a parecer el pecho de un

muerto. Sí, ahora el terreno se hundía un poco, como quien oculta su tremenda verdad. Entonces él se fijó bien y fue reconociendo el lugar. Era el campo sombrío de la Ciudad Universitaria, cercado por las arquitecturas mutiladas que habían sostenido como manos la guerra.

¿Qué le pasaba? ¿Por qué no hablaba ahora? Podían volver, ir a otro sitio. O no volver más ni ir, ya, a ninguna parte. Pero él seguía mudo y quieto. Por su memoria pasaban ahora en un fantástico «galop» sus meses de trinchera. Allí estaba el escenario. Era aquél, sin duda. Aquí estuvo la primera línea.

Allí abajo debía caer la pasarela. Junto a la sombra de ese edificio lejano atravesado de pálida luz cayó el camarada aquel que cantaba tan bien.

Regresarían. No dijo más. ¿Qué era la vida entera sino aquello? En el hombro le molestaba algo. ¿Sería la correa del fusil? ¿O el fusil se tenía siempre y la vida no era sino armas al hombro, sino cuerpo a tierra y disparar?

Anduvieron de prisa. En el pelo de ella, más caído bajo la luna alta, se balanceaba un leve desencanto. ¿Fracaso? Tal vez, fracaso. Pero la calle, ¡era tan larga! ¡Costaba tanto regresar!

Regresar. Regresar siempre, quizá sin haber llegado. Juraría que en la cintura le pesaban las cartucheras. Y de vez en vez, bajo el silencio, una explosión lejana lllagada sobre el corazón fatigado le hacía detenerse casi como si aún mandase su compañía.

Llegaron a la parada. Ya bajaba el tranvía. Le dio la mano y luego la vio subir, sin mirarla apenas.

Adiós.

Adiós.

Y cuando el coche partió pesadamente, él se quedó un rato allí. Le olían a ella, a su brazo, las manos. Un instante vaciló. Pero luego, ¡qué demonio! Le esperaban. Y, como quien se carga el fusil al hombro, entre fatigado y lleno de esperanza, echó a andar de nuevo, solo, bajo la luna impasible.



DOMINGO FERNÁNDEZ BARREIRA



## “La pareja del 13”

(Un cuento mensual, *Ls/Fs*, 21, 1942, 42-43)

El Músico se quedó mirando, en éxtasis, los dos letreros obra suya. La “S” inicial del que rezaba “Se prohíbe hablar de política” le llenaba de un casto orgullo. Orgullo que ciertamente no le asistía en el resto de sus actos, pues huésped más amable y sencillo no lo tuvo jamás doña Presentación Robles en su pensión; ni tampoco la Banda Municipal flautista más disciplinado. Pero el pendolismo era su flaco, y por eso sus ojillos miopes pasaron después revista al otro letrero más complicado. Leyó: “Los extras habrán de ser solicitados por los señores huéspedes con dos horas de antelación a las fijadas para las comidas”, y pensó que aquellos cuatro renglones – con los dos caprichosos plintos en tinta verde, para compensar la corta extensión del último – eran su obra maestra hasta la fecha.

La Señora Triste miraba como siempre las estampas de Genoveva de Brabante, superofendidas por generaciones de moscas, y la contemplación de sus rubias trenzas la hizo exclamar, una vez más:

–¡Si es lo que digo...; si donde esté una mujer con una buena mata de pelo...!

Don Hombre la fulminó con una mirada despreciativa. Era el elemento más avanzado de la pensión, y corrían bromas sobre sus aficiones teosóficas. Llevaba su mote con cierta humildad garbosa, tanta, que quien se lo puso, y ahora lo contemplaba de reojo, no podía por menos de sentirse fracasado, porque cada día veía derrumbarse el éxito inicial de su malicia. Don Hombre se sentía sobre sí aquella mirada socarrona y cruda, pero sus convicciones le impulsaban resolverse.

–¡Usted siempre tan reaccionaria...! El pelo largo es una porque-ría, y si se hubiese usted Molestado en leer a Schopenhauer, sabría lo que eso significa...

–Don Hombre: ¿Cuándo se va usted a convencer de que Schopenhauer era un cursi...?

Pero aquel día se agotó allí la eterna discusión. El viejo libre pensador tenía ejercitado, en una larga vida de oposición a todo, el uso del cotilleo, y despreció el ataque, para volver a la comidilla que alteraba la paz idílica de la pensión:

– Los del 13 – dijo – no almuerzan ya hoy aquí...

Don Hombre tenía en la sociedad espontánea de castas, honores y oficios que surge automática entre los “estables” – la misión de comunicar tales noticias, y aun de arriesgar el juicio colectivo:

Siempre me parecieron pájaros raros – expresó –; muchos baúles, facha de aventureros y un desprecio olímpico por las facturas. La señora Triste, como decana, se sumió a la acerba opinión. Como un reto a Geneveva de Brabante y a sus propias creencias, la mujer del 13 había estado durante dos meses ofreciendo a su análisis una escandalosa melena “a lo Manolo” – nunca afeitada y azulencia, pelo bien dado de fijador – y un notable aire masculino en sus formas escurridizas, en las largas piernas nerviosas, liberalmente mostradas – en impecable estuche de medias de gasa – a la sorpresa de los huéspedes. No le había merecido mejor opinión el marido, con el cabello largo, pringoso también de gomina y las huellas escandalosas de una ondulación artificial. Las chaquetas llamativas y las corbatas hirientes del sujeto habían sido el tema de las hasta entonces quietas sobremesas de la “Pensión Robles”. Bien es verdad que ninguna otra cosa podía objetársele, y las criadas, movilizadas para un tenue oficio de espionaje, no pudieron nunca pasar del liviano éxito de averiguar que la pareja del 13 tenía por oficio el muy estupendo de “extras” del cine, y que, atraídas por la Gran Aventura de la Pantalla, habían abandonado su oscuro y tranquilo pasar en Valencia y se habían trasladado a Madrid, donde podía estar el Gran Éxito.

Una cerrada hostilidad acogió, momentos después, la presencia de la pareja, que se produjo en la despedida con cierto nervosismo, seguros de que sus avatares económicos eran ya más que conocidos. Sólo el dulce y pacífico flautista los miró con simpatía. En la eterna y cansada trinca con que Don Hombre y su enemigo – hora es ya de llamarle Don Justo y decir que era de acendradas opiniones conservadoras – representaban en la pensión el trágico duelo de la calle, los “nuevos” no se sumaron jamás ninguno de los dos bandos contendientes. Y si en el alma ingenua del músico hubiese podido prender alguna vez el veneno parlamentario, ellos le hubiesen proporcionado mayoría, por su opinión conciliadora. (El voto de la Señora Triste era errático y vacilante: si se santiguaba al oír hablar al viejo teósofo de la reencarnación y la metempsicosis, no era menos cierto que le seguía, arrebatada, en el vago programa social de repartos, baja de precios y abolición de latifundios, por lo que jamás ni Don Hombre ni Don Justo se sintieron tranquilos de su adhesión).

Semanas después, Lorenza – entre sus habituales lamentos por causas minúsculas y repetidas – soltó, con los postres, una noticia.

–Los cómicos – para ella la palabra lo compendiaba todo – han mandado un sobre a la señora...

La mirada de la Señora Triste abandonó con pena la estampa tercera de Genoveva y su martirio, para inquirir:

–¿La han mandado el dinero?

La respuesta la dio la propia interesada. Traía en la mano unos papelitos de color;

–Sí, señora: el dinero y unas entradas. Esta noche se estrena una película en la que han trabajado, y nos invitan...

Coincidieron todos en que la pareja tenía otro aspecto. Muy por lo bajo, Don Justo apuntó a Don Hombre, en el zaguán del lujoso cine:

–Se dice que con estas cosas del cine se ganan millones.

Más quedo aun le fue contestado:

–Pero no ellos: los capitalistas son los que se están poniendo las botas.

Y pasaron al interior, con doña Presentación al frente de sus huesos y cerrada la comitiva por Lorenza, en una atroz creación de seda verde, mangas rosas y velos flotantes. Las butacas eran muy buenas “ni atrás ni adelante”, como le gustaban a Doña Presentación – y la “Pensión Robles” se dispuso a ver.

La película era una dulce idiotez con pujos americanos: una nueva estrella debutaba con ella, y todo el celuloide se había gastado en destacar sus opulencias. Todos los tópicos exógenos de un país brutal y lejano habían sido trasplantados a un estudio español y confiados a unos figurantes que se creían obligados en cada plano a matizar una expresión “entre cínica y elegante”, pose con la que creían hallarse incursos en los últimos cánones. En aquella noche de un año en que España veía consumarse su tragedia, la derecha y la izquierda – Don Justo y Don Hombre –, se pusieron de acuerdo en que “aquello” no era el camino: aquellas imágenes extrañas y pálidas les repugnaban. Pero esperaban ansiosos el momento en que sus amigos debían aparecer en la pantalla. Lorenza aseguraba que saldrían en “una fiesta muy grande que dan los marqueses”. Y toda la pensión aguardó el instante.

Para justificar la “fiesta muy grande”, el director de la película no había vacilado en alterar de un modo caprichoso todo el hilo de la narración, y llegada la ocasión solemne, la pensión asistió absorta a unas escenas trepidantes, donde los partiquinos arrastraban como podían las

largas colas de los fraques, y ellas luchaban peliagudamente contra el exceso de organdí almidonado con que se simbolizaba la riqueza. El Músico fue el primero en extrañarse, achacándolo a su maldita miopía.

–¡Yo no los veo...! – confesó.

Lorenza no tuvo mejor fortuna, aunque en dos o tres ocasiones la engañara su buena voluntad, y los confundiera e incluso alterara con chillidos que provocaron siseos indignados.

Nadie pudo verlos, por la sencilla razón que no salían. La pensión se congregó a la salida, y dejó pasar los grupos felices de los protagonistas, envueltos por una multitud ansiosa de autógrafos. Ya al final de la bulla, confundidos con los espectadores rezagados, se vieron frente a frente la pareja del 13 y el clan Robles.

Doña Presentación no era psicóloga, pero justo es decir que tampoco rencorosa. Acaso del grupo nadie más que el Músico – al fin al cabo otro como ellos, un “artista en su género”: la flauta – se daba cuenta de lo que sucedía, pues Don Hombre y Don Justo discutían ya sobre los “trusts” y las sociedades anónimas, mientras que a Lorenza le era difícil liberarse del cerco irrespectuoso de los abrecoches y cerilleros. Pero fue ella – Doña Presentación – quien – y al hacerlo obtuvo una mirada afectuosa y coincidente de la Señora Triste – se dirigió a los jóvenes, para decirles:

–He pensado que, ahora que ustedes trabajan, acaso les gustaría volver con nosotros: tengo el 13 desalquilado desde que se marcharon ustedes.

El hombre pudo sobreponerse al nudo de su congoja, para articular penosamente:

–Encantado. A mi mujer estoy seguro de que le gustará volver con ustedes.

Y, luego, más bajo:

–Siento haberles decepcionado... Es que... ¿Sabe usted?... El montaje...

Pero ya el Músico encontraba su frase feliz:

–A mí lo que me pasa con el cine es que creo – honradamente, y sin molestar a nadie – que la “música en conserva” está acabando con el verdadero, con el sublime Arte de la Música...

TOMÁS BORRÁS

“Exemplario. Exemplo del secretario de Moralejas”

(*Ls/Fs*, II, 22, 1942, 42-43)

(*Un cuento mensual*, Dibujos de Teodoro Delgado)

Supo un hombre bienquisto y de fortuna y holgar, que antaño los grandes señores, arzobispos, cancilleres y prepotentes usaban de esta costumbre: tener un secretario que apuntaba las necesidades que hacían en su jornada diaria, y así, conociéndolas, les era posible corregirse de ellas, no reincidir, y perfeccionar y encaminar sus actos y palabras. Y como ese hombre bienquisto hubiese un hijo único, mancebo demasíadamente poetizador y aun lunático a lo alegre, le convino usar de la costumbre del tal secretario, conciencia y lección escrita de errores y promotor del ingenio y agudeza.

Puso a su hijo mancebo el secretario tal, y encargóle que apuntase las necesidades que cometiere el mancebo para mostrárselas en acusación implacable, fiscal redactado, y deducir la lección moralizadora que dictase al secretario avizor la sabiduría: así el mancebo de risueños ensueños, que se ajenaba de la realidad por atolondramiento de poesía, y por considerarlo todo a ingenua y tierna luminaria de bondad, viéndose acusado de error por sus propias necesidades, volvería de su pasmo e ilusiones para entrar en el aposento de lo prudente, que es igual que entrar en el aposento de lo que conviene por sesudo.

Encontróse el secretario de Moralejas con un garzón lindo, en el frescor de las primicias y primaveras, entre niño y hombre, ensoñador sin apicardear, dado a huir de la rutinaria consideración de las cosas y a interpretar los hechos y sucesos a lo sobrenatural, como si dictasen misteriosas voces a su ánima visionaria el sentido de la verdad para él y los ángeles, la verdad en esencia, muy otra de la verdad acepta en el mundo, vulgar y para todos.

Así, el primer día en que ejerció su oficio, llenó un mediano pergamino el secretario de Moralejas con las necesidades que el mancebito gentil y, a su parecer, abobado, había cometido por exceso de credulidad y confianza y desconocimiento de lo real y por su cándida inclinación a lo inocente.

Y llegada la noche, recatados en una saleta el padre, el garzón y el secretario, leyó éste las necesidades en que, de sol a sol, incurriera el desvariador risueño.



“Il segretario moralista”  
(L/F, III, 5, 1943, 17-19)

Un uomo agiato e stimato venne a sapere che un tempo i grandi signori, gli arcivescovi, i cancellieri e i prepotenti avevano al loro seguito un segretario, il cui incarico consisteva nel segnare tutte le sciocchezze che commettevano nella giornata affinché essi, conoscendole, potessero non ripeterle, e, correggendosi, perfezionare e orientare giustamente i loro atti e le loro parole. Quell'uomo agiato e stimato aveva un unico figlio giovinetto, sognatore e stravagante. Egli pensò di assumere quel tale segretario, di affidarlo a suo figlio, incaricandolo di segnare le sciocchezze che commettesse, per mostrargliele quale accusa implacabile e fargli trarre la lezione di morale che l'acuto segretario ritenesse opportuno impartirgli. Così il giovane sognatore, sempre astratto e perduto dietro gli inganni della poesia, sempre pronto a giudicare tutte le cose alla tenera luce della bontà, sentendosi accusato per le sue sciocchezze, avrebbe finito col rinunciare ai bei sogni per entrare nelle grazie della prudenza, il che è come dire nell'ordine del buon senso.

Il segretario moralista conobbe così un bel ragazzo, non ancora uomo e non più fanciullo, sognatore ingenuo, disposto sempre a rifuggire dalla abituale considerazione delle cose e ad interpretare i fatti e gli avvenimenti come se misteriose voci dettassero alla sua anima il significato della verità per lui e per gli angeli, della verità assoluta, della verità molto diversa da quella corrente, volgare, alla portata di tutti.

Il primo giorno in cui iniziò il suo lavoro, il segretario moralista riempì una mezza pergamena con le stupidaggini che il giovane gentile e, secondo lui, sciocco, aveva commesso per eccesso di credulità, di fiducia, per la sua nessuna conoscenza della realtà e per la sua candida inclinazione verso l'innocenza.

La sera, il padre, il giovane e il segretario si riunirono in una saletta e il segretario iniziò la lettura delle sciocchezze che il sorridente sognatore aveva commesso nella giornata.

–La primera necedad – leyó el secretario – ha sido despedir sin motivo y porque así le dio la vena, a los dos criados que de ayer le servían, los cuales estaban creídos que se iban a estar de asiento en esta casa, y aquí vivir siempre, y tener su hogar donde sustentar a sus hijos y criarlos a la sombra protectora de los amos, que eso es ser criados. Y esto fue como digo, porque le entró un repente a este muchacho sin reflexión, y es gran necedad porque faltó a su obligación de ayudar al que lo ha menester. Como moraleja quiero leerle lo que en la “Floresta española”, de Melchor de Santa Cruz de Dueñas, se registra del Arzobispo don Alonso Carrillo, que dice así, y es gran lección: “Un contador de este Arzobispo le dijo que era tan grande el gasto de su casa que ningún término hallaba como se pudiese sustentar con la renta que tenía. Dijo el Arzobispo: ¿Pues que medio te parece que se tenga? Respondió el contador: Que despida V.S. aquellos de quien no tiene necesidad. Mandólo el Arzobispo que diese un memorial de los que le sobaban y de los que habían de quedar. El contador puso primero aquellos que le parecían a él eran más necesarios, y en otra memoria los que no eran menester. El Arzobispo tuvo manera como le diese el memorial delante de los más de sus criados, y leyéndole, dijo: Estos queden, que yo los he menester, esostros, ellos me han menester a mí”.

Prosiguió el secretario de Moralejas. – La segunda necedad que hizo en el día nuestro amo juvenil, a lo loco, fue que en una contienda entre otros dos criados sentenció con tal ligereza que su sentencia fue que no quería sentenciar; dejación grave de un señor que abdica de la suprema dignidad y autoridad de ejercer la recta vía del mundo y su orden natural, que es la justicia. Quiero traerle a cuento, para acostumar su ánimo a ser imparcial y superior tribunal, aunque elemento, otra moralidad de la “Floresta”, alusiva a un dicho del marqués de Santillana, “el cual se preciaba de usar de justicia, y clemencia, porque con la justicia era amado de los buenos, y con la clemencia, de los malos”.

«La prima sciocchezza», lesse il segretario, «è stata quella di licenziare senza motivo, perché così gli è saltato in testa, due servitori assunti il giorno prima, i quali erano convinti che sarebbero rimasti in questa casa, che qui avrebbero vissuto sempre, creandosi un focolare per mantenere i loro figli, allevandoli all'ombra protettrice dei loro padroni, essendo questo il loro destino di servi. Ciò è accaduto, come ho detto, per la improvvisa decisione di questo ragazzo irriflessivo, ed egli ha commesso un grande errore perché ha mancato al suo dovere di aiutare i bisognosi. A titolo di morale voglio leggervi ciò che si dice dell'Arcivescovo don Alonso Carrillo nella *Floresta española* di Melchor de Santa Cruz de Duenas: «Un amministratore comunicò all'Arcivescovo che le spese della sua casa erano così forti da non poter essere sostenute dalle sue rendite. Rispose l'Arcivescovo: Come si potrebbe rimediare; secondo te? Replicò l'amministratore: Licenziando coloro dei quali non avete necessità. L'Arcivescovo gli ordinò di fare un elenco di quelli che erano di troppo e un altro di quelli che avrebbero dovuto rimanere. L'amministratore segnò anzitutto quelli che a lui sembravano più necessari e, in un altro elenco indicò quelli che erano inutili. L'Arcivescovo fece in modo di farsi consegnare le liste dei nomi davanti alla maggior parte dei suoi servitori e, dopo averle lette, disse: «Costoro restino perché io ho bisogno di loro; gli altri restino perché sono loro che hanno bisogno di me».

Il segretario moralista proseguì: «La seconda sciocchezza commessa, senza riflettere, dal nostro giovane padron è stata quella di comportarsi con leggerezza in un alterco fra altri due servitori, limitandosi a non volersi pronunciare; atteggiamento grave per un signore che rinuncia alla suprema dignità e autorità di esercitare la giustizia nel mondo. Voglio citarvi, per abituare il vostro animo ad essere imparziale e giudice supremo, anche se clemente, un'altra morale della *Floresta*, che allude a un detto del marchese di Santillana: «si vantava di essere giusto e clemente, perché con la giustizia era amato dai buoni e con la clemenza dai cattivi».

Ha sido la tercera necesidad que compró una riquísima tapicería arábiga para el estrado de este palacio, aunque no era menester, porque la excelencia de la que el estrado adorna lo excusaba, ya a dos pobres que la pidieron por amor de Dios, mandó hacer trajes tan bordados de perlas como si ellos fuesen duques y no mendigos. Sepa, en respuesta a su acción, cómo ha de ejercer la caridad, según lo que se dice en esa “Floresta”, viva de consejos, avisos, advertencias y enseñanzas que educa y alecciona: “Visitando un caballero a un canónigo de la Santa Iglesia de Toledo, por Pascua de Navidad, estaba el canónigo en una pieza sin ninguna tapicería. Preguntóle que por qué en tiempo de tanto frío tenía sus piezas tan desabrigadas. Respondió, señalando a los hombres que estaban allí: Más quiero vestir a estos que no a éstas”.

La cuarta necesidad es supina. Pidiéronle dineros y los dio sin tomar prenda, ni aun recibo escrito, a uno que cogió su bolsa confiado en la verdad de lo que nuestro amo le dijo que convenía. Sobre ese prestar increíble, sepa (y apréndalo para los años por venir que la “Floresta” dice: “Al maestre-escuelas de Toledo, fundador del Colegio de Santa Catalina, vino uno a pedirle prestado cincuenta ducados. Mandó sacar un talegón de reales y diósele. El que los pedía emprestados tornólos de su mano echólos en un pañizuelo con los dineros sin más contarlos. Viendo el maestre-escuelas que no los contaba pidióle el pañizuelo con los dineros y volvióles adonde los había sacado, diciendo: “quien no los cuenta, no los piensa pagar”.

Y, como remate, aquí está apuntada la última necesidad, más que necesidad, y grave. Hablaba conmigo, secretario inferior, de la semejanza que hay entre el recorrer la vida humana el espacio del tiempo, y el recorrer paso a paso una senda terrena, lo que originó, en retórica, aquello del “camino de la vida”. Y díjele yo como hay que andar el camino de la vida, con el tiento y precauciones de quien va sorteando el borde de un abismo, en el que puede caer – por otra similitud, la del pecado – para no levantarse más. A lo que este muchacho, amo nuestro, dado a musas y musarañas, opuso que el camino se debe andar siempre con los ojos vendados para ir más seguro. Por última moralidad quiero leerle lo que la “Floresta” trae conveniente para este punto.

«La terza sciocchezza è stata quella di acquistare un ricchissimo tappeto arabo per la sala di ricevimento di questo palazzo, benché ciò non fosse necessario dato che ce n'era già uno bellissimo; e a due poveri che gli hanno chiesto la carità in nome di Dio ha fatto fare due abiti ricamati in perle, come se essi fossero due duchi anziché due mendicanti. Sappiate, in risposta a questa azione, come si deve esercitare la carità secondo quanto è scritto nella *Floresta*, piena di consigli, avvertimenti, suggerimenti ed insegnamenti che educano ed ammaestrano: «Un cavaliere, visitando un canonico della Santa Chiesa di Toledo, in occasione del Natale, trovò il sacerdote in una stanza priva di tappeti. Gli chiese perché, in una stagione così fredda, le sue stanze fossero così nude. Il canonico, indicando due uomini lì presenti, rispose: «Preferisco vestire questi anziché queste».

«La quarta sciocchezza raggiunge il colmo. Gli hanno chiesto del denaro in prestito, ed egli lo ha dato senza garanzie e senza neppure una ricevuta scritta a uno che lo ha preso senza contarlo, fidandosi della parola del nostro padrone. A proposito di questo modo inaudito di prestar denaro sappiate (e imparatelo per gli anni avvenire) che la *Floresta* dice: al teologo di Toledo, fondatore del Collegio di Santa Caterina, un tale venne a chiedere in prestito cinquanta ducati. Egli mandò a prendere una borsa di *reales* e gliela consegnò. Colui che chiedeva il prestito mise il denaro in un fazzoletto senza contarlo. Il teologo vedendo ciò gli chiese il fazzoletto e rimettendo il denaro nella borsa, gli disse: «Chi non lo conta, non pensa di restituirlo».

«E per finire, ecco l'ultima sciocchezza, la più grave di tutte le altre. Parlava con me, misero segretario, del rapporto esistente tra il corso della vita umana e lo spazio del tempo, ciò che ha dato ordine, nella retorica, all'espressione «cammino della vita». Io gli dissi che bisogna percorrerlo con le stesse precauzioni di chi costeggia l'orlo di un abisso nel quale può cadere – con altra similitudine l'abisso del peccato – per non rialzarsi più. Al che questo ragazzo, nostro signore, dedito alle muse e ai sogni, ha opposto che il cammino della vita si deve percorrere sempre con gli occhi bendati per andare sicuri. Come ultima morale voglio leggersi ciò che la *Floresta* dice opportunamente su questo punto.

Es la última parte de la lección de hoy, contra sus registradas necesidades: “Acompañando a un Arzobispo fray Dionisio, a pie, como andaba cojeando de la gota, decíales el camarero: ande vuestra reverencia, no haya miedo de caer. Respondió: por eso no caigo, porque he miedo: mas yo he miedo porque caigo”.

Y con esto el secretario de Moralejas calló, contento de haber sacado ciencia de vivir de los hechos vulgares, para adoctrinar a tal discípulo: cuyo padre le miraba con ceño y entre ojos.

De súbito, levantóse el mozo galán; el rostro se le arrebolaba con sonrisa de ver impalpables figuras inefables. Y dijo suavísimo:

—Mi primera necesidad hubiese sido no lanzar a los dos criados al rumor y movimiento de la vida y atarlos, en inerte sumisión, a mi voluntad, voluntad ajena a la suya. Vayan todos por las anchuras del pensar y del hacer, que el hombre no puede ser centro del hombre; y pegar una existencia a otra es hacer medias almas, almas mutiladas, sin libertad ni desarrollo, descansando grandeza, iniciativa y responsabilidad en su dueño. Para eso no nos hizo Dios. Cada cual dispone del mundo: no es bien que esté muerto en vida, ni cambie el espíritu que le dieran, capaz de abarcar el universo, por la baja y humillante seguridad de que le darán de comer y le mandarán quehacer, enjaulado. Mi segunda necesidad, si llego a hacerla, fuera sentenciar entre hombres. Quédese esto para Dios: que hurtar la justicia a Dios es querer anticiparse a sus fallos. Carecemos de omnisciencia, sólo vemos apariencias de acciones. Dejadle a Él, en su misericordia, el juicio; más se hierra sentenciando que perdonando. Tercera necesidad, que nunca cometeré, poner en oposición el Bien y la Belleza, que son lo misma Verdad y la Verdad. Poca o regateada Caridad es mezquino querer cumplir. No es preciso desnudar a la Belleza para vestir al Bien; como es crimen desechar al Bien para entregarse a la sola Belleza. Una y otra caben y se completan. Así enriquecí con el arte mi casa y adorné con el mismo arte a quien había achicado su ánimo; y lo hice por enriquecer la Vida.

E' l'ultima parte della lezione di oggi, sulle stupidaggini che ho elencato: Frate Dionisio, accompagnando a piedi un Arcivescovo, vedendo che questi camminava zoppicando per la gotta, gli disse: «Andate sicuro, monsignore, non abbiate timore di cadere». Questi rispose: «Non cado perché ho paura, ma ho paura perché cado».

E con questo il segretario moralista tacque, contento di aver tratto insegnamenti di vita da fatti volgari, per istruire il suo discepolo che il padre guardava con cipiglio.

Improvvisamente il giovane si alzò; il suo volto si illuminò di un sorriso, come seguendo strane visioni. E disse, dolcemente: «La mia prima sciocchezza sarebbe stata quella di non gettare i due servi sulla strada, nel tumulto della vita, tenendoli invece nella sottomissione alla mia volontà, volontà estranea alla loro. Tutti debbono seguire le vie del pensiero e dell'azione, perché l'uomo non può essere il centro dell'uomo: e legare un'esistenza a un'altra, vuol dire creare delle mezze anime, delle anime mutilate, prive di libertà, che lasciano grandezza, iniziativa e responsabilità al loro padrone. Per questo non ci ha creato Iddio. Ognuno dispone del mondo: non è giusto che un uomo si consideri morto in vita, né cambi lo spirito che gli è stato dato, capace di abbracciare l'universo, per la bassa e umiliante sicurezza che gli si darà da mangiare e lo si comanderà come uno schiavo. La mia seconda sciocchezza, se l'avessi fatta, sarebbe stata quella di sentenziare tra gli uomini. Lasciamo questo a Dio: ch'è sostituirsi a lui nella giustizia significa anticipare la sua sentenza. Noi manchiamo di onniscienza, vediamo soltanto l'apparenza delle azioni. Lasciate a Lui, alla sua misericordia, il giudizio: si sbaglia più facilmente sentenziando che perdonando. La terza sciocchezza, che mai commetterei, sarebbe quella di mettere in contrasto il Bene e la Bellezza che sono la stessa Verità, e la Verità. È meschino fare una carità stentata. Non è necessario spogliare la bellezza per vestire il Bene, così come è un delitto disprezzare il Bene per darsi alla sola Bellezza. Vi è posto per entrambe ed esse si completano. Così arricchii con l'arte la mia casa e adornai con la medesima arte chi aveva diminuito il proprio animo; e lo feci per arricchire la Vita.

En cuanto a la necesidad de prestar, yo no presto, sino doy, porque a mí Dios me lo ha dado todo, y nada, por tanto, es mío. Y si se considera la quinta necesidad que cometí, ¿acaso los ojos vendados de la fe en la providencia amorosa de Dios no ven más que los cautelosos que mirar y remiran hacia abajo, con prolijas precauciones, para no dar paso falso? Paso falso daréis aunque os volviédes Argos de cien mil pupilas prudentes y recelosas. Al caer, no os valdrán la sapiencia de lo práctico, sino la encendida creencia y seguridad de la Mano desciende a levantarlos. Darse a la voluntad de Dios es la seguridad segura que un hombre puede tener; error creer que de la propia voluntad aleccionada depende el acierto. Lo uno es confianza en la esperanza; lo otro, soberbia ignorante. Por todo lo que os dije, padre y preceptos míos ¡dejadme la hermosura de ser como los pájaros! ¡Dejadme la alegría de cerrar los ojos para poder ver! ¡Dejadme no oír más que los murmullos que van por las brisas y llenan los corazones!

Abrió la ventana el garzón y entraba un río de estrellas a nimbar su cántico. Y él leía la escritura de los cielos, escrita con diamantes, mientras el paternal hidalgo y el secretario de Moralejas leían la tinta del modificado pergamino.



In quanto alla sciocchezza di prestare, io non presto ma do, perché a me Dio ha dato tutto e pertanto nulla è mio. E considerando la quinta sciocchezza che ho commesso, forse che gli occhi bendati dalla fede nella provvidenza amorosa di Dio non vedono più di quelli dei cauti i quali guardano e riguardano in basso, con eccessiva precauzione per non far un passo falso? Il passo falso lo fareste anche se diveniste Argo dalle centomila pupille prudenti e sospettose. Nel cadere non vi salverà il senso pratico, bensì la fervida fede e la sicurezza nella mano che vi si offrirà per sollevarvi. Affidarsi alla volontà di Dio è per un uomo sicurezza certa; è un errore credere che dalla propria volontà dipenda il successo. La prima enunciazione è fiducia nella speranza; l'altra è superbia e ignoranza. Per tutto ciò che vi ho detto, padre mio e precettore, lasciatemi la gioia di vivere come gli uccelli! Lasciatemi la gioia di chiudere gli occhi per poter vedere! Lasciatemi udire i mormorii che porta la brezza e che riempiono i cuori!

Il giovane aprì la finestra e nella stanza entrò un fiume di stelle per circondare come in un'aureola il suo cantico. Egli leggeva i giudizi del cielo, scritti con diamanti mentre il paterno *hidalgo* e il segretario moralista leggevano l'inchiostro della pergamena.

“La mancha en la pintura”  
(*Ls/Fs*, III, 31, 1943, 36-37)

I

Mosen llegó, con titubeos, al comedor y vio que era el último: mamá abuela estábase ya sentada y paciente, aguardando, la larguísima mesa de ceremonia ante sí, con las bujías encendidas, luz de oro oscuro, nimbo de la plata cenicienta de la cabellera anciana; Julia paseándose nerviosa por la enorme estancia, ya se detenía, ceñuda, y un estremecimiento, escalofrío, la despertaba del ensimismado preocuparse, iba a un balcón, y la noche, más densa en la masa negra del jardín, era muro ante su mirar: céreo de irritación en las pupilas, como después del llanto. Mosén, a la puerta del comedor, vio a la inquieta, hermosa en su adolescencia sana, las melenas leonadas rebeldes despegándose a los lados del rostro, carnoso, de piel mate, labios glotones, entrecejo de voluntad, crujía el entarimado al peso del cuerpo macizo y esbelto, en equilibrio de volumen armonioso y ágil gravitación, si la muchacha, absorta en su pensamiento, iba en vagar de acá y acullá se quedaba el grande comedor paralizado de absoluto silencio al detenerse ella, o mirando a la anciana, o volviendo a la negrura de la noche sus ojos encendidos. Murmuró algo mosén entreverado de vocablos:

–¡Ajo! ¡Peje, y más repeje! ¡No se sale con la suya! ¡Miento: con la que no es suya!

Al rozarlas aquel bufido, le miraron y mosén entró, y crujía más la madera del suelo trabado, bajo él, fornido, largo dentro de la sotana y de ancho esqueleto. Mamá abuela le quiso sonreír y se la heló la sonrisa.

–¡Buenas noches nos dé Dios! – exclamó mosén carraspeando. Y Julia.

–Buenas noches.

No le miraba, con educado desdén indiferente. El cura agarró su sillón, que estaba al otro extremo de aquella mesa para veinte, frente a la anciana, y se lo llevó junto a ella.

–¿Qué hace?

Levantaba Julia el rostro.

–Me da la gana – la selló el cura, desabrido. Voceó: ¡Dimas! ¡Dimas! – el criado acudía en volanda –. Cambia aquí el cubierto.

Mosén bendigo y los tres comensales se dejaron servir el yantar por Dimas y el otro criado. El fuego de la chimenea de cazadores, capaz para devorar troncos, resplandecía y también, soñolientamente, los brazos de candelabros de la mesa; alrededor de estos ámbitos vivos, lejos, las paredes de piedra abrigadas de tapices estaban, y el artesonado del techo, borrados en vagorosa penumbra, como enlutados; el comedor le recorría, tan lejano de dimensiones, el apresurarse de los sirvientes.

—¡La digo a usted... — mosén quebró el silencio, le miraron como sorprendidas de oír hablar — que no hay sino mi Santa Teresa de mi vida, y chitón. ¿Sabe usted lo que he leído ahora? Que en servicio de Dios y por una buena causa hay que arriesgarse a todo, pues nada se debe temer. Ella Santa Teresa nada menos, ¿lo oyes?, se sintió afligida por el decir que decía el mundo de su servicio a Dios, y Nuestro Señor bajó a consolarla y la dijo: «¿Qué tienes? Porque en esto no puede haber sino dos cosas, que murmuren de ti o que me alaben a mí», significando que los que creyesen por de Dios los hechos, alabarían a Dios, y los que no, la condenarían a ella, y que siendo por un buen fin, en ambas cosas ganaba. ¿Lo comprendes? Pues esta razón de Dios, y no hay razón sobre ella, me ha decidido, y que piensen lo que quieran... ¡Tome usted!...

Se había levantado y le dio a la anciana, que le veía acercarse redondos los ojos de asombro, un bofetón. Julia, en salto, a socorrerla; los criados, mudos y quietos; tan inesperada la ofensa que ni la misma viejecilla podía llorar de estupor, y le miraba nada más, le miraba...

—¿Se ha vuelto loco? Le gritó Julia enfrentándosele, roja de ira —. ¡Pegarla!...

Mosén, tembloroso ahora, demudado, violentó su voz, cálida, y su actitud contrita, y se erizó otra vez, violento:

—¡Y la emprendo a linternazos hasta con mi sombra! ¡Y al que se acerque le rompo los hocicos!

Julia parecía en llamas:

—¡Váyase! ¡Si no fuera usted sacerdote!...

Descaecido otra vez, mosén salió dándole otra amenaza:

—Tómelo por donde quema, que eso es bueno. No olvide que no me importa ni el lucero del alba...

La joven acudió a la abuela, que después de la crisis de sorpresa sollozaba, quejándose:

—¡Ay, Dios mío, Virgen Santísima! Pero, Julita, ¿por qué me ha pegado?... ¿por qué?...

II

Señor capellán, ¿puedo entrarle el desayuno?

El roble de la oscura puerta amortiguaba la cólera del encerrado:

–¡Para desayunos estoy, ¡badajo!, para regalar la gula cochina! ¡Váyase!

Dimas, apresurándose, apartaba el cuerpo en susto y su aprensión como a perro rabioso:

–¡Le tomó un ramo de locura!

La grande puerta labrada en figuras y ramajes a buril chirría al abrirse, y mosén ostenta su cuerpazo, que tapa el hueco:

–¡Oiga!

Volvíase el viejo dando giro de vals a la bandeja con la leche calentita, bollos molludos y la miel en su orza de labio chorreante.

–¡Señor capellán!

–¿La señora...?

–En su dormitorio, adolecida de larga congoja...

–Bueno, releñe, pero no habrá peligro.

–Del pueblo vino el doctor; amanecía, todo aterido, con mal humor, como suele...

–Menos detalles. ¿Qué opinó?

–Después de calentarse y sorber el café con el reposo de las dos copitas, como suele también... recetó un calmante para echar en la tila una cucharada... Que no era de cuidado, por fortuna, sólo los nervios, la crisis natural...

–La señorita Julia.

–No despartó de la señora...

–¡Ah, con la abuelita siempre!

–Una vez fue al jardín; ya era día, a punto del sol, sin echarse siquiera un algo que la abrigase... Hasta la carretera, jardín y huerta a través, parece que llegó. Pasaba un automóvil, oyósele tocar desde aquí...

–¡Claro, más que la luz, peste! ¿Y qué?

–Daría la señorita algún recado para que lo llevaran a la ciudad o al pueblo, a los del automóvil, pienso yo. Este castillo aislado en el monte incomunica tanto...

–Sí, sí, incomunica. ¿Y luego?

–Volvió. Lloraba, aunque a nuestra presencia torcía el rostro por no perder señorío. ¡Cuitada!

–Señoría entre dos luces – murmuró mosén.

Los ojos de Dimas estancaban el llanto, por respeto.

–De modo que se estuvo, y se está, junto a la abuela... Perfecto. Dimas, si te parezco viruta y no comprendes lo de anoche, repite el dicho que te digo y se te abrirá la mollera: este es el juego de Virlimbao tres galeras y una nao.

Le dio portazo con la maciza robliza boja resaltada de relieves. Se quedó Dimas afligido meneando la duda que le runruneaba en la cabeza: «No está loco; se lo hace... y aquí hay algo...». Por la galería de bargeños y armaduras, entre fríos retratos añejos pegados al granito y jaulas de jilgueros aéreos junto a la cristalera alegre, Julia, hinchado el rostro rebrotado de ira, el ceño hondo, le preguntaba con boca seca al hallarle:

–¿Le has visto?

–No se quiso desayunar.

–¿Se va?

–Mi señorita no se atormente. Fue un venate... no regirá bien...

–Tal creo; eso dice mamá abuela. Pero, ¿no se va? ¡Injuriarnos de tan villana manera quien comió el pan de esta casa!

–Pues no hay indicios de que se castigue marchándose, como era lo decente, y perdón si hablo en daño de un sacerdote.

–Le echará el señor obispo. Ya le mandé una carta con un propio, y le hablé, dándole prisa, por teléfono. Su ilustrísima no atina una explicación si no es un vengativo de algo que ignoramos, el infame... y que Dios me perdone y le perdone. ¿Qué pretende? ¿Te ha dicho algo?

–Se le oyó revolverse en la habitación, sin reposar en toda la noche, tal que endemoniado... Que digo, Jesús, al cabo es un ministro del Señor... La señorita comprenda mi aturdimiento. No sabemos, me retiro a la servidumbre, lo que nos pasa; tanto queremos a los señores... La señora, tan caritativa, ya anciana...

–No es momento de lloros. Yo desharía a ese hombre entre mis uñas y me aguanto. Lo que quiero es que se vaya de aquí, que la casa está deshonorada mientras no se le castigue. Me escuece a mí la mejilla... ¡Si soy hombre!... Pero entonces no se hubiera lanzado... Y sin ser sacerdote tampoco...

III

–«Yo digo que es gran cosa obras y buena conciencia» – leía mosén en su libro aforrado de pergaminos amarillos; se paseaba, sin poder dominar su excitación, repitiéndoselo –: Obras y buena conciencia..., buena conciencia de las obras... Santa Teresa, doctora de Dios... Si, hice bien, pero los escrúpulos... No tienes más que esperar, mosén, que por alguna parte reventará la mina. ¡Refajo, y más que refajo!... Y los escrúpulos, ¡a freír monas! – Se paseaba, encontraba siempre, gruñendo, el desaire de una pared y volvía sobre sus pasos.

Sin avisar abrieron la puertaza oscura y una voz echó dentro, desafiante: «¡El señor obispo!» y su ilustrísima, suavemente, anciano, entró con pasos de respunte.

–Quédese fuera.

El secretario, que le seguía, se detuvo mirando con recelo a mosén.

–No se preocupe, es muy bueno...

La puerta se cerró y el recogidito obispo sonreía a mosén, más alto que el doble de la figura encorvada.

–¿No es verdad que siempre has hecho el bien? – le preguntaba la suavidad, tuteándolo.

Mosén quiso disimular el resuello que le había producido la sorpresa y meterse dentro las lágrimas que le salían... y se derrumbó de rodillas, besando, humilde, la mano del anillo, mano que acariciaba.

–¡Repaja, que me vea yo así sin culpa! Señor obispo, la he pegado un bofetón, pero soy inocente de ello...

–Veamos, veamos. Te escucho como un verdadero padre, dispuesto a la justicia con misericordia. Levanta y siéntate. Algo tuvo que ser. ¿Venganza?

–Incapaz soy de esa baja pasión, créame su ilustrísima, se lo pido por Nuestra Madre, Reina de los cielos.

–Me has tocado en lo vivo. En España no hay quien blasfeme ni mienta invocando a la Suma Pureza. Tampoco estás enfermo de dolencia mental.

Mosén intentaba burlarse de tal explicación:

–En mis cabales: no fue ventolera, ni ataque de nervios para anti-espasmódica.

–Tampoco te domina la ira, aunque quieres demostrarte terrible. Te conozco y sé lo blando que eres debajo de esa cáscara dura y rugosa con que te encubres. Siempre te comparé con la nuez.

–Me conoce más su ilustrísima que me conozco yo. Voy a confesarme. Pero déjeme seguir de rodillas: quiero empezar en este punto la penitencia que me aguarda y que me impondría yo, si no me la impusieron.

–Buen síntoma, hijo, se me ensancha el corazón.

–¿Ha leído su ilustrísima la biografía de Miguel Ángel?

–¿Qué tiene que ver?...

–¡Demontre!, porque le sucedió un lance muy sonado, yo me acordé del suceso en circunstancias semejantes y... ¡cataplún!... la bofetada.

El obispo se envolvió en su capa pluvial.

–Hace frío en tu cuarto. Vivías austeramente en medio del lujo... Continúa.

–Miguel Ángel pintaba la bóveda de la Capilla Sixtina; terminaba ya el «Juicio final». Un día, encaramado en los últimos andamios, quiso apreciar la perspectiva desde un ángulo de la sala. Absorto en la contemplación, retrocedió lentamente por las tablas. Su criado, que estaba en el suelo mirándole a su vez, sofocó de pronto un grito: Miguel Ángel hallábase al borde del andamio que recorriera de espaldas, imantada su atención en la obra de que era creador. Un paso más y al artista caería desde lo alto. Si le voceaba al sobresalto de salir de aquel ensimismamiento, de aquel arrobamiento, seguiría un movimiento brusco y, perdido el equilibrio, se desplomaría también... El criado cogió un botecillo de color y le lanzó contra el «Juicio final», hacia la parte apuesta a donde se encontraba Miguel Ángel. Este, al ver manchada y estropeada su pintura, corrió, loco, a remediar el daño mientras su sirviente removía los aires con un suspiro.

–Excelente idea la del criado. Lo mayor priva sobre lo menos... Pero el pobrecillo...

–Aguantó algunos palos de Miguel Ángel, que bajó del andamio más que a paso, colérico, sin querer escuchar las explicaciones que pretendía darle. ¡Rebamba!, así es de pronto y violento el humano. Aunque, después, enterado Miguel Ángel del porqué, le colmara de bienes...

–Veo un rayito de luz. Tú, como el criado de Miguel Ángel...

–Como él recibiré los palos que me corresponden, ¡polaina!, que para eso me tengo por muy hombre, y sin rechistar la verdad, porque soy cura y muy cura. Pues no he de ver gratitud humana ni recompensa. Me agarraré celestialmente al consuelo del dictamen de mi Santa Teresa de mis ansias y a la bendición de Dios Nuestro Señor, por la mano, que venero, de su ilustrísima.

–¿Tan seguro estás de merecer la aprobación divina?

–Obras, buena conciencia y, ¡pañó!, que me caiga detrás el diluvio. Su ilustrísima disimule.

–Sosiégate, no te dejes llevar de tu pronto, que es rudo, y suprime las interjecciones.

–Procuraré eludir los vocablos que desahogan; pero dejarme llevar del primer pronto, lo haré siempre. El pronto no engaña, el corazón avisa lo bueno. Si se medita el considerar lo conveniente o lo peligroso, acaba todo en la comodidad propia: la inhibición, el no hacer nada que signifique sacrificio.

–Piense a lo español.

–Y siento que es verdad... Obras, obras, sin analizar, de repente, pase lo que pase, si al fin es loable. Con la buena conciencia se duerme tranquilo y se respira hondo. Lo contrario es falta de caridad y cuquería.

–Pues tú no has dormido tranquilo, según dicen, después del disparate de anoche.

Mosén se quedó atajado, serio.

–Porque tuve que atropellar a un inocente para hacer servicio a Dios – respondió despacio y triste -. La pintura de Miguel Ángel era inerte y la señora es un alma santa a quien en apariencia he agravado y en realidad he causado dolor. Y lo que más me contrista, y lo llevaré hasta que me muera como expiación, es que nunca sabrá esa señora de mi respeto, de mi agradecimiento y de mi amor en Cristo Jesús, el porqué de mi insulto, porque saberlo le causaría más daño. Por eso dije antes que yo no recibiré gratitud humana en recompensa. Sólo la absolución de mi pecado por su ilustrísima, mi pastor y guía, estoy seguro... Aunque le aviso a su ilustrísima que no me arrepiento de lo que hice.

–Si no te arrepientes, es que no aprecies pecado. Como no te creo de corazón endurecido, tengo que reprocharte tu dureza de mollera.



–Antes dirimió su ilustrísima, sin saberlo, esta causa. El criado de Miguel Ángel eligió salvar la mayor a costa de lo menos.

–De una vez, deja el preámbulo.

–Pues voy con la historia, la digo y no la bullo más.

#### IV

Mosén se rascó los cabellos rufos como mal estudiante en examen:

–Conoce su ilustrísima a la señorita Julia, la ha visto nacer; criatura bellísima y lozana, en la flor de la edad y en la edad de la flor. El pícaro mundo ronda a ese ángel... ángel patudo, sin mala intención sea dicho. Su hermosura, cantada a todas horas por el espejo tiene otros trovadores. Tira mucho el imán del amor en un pecho desnudo de la armadura de la virtud y más tira la curiosidad del amor, perdición de Eva, de Adán y del género humano, ¡diantres de mujeres!, y la señorita Julia, ángel patudo, lo repito, más gusta de galas que de novenas, de madrigales que de sermones. Añada su ilustrísima el aburrimiento de este vivir en la sosegada y monótona posesión que habitamos, campo desierto y arqueológico castillo. La imaginación es la loca de la casa y devanar locuras una cabecita de niña mujer, que no tiene en qué emplearse sino en vagar y divagar, es usual despeñadero. Yo la vi, desde poco, perder jugo y tornarse melancólica y malhumorada, andar desmzalada... ¡La mala vecina llamaba a la carne fray Francisco de Niño Jesús! Algún halcón había hecho presa en la paloma, con gusto y regusto de ella, contra ley de esta cetrería. Mientras no eran más que efectos de los embelecos y roncerías del Periquito de los Palotes galán, allá suspirase, desvelada, y declinase su tristura como tallo que se curva empapado en crepúsculo; yo me reía, inhibido, aunque no la quitaba ojo. ¡Peste de la mala vecina! Un día – mosén levantaba un dedo porrón – me enteré... ¿cómo y por dónde?, no lo puedo revelar, que es secreto de confesión... supe que aquella pasión de ánimo manifiesta la desavecinaba del deber, y que sus damerías y ensoñaciones eran pasadizos para llevarla al infierno. Sí, señor obispo, un pez de muchas libras había roto la delgadeza de las redes en que la señorita Julia le tenía reducido. El zaratán que la recomía reventó en decisión: escapar con ese hombre y entregárselo. Y aquí entra mosén...

–Una pausa, buen cristiano, que sudas.

–Es que me amarga la boca como la tuera... Aquel hombre, saco de pecados, que arrastró a la señorita Julia a determinarse por él, sin espíritus, es casado.

–¡Dios de bondad!

–Eso grité yo: ¡Dios de bondad, no lo permitas! Empecé a hurgarme en los soterraños de la conciencia de este modo, mosén, tú eras capellán del regimiento que mandaba el padre de Julia, y sabes que aquel perfecto hidalgo estimaba el honor más que la vida, como lo demostró al morir en tus brazos, dando cara al enemigo, héroe y caballero; mosén, a ti te encomendó en su testamento la guarda de su vieja madre y de su tiernísima hija; te puso de capellán perpetuo de su castillo y casa solariega, y comiste un año su comida y habías de mantenerte en su voluntad toda la vida; mosén, tú eres baturro, eres hombre, eres fiel y no temes más que a Dios y al pecado, porque la muerte te pasó por lo ojos en mil combates; no entiendes de conveniencias, ni de acomodados, ni componendas y, menos, de complicidades; mosén, tienes que evitar este crimen.

–Bien pensado.

–Soy sanguíneo, se me altera la sangre, se me sube el humo a las narices, viví como soldado y entre soldados, soy soldado de Dios... ¡Al enemigo!, me animé.

Se le encendía la carita pálida al señor obispo:

–Me gusta, pero repórtate, que no estás en un asalto.

–¡Si hubiese consistido en arrojarse sobre los alambres de una trinchera, bomba...! Muchas veces han cogido el fusil estas manos. Ciega el más pacífico a la vista del mal, y yo de pacífico no tengo marca. Perdone Su Ilustrísima los tacos; aire que me queda a campamento.

–No andes ahora dando zancadas: me mareas.

–Perdóneme también lo brusco y todos mis defectos, padre mío... Continúo. Me daba ira, lo confieso asimismo, ver que la señorita Julia tiene corazón doblado. ¡Qué disimulo y falacia los suyos! No sale a su casta. Es un férido cauteloso, de garra aterciopelada, capaz de pegársela al moro Muza. Me avisaron ayer por la mañana del desavío inminente: aquella noche un automóvil esperaba a la señorita Julia en la carretera... y «consumatum». Me encerré en este cuarto, recé, me di en la cabeza con una piedra recriminándome; ¡Discurrer algo, mosén! ¡Salva a la hija de aquel soldado cuya sangre bendita tuviste en tus manos al absolverle! ¡Salva el honor de su casa que, en parte, te confió a ti! ¡Agradece el sustento que te dio y su afecto de hijo! ¡No permitas que la bien nacida en tan preclaro apellido pase a ser una pingarrona de las que chapalatean

en el fango...! Señor obispo, soy un bolonio, me aturdí, no discurría, remiso... Porque, fíjese en ello Su Ilustrísima: si le comunicaba a la mamá abuela el irreparable dislate que se preparaba a cometer su nieta única, su único cariño en esta tierra, Julia podía rebelarse y escapar, a pesar de todo, en las mismas narices de la señora; y aunque permaneciese a su lado, humillando su apasionado arrebató, el golpe era funesto para la viejecilla. Y tampoco ésta tenía fuerza para sujetar al basilisco. Y del choque de las dos, ¿no podía resultar hasta la muerte de la pobre abuela? Ven más: si se lo recriminaba a la propia señorita Julia, nada conseguiría: a mí me mira de través, me aborrece y desprecia por toscote, insociable y enemigo de pamplinas, y buena es la niña para que un simple clérigo de misa y olla tuerza sus deseos al rojo. Si salía a darle una de cuello vuelto al raptor, de lo que soy, ¡cuajo!, más que capaz, se producía un escándalo. Esta palabreja, precisamente, paralizaba mis iniciativas; el escándalo era la deshonra de Julia y de la familia, ¿digo bien?

—Es exacto.

—Por tanto, había de buscar un arbitrio que mantuviese secreta la culpa de la señoritinga. Nadie debía enterarse del pecado, ni saber siquiera que existía pecador. A secreta culpa, secreto remedio, para que la culpa nunca dejase de ser secreta, por no llegar a realizarse. El tiempo apremiaba; después de la sobremesa de la cena la señorita Julia nos decía la del humo, en martelo íntimo con su donjuán. Y eché la mancha en la pintura. Fue el arbitrio que me ocurrió, agotado el devanar de mis sesos. Y ha salido a qué quieres boca.

La señorita Julia, ante el inusitado y verdaderamente asombroso caso, tuvo que permanecer aquí para consolar y atender a la abuela, y hasta para entablar mi castigo, pues se la rebeló lo noble de su sangre que no tolera ofensas; total, por su parte que ha salido a la carretera casi pasada la noche a decirle al del automóvil que soplabá, insolente, la bocina, que el cobro de la paloma queda para mejor ocasión. Cuanto a la viejecilla, ¿qué va a sospechar, si para ella el soplamocos es agresión a ella y se origina en algo que a ella se refiere únicamente? Y los demás, parientes, criados y chusma, nada pueden traslucir de la verdadera causa. ¡Ni siquiera la propia señorita Julia, fíjese Su Ilustrísima! Al contrario, señalo una pista por otro punto cardinal: que estoy loco, que soy una bestia... cualquier cosa. Pero yo, ¡reperros!, ¿qué signífico...?

El prelado se daba golpecitos con los dedos en la frente rugosa amarilla: ¡Tú, tú, tú...!

V

Tres días permaneció Su Ilustrísima en el castillo. Al día tercero llegó un hermano de la agraciada señora y tío de Julia; anunció que se ponía al frente de la casa, como jefe de la familia, por razón de que las solas señoras se exponen a faltas de respeto y ofensas que la autoridad del hombre evita. Era marino retirado, afable y puntilloso, con sus miras puestas en refundir las ramas genealógicas en el tronco único; su hijo llegaba detrás de él, a buen paso, al señuelo de la prima Julia. La cual iba más que melancólica, con furia reprimida, por el parque y la huerta, sin dar conversaciones ni admitir cuidados. El señor obispo entretuvo en permanente tertulia a la vieja con buenas pláticas y ya se reía la inocente del sonado episodio. Por la noche de aquella fecha de la marcha, apareció Su Ilustrísima, cogido a mosén el brazo. Ya estaban convocados y alrededor de la señora, Julia, el marino y todos los servidores. Mosén se inclinó de rodillas ante la dama y la decía, entrañable, con tanta pesadumbre:

—Perdóneme el arrebato, humildemente se lo pido, por mi propio corazón, sin que nadie me lo ordene; necesito que me perdone para apaciguar mi alma.

La ancianita tenía un ahogo, rompió en un zollipo, alargándole los brazos; mosén la besó las manos temblorosas. El señor obispo convoyaba al salir al Grandón, renegrido y cejudo que se sonó en su pañuelo áspero, para disimular las lágrimas:

—Su Ilustrísima sabe que lo volvería a hacer, ¡cuajo!, aunque no lo justificase Santa Teresa...

ALFREDO MARQUERÍE

Alfredo Marquerié

“Leonor, Luis y la otra”  
(*Un cuento mensual*, Ilustraciones de Asirio)  
(*Ls/Fs*, II, 24, 1942, 36-37)

– ¿No sabes qué día es hoy? – preguntó Leonor a su marido.

Y Luis, que leía el periódico y se tapaba la cara con la hoja impresa, como detrás de una débil y expugnable trinchera mientras aplastaba contra los muelles del butacón del gabinete, respondió, sin abandonar la lectura:

– Me imagino que al hacerme esa pregunta recuerdas que es el aniversario de nuestra boda. – Perdóname. Siempre me ocurre lo mismo. Ya conoces de sobra mi falta de memoria. Luego te mandaré unas flores.

Leonor abandonó sobre el regazo la labor de punto que había empezado, y en la que se enhebraban, enfrentada, las largas agujas de color caramelo, como dos viborillas dispuestas a atacar. Dio un largo suspiro, sonrió dulcemente, y con ojos añorantes, murmuró en voz baja:

– ¡Veinte años ya!

Luis había agotado la lectura del diario y se levantaba para salir. Al pasar junto al asiento de Leonor, dio a la esposa una suave palmada en la mejilla:

– Hasta luego.

Sonó, al fondo del pasillo, el abrir y cerrar de la puerta. Leonor, asomada al mirador, veía alejarse a Luis por el fondo alegre de la calle estival, con brillos de sol, con rútilos rielos en los escaparates y con balcones cargados del color fresco de macetas y enredaderas. Iba Luis silbando una cancioncilla, y al andar movía la cabeza con el compás del estribillo: Leonor, observándole, pensaba:

– Está contento. Veinte años de matrimonio no le han robado ni un grano de alegría. ¡Más vale así!

A la media hora llegaba el chico de la tienda de flores con una mano de encendidos claveles.

– ¿Almorzarás hoy conmigo?

– No lo haré en casa con mi mujer.

– ¿Y por qué?

Dudó Luis antes de contestar. Después, bajó los ojos, inclinó la cabeza y tartamudeó, con un tono un poco avergonzado:

–Hace veinte años que nos casamos.

Lucía, rubia, espigada, inquieta, con unos ojos verdes que rebrillaban siempre en aire de retos encogió los hombros para decir despreciativa.

–Chico, no te entiendo.

Al recordar la esquina de la calle apartada, entraron en un discreto salón de té. Pasaron junto a la fila de mesas vacías y bordados mantelillos, y fueron a sentarse al fondo del salón difuminado en suave penumbra.

Lucía y Luis interrumpieron el diálogo para dar tiempo a la llegada del camarero. Acudió y desapareció éste con una presteza que tenía mucho de bien aprendido hábito. Y se reanudó la conversación:

–Mujer: tienes que comprender...

Se acentuó la chispa encendida de desprecio en los ojos verdes de ella. Abandonó el tubillo sutil por el que ascendía a sus labios el hilo del licor helado. Interrumpió:

–Sigo sin entenderte. ¿Por qué vienes conmigo?

–Porque eres original y bonita, y me atraes, y me diviertes.

–Sí. Pero tu mujer...

–¿Quieres dejarla en paz?

–¿Es que me prohíbes hablar de ella?

–Nada de eso. Puedes decir cuánto quieras.

–Pues bien. Tenía muchas ganas de preguntarte cómo puedes vivir al lado de mujer semejante.

Luis creía no haber oído bien. Sus cejas se alzaron en la distancia del asombro.

–Pues ¿qué tiene mi mujer?

–No te hagas de nuevas. Tú sabes que es una ridícula.

–¿Por qué?

–Por todo. En primer lugar, por su manera de ser, y después...

–Después...

–... Por su manera de vestir.

Intrigado Luis, y también molesto por la insistencia despectiva de Lucía, se creyó en el caso de replicar.

–Una cosa es que yo salga contigo y que te admire sinceramente, y otra que te autorice a desbarrear.

–¡Ah, luego te molesta lo que te digo de ella!

–Cuando es injusto...

Alfredo Marquerie

–Pero, ¡qué ciego estás! ¿No comprendes que tu mujer es una cursi, una anticuada, sin sensibilidad ni inteligencia, una mujer vulgar, incapaz de ponerse a tu nivel?

Con calma y con energía, paladeando las palabras, Luis respondió:

–Estás completamente equivocada.

¿Cómo?

–No conoces a Leonor. Es una criatura sencilla y discreta, que me cuida y quiere y que me perdona todos mis defectos desde hace veinte años, pero que no es cursi ni ridícula; que tiene un sentido muy fino y muy femenino de elegancia; que viste francamente bien – ya que a eso le das tanta importancia – y que no sólo está a un nivel, sino a una altura muy superior a la mía.

–¡Es inaudito que te atrevas a decirme eso! ¿Con qué finalidad lo haces?

–Con las de contestar a unas apreciaciones inexactas.

–¿Así, con esa calma...?

–¿Qué quieres, que me excite?

–¡No faltaba más que eso!

Entró una nueva pareja en el salón de té y fue a sentarse al extremo opuesto del que sentaban Lucía y Luis. Se repitió la llegada y la desaparición rápida del camarero. Dos copas de licor helado, idénticas a las que lucían sobre el mantel de los discutidores, aguardando turno para ser consumidas. Pero ese incidente sin importancia sirvió para zanjar con un silencio la alterada conversación y dar acomodo y holgura a una pausa donde ambos contendientes recapitularon sobre lo dicho y sobre lo que aún se tenía que decirte. La primera que rompió otra vez el fuego polémico fue la mujer.

–De modo que tu mujer es *también* muy inteligente...

Subrayaba Lucía el adverbio, recalcaba con la raya negra de un tono de voz más grueso la única virtud de las enumeradas al principio que Luis no había reconocido en Leonor. Pero en esta presunción fallaba igualmente, porque la respuesta fluyó rápida y caudalosa.

–¿Inteligente? Eso es innegable. Discurre, opina sobre todas las cosas con un talento natural y con una cultura tan firme y tan bien disimulada para no parecer pedante, como yo no conozco otra.

Disimulando su ira y su despecho, Lucía se echó a reír:

–Pues, hijo, tu mujer es una alhaja y un prodigio. No sé para qué vienes conmigo.



–Eso me pregunto yo.

La contundencia de la constatación cortó la charla. Llamó Luis y pagó al camarero. Lucía, tumbada, daba vueltas y vueltas entre las manos a su bolsillo. Antes de levantarse e iniciar la salida, entre el laberinto vacío de las mesas, el hombre se creyó en el caso de dar una explicación:

–Voy a decirte una cosa que quizá te extrañe. Hasta hoy no me había dado cuanta del valor de mi mujer. Cuando tú has intentado atacarla y herirla injustamente, y al hacerlo, al mismo tiempo que pensaba y daba forma a mis argumentos, iba escuchando mis propias ideas y mis propias palabras. Hablaba para ti y para mí.

Lucía, azorada, levantándose ya, sólo tuvo fuerzas para preguntar.

–En ese caso...

–Tus acusaciones contra Leonor han servido para descubrir precisamente que a quien quiero y admiro de veras es a ella y no a ti.

–Has podido pensarlo antes.

–Sí. Es cierto. Pero como entre nosotros no había sucedido nada irreparable, el daño no existe.

–Eso crearás tú.

–Y tú, cuando se te pase el hervor del amor propio herido. Un hombre que ama a su mujer no debe traicionarla, ni a ti te conviene.

Ya en la puerta de la calle, con la luz del sol de nuevo en el espejo gemelo y brillante de sus ojos verdes, Lucía “hizo” la última frase y rubricó la extraña e impensada historia:

–Jamás pude pensar que me trajeras a un salón de té discreto para darme una lección de ética matrimonial en el aniversario de tu boda.



OCTAVIO APARICIO LÓPEZ (TRISTÁN YUSTE)

Octavio Aparicio López (Tristán Yuste)

“La Solana de Santiago”

(Ls/Fs, 25, II, 1942, 36-37)

(*Un cuento mensual*, Ilustraciones de Gabriel 42)

I

Es un pueblo que está aquí y allí. Es un pueblo que nunca falta, que está dentro de todos los pueblos, completándolos con su inmunidad, con su chabacanería. Es un pueblo con pujos de atropello moral.

Sus edificios, que andan perdidos en el tiempo, no nos hablan de un estilo, de una época. Son casas de ladrillo, de barro, cuadradas y albas. Son casas que se han construido siempre, que se levantarán hoy y mañana. Casas que no piden arquitecto, y que, mirándolas, las más nuevas se asemejan a las derruidas por un puro acontecer de días.

Encaladas y oliendo a moño, parecen tumbas, y, en realidad, lo son de esas mentes que les han alzado y que las habitan. Son cajas cerradas, desconfiadas, sin ventanas y cazurras.

Junto a esos caserones reposados y tranquilos, de enorme alda-bón, escandaliza la bullanga de unas casitas chillonas, engreídas de su cosmopolitismo, de su manufactura plebeya, de su fachenda de oropel. Pertenecen a un tipo que fue moda barata medio siglo atrás. Estas casitas son el hogar, el ideal casero de horteras y traperos enriquecidos.

Las calles limitadas por estas casas parecen trazadas por las manos de un delineante loco.

Todas tienen miedo a los corrientes de aire. Todas son retorcidas, enrevesadas. En las plazuelas, junto a árboles copudos y altísimos que rompen el cielo, tiemblan, movidos por todo, raquíuticos palitos que, pretendiendo crecer, quieren ser también árboles de ramas robustas con nidos.

A una de estas plazuelas, a la Solana de Santiago, suelo acudir mediado el día.

II

Antes paseo por el pueblo y sus alrededores.

Al salir de casa paso por la calle de Judería y, también, por la del Pertiguero Loco. Precisamente, no es que diga calle. Calle no es; pero sí travesía, en cuyo carácter está el ser recoleta y, más aún, romántica y triste. Esta su tristeza es de ensueño melancólico y no de lágrimas

que recuerdan. La travesía, abandonada entre conventos y cipresales, me resulta desvalida, reacia al esmalte solar. ¡Tan lejana! ¡Tan sola!

Metido en ella, siento, como si de mí saliera, un enorme esperanza de algo a transitar por los sarmientos viudos retorcidos al filo de los paredones, y quedara prendido en sus nudos y en todo, hasta en mí. Es decir: de mí brota y a mí vuelve; pero regresa tocada por el aliento apagado de la calle. Transida de su espíritu. Yo, movido por éste, sujeto a él, no sé hacer otra cosa que andar despacio con seguro y recio tacón, creyente de que un labriego distante y chapado de paño, ara y escandaliza a los pardales gritando a las bestias tardas.

–Arre. Canooo... ¡Vamos! ¡Vamos!... Canario... ¡Hala! ¡Hala!... Gardooo... Arre... ¡Va...!

Y la exclamación, trajinando el afán de las bestias, se excita aguijoneada por el espolón del viento, vuelto de acariciar las lomas inmediatas. Y yo todo esto ni lo veo ni lo oigo. Me lo sé.

La travesía del Pertiguero Loco quedó muy atrás.

Casi con las últimas casas del pueblo. Pero el amargo sabor de mi esperanza burlada, con la caminata por campos exhaustos y el tanto pensar, ha fermentado y ya es melancolía. Estoy melancólico. Me gozo morbosamente en mi ánimo vacilante. Adormecido por este estado, no padezco dolores de cansancio de pies ni de rodillas.

Suena el reloj de la catedral. Oigo cinco. ¿Cuántas habrán sido? Once seguramente. Las que no escuché vagan por los aires como mis ensueños. El viento los domina y los deshace o se los lleva si no puede con ellos.

Doblo el camino y regreso al pueblo, a sentarme a descansar en mi banco favorito de la Solana de Santiago.

### III

Algunas veces ya os hablé de la Solana de Santiago. Es amplia, La plazuela más clara del pueblo, En cuadrilátero cerrado, sus paredes se miran cara a cara. Su centro, reducido y en continuo sosiego, queda aislado del tránsito callejero por un perímetro de acacias y de bojés. Posee bancos y jardines en los que ahora se lucen flores que huelen a difunto de cuerpo presente. Dos jardineros, que siempre andan de acá para allá con carretillas y escobas, cuidan de los macizos y de su forma en cuadros. Trasplantan flores y cortan leña para el alcalde del pueblo.

Varios viejos frecuentan a diario la Solana. Acuden a ella a tomar el sol. Se sientan o pasean y hablan de sus cosas, de las noticias atraerentes y del pasado. Su charla es un murmullo de labios que parecen de mosca chupona. Otros alzan sus voces y se detienen a comprenderse mutuamente, a pesar de la sordera que apaga sus gritos seniles. Entre todos reconozco a uno de palabra gangosa. En sus tiempos fue albéitar. Hogaño pasea. Su bastón, un esqueleto de paraguas, le ayuda a caminar saltarín y redicho. La cara de este hombre, aguda y acabada en barbilla rala, se enciende de pronto en sangre si alguien duda de sus conocimientos veterinarios. Ni a pie ni pisado, le deja un tipo pequeño y gordo. A este gordo una vez le di una perra de raza que me encontré. Negro de pichos, la vendió y fuese a festejar a Casa Jenaro. Entiende de flores y sabe aviar un ramo galán y celestino en un periquete.

A las doce pita una sirena y, a poco, se llena la Solana de Santiago de obreros. Vienen de una fábrica de cemento próxima. Otros son albañiles. Se mezclan unos y otros en grupos pequeños. Aguardan el almuerzo. Al traerlo la madre, la mujer o los hijos, en cestos o en fiambreras, se separan y se sientan cada uno por su lado. Ponen la cesta en medio. Entre la que la trae y el obrero. Este come silenciosamente, llenando mucho la boca, deformando la curvatura de sus carrillos, traqueteándolos de gusto, muy despacio, como si la prisa fuese mortal. La familia atiende a la comida o ayuda a concluir las viandas de puchero o patatas y cuscursos de pan. A lo largo del almuerzo, la mujer o la chica cuentan algo y el jornalero escucha restregándose la boca, que reluce de pringue. Echa un trago y sigue masticando monótona y rítmicamente, con ruidos voraces.

Acabado el yantar, el hombre se tumba a la bartola y, tendido, atiende a la parienta. La mujer o la niña, en cuclillas, guardan, con sumo cuidado, los muy parcos restos de la comida y los cachorros vacíos. Al irse la que trae el almuerzo, no se oyen frases de despedida. Vienen y se van callando, molestos de hablarse. El rastro y el murmullo de sus pies en la hojarasca de otoño es el postrer vestigio de su callada presencia. Chillando la sirena, asusta el reposo de los obreros y los espanta.

La Solana de Santiago ahora es de los gorriones. Hasta este momento han estado al acecho en lo alto de la copa pelada de los árboles. Vienen a la Solana, apeándose del cielo, brincando de rama en rama, en pandas de cinco o seis. Los delgados primeros, los gordos después. El

más atrevido se adelanta. Vuela un poco. Llega a una rama. Da en ella saltitos de aviso y pía. Los otros se le echan encima, revoloteadores, y él vuelve a volar. Así se apropian de las migas sobrantes. Desconfiados y alegres, escandalizan sin freno a mi torno. Como estoy inmóvil, con plastas de muerto, no me consideran. Cierta gorrión joven, delgado y larguirucho, se posa sobre el respaldo de mi banco. Parece un muñequito animado de guiñol. Sus movimientos son rápidos, vibrátiles. Se mueve seriamente, con grotesca picardía. La cola la alza, la baja, de un lado a otro del respaldo del banco. Su pico hace contrapeso y su cuerpo vacila como los brazos de una balanza sensible que se ha desviado al soplo del viento. La carretilla del jardinero chirría y todos los pájaros se pierden ligeros, en un ensalmo, y se llevan, en su huida, el tapón de mi melancolía. Y mi melancolía se evapora en el espacio, siguiéndoles...

#### IV

A diario, en la Solana de Santiago veo a dos muchachas. Vienen a traer el almuerzo a unos obreros que las embroman y las hacen reír. Llegan a las doce y cuarto. Pasan delante de mí. Me miran y siguen su camino. Desde lejos vuelven las cabezas a contemplarme y luego charlan entre sí. Al regresar me miran de nuevo. Una de ellas viste abrigo verde y lleva cestilla de palma estampada de flores. La otra, por cierto la que más me mira, es una chica fea y tímida. Sus labios son secos y gruesos. Sus ojos, espantados y gilvos.

Muy insistente es el mirar de la niña fea y tímida. En un principio supuse, detrás de mi poyo, la existencia de algo despampanante y maravilloso. De alguna flor rara, en la que yo no hubiese caído. Mas luego, intrigado por tanto mirar, ojeé a mis espaldas. No hallé nada y comprendí, desde entonces, el sentido y la dirección de las miradas. Para la niña fea y tímida, el despampanante y el maravilloso debo de ser yo. Yo, la flor rara.

Puesto que me mira, yo también la miro. Y, mirándola, con ojos ufanos e interrogadores, consigo de ella, de su timidez, que aparte sus pupilas de las mías y baje, vergonzuda, los ojos. Esto, mientras la observo. Pero si me aburro de verla tan fea, tan desabrida, y dirijo la vista al otro lado, ya está ella mirándome otra vez, incansable, insistente.

V

Hoy, como todos los días, al llegar a mi banco de la Solana, me tiendo en él. Tumbado, miro a lo alto y sólo veo azul, azul puro, sin nubes bastardeadoras. Un árbol ampuloso crece a mi lado. No tiene hojas. El otoño se las ha arrancado a tirones yertos. Sus ramas, descarnadas de verde, clavan sus agujas en el celeste del espacio y rasgan, movidas por un aire frío, sus entrañas puras y limpias, y me parece oír el quejido del cielo: un lamento suave y tristísimo.

Mis ensueños me llevan errantes a los brazos de la pálida niña de la travesía del Perdiguero Loco. La niña, esa niña soñada de ceñida cintura y dulces mejillas de lánguido y mustio mohín, me sonrío: «Si tú quieres, seré tuya». Y se viene conmigo. Casada mía, remonto con ella la vida y nos llega un niño. Un niño que es mío y de ella, de ella... El niño nos unirá más aún y tendrá nuestros nombres. Se llamará... Como yo, desde luego, seguido de nuestros apellidos. El de ella es, es... Espera un poco. ¡Si lo recuerdo! ¡Si lo tengo en la punta de la lengua!... Es... Otra vez la esperanza burlada. ¡La fantasía mintiendo siempre, engañando siempre! ¿Cómo se ha de llamar el hijo de la que es pura fantasía? El niño y su madre: la pálida niña, presentes, obsesionantes, conocidísimos y extraños a mí, a mí cuando vivo, cuando quiero medir lo que no tiene sentido terrestre y sensible, cuando quiero nombrar a los ensueños...

VI

Pasan las dos chicas de siempre, la del abrigo verde y la fea que tanto me mira. Buscan a los obreros a quienes llevan la comida. No encontrándolos, la del abrigo verde coge las viandas y se va a la fábrica de cemento. La fea se queda en la Solana a mirarme. Anda un poco y se detiene ante un árbol. Se apoya en él, repantigándose, poniendo sus miembros tensos. Los pies hincados en la tierra y las espaldas plegadas al tronco del árbol. Me mira a sus anchas.

Ahora pienso en esta chica excepcional.

Desconozco la psicología femenina y, más aún, la de estas niñas feas que miran con insistencia desasosegante. De pronto me entran unas ganas irresistibles de hablarle, de decirle algo, de conocerla. Está sola y es la oportuna ocasión.



Me levanto y me encamino hacia ella. Recorro veinte metros y encuentro que no tengo nada que decirle. ¿Con un piropo? ¡Es tan fea! Me daría vergüenza. No tiene nada de común conmigo. No me va a hacer caso. Me acerco a ella lentamente, titubeante, inseguro el andar, escéptico de mi éxito, dudando de él.

Doy bríos a mi resolución de hablarle diciéndome: «Cuando ella te mira...» No me convengo del todo: pero sigo hacia ella. Ya está.

Le diré que si busca a la del abrigo verde. Eso para comenzar. ¿Y después? Me desgano de árbol en árbol. Piso sin querer un viejo que está junto a la muchacha. Retrocedo. El viejo me injuria, y yo, para hacer algo, paso revista a unos obreros que devoran su comida.

Todos, menos la chica, me examinan con los ojos entre extrañados y molestos de verme entre ellos. Han estado vigilantes de mis idas y venidas indecisas. Con las órbitas quisieran arrojarme de su presencia. Varios han adivinado mis intenciones y se ríen de mí, de mis ridículos movimientos. Las risas son las que me empujan a arrimarme a la muchacha.

—La del abrigo verde. ¿No la buscas? Está allí en la fábrica.

La chica fea, más tímida y fea que nunca, con los ojos bajos, no se atreve a mirarme. Sus pies se aferran al suelo, como queriendo ser tragados por la tierra. La voz le tiembla al responder:

—Sé... sé... yo...

Sufro el ímprobo trabajo de preguntarle todavía:

—¿Qué sabes?

—Sí, ya sé dónde está.

Su voz, de temblorosa, parece que llora. La contemplo descorazonado. Mi boca se estremece espurreando excusas que ella no me pide. Ya no sé qué decirle más, y como ella, perdida el habla, a nada responde, le dejo tranquila y me voy de su lado.

## VII

Sí. No soy nada de valiente, de ágil de palabra con esta obrerita insignificante, con esta niña que no posee belleza que me turbe ni picardía que se burle de mí. Soy tímido con esta niña fea, porque ella, que se interesa bastante por mí, también lo es cuando la miro, cuando me he acercado a ella.

Octavio Aparicio López (Tristán Yuste)

Me siento en mi banco favorito de la Solana de Santiago. A la media hora, la niña fea y tímida pasa por donde estoy con su amiga y me miran. La del abrigo verde debe de saber y se van.

Al día siguiente, al otro y al otro, y siempre, la niña fea que me mira.

Me mira siempre.

EDGAR NEVILLE

Edgar Neville

“La Calle Mayor. Racconto di Edgar Neville”  
(*L/F*, I, 9, 1941, 27-30)

Il postino guardò se la data del timbro era giusta, e per assicurarsene lo impresse sulla carta assorbente.

Sulla carta rimase timbrato un cerchio, in mezzo al quale si leggeva la data di quel giorno: 18 luglio 1936, e, intorno alla data, il nome del villaggio: Mudela del Río.

Il postino, mentre timbrava le lettere appena giunte, domandò all'altro impiegato:

«Sono venuti i giornali?»

«La corriera non è ancora arrivata» gli fu risposto.

I due impiegati poi tacquero, continuando il loro lavoro. Terminata la timbratura, il postino riunì le lettere in un pacco, che strinse con un elastico, e uscì.

Soffiava un vento infuocato. La Calle Mayor era deserta. Chiusa nelle abitazioni, la gente aspettava il calare del solleone; fuori, solo qualche cane dormiva nelle esigue ombre lungo il marciapiede di quell'unica via importante di Mudela. La Calle Mayor, infatti, appena uscita dalle poche case del villaggio, riprendeva il suo aspetto di strada provinciale.

Il postino si fermò davanti alla porta delle «Tre Grazie» e consegnò alla ragazza che venne ad aprire una busta voluminosa, sulla quale si leggeva: «Aux Galleries Lafayette», e accanto: «Campioni».

«Le tre Grazie» era il nomignolo con quale gli abitanti chiamavano le «Signorine» De Morenes. Per la gente di Mudela queste tre donne continuavano ad essere le «Signorine», nonostante che due di loro fossero vedove. Tale nomignolo era piuttosto un elogio, in quanto le tre vecchiette apparivano sempre sorridenti e vestivano con una certa eleganza.

Le De Morenes, dopo le disgrazie passate, s'erano riunite nella loro casa di campagna, dove trascorrevano una felice vecchiaia, tenendosi appartate, rifuggendo dal pettegolezzo, e senza avere altri dolori che quelli dell'età. Mercedes, la maggiore, era vedova di un capitano di marina. Il marito sempre la portava a bordo della sua

nave per mari e porti lontani. Mercedes aveva saputo trasformare la ristretta cabina e il salottino del comando in ambienti intimi, familiari, che rammentavano piuttosto le stanze di Mudela che le cabine di un transatlantico. Mercedes non soffriva il mal di mare e conduceva una vita che poco si differenziava da quella di terra. Ogni sera, marito e moglie passeggiavano in coperta contemplando il tramonto su quei dolci mari di madreperla. Poi rientravano in cabina con l'animo liberato dalle piccole noie quotidiane.

Nei porti lontani, la signora Mercedes ogni lunedì riceveva dame mulatte della Martinica, creole brasiliane di Santos o regine delle Isole del Sud. A volte, tra un ricevimento e un altro passavano anni, ma la prodigiosa memoria di Mercedes, e la minuziosa cura con cui ella teneva la corrispondenza, le facevano mantenere vive le sue amicizie, delle quali sempre si ricordava nelle festività con cartoline che spediva da ogni parte del mondo.

Da tanti anni navigava; sulla nave si sentiva come in casa propria; e allorché la tempesta si scatenava sull'oceano chiudeva tranquillamente gli occhi di bue, dicendo come a Mudela:

«Che cattiva notte fa fuori!»

Tanto aveva navigato, che era diventata come uno dei migliori marinai: da sola dirigeva la manovre di attracco, se il marito era infermo.

Rimasta vedova, tornò a Mudela portandosi dietro scimmie, pappagalli, mobili e strane anticaglie, in tal numero che le sorelle dovettero destinare a lei tutto un piano della casa, il quale subito si riempì di voli, corse, grida, richiami e di paesaggi cinesi e australiani.

Mercedes s'era assuefatta al clima di Mudela come le sue bestie e viveva tra i ricordi della sua vita di mare, in quell'appartamento che le sorelle chiamavano «Le Americhe». Continuava a restare in corrispondenza con le sue lontane amicizie perché le piaceva di essere al corrente, per esempio, del matrimonio della «Niña Sol» di Haiti, dei figli che nascevano a Madama Hi-Ho a Scianghai, degli amori della regina delle Isole del Cocco.

Seduta nella sua poltrona di bambù, tra un vaso cinese e un paravento di seta turchina ricamato di farfalle, Mercedes aveva la testa piena di rotte e di scie, di spiagge con palmizi, cieli profondi e stelle cadenti.

Manuela, la seconda delle «Tre Grazie», s'era sposata molto giovane con un diplomatico; conosceva Londra e Parigi, e anche la Corte di Madrid. Tornata a Mudela, vedova al declinare dell'esistenza, portò

con sé nei vecchi bauli foderati d'incerato tutti i ricordi di una vita amabilmente mondana. Le sue stanze le ammobiliò con gli stessi oggetti dell'appartamento della Calle del Sacramento, e movendosi tra essi, avendo continuamente dinanzi agli occhi i ritratti delle amicizie di Corte, ella s'illudeva che la vita continuasse come l'aveva interrotta nel momento di maggior splendore.

Nonostante il suo carattere allegro, Manuela di tanto in tanto si lasciava cogliere dalla malinconia, rimpiangendo la sua vita passata. Rimasta più giovane di quel che appariva, Manuela si indispettiva del riguardo che gli altri le usavano in condizione della sua età. Questa fu la ragione per la quale si allontanò dalla Corte.

«I vecchi mi seccano!» diceva dall'alto dei suoi settant'anni.

Manuela cercava di nascondere alle sorelle i suoi eccessi di malinconia; però in quei giorni sempre finiva col dire:

«Oggi voglio mettere ordine nel mio armadio».

Le sorelle la lasciavano rinchiudersi nella sua stanza, senza disturbarla nelle sue occupazioni. Le quali consistevano nel togliere dai cassetti di un mobile alcuni merletti ch'erano stati testimoni di un ballo, velette strappate che coprivano il suo volto irrequieto in certe passeggiate clandestine per il Bois de Boulogne, scarpine di raso bianco delle sue ultime feste, e ventagli di madreperla con vedute di Maline, con i quali rapidamente e graziosamente copriva e scopriva la sua bocca ch'era stata in altri tempi fresca e attraente.

In questa ansiosa ricerca c'era sempre un momento nel quale Manuela si fermava per assicurarsi che le porte fossero ben chiuse; ed era quando arrivava il turno d'una scatola di lacca nera. Sicura di non essere osservata, andava a sedersi con la scatola nella veranda. Lì, nella pallida luce che traspariva dai vetri colorati, apriva la scatola togliendone un pacchetto di lettere e un ritratto che metteva sul tavolino davanti a sé.

Era una vecchia fotografia di un lord inglese. Un giovane lord dalle basette bionde e pantaloni a quadretti. Teneva in mano un cappello a cilindro e il bastone, sorridendo. Nello sfondo appariva un castello scozzese in un verde prato. La dedica era di una sola parola: «Love», e di un nome «Dick», il resto lo sapeva Manuela.

Non avendo nulla da rimpiangere, Fernandita era la più giovane e allegra delle tre sorelle.

Non per mancanza di pretendenti Fernandita era rimasta zitella: piuttosto, per non aver incontrato chi poteva diventare suo marito.

Di ciò neppure in gioventù ebbe mai a lamentarsi. Tanto meno adesso che nonostante i suoi sessant'anni conservava ancora una salute e una agilità di ragazza. I suoi vent'anni le avevano procurato in altri tempi molti ammiratori, ma nessuno che veramente le piacesse. Passarono gl'inverni madrileni, le polche, i lancieri; la sua lieve mano si vide mille volte stretta da altre nei «rigodones» in casa di sua sorella; ma nessuna seppe trattenerla oltre la danza. Così, inavvertitamente, giunse ad una età in cui i giovani la chiamavano in disparte e le facevano le loro confidenze.

Non soffrì per questo: al contrario, provava una specie di soddisfazione vedendosi liberata da una serie di legami e convenzioni che le impedivano di vivere liberamente. Compiuti i quarant'anni, decise di rinunciare al matrimonio. Si lanciò per l'Europa, in una vita di grandi alberghi e di vetture letto, cogliendo di ogni paese tutto ciò che offriva di attraente, senza però fermarsi troppo. Con gioia accettava gli anni che trascorrevano, sentendo che essi le portavano una sempre maggiore libertà e indipendenza. E i suoi capelli bianchi la liberavano degli ultimi pericoli del sesso.

Invecchiando, si ritirò a Mudela in casa delle sorelle; ma tutti gli anni interrompeva la sua vita ritirata con due viaggi. Uno per mettersi al corrente sulle novità teatrali di Berlino e di Londra, un altro per seguire la moda. Smaniava per le belle stoffe e i modelli eccentrici. Due volte all'anno, alla stazione di Mudela, arrivavano a suo nome scatole con etichette di Chanel e Molineux.

Le tre vecchie non uscivano quasi mai di casa ma amavano indossare i loro abiti migliori per andare a tavola, per ricevere visite e per passeggiare in giardino; in certe occasioni poi si presentavano a tavola in abiti molto scollati e con tutti i loro gioielli.

Un altro aspetto del carattere di Fernandita, era il gusto per tutto ciò che aveva un'aria piccante; quando i suoi capelli incanutirono, mettendola al riparo di ogni volgare sospetto, si abbonò a una serie di riviste galanti parigine. Indignate in principio, le altre due sorelle presto finirono col divertirsi alle batture e ai disegni di quelle riviste, e ogni giovedì dopo il pranzo le tre vecchiette passavano alcune ore leggendo *Le vie parisiennes*. Un giorno Mercedes scoprì nell'armadio di Fernandita una intera biblioteca galante illustrata; ma per uno strano pudore verso di lei, Mercedes e Manuela decisero di ignorare l'esistenza di quei libri, accontentandosi di esclamare:

Edgar Neville

«Questa benedetta ragazza!».

Così vivevano, in quel 18 luglio 1936, le tre vecchiette; felici, perché avevano con sé tutto ciò che le legava al passato, o quanto era necessario per il loro benessere. Non camminavano col tempo, né s'interessavano ad altro che non fossero i loro uccelli, i mobili, le lettere e gli abiti. Tutto questo bastava loro per passare tranquillamente gli ultimi anni della vita.

Il postino attraversò la piazzetta della chiesa, e ritornando per la Calle Mayor lasciò sotto una porta un plico. Per quella porta si entrava in casa del «verme».

Così chiamavano nel paese un uomo, nel cui animo sembrava raccogliersi la più nera malvagità. Da ragazzo, faceva la spia contro i suoi compagni di scuola, e picchiava a tradimento i più piccoli. Vigliacco e crudele, inseguiva a sassate i gatti e cani; aveva perfino cavato un occhio a una delle scimmie di Mercedes. Più tardi la sua malvagità assunse un altro carattere: molestava le ragazze che al tramonto si avventuravano sole nei dintorni. Si era azzardato a dar fastidio anche a Matilde, la nipote del conte di Mudela che per sfuggirgli dovette rifugiarsi presso amici.

Una notte, dalla casa dove abitava con sua madre, s'intesero venire grida e lamenti. Accorsero i vicini, ed egli uscì per dire che non succedeva niente e che badassero ai fatti loro. Più tardi si seppe che aveva bastonato la madre perché gli aveva rifiutato del danaro.

Poco tempo dopo se ne andò in città; ritornò solo quando rimase orfano. Portava occhiali di tartaruga e apparteneva al partito comunista. Nel villaggio tentò di sollevare i contadini, ma questi che lo conoscevano, non gli davano retta. Più tardi si trovò compromesso in una frode e finì in carcere; ma il Fronte Popolare lo tolse di lì, ed egli se ne andò in città.

Il postino bussò alla porta di Don José, il medico, e mentre aspettava preparò il libretto delle raccomandate. Quando gli aprirono passò nello studio del dottore che stava leggendo vicino alla finestra.

«Come va, Tommaso?».

«Non c'è male; mi duole un po' la gola».

Mentre il medico firmava il libretto, seguì a domandare:

«Ti fa molto male?».

«Poco, quando inghiottisco solamente».



«Avrai preso freddo».

Lo portò alla luce della finestra e con l'aiuto di un cucchiaino gli guardò la gola.

«Non è niente, solo un poco irritata. Quando avrai finito il giro ritorna, ti farò una pennellatura».

E prima che se ne andasse, gli regalò una moneta.

A Don José i malati costavano denaro. Ma come doveva fare? Farsi pagare dai poveri? No. I poveri non potevano pagarlo; se avesse mandato loro una volta il conto, in avvenire avrebbero preferito morire piuttosto che chiamare ancora il medico. E dai ricchi? A questi sì che avrebbe potuto mandare il conto. In principio, quando arrivò a Mudela, preparò diversi conti, che però non ebbe il coraggio di mandare. Questo si può fare in città. Ma in un paese? Come poteva mandare il conto ad amici coi quali tre volte al giorno si riuniva per prendere il caffè o giocare a tresette?

I ricchi, in un primo momento, insistettero per pagarlo, ma visto che lui non si decideva a presentare il conto, compresero il suo scrupolo e a loro volta ne ebbero un altro. Come pagare con vile moneta le affettuose cure di Don José, le sue parole di incoraggiamento e le caramelle che portava ai loro bambini malati?

Così, per colpa degli scrupoli, nessuno intanto pagava Don José. Infine trovarono una soluzione intermedia: pagare con regali.

Avvicinandosi il suo onomastico, tutte le persone facoltose del suo paese andavano alla vicina città e ritornavano con pacchi e pacchetti che conservavano segretamente fino al 19 di marzo. Quel giorno giungevano a casa del medico i regali; generalmente erano bastoni, ombrelli dal manico di avorio, portaceneri di cristallo e argento e una quantità di oggetti di cancelleria e di portafogli in pelle. Sempre le stesse cose. Ma il medico pensava ironicamente:

«Del resto, anche i loro malanni sono sempre gli stessi!».

Don José riceveva i regali con sincero gradimento; allineava i bastoni e gli ombrelli accanto a quelli dell'anno precedente, e così sostituiva i vecchi oggetti da scrittoio con i nuovi. Nel pomeriggio, quando gli amici venivano a trovarlo per prendere un bicchiere di moscato con i pasticcini, vedevano i loro regali in mostra sulla tavola e sui ripiani della libreria.

Poi, per evitare risentimenti, finiva col mettere tutto nell'armadio «dei regali», che chiudeva fino all'anno seguente.

Edgar Neville

Per sua fortuna, Don José possedeva una rendita sufficiente alla vita modesta di Mudela, per abbonarsi a una rivista medica, e per ricevere spesso libri da Madrid e dall'estero.

L'unica passione di Don José era la lettura: il suo lusso, di vivere in mezzo ai libri scelti ed edizioni rare.

Arricchiva continuamente la biblioteca, e questo gli procurava una grande soddisfazione. Le eroine dei romanzi si direbbe che gli facevano compagnia. Come tanti altri uomini di spirito, il medico aveva momenti in cui gli piaceva conversare con Madame Bovary; pomeriggi di tedio provinciale, quando la presenza dell'autunno era visibile sulla natura. Altri, in cui la compagna ideale avrebbe dovuto essere una gran dama di Proust o Valle Inclán. Notti in cui avrebbe desiderato conversare con le avventurose eroine di Lawrence o Morand e mattine in cui aspettava la colazione dalle mani delle giovani borghesi di Galdós.

L'arrivo di un libro nuovo segnava una data felice per Don José; e siccome ciò avveniva spesso, la sua esistenza si poteva considerare felice nella sua ordinata tranquillità.

Tuttavia i suoi libri a volte descrivevano paesaggi che avrebbe voluto conoscere e da qualche anno parlava del progetto di un viaggio, che però mai riusciva ad effettuare. Lo tratteneva il timore che qualcuno dei suoi cari amici potesse ammalarsi senza avere le sue cure.

«Andrò l'anno venturo», ripeteva, e la certezza che in fondo avrebbe potuto allontanarsi da Mudela quando avesse voluto, gli bastava per togliersi quell'amaro sapore di chiuso che a volte gli saliva alla gola.

Lo tratteneva a Mudela anche la preoccupazione di dover vivere in stanze di albergo, senza libri e senza spazio per passeggiare leggendo, e infine il timore che qualche cosa potesse accadere alla biblioteca durante la sua assenza. Già alcuni maledetti topi si erano azzardati a rosicchiare «I Malavoglia».

Pensando al pericolo di perdere il suo tesoro spirituale, Don José impallidiva, e il viaggio famoso era rimandato di anno in anno.

*La scienza per tutti* s'intitolava la rivista che il postino lasciò nel palazzo del Conte di Mudela.

Matilde, la nipote, gli era venuta incontro.

«C'è qualche cosa per me?» chiese.

«Nulla, signorina Matilde, nulla per oggi».

E con quest'ultima parola che lasciava una speranza a coloro che aspettavano la posta, Tommaso continuò la sua strada.

«Nulla per oggi», disse fra sé Matilde mentre portava la rivista al nonno. E sorrise al pensiero che nessuno infatti poteva scriverle. Non c'era chi poteva prendersi questo disturbo. Matilde era una bella ragazza, ma nessuno la conosceva.

Attraversò il vestibolo; in giardino, si mise a correre non per fretta ma come per uno sfogo improvviso del suo temperamento vivace. Arrivata al padiglione dove lavorava il nonno, gridò:

«Si può entrare?»

«Spingi la porta» disse il conte di Mudela.

La ragazza entrò nella stanza del nonno, che stava lavorando intorno ai suoi esperimenti sulla non decolorazione delle tinte.

Il conte, quel giorno, era tutto verde; altri giorni, secondo le soluzioni che stava provando, appariva scarlatto oppure viola.

«Hai una brutta cera», gli disse la nipote ridendo.

«Questo va via col limone. Dopo mi laverò».

Prima che se ne andasse le chiese:

«Vuoi sorvegliare la temperatura della nuova incubatrice?»

Don Ramiro, conte di Mudela, era un esemplare «fine di secolo». Amava le macchine e le scoperte scientifiche, e insieme il buon vivere. Nell'ultima campagna carlista era capitano di cavalleria; il suo carattere e le sue inclinazioni corrispondevano perfettamente ai gusti del tempo, sicché divenne un personaggio popolare alla Corte di Madrid. Le sue battute di spirito correvano con grande successo nei saloni della duchessa Della Torre giungendo fino al Palazzo, dov'era Maggior-domo di Settimana. D'inverno pattinava sul ghiaccio, in bombetta, con la famiglia reale.

Da giovane, seppe godere di tutto quello che la vita sociale d'allora offriva a un uomo della sua condizione. Quando le sue energie cominciarono ad affievolirsi, e la gente s'azzardò a uscire col cappello floscio, lui si ritirò dignitosamente alla villa di Mudela.

La prima cura di Don Ramiro fu di rimodernare la tenuta e trasformare la villa dei nonni in una specie di castello che somigliava a uno di quelli che aveva visti in Belgio. Il conte non aveva un'idea molto chiara dell'architettura in rapporto al paesaggio: fu così che i suoi vicini videro sorgere improvvisamente due torri dal tetto di lavagna e

una larga facciata neoclassica sulla quale si apriva un grande portone «liberty». La gente del luogo fu fiera di poter annoverare nel proprio villaggio un simile monumento, e lo chiamò «Il Palazzo».

Anche in giardino accadevano cose straordinarie: sorsero d'un tratto piste per pattinaggio, pollai razionali, vaccherie svizzere, lavanderie e fucine modello, e un laboratorio chimico. In quella terra di contadini, avvezza a produrre ortaggi e fiori modesti, scaturirono per le cure del conte tulipani di Haarlem, orchidee americane e certa verdura dalla pronunzia francese.

La trasformazione della villa avvenne durante l'Esposizione parigina del 1900, dove il Conte si recò per acquisti. Un giorno alla stazione di Mudela si fermò uno strano treno. Erano quattordici vagoni merci fra i quali un'unica vettura di prima classe. Da questa scese Don Ramiro con tre cani, una macchina pneumatica, un vaso con pesci giapponesi, un verascopio, tre barometri monumentali, un apparecchio per scoprire i pozzi artesiani, i piani per la costruzione di un dirigibile, un quadro di Van Dyck, dodici paia di pattini a rotelle, un boomerang, due fucili Colt, un binocolo a lunga portata e altre piccolezze che il Conte non si fidava di far viaggiare nei vagoni merci. Nei quali era tutto ciò che serviva per ammobiliare «Il Palazzo».

I parenti del Conte vivevano sparsi in diverse città: qualche volta venivano a Mudela a passare le feste, altre volte con l'intenzione di fare delle economie. D'estate il numero degli ospiti raggiungeva il massimo. Intorno alla tavola, tra figli, nipoti, generi e nuore, sedevano più di ventiquattro persone, senza contare i piccoli che in quell'ora correavano gridando per le logge gotiche.

Un viaggiatore che percorresse i due piani della villa senza essere prevenuto, usciva che gli girava la testa, tanta era l'accozzaglia degli stili nel mobilio d'ogni ambiente, e l'ingenuità sconcertante con cui un'opera d'arte era stata messa vicino a un orribile esemplare dell'epoca.

In uno dei salotti si trovava il verascopio nel quale si vedevano in rilievo tutti i capolavori del Louvre e del Vaticano, le strade più belle delle città d'Europa, veduta delle Alpi, dei laghi svizzeri e i misfatti prodotti dalla Comune di Parigi. Dopo di che, veniva una serie di quadri plastici, con «signorine» in maglia sulla spiaggia, che le signore in visita consideravano troppo ardite. Ma qualche volta, nei giorni di ricevimento, apparivano mischiate alle vedute alcune fotografie

indecenti, messe lì probabilmente da qualche giovane della famiglia o forse anche dal nonno, per scandalizzare le vecchie signore entusiaste del verascopio.

Fino allora, Don Ramiro aveva avuto orrore delle visite che interrompevano le sue occupazioni. Ma quando le figlie raggiunsero l'età dei vestiti lunghi trovò necessario di dedicarvi un giorno alla settimana. Nacquero così i «giovedì» dei Mudela.

Il portinaio aveva l'incarico di andare all'arrivo dei treni provenienti dalla capitale, e se vedeva apparire gente conosciuta, correva a casa per avvertire a quel categoria apparteneva; una scampanellata annunciava persone di confidenza e simpatiche, due scampanellate, gente di riguardo ma noiosa. Quando nel giardino squillavano le due scampanellate, si udivano passi precipitosi, uno sbatter di porte, imprecazioni e proteste di quella persona che, come in tutte le famiglie, era destinata a ricevere i seccatori.

L'inaugurazione dei «giovedì» aveva portato il vantaggio di ricevere in un solo pomeriggio, che si considerava perduto a beneficio e sollievo del resto della settimana.

Poco dopo la guerra mondiale, la moglie del Conte morì e i figli si dispersero per il mondo, portandosi dietro le rispettive famiglie. Con il vecchio Conte rimase la nipote Matilde, che preferiva vivere i suoi sedici anni nella libertà di Mudela, piuttosto che in un tetro e incomodo collegio di Suore di Madrid.

Don Ramiro, diventato vegetariano, un giorno assunse per sé una balia: il consiglio gli fu dato da un settimanale per famiglie. Era ancora molto attivo nel suo lavoro, né aveva abbandonato l'idea di risolvere il problema dei colori.

Matilde svelava la stessa irrequietezza del nonno, la sua stessa passione per le cose nuove: e fra i due esisteva una profonda cordialità. La fanciulla ascoltava il nonno, che le parlava di una Europa con monete d'oro e senza passaporti: si era fatta così anche una cultura teatrale e musicale. Ma aveva pure acquistato certe cognizioni che stonavano con la sua bionda bellezza.

Sapeva, tra l'altro, fare un impianto di luce elettrica e come si fabbrica il formaggio Camembert; conosceva come si dovevano trattare le oche per ottenerne il pasticcio di fegato, e conosceva pure i principii del motore a scoppio. La fanciulla ed il vecchio progettavano grandi viaggi da fare insieme e visite a tutte le Esposizioni.

Edgar Neville

«Andremo alla prossima di Parigi», le aveva promesso il Conte.  
Ma si era già nel 1936, e da poco Matilde era sfuggita agli indecenti propositi del «verme».

Il postino dopo aver fatto due chiacchiere con la padrona della merceria e col Segretario comunale, aveva continuato il suo giro. Gli era rimasta una sola lettera da consegnare a Maria Gascò.

Piaceva a Tommaso recarsi nella fresca casa di Maria, perché lì trovava da riposarsi del lungo cammino. Maria di continuo inaffiava i pavimenti nella sua casa di ricca contadina.

Si era sposata in quell'anno con Ramón García, che lavorava da sé i suoi campi di grano e gli orti. Erano entrambi ricchi, giovani e sani; e per completare il quadro di felicità, come avviene alla fine delle fiabe, aspettavano la nascita di un figlio.

Le loro nozze rimasero famose. Vi assistette tutto il villaggio e la loro dimora si riempì di regali. Le «Tre Grazie» mandarono vasellame e argenteria, il Conte un magnifico orologio da muro e Don José un completo da scrivania, così antico, che nessuno ricordava di averlo un giorno acquistato.

Il postino, sospirando, uscì da quella casa che conteneva tanta felicità.

«Dove trovare una donna come questa?» pensò.

Un lontano rumore lo fece voltare verso la strada maestra. Dall'alto della salita veniva giù una fila di autocarri, carichi di gente in piedi, che agitava bandiere.

«Oggi, 18 luglio, non è nessuna festa», pensò Tommaso, e attese per vederli passare e rendersi conto di ciò che accadeva.

Il convoglio avanzava e già si udivano grida e canzoni scomposte.

Dinanzi ad esso si apriva la Calle Mayor col suo piccolo mondo vario e raccolto.

Lì c'erano Maria e la sua felicità; Matilde e i suoi sogni; il Conte circondato dai suoi apparecchi e preso dalla febbre del lavoro; Don José e la sua biblioteca piena di graziose figure, le tre vecchiette cariche di amore verso i loro ricordi, le loro lettere e i loro pappagalli...

Altre persone vivevano nella Calle Mayor una pacifica esistenza di lavoro.

Il postino vide passare vicino a lui i primi autocarri.

Gli scalmanati inneggiavano alla Russia e ai Sovieti. Presto riempirono tutta la strada. Allora il convoglio si fermò e i miliziani saltarono a terra.

Alcuni entrarono nelle case con latte di benzina. Altri puntarono i fucili verso i balconi.

Da uno degli autocarri scese il «verme». Reggeva una pistola mitragliatrice e alla testa di un gruppo s'avviò verso il «Palazzo».

In quel momento Maria s'affacciava al balcone: un miliziano sparò un colpo, che la colpì al ventre; lì rimase, piegata in due, sulla ringhiera.

Alcune case bruciavano; una di esse era delle «Tre Grazie». Da ogni parte echeggiarono spari e grida di terrore.

Un miliziano dipingeva su un muro la falce e il martello.





GIAN GASPARE NAPOLITANO

“La morte davanti al bar. Racconto di G.G. Napolitano”  
(L/F, I, 10, 1940, 27-30)

Carmen la Loca stava in piedi con le spalle al *mostrador*. Aveva un abito da sera, e uno scialle di Manila, girato intorno alle spalle. L'abito era vecchio, di raso nero, la cipria l'aveva fatto diventare lucido prima del tempo, ma lo scialle valeva almeno duemila pesetas, disse poi l'Argentino.

«Temevo che non veniste, è molto tardi», disse Carmen la Loca buttando la testa all'indietro e scuotendo i capelli rossi, intanto batteva nervosamente il tacco d'argento sull'impiantito.

I due amici si scusarono vagamente. Al di là della paratia, nella sala da ballo, sul palcoscenico, l'orchestra sonava un danzon. Manolita, la Dueña, stava dietro il banco e parlava col torero cileno. Il torero cileno era alto, elegante, le spalle larghe, la vita stretta. Era un bel ragazzo, ecco, ma lo sapeva. Il *Movimiento*, l'aveva sorpreso a Siviglia. Ora spendeva distrattamente le pesetas della sua ultima stagione con le ragazze di Manolita.

«Hai pensato a noi?», domandò l'Argentino.

«Ho paura di averci pensato troppo», rispose Carmen la pazza, con intenzione. Aveva bevuto ma non era ubriaca. Rideva già, tenendosi lo scialle chiuso sul petto, e studiando che si vedesse la forma del seno, erto e voluminoso. Accanto a lei, con i gomiti sul banco, le spalle alla gente con una sciarpa di seta artificiale bianca al collo, c'era un uomo vestito da falangista. Carmen gli batté la mano sulla spalla.

«A che pensi uomo?».

Quello lentamente si voltava. Ora mostrava un volto spento, ceceo, pallido, come levigato sulla camicia blu della falange. Un volto senza peso. Poteva avere trent'anni: gli mancava un occhio, e l'altro era timido, indeciso, sotto la palpebra pesante guardava in basso. L'orbita nera aveva una vita propria, paurosa.

«A niente penso, donna!» rispose. E sorrise. Ora i due giornalisti lo vedevano meglio, una ferita rossa, appena rimarginata, gli traversava la gola come una voglia. La sciarpa non arrivava a coprirlo. L'orecchia destra era un pezzettino di carne, e basta.

«Questi sono i due *periodistas* di cui ti ho parlato», riprese Carmen.

L'uomo salutò, toccandosi la *goritta*<sup>1</sup> con la mano. Guardava i due stranieri con un'attenzione distaccata, punto offensiva, stanca e umile quasi.

«Lola ci ha detto ieri sera che potreste raccontarci una storia interessante». «Interessante...», disse l'uomo, e sorrise. L'orbita scura metteva i due uomini a disagio, come una bocca di pistola che li tenesse sotto mira.

«Interessante... non so. È la mia storia», riprese l'uomo. Ora aveva vinto la sua reticenza. Di nuovo appoggiava i gomiti sul banco, e anche la schiena, rivolto alla sala.

«Olé Manolita», fece l'Argentino, tanto per dire qualcosa.

Manolita strizzò l'occhio ai due amici, continuando a parlare al cileno.

«Beviamo qualcosa?» domandò l'altro giornalista.

«Ecco una proposta ragionevole, finalmente!» rise la Loca. Poi: «Domingo!» chiamò, con una voce fatta all'improvviso professionale e acuta.

Il barista era un negro tondo e lucido. Un vero nero africano, un senegalese di Dakar. Nessuno sapeva come era venuto a Salamanca.

«Io direi quattro cognac», propose l'Argentino.

«Bene, señor», approvò Domingo.

«Che ne dice l'italiano?» domandava Carmen.

«Quattro cognac, per cominciare», disse quello. Tutti risero.

«Così voi siete stato fucilato?» riprendeva l'Argentino.

«Io sono stato morto», disse l'uomo. Intanto alzava il suo cognac all'altezza dell'occhiaia buia. «Alla vostra salute», disse.

«Alla salute».

Bevvero tutti.

«La mia storia è questa», disse l'uomo.

Ora tutti tacevano. Dalla porta a molla dell'ingresso entrò Paolino, il pugile basco. Salutò in giro con la mano. Il vecchio campione veniva al cabaret tutte le sere. Vestiva in borghese, con la camicia di falangista. Era grasso e stanco. Con i suoi occhi piccoli affogati nella grassa, si sarebbe giurato che non vedeva nessuno. Ma continuava a salutare tutti, con un gesto circolare, abbracciandosi il pugno destro con la mano sinistra e portandolo in alto.

---

<sup>1</sup> Gorrita.

Gian Gaspare Napolitano

«Quando scoppì il Movimento ...», riprese l'orbo, dopo una pausa, «io ero guardia di città a Motril, provincia di Malaga. Lo stesso giorno, il 17 luglio, i rossi mi arrestarono con molte altre persone della *Derecha*. La sera, verso mezzanotte, i miliziani entrarono nella prigione. Armati di pistole e fucili da caccia. Ci dissero che il Comité aveva stabilito di allontanarci dalla città, ma di lasciarci la vita. Ci avrebbero condotti a Malaga. Non so perché tutti noi credemmo questo. Ci fecero montare su un camion, sotto buona guardia, ma, appena fuori la porta della città, ci accorgemmo di essere stati ingannati: il camion non prendeva la strada di Malaga, ma quella del Cimitero.

«Eh, che ne dite?» esclamò Carmen, a questo punto. «A me vengo-  
no i brividi. Domingo...».

«Altri quattro cognac», disse l'Argentino.

Il suo compagno non disse niente.

«Zitta, donna», riprese l'orbo, con dolcezza. «Chiudi la bocca. Dunque, eravamo davanti al Cimitero. Lì, davanti al cancello; ci fecero scendere e disporre su due file. Eravamo diciannove. I miliziani uccisero prima quelli della prima fila, uno dopo l'altro. Dopo ogni scarica ridevano della nostra paura, e ci insultavano. Accanto a me c'era un sacerdote, un agostiniano, don Vicente, si chiamava. Don Vicente mi consigliò a bassa voce di recitare mentalmente un atto di contrizione, lui mi avrebbe assolto. Così feci, e subito dopo il capo dei miliziani, io avevo il numero 11, mi chiamò fuori. Così arrivai davanti ai cadaveri dei dieci amici che mi avevano preceduto. Non volevo morire, ma non osavo far niente per ribellarmi. Dovevo sembrare molto calmo. A un tratto, alla luce dei fari del camion che illuminavano la scena, riconobbi, nel plotone d'esecuzione, un marxista che conoscevo da gran tempo e a cui avevo reso nel passato molti favori. Lo pregai di intercedere per me. Lui si mise a ridere, e mi promise che mi avrebbe sparato addosso per primo, data la nostra amicizia.

L'uomo aveva fatto il suo racconto a voce bassa, per niente alterata. Era un pessimo raccontatore, mancavano tutti gli effetti. La sua storia, a furia di ripeterla, gli si era consumata in gola. Non riusciva più a commuoversi. Per questo risultava anche più paurosa. L'Argentino teneva Carmen per la vita, la stringeva, con gli occhi all'orbo. Il suo amico s'era appoggiato con una gamba a uno sgabello, fumava. Domingo riempì altre quattro *copitas* di cognac, stette un po' a sentire, poi uscì da dietro il banco e andò nella sala grande con un vassoio di ordinazioni, scuotendo la testa.

«Mi voltai di spalle agli assassini», riprese il guercio, «e aspettai. Una scarica mi buttò a terra. Io sentivo di essere vivo, ma non ne ero sicuro: forse è così che si è morti, pensavo. Mi dovetti muovere, in ogni modo, perché tornarono a spararmi addosso, e mi colpirono all'occhio. Ero caduto nel mucchio dei compagni fucilati prima di me. Gli altri otto mi vennero addosso, a uno alla volta. Io li ascoltai morire. Uno o due chiesero pietà. Altri, fra cui il sacerdote, perdonarono i propri nemici ad alta voce, i più non dissero niente. Infine fummo diciannove fucilati, ammicchiati uno sull'altro. C'erano dei benestanti, degli operai, un amministratore di dogana, un avvocato e il frate. Il sangue che mi usciva dall'occhio mi riempì la bocca. Ora sapevo di essere vivo. Il *cabecilla* dei miliziani lo sentii che chiedeva benzina per bruciarci. Poi insultare un miliziano che l'aveva dimenticata.

Vennero a osservarci da vicino facendosi lume con le lanterne e lampadine elettriche. Il camion si avvicinò a fari accesi, sino a investire tutti con la sua luce. La luce mi tradì. Il miliziano che avevo avuto per amico disse: «Gli do il colpo di grazia a questo qui, perché si muove ancora». Sentii una revolverata, e nello stesso tempo ritirarono la luce dal mio volto. L'ultimo colpo mi aveva levato un pezzo d'orecchia, questa qui. Mi alzai quando fui convinto che non c'era più nessuno all'infuori di me, davanti al Cimitero. Il rumore del camion s'allontanava nella notte. Le gambe le avevo ferme, le mie ferite erano vistose, perdevo sangue dappertutto, ma non erano mortali. Solo mi si appannava la vista. Ora si trattava di fuggire da lì. Camminai fino alla sera del giorno dopo, nascondendomi ogni volta che vedevo gente. Mi ero lavato in un ruscello. L'occhio mi faceva delirare. Infine, perso per perso, mi presentai in una fattoria: erano contadini. Mi bendarono, mi sfamarono, ma dovetti andarmene. I miliziani mi davano la caccia. Presi a camminare verso Granada. Dopo cinque giorni di marcia arrivai in vista di Granada: c'era una trincea. Mi avvicinai lentamente, la sentinella mi puntò il fucile addosso: «*Arriba España!*» gli dissi. Un mese dopo mi arruolavo nella Falange di prima linea.

«Avete sentito?» domandò Carmen. I due giornalisti non le risposero. Finalmente, l'Argentino: «Ancora un cognac», propose, e la voce gli tremava.

«Come vogliono lor signori», rispose l'orbo. Per me tutto è lo stesso. «*Todo me hace lo mismo*».

Bevve il cognac. Carmen era andata dietro il banco a versarglielo. Gli altri bicchieri pieni rimasero sul banco. L'uomo strinse la sciarpa di seta bianca intorno alla gola, salutò alzando il braccio. La voragine dell'orbita nera sembrò scrutare tutti, uno per uno, come per una nascosta presenza. Lentamente si allontanava, raggiunse la porta, entrò nella notte senza voltarsi.

«Vi ho guastato la serata», disse Carmen. «Ma se volete parlare con Paco, forse vi passerà». E senza attendere la risposta:

«Paco ... Paquito», si mise a chiamare.

Il vecchio guardarobiere, stava proprio di fronte al bar, alzò la testa dal mucchio dei suoi mantelli:

«Che c'è Carmen?»

«Vieni qui», disse quella.

Il vecchio si avvicinò diffidente toccandosi in mezzo alla fronte con un dito. Teneva in mano un cappotto di ufficiale del Tercio.

«Carmen è pazza», disse. «Che c'è di nuovo? Sei ubriaca?».

«Non ancora. Vieni qui, Paquito, e racconta la tua storia».

«Non voglio essere preso in giro, Carmen, lo sai», disse il vecchio. E voltava le spalle.

«... Lasciatelo tranquillo», disse l'Argentino.

«La colpa è vostra», rispose Carmen. «Siete voi che mi avete chiesto di presentarvi la gente che ha delle storie da raccontare, e poi vi mettete di cattivo umore e rovinare ogni cosa. Io non so perché perdo il tempo con voi. Andate al diavolo, voi e i vostri giornali...».

Manolita stava ad ascoltare con le mani sui fianchi, le sopracciglia aggrottate. Non le piaceva che i clienti venissero disgustati, disse. Il Cileno se n'era andato, nella sala, con Pilar a braccetto. «Paco!» chiamò Manolita. La sua voce era bruciata dall'alcool, bassa e ferma.

«Señora!» rispose quello premurosamente.

«Cos'è questa storia che vuoi raccontare?».

«Señora voi la conoscete: è quella vecchia storia». E il vecchio tornava ad avvicinarsi al gruppo, dubbioso. Carmen venne fuori dal banco. Mise se le braccia intorno al collo di Paco. Nel movimento lo scialle le scoprì un seno bianco e duro come la pietra.

«Questi signori ti pagheranno da bere, Paco», disse.

«Io non bevo», rispose quello. Intanto si faceva sempre più scuro in volto. Una inquietudine senile lo agitava. Era chiaro che cominciava a cedere.

«Peggio per te!» rise Carmen. «La racconterò io la tua storia. E berrò al posto tuo, Domingo, quattro *copitas*»

«Carmen è pazza», ripeté il vecchio, ma intanto non se ne andava. Un principio di vanità lo coglieva. Era arrivata Julia la Chata, e s'era seduta su uno degli sgabelli, tranquilla, accavallò le gambe senza curarsi della carne che veniva fuori fra le calze e la giarrettiere.

«Carmen! dai spettacolo, eh?» disse, e intanto s'arrotolava piano piano una sigaretta. Poi volta a Domingo: «Una granatina! Ho bevuto troppo stanotte. Una granatina per fermare la *borracherà*».

«Questo zio che vedete qui, Paco, cominciò Carmen, «non ha fatto sempre il guardarobiere da Manolita».

«Oh no ... certo», disse Paco. Ma, come Manolita lo guardava, si morse la lingua, abbassò gli occhi, timoroso di aver detto troppo. «Prima ero falegname», aggiunse, come in un soffio.

«Il povero vecchio...».

«Sessantacinque anni, señores, sessantacinque, non uno di più», corresse Paco.

«Beh il vecchio zio mi sembra che facesse il falegname a Navalcarnero, di, Paco, è da Navalcarnero che sei venuto?».

«Tutti sanno che sono di Navalcarnero. Solo tu, per darti delle arie con questi forestieri...», disse Paco, e la voce gli tremava di rabbia.

«Bene, Paco, perché non la racconti tu la storia?».

«Ma è una storia da niente», disse quello, «e per questa storia mi metterai in croce tutta la vita, donna. Dunque, signori, cominciato che fu il movimento arrivarono a Navalcarnero, da Madrid, molti miliziani della C.N.T. e della F.A.I. per difendere il paese, dissero, ma in realtà la principale occupazione loro fu di andare a rubare e saccheggiare casa per casa. E nella mia bottega fecero il loro ingresso alle otto di sera del 20 luglio quattro miliziani. Quattro, non più ...

«Buona notte, camerata», mi dissero. «Cena e letti per tutti».

«Che gli dovevo rispondere?». «Vi darò quello che ho», dissi, «le nostre cene e i nostri letti. Due letti soli, perché di più non ce ne sono. Quello matrimoniale, mio e di mia moglie, e quello di mio nipote, che lavora qui con me. Quanto a noi tre per questa notte dormiremo di sopra, nel magazzino, metteremo le coperte sopra certe tavole e...» basta, i miliziani mangiarono la nostra cena, e poi se ne andarono a dormire nei nostri letti. Io, mia, moglie e mio nipote, era più spavento che altro, salimmo su al magazzino. Feci finta di dormire per non

spaventare mia moglie. Ma alle quattro del mattino, verso la *madrugada*, mi arrivarono distinti certi rumori dal basso. Così, in camicia, come mi trovavo, accesi una candela e mi buttai giù per le scale. Cioè presi a scendere con ogni cautela, perché non mi sentissero quelli: e così potetti sorprenderli. Accendevano un cerino dopo l'altro rovistando nei cassetti del mio comò. Avevano tirato fuori un po' di roba, e certi oggettini.

«Beh», gli dissi, «che state facendo nel mio comò?».

Quelli tirarono fuori le pistole. E uno di loro: «Che ti prende zio? Stavamo guardando se non avessi nascosto qualcosa di valore, *algo de valor*. Che c'è di nuovo? Vattene a letto, che è meglio».

«Sino allora avevo tremato di paura, ma come sentii dire *algo de valor* la paura se ne andò di colpo, e: «Ascolta uomo», gli dissi, «Se a me: di giorno e in pieno sole, non mi è mai riuscito di trovare in quel comò neppure un *duro* falso. Che potete sperare di trovarci voi di notte?».

«Lo vedete?» concluse Paco. «Vi mettete a ridere? Così fecero i miliziani, e se ne tornarono a letto. Ma io non vedo che ci sia da ridere in questa storia».

L'Argentino tirò fuori uno scudo.

«Il tuo *duro* falso ne vale uno buono, Paco», gli disse, fra le risate, con le sue maniere da grande attore.

«Bè, che Dio glielo paghi, señor», disse Paco serio serio. Prese lo scudo e se ne torno al guardaroba, dopo aver guardato male la Carmen.

«Ma che vuole il tuo amico?» domandò Carmen all'Argentino bevendo il suo nuovo cognac. Intanto contava le sottocoppe senza parere. Su ognuna le toccava una percentuale.

«Il mio amico è triste», rispose l'Argentino, senza enfasi, questa volta.

«Ehi se ci mettiamo a esser tristi qui diventa un mortorio... Sempre per la storia del fucilato? Ma qui tutti hanno una storia, non è vero, Chata?» disse rivolta alla Julia. La Julia aspirò una boccata di fumo, diede uno schiaffo a un soldato che cercava di carezzarle le gambe, fece cenno di sì. Poi si mise, a cantare, con voce chioccia:

*Me escondí uno y otro día  
me escondí uno y otro mes  
y viendo che me cozian  
me afilié a la C. N. T.  
por ver de salvar mi via.*



«La Chata canta la sua canzonetta», rise Carmen. «Si ricorda di Madrid ad agosto. La Chata è scappata da Madrid. E quella è la canzone dei ravanelli, los *rafanos*; rossi di fuori e bianchi di dentro. Mezza Madrid è così, non è vero, Chata?».

«Claro», rispose la Chata, e, visto che non c'era niente da fare, scese dallo sgabello e tornò nella sala.

Carmen stette un poco sopra pensiero. Ora cominciava ad essere ubriaca. «Eh, Madrid è bella, ma Barcellona è meglio», mormorò. «Ma qui non si beve? Domingo!»

Domingo era tornato dietro il bar, e stava stappando una bottiglia di cognac.

«*En seguida*», disse, subito, con la sua voce liquida.

La gente entrava e usciva a ondate. Carmen guardava davanti a sé; lo sguardo attonito, fra le ciglia tenute rigide dal rimmel. Adesso si avvicinava al bar un piccolo sergente della Legione. Quinta Bandera. Sul giaccone di cuoio portava un teschio d'argento, e due tibie incrociate sotto: la *calavera*. L'Argentino toccò il braccio del suo compagno. Ma quello già guardava. Il sergente veniva diritto verso il loro gruppo. «Mi novia» c'era scritto sotto le tibie d'argento: la mia fidanzata.

«*Adios, Carmen*», disse il sergente, e intanto salutava tutt'intorno, portando due dita della destra alla fronte.

«*Adios, mi muerte!*» rispose subito quella, riprendendo spirito.

«*Adios, mi vida!*» fece il sergente; continuava il giuoco.

«Enrique», esclamò Carmen, «Enrique, vieni qui, che ti presento ai miei amici».

Enrique si avvicinò: era un ragazzo timido, biondo, gentile, poteva avere venticinque anni. Carmen scese dallo sgabello dove s'era appollaiata, andò dritta al soldato; lo baciò sulla bocca.

«Questo è Enrique», spiegava. «*Uno de los novios*».

«Uno dei fidanzati tuoi?» domandò l'Argentino curiosamente.

«*Oh no... uno de los Novios de la Muerte, caballero*». Uno dei fidanzati della Morte, disse Enrique, grave e dolce. E, come a giustificarsi: «Tre volte ferito: *y mañana, mañana me voy pa' el frente otra vez*. Domani torno al fronte un'altra volta. La licenza è finita, ma stanotte mi sono preso una melopea che, sì, insomma, la morte è bella, ma la vita ha del buono...».

«Enrique è un buon ragazzo», disse Carmen. «È della Colonna Castejon. É stato a Vargas, a Talavera, a Casar de Ascalona...».

Gian Gaspare Napolitano

«E a Casa de Campo», aggiunse Enrique.

«Lo vedete: è un buon ragazzo, che vi dicevo?».

«Sono stato anche a Pozuelo...», disse Enrique.

«*Y mañana me marchó. Viva la muerte!* Buona notte, signori, e grazie...».

«Enrique... non te ne andare, prendi una *copa*... Non te ne andare adesso che comincia il bello...».

«Ecco la *copa*», disse Domingo, implacabile, di dietro il bar.

«Alla salute di questi signori», disse Enrique, alzando il bicchiere.

«*Arriba España!*» fece l'Argentino.

«*Arriba España, Italia, Alemania, Portugal, y ma... a los otros!*» confermò Enrique.

«Sei una buona ragazza, Carmen», commentò l'Argentino, che l'alcool cominciava a intenerire.

«Sono una buona ragazza, sì e questa è la mia fregatura», spiegò Carmen alzando il bicchiere.

«*Pero... como me gusta mucho la bebida... me voy a poner en plan de juerga*».

«Bè, prima che tu ti metta su quella china», disse Enrique, «è meglio che me ne vada...».

«Non te ne andare, Enrique», disse Carmen, «Non è finita».

«Vuoi dormire con Enrique?» domandò l'Argentino. «Senza complimenti».

«Non so...».

«É meglio che me ne vada», disse Enrique. «Non è sera, questa...».

«Hai ragione, Enrique, dormi con la tua Fidanzata, stasera...».

«Sarà meglio», chiuse secco Enrique. Era superstizioso, e quell'allusione non gli piaceva. Se ne andò senza salutare.

«Povera me», esplose Carmen, «povera me. Ora sì che mi sono rovinata del tutto...».

«No», disse l'Argentino. «Tu sei una brava ragazza, Carmen, il mio amico ed io apprezziamo certe cose».

Ora arrivava l'Alferez. Arrivava tenendo a braccetto Carmen, la Signora.

«Ecco che viene l'altra Carmen», disse la Loca.

«A parte il fatto che mi tocca sopportare di avere il tuo stesso nome», rispose Carmen la Señora, parlando basso, rapido e rabbioso, «devo badare anche ai tuoi clienti. E questo qui», e scosse il braccio dell'Alferez, «l'avevi dimenticato?».

«Parola d'onore, sì...», rispose Carmen. «Sono ubriaca. Mi sono dimenticata dell'Alferez, del tavolo, di ogni cosa. Che vuoi, Chico?».

«Volevo ballare con te», barbugliò l'Alferez. Era bello come un toterero principiante: un bambino quasi, diciotto, diciannove anni: *alferez* di cavalleria.

«Andiamo, Chico», disse Carmen. E si mosse barcollando. Intanto cantava:

*Pues si me toma la calientura  
tengo cuarenta tengo cuarenta  
tengo cuarenta de temperatura...*

Quando fu sulla soglia della sala da ballo, si appoggiò un momento alla tenda di cotonina a fiori.

«Carmen», disse, «fai compagnia ai miei amici. Io torno subito».

«Uno di voi vuole ballare?» domandò Carmen la Signora.

«Non posso», disse l'Argentino.

«Neppure io».

«Capito... *señoritos* eh? Non vi degnate».

«Oh no, non è questo», disse l'amico dell'Argentino. «Piuttosto se mi muovo da questo banco dove sto appoggiato, casco per terra...».

«Va bene», fece la Señora.

«Anche il vostro amico è così?».

«Nelle stesse condizioni, forse peggio», confermò l'Argentino.

«Allora non ci rimane che bere», disse la Signora. «Domingo, *aniz del mono*, per me, e due arance spremute per i cavalieri...».

«Molto bene», disse Domingo.

La storia di Carmen la Señora i due la conoscevano. Era stata la moglie di un capitano d'artiglieria, o l'amica. Forse l'amica. Il capitano aveva preso parte al Movimento, a Barcellona, con il generale Godet. Era stato fucilato, sulla Collina. Carmen aveva raggiunto le linee nazionali, ora faceva la tanghista. Aveva una figlioletta da mantenere. Avrebbe potuto vivere anche in altro modo: chiedere aiuto a qualche Comité, glielo avrebbero dato, ma lei aveva preferito così. Non era solo per orgoglio, o perché era più facile lasciarsi andare che lottare. C'era un'altra cosa, pensava l'amico dell'Argentino. C'era, chissà. Una volontà di distruggersi e, insieme, quella di voler partecipare in qualche modo, fisicamente, a quell'enorme e sciagurata avventura, sino all'ultimo.

Gian Gaspare Napolitano

«Sì, facciamola finita», disse Carmen. Alzando il bicchiere nell'invito. Il giornalista trasalì, ma forse Carmen parlava soltanto del bicchiere d'anice. Gli occhi di questa Carmen erano enormi, neri, e come bagnati di fresco; la bocca grande, e i denti le luccicavano nel sorriso.

Ora sembrava ai due amici di ascoltare l'orchestra per la prima volta. Con il fumo, che passava da sopra il tramezzo, arrivavano il suono grossolano e affrettato di quell'orchestra, e la voce del Farina, il gitano. Era la voce di un bambino, di un bambino viziato precocemente invecchiato, e con una voce enorme, e tuttavia non virile. Tutta di un tono, di un volume eguale, pieno, senza incrinature, si allargava come una bolla di vetro, miracolosamente, elastica, come di vetro incandescente.

«*Ahi. Limón Limonero...*», diceva la voce del Farina.

«Il Limonero», mormorò Carmen, in preda a un'emozione sincera quanto facile. «É stata l'ultima canzone dell'estate scorsa. La cantavano i rossi, la cantavano i nazionali. La cantava tutta la Spagna. Era l'ultima canzone del tempo di pace». «Quando ci sarà la pace?», domandò Carmen.

I due si strinsero nelle spalle, era difficile rispondere.

«Presto», disse l'Argentino.

«Oh, non abbiate paura: non voglio fare una scena, io disprezzo le scene patetiche. Soltanto, ora che ci siamo, mi prestate qualche libro? Io leggo anche il francese», concluse ingenuamente la Signora. «Romanzi... ecco quello che mi ci vuole... romanzi... Voi dovete averne».

Ma ora entravano le guardie civili. Era il segnale della fine. La clientela abbandonava il cabaret frettolosamente. Falangisti di prima linea e di retroguardia, *regulares*, marocchini, sergenti di cavalleria in dolman azzurro, ufficiali di aviazione, legionari del Tercio, *requêtes* in boina rossa. Le tanghiste s'attardavano con i loro amanti ufficiali, sopravvenuti per la chiusura davanti al bar, si svincolarono dagli abbracci e sparirono dietro la paratia.

«*Muy buenas!*» disse il sergente della Guardia, toccandosi la lucerna d'incerata con due dita.

Era un uomo enorme, grasso, pacifico, vestito di diagonale verde, con un cinturone di cuoio naturale nuovo fiammante. Due spallacci glielo reggevano sul ventre: la pistola parabellum, la cartuccera pendevano di lì come campanacci.

«*Muy buenas, mi jefe!*» gli rispose Manolita scoprendo la dentatura forte, bianchissima, in un sorriso convenzionale.

«*Faltan cinco minutos!*» constatò il sergente.

«*Bueno. Quiere tomar un chato?*».

Senza attendere la risposta, Manolita spinse avanti, sul bancone, una bottiglia di rum e un bicchiere. Il sergente venne avanti gravemente, i suoi uomini sostarono in disparte con i fucili sopra le mantas, accanto al guardaroba preso d'assalto. Il sergente appoggiò un gomito pesante al bancone si versò di un colpo.

«*A la salud de usted!*» mormorò e ingoiò il liquido, si pulì i baffi con la manica della tunica. Ora asciugava il segno del sudore, tutt'intorno alla fodera della sua lucerna: era calvo.

«Com'è andata?» s'informò per debito di cortesia.

«*Così, abbastanza bene*», rispondeva Manolita. Intanto, standosene sempre dietro il *mostrador* andava chiudendo i conti. Era una donna di forse trentacinque anni, bruna, robusta, quasi maschile nel suo completo all'americana. Mentre parlava e scriveva, guardava davanti a sé, in un bicchiere, di tanto in tanto, una gardenia che le aveva regalato il cileno. La ragazze tornavano dalla sala alla spicciolata con le mani piene di *duros*, di biglietti nuovi e di gettoni. Pagavano l'importo delle consumazioni a Manolita, consegnavano i gettoni, ritiravano la percentuale del venticinque per cento, conservavano a parte le *propinas*, le mance. Tutte lasciavano qualcosa a Domingo. Carmen la Señora era andata via. I due amici stavano silenziosi in disparte osservando quelle scene.

Manolita commentava gli affari con le tanghiste a bassa voce. Pilar, Carmen, la Señora, Julia, la Chata, Julia la Delegada, Carmen la Loca, Encarnación detta Carne, Soledad la Rubia, erano state le più brave; anche quella sera: whisky, cognac, habanero, manzanillo, Jerez, Tio Pepe, Malaga, e una bottiglia di sciampagna Domeq consumata alla tavola di Paolino, il campione. Le altre *chicas* non volevano niente neppure in tempo di guerra, diceva Manolita, bisognava cambiarle.

L'orchestra, dopo un'ultima esplosione, taceva. Le guardie civili spingevano i soldati fuori, nella notte, nel buio; in mezzo ai ciottoli e al fango del *barrio*.

«Vai tu con la Carmen?» domandò l'Argentino.

«No.... vorrei lavorare stanotte. Mi farò una macchinetta di caffè forte».

Gian Gaspare Napolitano

«Allora...».

L'Argentino fece un gesto di rassegnazione. Carmen la pazza era buona soltanto a bere. Ora lui rimaneva con gli amici delle tanghiste, con Manolita. Fuori le automobili si avviavano, s'allontanavano titubanti nella notte. I soldati accendevano le lampadine elettriche, perché la città era al buio, per via degli aeroplani.

«*Media noche, madre de Dios!*» disse Manolita. Delicatamente, prese la gardenia dal bicchiere, se la mise all'occhiello della giacca. Poi si fece il segno della croce, rapidamente, perché non le piaceva essere notata.

“Il camerata. Racconto di G. G. Napolitano”  
(L/F, III, 6, 1943, 17-20)

Cingolini arrivò nella città un mattino di settembre del 1920, che pioveva fitto. La città era piccola, antica. Stava sola, con le due torri: dominando dall'alto una campagna grande e povera, coltivata a terrazza: grano, olivi e vigne. Il camerata Nicoletti aveva indicato l'albergo «Leon d'Oro» come il più adatto tranquillo e fuoriviva. All'albergo, piuttosto una locanda, Cingolini diede le sue generalità: ragionier Bruno Cingolini, qualificandosi per viaggiatore di commercio.

L'accompagnò alla sua stanza il facchino dell'albergo, un ragazzo ricciuto, solido e timido, di forse diciannove anni. Secondo le istruzioni del camerata Nicoletti doveva trattarsi, con ogni probabilità, del simpatizzante Osvaldo Bernardi.

Cingolini chiuse accuratamente la porta della stanza, fece segno al garzone di posare la valigia sul marmo del cassetto, poi di colpo gli domandò:

– Tu, come ti chiami?

– Osvaldo Bernardi, per servirvi, rispose quello arrossendo improvvisamente.

– Bene. – fece Cingolini. Nicoletti è in città?

– Se siete il fascista che viene da Milano, ho l'ordine di condurvi da lui, – disse il giovanotto, e la sua confusione aumentava.

– Meglio così. Andiamo subito.

– Ecco, subito non sarà possibile – trovò il coraggio di rispondere Bernardi. – Smonto dal servizio alle undici, e poi non è prudente, per voi, farvi vedere in mia compagnia. Siete un forestiero, e la gente vi ha già notato. Se intanto volete vedere qualche chiesa. Le chiese qui sono belle. Ce n'è una, un po' fuori mano, che tutti i forestieri vanno a vedere perché è molto vecchia. Si chiama San Vito. Io vi aspetterei lì, alle undici e dieci, davanti alla scalinata. Non dovrete far altro che seguirmi a una certa distanza. Ma prima potreste dare un'occhiata alla cattedrale: è proprio sulla piazza.

Bernardi aveva parlato lentamente, senza mai staccare gli occhi dalla alta figura di Cingolini. Era come affascinato dalla presenza di quello straniero. Guardava quelle spalle diritte, la giacca di buon taglio, di panno blu, a vita, i pantaloni di gabardina che lasciavano vedere distintamente i calzini di seta nera traversati longitudinalmente

da una sbarretta bianca, il panciotto di pelo di cammello, e i polsini della camicia a righe fermati al polso da tre bottoni di madreperla nera, e la cravatta di maglia di seta blu. Ecco come sono gli uomini di Milano, sembrava dire il suo sguardo. Veri uomini, grandi uomini, uomini forti e decisi a tutto. Cingolini si era reso conto di quell'attenzione quasi smaniosa: e istintivamente badava a non deludere le speranze di quel ragazzo. La sua voce si fece ancora più secca e metallica, mentre, mettendo alla luce una grossa pistola Glisenti sepolta fino a quel momento da uno strato di biancheria e di oggetti d'uso in fondo alla sua valigia, la faceva scivolare con negligenza nella tasca posteriore dei pantaloni.

– Sta bene – disse Cingolini. – San Vito, alle undici e dieci precise. – sottolineò. Puoi andare: intanto io mi farò la barba. – E, tirati fuori a questo punto due biglietti da cinque lire dalla tasca dei pantaloni, li andava porgendo con gesto autoritario a Bernardi. Alla vista di quel denaro le pupille del garzone del «Leon d'Oro» si dilatarono all'improvviso, mentre egli stesso faceva un passo indietro.

– Oh no, è impossibile, – mormorò mortificato, inghiottendo la saliva. – Non è possibile, – e distoglieva intanto lo sguardo con ribrezzo da quelle povere banconote. – Davvero mi dispiace tanto, – disse con un ultimo sforzo, – ma non posso prenderli. Quel poco che faccio lo fo per la Causa, – spiegò umilmente, quasi volesse chiedere scusa al forestiero vedendosi costretto a mostrare un poco della sua nativa fierezza.

Cingolini che era rimasto con il braccio in aria, deciso a persuadere il ragazzo con nuove insistenze, si accorse a questo punto di aver sbagliato strada.

– In questo caso, scusa – disse. Bravo! E qua la mano: – concluse. – Siamo camerati! – E, intascati rapidamente i denari, si impadronì con qualche difficoltà della destra del facchino e la scosse energicamente. Intanto, con la sinistra, gli andava battendo dei colpettini affettuosi sulla spalla. E fu soltanto a questo punto che si accorse di aver reso un uomo felice.

– Strana gente, – mormorò Cingolini, quando fu rimasto solo nella stanza. – Strana gente, strano paese e il camerata Nicoletti che non si vede, – concluse aggrottando la fronte. Si era tolta la giacca, il gilè, la camicia, era rimasto in maglia di lana carnicina, scollata e sbracciata e s'insaponava energicamente la faccia. Lo specchio, sul cassetto,



con una grande cornice dorata barocca, gli mostrava il volto allungato e indispettito di un giovanotto sulla trentina, sporco di fuliggine, i capelli lunghi e spettinati, e gli occhi arrossati per la notte passata in treno.

Alle undici e dieci, sotto la pioggia. Cingolini arrivava tutto stretto nel suo impermeabile luccicante, davanti alla chiesa di San Vito, un discreto esemplare di architettura romanica, miracolosamente conservato, che Cingolini non degnò di un'occhiata. Bernardi, a questo punto, si staccò di sotto il portale e venne sotto la pioggia con il suo grembiule di rigatino, senza cappello, e guadagnata la strada si mise a camminare rapidamente, senza voltarsi indietro neppure una volta. Cingolini stentava a tenergli dietro: il selciato delle strade era tutto sconnesso, e a ogni passo l'acqua delle pozzanghere impillaccherava i superbi pantaloni di Cingolini.

Cingolini aveva trascorso la mattinata passando frettolosamente in rivista le chiese della città. Non aveva trascurato di far visita a quello che gli era sembrato il più importante negozio di camiceria e novità per uomo e signora della città, e vi aveva lasciato in esame un ricchissimo campionario di cravatte, una più bella dell'altra, che si era procurato a Milano. Il proprietario del negozio era rimasto un po' sopra pensiero, davanti alle lusinghiere offerte di Cingolini, che, milanese e cresciuto sin dall'infanzia in un'atmosfera di affari, appuntamenti in Galleria, telefonate, non aveva faticato molto a improvvisare, davanti al diffidente commerciante di provincia, la sua parte di brillante commesso viaggiatore.

– Sono molto belle – aveva concluso il provinciale – Sì, sono delle belle cravatte, un po' troppo vistose per la gente di qui. Con l'aria che tira, nessuno vuol dare nell'occhio. Se potete lasciarmi il campionario, vorrei parlarne con mia moglie, – aveva concluso il vecchio negoziante.

Cingolini, pienamente soddisfatto, gli aveva lasciato sul banco ogni cosa; busta di cuoio, cravatte e listini.

– Passerò a riprenderle nel pomeriggio, – affermò; e come se la terra gli scottasse sotto i piedi, aveva dato un'occhiata al suo orologio – erano le undici e cinque – e salutando con grande e improvvisa espansione, era scomparso dal vecchio e polveroso negozio.

E ora, mentre s'affrettava dietro a Bernardi, sotto la pioggia, e avvertiva fatalmente l'imminenza di un grosso irresistibile e noioso

raffreddore, camminando sotto le grondaie rumorose di quegli alti e screpolati palazzi di pietra annerita, sbucando di vicolo in vicolo, ora sostando per lasciare passare una robusta automobile Fiat 501 che ostruiva la strada in tutta la sua larghezza, ora rimontando a fatica un carro trainato da una coppia di buoi dalle alte corna, e le natiche verdi di letame, ora scontrandosi con una donnetta che traversava la strada, a passettini rapidi, coprendo amorosamente con un suo scialletto uno scaldino di terracotta, e passava da parte a parte il forestiero con una lunga ansiosa occhiata indagatrice, e intanto Bernardi non si vedeva più, ma, eccolo riappariva, mentre dunque s'incamminava, senza aver tempo di riordinare i suoi pensieri, verso l'appuntamento segreto con il camerata Nicoletti. Cingolini non poteva vietarsi di buttare di tanto in tanto un'occhiata ai manifesti di ogni dimensione e colore, che, da ogni muro, quasi gli ricordavano con il simboli e i distintivi odiati, e le frasi volgari e roventi, la signoria degli avversari, socialisti e comunisti, nella città e nella regione.

– Uhm – mormorava Cingolini sotto la pioggia – sarà, ma le cose non sono tanto facili come sembrano al Comitato.

Finalmente Bernardi si era fermato, tutto gocciolante di pioggia in fondo a un vicolo più stretto e più scuro degli altri, davanti a un portone di quello che sembrava un vecchio palazzo signorile andato in malora. Anche Cingolini si fermò, titubante, a capo di quella stradetta, ma poi, Bernardi facendogli con la mano segno di avanzare liberamente, rinfrancatosi e deciso a tutto, si fece anche lui sotto al portone.

– È qui – disse Bernardi, respirando faticosamente. – Siamo arrivati. Salite tutte le scale, sino in soffitta: non potete sbagliare; c'è una porta sola nel ballatoio. Lì è l'ufficiale Nicoletti. Arrivederci, signor camerata, – terminò – e scappò via.

A questo punto Cingolini si trovò solo: cominciava la parte più delicata della sua missione. Istintivamente si toccò la pistola sotto i vestiti, e si abbassò la falda del cappello, l'acqua piovana sbrodolò giù abbondante, e varcò la soglia.

Il buio pesto dell'androne di un'antica porta cocchiera lo sommerse, nello stesso tempo che un odore di stallatico, fatto più forte e più aspro dalla pioggia, lo accoglieva.

A sinistra dell'androne cominciavano le scale: l'odore di stallatico veniva da un grande deserto cortile, pieno di lapidi accatastate, statue mozze, mucchi di mattoni, di rena, di calce: tendendo l'orecchio

perveniva, da sotto il porticato, che correva tutt'intorno alla corte, lo zampare sordo di alcuni cavalli in cattività. Tre ordini di logge sorreggeva il porticato, ma quanta rovina, balaustre rotte, marmi spaccati, e anche i fornicelli delle arcate parte sorretti da travature, parte frananti. E un silenzio improvviso, una solitudine, una taciturnità delle cose, su cui solo il fruscio dell'acqua, e quelle zampate di cavalli invisibili passavano senza intaccare niente. E in mezzo all'angoscia improvvisa che si faceva strada nel suo animo, a Cingolini parve distintamente di distinguere come un'eco lontana, un rumore come di conchiglia appoggiata all'orecchio: e sì, era il rumore della sua cara e lontana Milano, il cordiale strombettio delle automobili sotto la pioggia, l'eco delle grida dei giornalisti sotto i portici della Galleria, e le peste della folla animosa e lo stridere dei tram. Ma fu solo un attimo, una cara, lontana illusione che il giovane si affrettò a cacciare virilmente dalla sua fantasia.

– In che mondo son piovuto? – si domandò Cingolini, come a concludere un qualche ragionamento iniziato dentro di sé, e affrontò la prima branca di scale.

Arrivò davanti alla porta della soffitta indisturbato.

EDUARDO NICOLETTI  
Pubblicista

Lesse sulla porta di legno grezzo della soffitta, scritto accuratamente a penna su di un cartoncino «bristol», e bussò.

– Avanti! rispose immediatamente una voce. La porta si aprì prima che Cingolini avesse potuto mettere la mano sulla maniglia.

– Il camerata Cingolini? – domandò la stessa voce. Ma il camerata Cingolini aveva perduto la sua. Davanti a lui stava un ragazzo: un vero e proprio ragazzo, quasi un bambino, poteva avere quattordici forse quindici anni, ma dimostrava quattordici anni in ogni modo.

– Vi aspetto da quando ho ricevuto la lettera del Comitato, – aggiunse il ragazzo, volubilmente. – Ma, accomodatevi, sarete stanco, siete tutto bagnato, e soprattutto non è prudente rimanere sulla porta, – ribadì il ragazzo. – E io, naturalmente, sono il camerata Nicoletti, – spiegò tendendo mano. – Piacere di conoscervi.

A questo punto lo stupore di Cingolini cessò, ma soltanto per lasciare il posto a una grande e quasi rabbiosa delusione. Aveva viaggiato due giorni e due notti per trovarsi faccia a faccia con un bambino. L'intero affare aveva tutta l'apparenza di una burla atroce.

Gian Gaspare Napolitano

– Siete... – cominciò Cingolini, sei il camerata Nicoletti?

– In persona.

– Ma non c'è un altro camerata? Non hai un fratello maggiore?

– No, – disse il ragazzo, sempre sorridendo. – Sono solo.

– Forse tuo padre non è potuto venire? – insisté Cingolini, come attaccandosi a un'ultima speranza.

– Non ho padre. Sono orfano, mio padre, morto in guerra, rispose il ragazzo speditamente, ma con l'aria di chi è abituato da tempo sentirsi rivolgere quelle domande.

– Allora ci deve essere un errore, – concluse Cingolini, scuotendo la testa e sbirciando suo malgrado la stanza alle spalle del suo interlocutore. – Sono tanto contento di averti conosciuto ma non posso trattenermi: riparto subito per ... – E qui Cingolini si fermò in tempo.

– Se sei venuto per rilevare la nota partita – disse a questo punto il ragazzo, calcando su ogni sillaba della frase con intenzione – non puoi andartene così. E grazie di avermi dato del tu subito – aggiunse. – non ti nascondo che, appena t'ho visto, m'hai messo in soggezione. Ma, fra noi camerati, ci si intende sempre, no? Ma siediti, intanto ti darò l'incartamento Bellezza, quello posso consegnartelo subito. In quanto alle ... –

– Per l'amor di Dio, sta zitto e ... – esplose a questo punto Cingolini, avventandosi sulla porta della soffitta e chiudendola a chiave dietro di sé.

– Non sono mica venuto qui per giuocare a briganti e carabinieri o alla mano nera, – continuava ora Cingolini con un'asprezza che non gli riusciva più di contenere. – E chi mi ha mandato sin qui, giuro a Dio, me la pagherà. Rischiare la pelle e la galera, sono sempre pronto, ma coprirmi di ridicolo e far morire dalle risate i tribunali, no ... Ce la vedremo, oh, sì che ce la vedremo, cari camerati. – Ma a questo punto Cingolini notò un improvviso cambiamento nel ragazzo: si era fatto pallido, silenzioso, e lo guardava con occhi di fuoco. Era come trasfigurato, un tremito leggero gli muoveva la mascella serrata.

– Tu scusami, – gli disse Cingolini, commosso, – naturalmente non c'entri ...

– Camerata tenente Cingolini, – gli rispose invece il ragazzo con una voce fatta improvvisamente secca e stridula. – Camerata tenente Cingolini – ripeté, – ho quindici anni, e non me ne vergogno. Da due anni sono corrispondente del giornale, e dal giorno del deprecato arresto del camerata ardito e legionario fiumano Bellezza, e cioè da un

anno, sono anche l'unico fascista della città. Da allora tengo a disposizione del Comitato tutto l'incartamento Bellezza, e, in consegna e a disposizione del Comitato, 52 bombe Sipe, a mio rischio e pericolo. Ora se sei venuto a prendere le bombe, non puoi andartene senza le bombe, e senza prima avermi rilasciato regolare ricevuta.

Il ragazzo aveva gridato le sue frasi: sempre più forte, come a impedire che Cingolini potesse trovare il tempo e il modo di dargli nuovamente sulla voce. Magro, minuto, con un maglione di lana nera infilato nei pantaloncini corti, le scarpe da giocatore di calcio, le calze tenute su da due pezzi di tubolari di bicicletta, non c'era possibilità di sbaglio, non si trattava di un nano, ma di un vero e proprio ragazzo, normale in tutto, salvo nella straordinaria esaltazione che lo possedeva. Al fuoco di quella passione anche il linguaggio gli si faceva stranamente maturo, logico, conseguente. Cingolini non ne sentì che aumentato il suo disagio. Ma più che il particolare delle bombe, al quale aveva riconosciuto ormai l'indiscutibile identità del camerata Nicoletti, l'accento al giornale l'aveva colpito come qualcosa di veramente fuori dell'ordinario.

– Un momento, – disse Cingolini – hai parlato del giornale. Dunque il famoso E. N. saresti tu? Sei tu l'*inafferrabile criminale* dell'«Avanti»? Sei tu che mandi le corrispondenze al nostro giornale?

A ogni interrogativo il ragazzo, sempre più serio e irrigidito, appoggiandosi ora con la schiena a un tavolino carico di libri, giornali e riviste, in mezzo a cui troneggiava una macchina per scrivere d'un vecchissimo modello, il ragazzo faceva segno di sì con la testa: sì, lui era E. N., lui era il corrispondente segreto del giornale, ricercato dai rossi di tutta la provincia.

A questo punto l'umore di Cingolini cambiò di nuovo e altrettanto improvvisamente.

– Ah! Ah! rideva nervosamente, sforzandosi a una ilarità sgangherata – Ah! Ah! questa sì che è bella. Questa sì che è buona! La migliore beffa che un fascista abbia mai fatto ai pussisti! Voglio raccontarla a tutta Milano, tutti devono saperlo! Qua la mano.

– Mi diventerò specialmente io, quando si verrà a sapere anche qui, – lo interruppe freddamente Nicoletti. – Se vuoi che mi facciano la pelle non hai che da raccontarla ...

– Ma cosa vuoi che ti facciano? Rideranno anche qui, ecco tutto. – disse Cingolini, nella cui mente invece si fece strada subito il sospetto che, insomma, anche questo ragazzo rischiava qualche cosa, anche lui giocava una partita pericolosa.

– Non si sa mai, – disse il ragazzo con una voce fatta, improvvisamente cupa. Metti che mi scoprano. Posso rischiare di essere bastonato, e di rimanere sotto il bastone, perché..., perché non sono un ercole, ecco, posso rischiare la casa di correzione, l'istituto di pena per minorenni... insomma qualcosa rischio, lo so solo io ... Ma non parlo per vantarmi.

Ma ormai l'allegria di Cingolini se n'era andata, non gli restava, dentro l'animo, che un enorme imbarazzo, come il sospetto di aver preso parte a una qualche ingiustizia ai danni del piccolo Nicoletti, un disagio sottile la cui vera natura si vergognava persino di indagare.

– Hai ragione, e ti chiedo scusa, – disse a questo punto. – Ti prometto che nessuno saprà chi si nasconde sotto quella sigla: E. N.

– Io non mi nascondo, sono le mie iniziali. E non è colpa mia se nessuno ci ha pensato. Anche quando il corrispondente titolare era l'ardito Bellezza gli articoli glieli facevo io, perché lui, insomma, scrivere non era il suo forte.

– Lasciamo correre. – tagliò corto Cingolini. – Lo sai che ero, anzi sono venuto per portarti con il saluto anche il plauso del Comitato e per prendere contatto con te, camerata Nicoletti? Dunque, come vanno le cose? Ma certo è molto strano, – concludeva, come ritornando alla sua prima idea.

– Certo che è molto strano, – gli rispondeva il ragazzo, come ri-guadagnato da quella febbrile animazione. – Notte e giorno ci penso, sono il primo a dire che è molto strano. Tanto strano che non sono mai venuto a Milano, a riferire. Come tante volte ho promesso, primo perché mi mancano i soldi del viaggio – ammise frettolosamente, – ma in secondo luogo perché sapevo che non mi avrebbero preso sul serio.

– E invece, – riprendeva il ragazzo – eccomi qui, solo... senza fondi, con poche lire giusto per i francobolli della corrispondenza al giornale, e il camerata Bellezza, l'unico che avrebbe potuto fondare il Fascio qui, ancora detenuto per l'ideale, e il processo che non si fa, e non hanno trovato niente, perché le bombe ce l'ho io.

– Dunque – riprese Cingolini, convinto suo malgrado da quel tono, da quelle parole illuminate. – Dunque che cos'è che non marcia qui? – E concludendo la frase si accorse che parlava a quel ragazzo seriamente, come a un vero uomo, e di nuovo quel disagio lo assaliva.

– Non c'è niente che marcia qui, – disse il ragazzo riscaldandosi. – Niente. E basterebbe niente per far marciare tutto. Un uomo, un vero uomo basterebbe. Invece eccomi qui, un ragazzo, con i calzoncini corti – aggiunse amaramente guardando con un improvviso pudore le sue ginocchia nude. – Bellezza stava per fondare il Fascio, lui, ci vogliono dieci membri, e s'erano trovati. Ma, arrestato lui, si sono fatti indietro, non c'è un capo, – disse febbrilmente. – Voi credete che questa sia una città rossa? E' una città di gente che vuol vivere tranquilla, e che s'è iscritta in massa al Puso al Pipè, signori, avvocati e tutto, per continuare a vivere tranquilla. Basterebbe un uomo. Vedi – continuò rivolto a Cingolini, – c'era tutto per il Fascio. Io ho ancora i timbri, le tessere, – e così dicendo andava dietro il tavolo e apriva il tiretto e rovesciava ogni cosa sul tavolino. Ecco, tutto l'incartamento Bellezza. Sai che ti dico camerata Cingolini? Basterebbe un camion di fascisti che arrivasse qui una bella mattina, andasse in municipio, bruciasse quattro bandiere... due ritratti di Marx e di Lenin, si facesse consegnare le chiavi dal Sindaco, e buona notte... Un camion di fascisti. Lo sogno notte e giorno, un camion di fascisti, col fez, la camicia nera, le teste di morto sui gagliardetti. Perché non vieni tu, con un camion di fascisti? – concluse a bruciapelo il ragazzo...

– Eh, – disse Cingolini, tentato, – l'idea è bella. E chissà che uno di questi giorni se non proprio io ... un camion di fascisti non arrivi in piazza. Lo dirò a Milano.

– Sarebbe troppo bello, – disse il ragazzo, a mani giunte. Intanto Cingolini guardava l'orologio – E le bombe, le hai qui?

– Oh no! fossi matto, – disse il ragazzo. – Qui non viene nessuno, ma le bombe sono bombe. E così le ho sepolte.

–Sepolte?

– Sì. Anzi, è ora che tu te ne vada. Vedi, le bombe le ho sepolte sotto un albero, al chilometro sette della strada provinciale. Adesso tu vai in albergo, paghi il conto, ritiri la valigia, fai chiamare un tassì, poi, una volta alla stazione, continui a camminare sulla strada provinciale: al chilometro sette ti fermi. Lì ci sarò io. Di', ci sarà posto abbastanza nella valigia?

A quella decisione, a quel tono, Cingolini non discutè più, né pensava più a meravigliarsene. Osservava quello stanzone dalle volte basse, le pareti passate alla calce, dalle finestre a mansarda rasenti il pavimento si scorgevano i monti intorno alla città e le campagne.

Gian Gaspare Napolitano

Non c'era nient'altro che quel tavolo e uno scaffale. – Diavolo d'un ragazzo, ... diceva tra sé. – Diavolo d'un ragazzo. – E poi, come colto da un'idea:

– Ma tu abiti qui? – Sì, questa è la mia casa. Sto con la mamma al primo piano. Il resto della casa non trova ad affittare perché se ne cade a pezzi! E in soffitta c'è il Fascio. Mia madre crede che io venga qui a leggere a fare i compiti.

– E invece tu...

– Già, ma fo anche i compiti, – disse Nicoletti, tornando ragazzo all'improvviso. – A ottobre vo in prima liceo.

– Accidenti, – fece Cingolini, che non tratteneva più l'ammirazione. – E qui che hai? – aggiunse avvicinandosi allo scaffale dove libri, fascicoli, scatole di cartone si ammonticchiavano alla rinfusa.

– Un po' di roba mia, .... – rispose Nicoletti avvampando. Quella curiosità improvvisa e superficiale gli procurava un vero e proprio fastidio fisico, si sentiva come frugato addosso da quelle mani che, liberamente, sfilavano dallo scaffale ora un volume, ora un altro, mentre Cingolini leggeva frettolosamente di sbieco un titolo sbiadito, o, aprendo senza cerimonie quelle scatole di cartone, vi buttava un'occhiata indiscreta.

In realtà Cingolini era ora preso dallo scrupolo di far cosa gradita al ragazzo, di mostrargli, con il suo interesse, anche la sua considerazione.

Ma il ragazzo sosteneva quell'esame col fiato sospeso. In quelle scatole, che avevano contenuto in origine scarpe o dolci, c'erano le sue collezioni di ritagli di giornali, francobolli rari, manifestini elettorali, programmi di cinematografo, fotografie di personalità, attori e uomini celebri, cartoline ricordo della grande guerra, o dei Prestiti nazionali, quaderni di versi, figurine dell'estratto di carne Liebig, distintivi, bottoni, stelletta da soldato, bossoli di cartucce esplose, pugni di ferro proibiti: i documenti insomma, della sua vita segreta, le testimonianze delle sue manie, dei giuochi della sua infanzia e la denuncia delle sue più recenti ambizioni.

– Purché non si accorga dei libri di Giulio Verne, – pregava il ragazzo dentro di sé. – Purché non vada a dire a Milano che sono un bambino, e così mi ritirano la tessera del giornale. E, con l'aria di niente, fattosi accosto a Cingolini, figurando di rassettar quei volumi che il giovane, preso ora da una vera e propria curiosità, manomet-



teva liberamente, ora precedendolo con uno scatto improvviso, ora additandogli la copertina di un libro che, secondo lui, sarebbe valso a farlo salire nella stima del visitatore, ne faceva sparire ora l'uno ora l'altro, quale cambiando posto, quale occultando in mezzo a pile di giornali, o lanciando repentinamente dietro la fila dei volumi.

– Ah! – diceva Cingolini, – la «Lotta politica in Italia», complimenti, giovanotto! Ecco un libro che penso di leggere da tanto tempo anch'io: D'Annunzio, Maupassant, Zola, Papini. «Il Trentino visto da un socialista», molto bene. Ma ora è tempo che me ne vada.

– Mi raccomando, al chilometro sette, – concluse Nicoletti – mettiamo, fra due ore. All'albergo dirai che prendi il treno di Roma.

Al chilometro sette, in capo a due ore, Cingolini trovò il ragazzo accovacciato nella cunetta della strada, accanto alla pietra miliare. Teneva sulla testa una mantellina grigio verde da soldato; accoccolato, lo ricopriva interamente.

– Hai commesso un errore! – disse il ragazzo, subito, severamente, – un gravissimo errore: speriamo che non porti conseguenze.

E come Cingolini l'interrogava con lo sguardo, e lo guardava fissamente, ora che si era alzato in piedi, e sotto la mantellina s'intravedeva una piccola vanga, anche questa da soldato, Nicoletti continuò.

– Hai dimenticato di riprendere il campionario delle cravatte. Certovone, il negoziante, ti ha denunciato appena ti ha visto passare in automobile che andavi alla stazione. Hai la polizia alle calcagna. Anche alla Camera del Lavoro, e in municipio, sono allarmati. A quest'ora sono tutti alla stazione.

– E perché? – ripeté Cingolini. – Ho regalato a quel vecchiccio cinquanta cravatte, non riesco a capire, non gliele ho mica rubate. Gliele ho regalate, se mai.

– È che qui non si vuole niente gratis, – spiegò il ragazzo. – È tutto il giorno che la città s'interessa di te. Miracolo che non ti hanno visto entrare in casa mia.

– Beh, e ora che cosa si fa? – disse Cingolini. E stava, grande e alto, in atteggiamento di sfida con la sua valigia in mano, in mezzo alla strada.

– Per prima cosa prendiamo le bombe, – disse il ragazzo. – Poi ti accompagnerò a prendere il treno una stazione più in là, a Vigna.

– Che sarebbe? – domandò Cingolini.

Gian Gaspare Napolitano

– A quindici chilometri di qui. Taglieremo per i campi. Non ci vedrà nessuno. A Vigna ci ho uno zio.

– Va bene, – disse Cingolini, dopo aver pesato dentro di sé tutte le possibilità di quell'avventura. – Ma facciamo una cosa svelta! Dove son queste maledette bombe?

Dieci minuti dopo la cassetta delle bombe era venuta alla luce. Avevano scavato a turno, pioveva sempre, la terra era grassa e bagnata: tutti e due erano stanchi e sporchi di mota. Nicoletti aveva sepolto le bombe dietro un muretto a secco, in prossimità della strada. Finalmente ecco la cassetta schiodata, facendo leva, con la vanghetta, cautamente, ecco la paglia, e le bombe allineate, una dopo l'altra, nella valigia di Cingolini,

– Ora andiamo! Indicò il ragazzo.

E senza dire una parola, i due attaccarono a camminare in diagonale su un campo. Cingolini faceva fatica a tener dietro al ragazzo; la valigia era gonfia e pesante, a ogni passo nuova terra bagnata gli si attaccava alle soles e il polso gli doleva.

– Sei molto stanco? – domandò Nicoletti, affettuosamente, dopo che ebbero camminato un bel po'.

– Oh, no! Ma certo che queste bombe devono valere molto, se è vero che valgono tant'oro quanto pesano, – cercò di scherzare Cingolini.

Il ragazzo lo avvolse di uno sguardo carezzevole e fedele. Uno sguardo infantile, che rivelava una affezione profonda quanto improvvisa.

– Le bombe! – disse il ragazzo. E assaporava la parola paurosa. – Mi ricordo di quando le andai a seppellire con Bernardi, quello è fido, ma che batticuore. Le abbiamo nascoste come... Hai letto l'«Isola del Tesoro»? È un anno che ho paura che qualcuno, per una ragione qualsiasi, le possa trovare. Mi svegliavo la notte, all'improvviso, «Le bombe», dicevo. E adesso è finita. Anche questa è finita.

– Aspetta a dirlo, – disse Cingolini, con vivacità, intanto con la sinistra faceva le corna.

– Già, – disse il ragazzo. – Dire che sei venuto sino qui per prenderle, Bellezza le ha portate da Fiume. Le teneva preziose! Serviranno ora?

– Serviranno? Altro che serviranno! Lassù c'è bisogno di armi come del pane. La lotta è dura.

– Mi piacerebbe, – diceva ora il ragazzo, mentre camminava incespicando nelle zolle. Sotto la pioggia, colla sua piccola vanga sulla spalla, sopra la mantellina rovesciata, – mi piacerebbe venire a Milano, a stare un poco con voi arditi, e vedervi lavorare. Come deve essere bello!

– Che cosa? – domandò Cingolini quasi commosso. E si era fermato in un gran campo, e il tramonto li investiva come una gran nuvola e loro non lo sapevano. Cingolini si massaggiava il polso indolenzito, la mano arrossata, e domandava: – Che cosa?

– Le spedizioni – disse il ragazzo guardando fisso davanti a sé. – Le spedizioni punitive! E gli assalti! E le lotte. Come mi piacerebbe essere con voi.

– Ma tu non puoi lasciare qui, – disse Cingolini preoccupato ... – Chi manderebbe le corrispondenze al giornale, se tu venissi a Milano? Chi aspetterebbe gli squadristi, quando arriveranno qui?

– Tu credi che verranno davvero? – domandò il ragazzo, e chiedeva umilmente di essere assicurato. – Tu lo credi? Io li aspetto tutti i giorni! Da due anni!

– Certo che verranno, – lo confortò Cingolini, riprendendo a camminare.

– Anch'io lo credo. Ma certi giorni, quando i rossi si radunano in tanti, e gridano, e fanno i discorsi allora ... – disse il ragazzo. – Allora io penso che, forse ...

– Sciocchezze! – disse Cingolini – Verranno certamente, metteranno a posto le cose. Ma questa stazione è ancora molto lontana?

– Vigna, dici? Continuando così, – calcolò il ragazzo – vi arriveremo prima di sera. Potrai prendere il treno delle otto per Ancona. Una volta, a Vigna, i sovversivi fecero un gran comizio con tante bandiere rosse, e mi sfidarono ad andarci. Sfidarono E. N. ad andarci capisci? Erano arrabbiati che io riuscissi ad essere presente a tutte le loro riunioni, e poi li prendessi in giro sul giornale.

– E tu ci sei potuto andare?

– Certo. Ci sono andato due giorni prima. A Vigna c'è un mio zio che ha una villa. E così mi trovai lì per il comizio.

– È pericoloso, – disse Cingolini scuotendo la testa! – Bisogna che tu sia prudente, d'ora in avanti, devi promettermelo. È pericoloso.

– E quello che fate voi, non è pericoloso?

Gian Gaspare Napolitano

– Ma è un'altra cosa, noi siamo ... – E a questo punto Cingolini si morse la lingua: «noi siamo degl'uomini» stava per dire.

Stette un poco silenzioso a camminare riflettendo – noi siamo in tanti, – aggiunse – possiamo difenderci.

Arrivarono alla stazione di Vigna quasi insieme col treno. Era un convoglio modesto e disabilitato, ma non fermava che pochi minuti. Mentre Cingolini apriva uno sportello dell'unico vagone di seconda classe, il ragazzo gli gridò: – Aspetta un momento – e corse sino al carro postale. Si guardò intorno, poi rassicurato, con una mossa improvvisa impostò una lettera nella buca.

– E' l'articolo di oggi, – spiegò a Cingolini di ritorno. – Vado sempre ora in una stazione ora in un'altra dei dintorni a impostarli, – aggiunse.

– Addio, camerata Nicoletti! – disse Cingolini serio, e aveva voglia di chinarsi a baciare quel ragazzo sulle gote. Ma si mise sull'attenti e salutò col braccio.

– Addio, camerata Cingolini! – rispose quello, rigido e impettito. E già il treno guadagnava la notte, e la campagna molle sotto la pioggia.

Affacciato al finestrino Cingolini vide il camerata Nicoletti con la testa ricciuta che sbucava dalla mantellina, fermo immobile sulla banchina, il piccolo volto pallido, liscio, luminoso come di madreperla.

A un certo punto non lo vide più. Ritirò il busto nello scompartimento lentamente, diede una occhiata alla valigia sulla reticella, si sentiva gli occhi gonfi, il naso enfiato.

– Accidenti il raffreddore – disse.

ARRIGO BENEDETTI



“Il custode della città. Racconto di Arrigo Benedetti”  
(L/F, I, 11, 1941, 46-47)

Ogni notte udivamo i suoi passi sulle pietre. Sapevamo che la sera, forse nello stesso momento in cui ci coricavamo, egli scendeva le scale della sua casa; e sempre ce lo immaginavamo percorrere le buie strade della città. «Di notte», dicevano le donne, «quando gli uomini sono fuori, il passo d’Agostino D. ci rassicura». E anche noi bambini ci addormentavamo tranquilli per quel passo che ci illudevamo udire sotto le nostre finestre quasi che trascurasse le altre parti della città per fermarsi in quella prossima a casa nostra. Calato il sole dietro gli alberi delle Mura, Agostino D. si destava. Dal letto dava ordini per la sua toeletta giornaliera e per la prima colazione. Il fischietto d’argento con cui chiamava i familiari ce lo rassomigliava a un marinaio forse perché allora avevamo visto a V. una manovra marinaresca guidata a fischi acuti ed esatti.

Agostino D. scendeva dal letto pigramente, si lavava con acqua tiepida in una catinella di porcellana filettata d’oro, si sedeva su una poltrona accanto alla finestra dove apparivano alcuni bagliori lontani sulla campagna al di là delle Mura, e gridava: «Puccianti». Nome del suo barbiere; perché Agostino ogni sera alzandosi voleva fatta la barba, odiando ogni sciatteria nella sua persona. Al barbiere poi rivolgeva varie domande: «Chi è morto? Cosa è accaduto in città?». E infine notizie sulla politica, d’allora; ma sempre taceva agli annunci ricevuti quasi a mortificare il suo informatore, o a fargli capire che le notizie avute, lui se le capiva a modo suo e che non gli piaceva discuterle pubblicamente. Il barbiere Puccianti rispondeva come un militare avrebbe fatto a un superiore. Dicono che mai ardisse parlare non interrogato. Dopo, Agostino usciva dalla sua camera e andava a sedersi davanti alla tavola apparecchiata in un piccolo salotto. In quel mentre, sugli angoli delle strade s’accendevano le luci elettriche e in qualche piccola piazza le ultime lampade a gas. Agostino col fischio chiamava la moglie che arrivava dicendogli: «Ti ho preparato questo e questo. Credo di averti accontentato». Oppure un servitore che gli diceva: «Le cavalle stanno benissimo».

Sposata una vedova, ricca per essere stata lungamente cameriera d’un vecchio ricco medico, Agostino viveva ormai signorilmente

come se ciò gli accadesse fin dalla nascita e il suo attaccamento alle abitudini costose o strane fosse dovuto addirittura a una tradizione familiare. Invece a trent'anni, età del suo fortunato matrimonio, Agostino aveva lasciato un ufficio postale d'una piccola e triste città vicina alla nostra, e soltanto la devozione dell'ex cameriera, divenuta sua moglie, che noi conoscevamo ormai col nome di signora Barbara, l'aveva cambiato. Dopo qualche tempo in lui non appariva più nulla dell'impiegato postale; anzi chi, conoscendolo già signore, apprendeva tale particolare, se ne stupiva. Noi ci sorprendevo specialmente che sotto le gonne di seta nera della signora Barbara fosse una donna di servizio. La signora Barbara all'accendersi delle luci stradali destava il marito, con una tazza di caffè e amabilmente gli faceva iniziare la nottata. Ci raccontavano d'una colazione serale d'abitudine per Agostino, e sempre squisita con dolci portati dal miglior pasticciere della città, e tutto servito con stoviglie d'argento. La moglie assisteva lieta al primo pasto del marito appena sceso dal letto. Ella però usava mangiare in ore più convenzionali e certamente con cibi più ordinari. Mentre Agostino mangiava insalata russa, pasticci e timballi, ella assisteva pronta a correggere i difetti della cameriera incaricata del minuto servizio. Dei pasti d'Agostino, gli abitanti negli appartamenti vicini alla casa di lui parlavano spesso con compiacimento. S'immaginavano di sentire arrivare ogni sera alle loro finestre odori d'una cucina raffinata. «La notte», diceva nostra madre durante le assenze di nostro padre, «quel passo mi rassicura». Perché Agostino, sceso all'aperto arrivando stentatamente a vedere i negozi chiudere gli sporti e abbassare le saracinesche, cominciava subito a percorrere le strade della città. Andava fino alle Mura che corrono intorno alla città, saliva, si dava a percorrere i bastioni dove fra erbe e piante si scorgevano poche ombre. Gridava agli innamorati: «Basta». Percorreva poi i baluardi cittadini anche in quel punto che costeggiano quartieri pericolosi, luoghi che allora nessuno avrebbe osato avvicinare di notte. Ma egli andava avanti sicuro col passo di persona che ha sembianza non di passeggiare ma di ispezionare posizioni. E un che di militaresco era in quell'uomo. Se ce lo avessero detto ex ufficiale ogni suo atteggiamento avrebbe avvalorato la notizia. Anzi nostra madre ci raccontava di quando Agostino D. fisicamente più vigoroso, aveva raccolto alcuni bambini come in squadre educative portandoli a passeggiare per le campagne. Si trattò d'un suo esperimento sportivo



malamente finito, ed anzi restato come in ombra. Le donne dicevano: «Certamente lo faceva a fin di bene: per togliere quei ragazzi dalla strada». E non di più.

Ciò era accaduto quando, lasciato alle spalle l'ufficio postale, Agostino s'era trovato incerto sulla strada da prendere, commosso al solo supporre le grandi cose che pareva serbargli l'avvenire. Si sentiva libero e signore. (Forse per ciò credo sia arrivato a fare di notte giorno). Variamente allettato, in quei momenti di commossa incertezza, comprò il cappello duro color tortora che ormai noi trovavamo naturale sulla sua testa prima coperta da lobbie di cattivo feltro. E certamente se scelse abiti di foggia un po' vecchia, a doppio petto e molto accollati, accadde perché aveva ammirato quell'abbigliamento addosso a qualche signore durante la sua giovinezza. Dopo, lasciate da parte le altre fantasie, per una fantasia maggiore, s'era trovato a vivere di notte. Capriccio certamente, nel quale però la gente, che ormai vedeva in Agostino soltanto un rispettabile seppur strano signore, trovava un sottinteso di beneficenza.

Le nostre zie che vivevano sole in un piccolo appartamento trovavano confortante il passo d'Agostino. Lo cercavano fra gli altri rumori appena coricate, e anch'esse s'immaginavano d'udirlo per tutta la notte. Agostino però non trascurava alcuna strada: e la nostra città, circondata da mura (la città fuori benché pretenziosa non interessava Agostino) e raccolta in esse come nel cavo d'una mano, si prestava ad essere sorvegliata pietra per pietra. Agostino sorvegliava le case delle vedove, correva se occorreva a chiamare un medico, e se la stagione era tiepida sicché trovasse qualcuno affacciato alla finestra accettava qualche conversazione. Non dava però confidenza. Nelle sue marce notturne badava soprattutto ai negozi: se vedesse una luce accesa dentro le imposte chiuse d'un negozio, correva ad avvertire i proprietari, se sentisse odore di bruciato correva per i pompieri. Non era poi difficile durante la notte ottenere il suo aiuto, bastando affacciarsi alla finestra e gridare «signor D.» perché egli apparisse giungendo dal buio di qualche piccola strada.

Se pioveva, Agostino non abbandonava la sua passeggiata: i dieci chilometri che calcolava di percorrere ogni notte per le strade cittadine, li compiva a piccoli passi sotto i portici del Palazzo Reale. Andava avanti e indietro per ore in un piccolo spazio, e mai i suoi modi cessavano d'essere rigidi. Gli agenti della vicina questura lo guardavano assonnati dalle finestre lavate dalla pioggia.

Agostino si compiaceva di proteggere le donne sole. Giungendo sotto le finestre d'una di queste persone batteva più forte i piedi sulle pietre, o addirittura gridava: «Buona sera, signora ...». Se poi qualche donna lo ringraziava, descrivendo quale conforto fosse per lei sola in un gran letto, quel passo amico e sicuro, egli s'inclinava. Le donne parlavano dei loro terrori con parole che avrebbero potuto commuovere una maschile fantasia, descrivendo il loro letto, il loro abbandono, il languido sgomento; Agostino però rispondeva limitandosi sempre a una gelida galanteria. S'inclinava, si toglieva il cappello. Anche a nostra madre s'inclinava le sere che lo incontravamo diretti al teatro: «Buon divertimento» diceva: «Credo che la compagnia che agisce al teatro X abbia buoni elementi». E per noi bambini non aveva nemmeno uno sguardo. Uscendo poi dopo la fine dello spettacolo, lo scorgevamo solo in fondo alla piazza e pronto ad allontanarsi quasi temesse la gente che numerosa si spargeva dovunque. Restava là come uno che sorveglia e insieme teme di essere accomunato agli altri.

Ricordo d'aver visto Agostino di giorno soltanto una volta. Improvvisamente mentre noi bambini eravamo nella nostra stanza, udimmo grida nel piccolo salotto dove si tratteneva nostra madre in compagnia delle nostre zie e d'altre persone; venute in visita sebbene fosse mattina. Grida isteriche come ne escono dalla gola delle donne sole e colte da un inatteso spavento, e che c'irritavano perché ci vedevamo qualcosa di torbido di cui non intendevamo la causa. Le donne gridavano, e sempre dicendo ad alta voce cose di cui non capivamo il senso, giunsero nella nostra stanza, ci presero, ci abbracciarono. Dopo le vedemmo, immobili con noi fra le braccia, restare in ascolto, e in quel punto udimmo una sirena. C'era un incendio. Abbracciandoci per impedirci la vista orrenda, le donne tacevano, e noi sornionamente preoccupati e anzi piagnucolosi rompevamo il silenzio. Fuori certamente erano arrivati i pompieri con i loro carri. Di là dalle pareti arrivavano rumori: uno dei carri arrivando squillava, una voce rauca dava ordini. La nostra attenzione fu tratta presto altrove, dalla parte in cui la nostra casa confinava con l'appartamento di Agostino e Barbara D., perché di là udivamo voci eccitare. Agostino, benché fossero soltanto le undici prima di mezzogiorno, si alzava. Fischiava dalla sua camera chiamando a turno la moglie, la cuoca, il garzone delle cavalle. Ma lo scroscio delle pompe vinse il suo fischio e la sua

voce, alleviando inoltre lo spavento delle donne che si distaccarono da noi, uscirono dalla nostra stanza sopportando che le seguissimo e andando in nostra compagnia ad affacciarsi alle finestre. «Il fumo!» esclamavano, e anche: «Che puzzo».

Bruciava un grande magazzino di cuoio e di pelli sicché dall'incendio usciva fumo nauseante e denso come fosse di latte. «Agostino», udimmo esclamare dalle donne che ci sovrastavano alle spalle. Agostino uscito correndo di casa, avanzava nella strada come fuggisse un pericolo intravisto nell'incubo del sonno. Indossava un vecchio cappotto e, senza cappello, mostrava una avanzata calvizie. Lo seguivano, facendo gesti disperati e di persuasione, la moglie e il servo, che, a giustificare lo strano avvenimento, rivolgevano in giro gesti costernati. Agostino andò avanti finché giunto davanti al cumolo di fumo uscente dal magazzino in fiamme parve avvedersi soltanto allora che l'incendio non lo aveva alle sue spalle ma che anzi era lì a due passi. Gettò un grido e si lasciò andare addosso alla moglie già pronta a riceverlo. Due pompieri si staccarono dalle vampe e aiutarono la donna a trasportare il marito. Quando del fuoco non restò che l'acre odore di cuoio bruciato, le donne chiusero la finestra perché l'odore non penetrasse nelle stanze dove però già s'era diffuso, sicché quel giorno lo ritrovammo in tutto, perfino nei cibi. Ormai in orgasmo, paventammo inoltre un pericolo fino ad allora mai previsto: il fuoco. Le donne trovavano i terremoti meno orrendi delle fiamme che avvolgono una casa. Descrivevano salvataggi con lanci di persone dall'ultimo piano e destavano in noi immagini di casi traverso cui pareva che saremmo fatalmente passati. Colti da spavento per un pericolo che appariva inevitabile, decidemmo di raddoppiare le nostre preghiere serali. Oltre alle «Ave Maria» per i parenti, per i morti, per la salute dell'anima e del corpo occorreva dirne altre perché fossero allontanate le fiamme. Chiusi in questi pensieri mangiammo la purea di patate. Ci distrusse poi la voce della signora Barbara che sporgendosi dalla finestra della sua cucina gridava: «Aprite, aprite». E come una finestra di casa nostra fu aperta: «Avete per favore» diceva «quattro uova da prestarmi?». Nostra madre corse a dare uova e altre cose alla signora Barbara, che sporgendosi dalla finestra arrivava a prenderle. Ma tornata a tavola nostra madre cominciò a compiangere quella donna che volgare che fosse d'origine era condannata a una vita servile. «Ridicolo, disse nostra madre e la mente di tutti andò ad Agostino, visto agitarsi fra il fumo. «Egoista»,

udimmo aggiungere, «pasticci e budini quando calato il sole si alza. Arrostiti e creme all'alba quanto torna a casa per coricarsi». «Dà gli ordini col fischio», aggiungevano le donne. Forse anche per ciò ci è restata l'immagine di Agostino come d'un uomo marinaresco vestito come i nostri nonni nelle fotografie.

Ma un giorno udimmo dire: «Agostino D. sta molto male. La signora Barbara piange. Sarà vera la sua disperazione?». A tavola, quel giorno, le donne smisero più volte di parlare e restarono in ascolto sicché anche noi tendemmo l'orecchio per scegliere un suono non consueto fra i rumori comuni d'una piccola città dopo mezzogiorno. Udivamo come sempre dei passi e qualche parola, ma in più udivamo qualche cosa che ci rendeva scontenti perché ci pareva soltanto nostra madre potesse capirne il senso. «Ecco», dicevano le donne. E aggiungevano: «Deve avere ovattato le fessure». Così vedevamo le donne intente a scegliere fra i rumori quelli che esse cercavano. E ciò non soltanto durante le ore del pranzo ma per tutta la giornata fino allo scendere della notte. Nel buio della nostra stanza, anche a noi parve udire un grido. Immobili. attendemmo che si ripettesse: il più piccolo di tutti si mise a piangere disperatamente, finché le donne non si decisero ad accorrere dicendo: «State calmi e dormite». Esse si mostravano più che mai eccitate ed ascoltavano facendoci cenno di tacere quasi temessero un generale scoppio di singhiozzi. Parlavano con parole mozzose, con gesti incerti i quali parevano chiari per esse mentre a noi mettevano addosso una grande inquietudine. «I ragazzi...» esclamò poi nostra madre: «cambiamo la loro camera». Non comprendevamo per quali ragioni fosse deciso di cambiare la nostra stanza con un'altra lontana da quelle dove la famiglia si tratteneva usualmente; la notizia però ci rallegrò pur dubbiosi dapprima che si trattasse d'un vago disegno. Sentivamo che saremmo stati presi del tutto dal desiderio di quel mutamento, e già ci preparavamo a fingere un po' di sonno per considerare meglio i nostri pensieri, quando udimmo gridare: «Avanti. Lasciate i letti». Si cambiava subito. Ci fecero sedere su poltrone e su sedie, mentre i nostri letti venivano sfatti e smontati. Assistemmo con finta indifferenza allo sgombero, e sempre come se per noi la novità notturna non avesse alcuna importanza, andammo a coricarci nell'altra camera, mostrando di non ascoltare ciò che le donne dicevano. Cioè: «Qui potranno dormire tranquillamente; non udiranno quelle orrende grida».

Finiva l'estate quando vedemmo in casa nostra la signora Barbara: «Siete una santa» le disse nostra madre e quella subito: «Ma è noioso alzarsi la notte. E sarebbe noioso doverlo fare anche d'inverno». E se ne andò presto lasciando le donne con incertezza nell'animo. Esse compiansero ancora quella donna, poi si dettero a ridere dicendo che la signora Barbara passava le notti bevendo cognac e vegliando il marito mentre costui dava ordini. Colto da una curiosa mania, il malato esigeva dalla moglie la verifica di certe somme di denaro ch'egli teneva riposte negli armadi della stanza: domandava se nel primo cassetto dell'armadio a destra fossero, ancora, in una piccola scatola, venti lire e cinquanta; o se, in un altro cassetto d'un altro mobile, certi spiccioli avuti in resto dieci anni avanti in occasione d'uno spettacolo teatrale. Spesso si trattava di somme ancora più piccole: resti di acquisti minuti come francobolli, sigari, carte bollate.

Quando Agostino morì e si seppe che prima di spirare aveva chiesto alla moglie d'essere portato al cimitero con le sue cavalle, la gente rideva. In quell'autunno, alle porte della nostra città c'era una fiera: ciò che allora accendeva le nostre immaginazioni più della morte d'Agostino D. Udivamo però le donne dire con voce stranamente pacata: «Ancora la notte pare udire il suo passo». Andavano però dal terrore di quei passi che ad esse pareva udire sulle pietre cittadine, all'allegria destata da certe notizie riguardanti la signora Barbara. Che vedova e vestita a lutto con abiti molto costosi era stata vista andare al provvisorio luna park alle porte della nostra città per salire su un «otto volante» come se soddisfacesse un desiderio lungamente nascosto.

“Una sera d’autunno”  
(L/F, III, 3, 1943, 22-23)

Appena il cielo diventò buio, lasciammo il giardino e ci ritirammo nella piccola sala da pranzo lunga e stretta sì da rassomigliare a una vettura ferroviaria. Una lampada elettrica dentro la porcellana d’un lume a petrolio illuminava, la stanza con un chiarore pallido. Ci sedemmo: chi sulle poltrone accanto alla finestra, chi sulle sedie intorno alla tavola, e qualcuno andò a sedersi sul divano rosso. Dalle altre stanze venivano i rumori della tv. Fuori, c’era grande silenzio, poi quando udimmo una finestra sbattere, tutti restammo in ascolto finché la vecchia disse con voce sonora e stridula insieme: «Il vento si è levato». Nostra madre mormorò che occorreva andare a chiudere finestre e imposte, altrimenti i vetri si sarebbero infranti, ma non ottenne risposta. Restammo immobili sotto il chiarore uscente ad onde dal grande paralume di porcellana biancastra. Entrò la serva a rompere la nostra inerzia. Entrò rumorosamente, ci guardò con rimprovero, e si mise a indispettirci scusandosi con parole untuose di dovere apparecchiare la tavola per la cena.

«Le finestre battono», le disse nostra madre come se ora facesse eco alle parole dette dalla vecchia zia, però con voce non sua aggiunse: «le finestre devono essere aperte; il vento tira fortemente; bisogna andare a serrarle».

La serva s’avvicinò alla finestra e guardò fuori: «Non è tempesta», disse: «le finestre devano essere tutte chiuse». E lei nel parlare rifaceva la voce dell’altra.

Nessuno insisté d’avere udito battere le finestre, come preso, ognuno di noi, da penosa titubanza. Qualcuno si mise a leggere, qualche altro posò le mani sulla tovaglia che la serva aveva già stesa sulla tavola. Noi ragazzi fingemmo di addormentarci ai fianchi della madre adagiata sul divano. La serva continuò a muoversi: e ora se ne andava lasciando la porta aperta che faceva intravedere l’andito buio, e ora rientrava apparendo all’improvviso da quella fitta tenebra. Apparecchiò. Mise sulla tovaglia i piatti e le posate; avvicinatasi ad un armadio, ne tolse piccoli bicchieri di cristallo. Soltanto al posto della vecchia zia, mise un bicchiere a calice, finemente lavorato. La seguivamo nei suoi movimenti, e ne uno le parlava. Ma la vecchia dichiarò:

«Perché tanta lentezza?». Alle quali parole non seguì alcuna risposta.

“Una noche de otoño”  
(*Ls/Fs*, III, 27, 1943, 36-37)

Apenas el cielo comenzó a oscurecer abandonamos el jardín y nos retiramos al pequeño comedor, largo y estrecho, hasta el punto de parecer un coche de ferrocarril. Una lámpara eléctrica dentro de la pantalla de porcelana de un quinqué iluminaba la habitación con una tenue claridad. Nos sentamos: quien en las butacas junto a la ventana, quien en las sillas alrededor de la mesa, y alguien fue a sentarse en el diván rojo. De las otras habitaciones llegaban los rumores de las criadas. Fuera reinaba un gran silencio, y cuando oímos el golpear de una ventana todos nos quedamos escuchando, hasta que la vieja dijo con voz sonora y chillona a la vez: “Se ha levantado el viento”. Nuestra madre murmuró que había que ir a cerrar las ventanas y los postigos porque si no se romperían los cristales, pero no obtuvo respuesta. Permanecían inmóviles bajo la claridad que se difundía en ondas desde la gran pantalla de porcelana blanca. La criada entró y vino a romper nuestra inercia. Entró haciendo ruido, nos miró reprobadoramente y nos puso de mal talante, excusándose con palabras untuosas por tener que poner la mesa para la cena.

“Las ventanas se portean”, le dijo nuestra madre, como si fuera entonces el eco de las palabras que dijera antes la vieja tía; pero con una voz que no era la suya añadió: “Las ventanas deben de estar abiertas; el viento es muy fuerte; hay que ir a cerrarlas”.

Nadie insistió en que había oído el golpear de las ventas, como si cada uno de nosotros fuera presa de una penosa indecisión. Alguien se puso a leer; otro apoyó las manos en el mantel que la criada había extendido ya sobre la mesa. Los chicos fingimos dormir junto a la madre, recostada en el diván. La criada continuó moviéndose, se fue dejando abierta la puerta, por la que se entreveía el oscuro pasillo, y volvió a entrar, surgiendo de improviso entre aquellas densas tinieblas. Se puso a arreglar la mesa. Colocó sobre el mantel los platos y los cubiertos, se acercó a un armario y sacó unos vasos de cristal. Sólo en el sitio de la vieja tía puso una copa finamente labrada. Todos seguíamos sus movimientos y ninguno hablaba, cuando la vieja declaró:

“¿Por qué tanta calma?”. A estas palabras no siguió ninguna respuesta.

Dopo che la tavola fu apparecchiata, rimanemmo a lungo incerti; non ci decidevamo a muoverci dai nostri posti benché sapessimo che avremmo dovuto finalmente prendere una simile risoluzione; a quell'ora incerta, mentre ancora, al di là dei vetri, fra nubi portate da un forte vento, s'intravedeva un che di chiaro come l'ultima luce del giorno, ogni gesto ci pesava. Più che mai sembravamo assonnati e stanchi. Solo quando vedemmo giungere, dall'andito buio, la grande zuppiera di porcellana che fumava piena di riso bollente, ci alzammo, per un istante chiassosi e leggeri. La serva ora si sarebbe detta cordiale: ammise anzi che un vento insolito s'era levato: forse ci sarebbe stata una tempesta durante la notte.

A tavola, tuttavia, parlammo pochissimo: soltanto le donne parlavano, e di cose che parevano importare solamente a loro. Noi rimanemmo silenziosi per tutta la sera, e appena la serva ebbe tolta la tovaglia ci sedemmo nuovamente sul divano, sulle poltrone e sulle sedie. Si stava in attesa d'un qualche avvenimento sicché non ci risolvevamo a parlare né ad alzarci per dire buona notte e salire nella nostra camera.

La vecchia zia cominciava ad addormentarsi su una poltrona; noi ragazzi, seduti sotto la luce del grande lume, passavamo la fronte sul piano del tavolo: sembravamo vicini ad addormentarci, ma ogni tanto avevamo improvvisi scatti, alzavamo il capo nervosamente, ci fissavamo negli occhi, di nuovo tornavamo a nascondere la fronte. Mi trovai sul divano rosso in compagnia della zia Teresa, ma non scambiai alcuna parola con lei che desiderosa di parlare aveva aperto un libro sul quale fingeva di leggere. Fissava a lungo la pagina e poi la voltava: presto il volume sarebbe stato tutto sfogliato dalla sua mano nervosa. Ma finalmente mi prese una lieve sonnolenza. I miei fratelli continuavano a posare le guance sul piano della tavola, la vecchia zia stava immobile su una poltrona, e anch'io finii col sentirmi gravemente assonnato sicché appoggiai la guancia sulla sponda del divano. M'assopivo. Fui però destato da uno sbattere di persiane, e tutti a quel rumore si destarono; anzi i bambini più piccoli si misero a piangere.



Luego que la mesa estuvo puesta, continuamos por mucho tiempo sin saber qué hacer; no nos decidimos a movernos de donde estábamos, aun sabiendo que tendríamos que acabar tomando esa resolución. Cualquier gesto, aun el más pequeño, pesaba sobre nosotros a aquella hora incierta, mientras a través de los cristales y entre nubes llevadas por un fuerte viento se entreveía una especie de claridad como si fuera la última luz del día. Parecíamos más soñolientos y más cansados que nunca. Sólo cuando vimos llegar del oscuro pasillo la gran sopera de porcelana, humeante y llena de arroz hirviendo, nos levantamos ligeros y ruidosos por un instante. La criada parecía ahora cordial, hasta admitió que se había levantado un viento insólito: acaso descargaría una tormenta durante la noche.

Con todo, en la mesa hablamos poquísimo; sólo hablaban las mujeres y de cosas que parecían importantes únicamente a ellas. Nosotros estuvimos callados toda la noche, y apenas la criada quitó el mantel nos sentamos de nuevo en el diván, en las butacas y en las sillas. Se estaba como en espera de algo, y no nos atrevíamos a hablar ni a levantarnos para dar buenas noches y subir a nuestro cuarto.

La vieja tía empezaba a dormirse en una butaca; los muchachos, sentados bajo la luz de la lámpara, apoyábamos la frente en el tablero de la mesa: parecía que estábamos a punto de dormirnos también; pero de cuando en cuando nos sobresaltábamos, levantábamos la cabeza nerviosamente, nos mirábamos a los ojos y volvíamos de nuevo a ocultar la frente. Me encontré en el diván rojo en compañía de la tía Teresa, pero no cambié palabra alguna con ella, que, deseosa de hablar, había abierto un libro en el que hacía como si leyera. Miraba largo rato la página y luego la volvía; su mano nerviosa pronto acabaría de hojear todo el volumen. Por último, me entró una ligera somnolencia. Mis hermanos seguían con el rostro apoyado en la mesa, la vieja tía permanecía inmóvil en su butaca, y yo mismo acabé por sentirme presa del sueño y apoyé la cabeza en el brazo del diván. Dormitaba. De pronto me despertó un golpear de persianas, y el ruido despertó también a todos los demás: los pequeños se echaron a llorar.

Le donne allora dissero che bisognava andare a vedere quale persiana sbatteva, però parlarono senza persuasione, inclini a non rompere la immobilità della stanza. Tutti restarono immobili e il pianto dei bambini continuava con una regolarità meccanica; sicché in quella stanza tanto piena di pigrizia fui preso da forte sonno.

«Il vento», udii esclamare. Forse nuovamente s'era udito il rumore d'una persiana contro il muro. Non udivo però, nel dormiveglia, tutto ciò che accadeva nella stanza e nella casa; anzi i rumori m'arrivavano l'uno staccato dall'altro. Udii nostra madre gridare irritata: «Ma smettete questo pianto». E Teresa dire a qualcuno: «Dorme come un tasso». E la vecchia: «Il vento si è levato ...»: Di nuovo udii costei dire qualche cosa forte: non distinguevo il senso delle sue parole, ma ne percepivo il timbro risoluto. Udii presto i passi di lei che s'allontanava sola; poco dopo camminava rumorosamente nella stanza sopra la nostra testa.

«Chi cammina?» chiese Teresa.

«Ma è la zia», le fu risposto ...

I ragazzi più che mai piangevano e tremavano. La zia Teresa mi parlava forte e mi toccava la fronte, sicché irritato le gridai qualcosa, per quindi allungare le gambe sul divano.

Disteso, mi piacque seguire certe immagini. Mi ritrovavo nel giardino: c'era una luce accecante, come prima d'un temporale. Nell'aria grigia e tesa, le piante immobili, avevano un colore che non è quello consueto degli alberi. Con profonda apprensione, guardavo le piante, e non ero solo ad essere preso da quel terrore, ma, con me, mia madre, tenendosi al mio fianco, si dimostrava stupita ed incerta. Il luogo che ci accoglieva smise subito d'essere un giardino con piante coperte da un cielo plumbeo. Il luogo dove ci trovavamo non s'impondeva alla nostra attenzione per nessun carattere, e soltanto m'atterrivano certe cose che vidi. M'apparvero le cose che, altre volte, avevano stimato, mia madre e le zie, come cattivo presagio, e le guardavo con occhi dubbiosi nell'accettare e nel respingere tale visione.

Entonces las mujeres dijeron que había que ir a ver cuál era la persiana que había quedado sin cerrar, pero hablaban sin convicción, como si no quisieran romper la inmovilidad reinante. Todos siguieron inmóviles y el llanto de los pequeños continuó con una regularidad mecánica, de forma que, en aquella habitación tan llena de pereza, pronto fui presa de un sueño profundo.

“El viento”, oí que exclamaba alguien. Acaso habían oído nuevamente el ruido de una persiana al batir contra el muro. Sin embargo, yo, medio dormido, no oía todo lo que ocurría en la habitación y en la casa; es más, los diferentes ruidos me llegaban separados uno de otro. Oí que nuestra madre gritaba, enfadada: “Pero dejad de llorar”. Y que la tía Teresa decía a alguien: “Duerme como un lirón”. Y a la vieja: “El viento se ha levantado...”. Volví a oírla cuando decía algo en alta voz; no distinguía el sentido de sus palabras, pero sí percibía el timbre resuelto con que las pronunciaba. Enseguida oí sus pasos alejándose sola; poco después andaba haciendo ruido en la habitación de arriba.

“¿Quién anda?”, preguntó Teresa.

“Es la tía”, respondieron.

Los pequeños lloraban y temblaban más que nunca.

La tía Teresa me hablaba fuerte y me tocaba la frente, hasta que, irritado, le grité para que me dejara extender las piernas en el diván.

Allí, tendido, me entregué gustoso a la fantasía. Me encontraba en el jardín; la luz era cegadora, como antes de un temporal. En el aire gris y tenso las plantas inmóviles tenían un color que no era el que solían tener los árboles. Con profunda aprensión miraba las plantas, y no era yo solo quién me veía presa de aquel terror, sino que conmigo estaba mi madre, que, a mi lado, se mostraba asombrada e incierta. El lugar donde estábamos dejó de pronto de ser un jardín con plantas sobre las que gravitaba un cielo plúmbeo. Este nuevo lugar no se imponía a nuestra atención por ningún carácter especial, y sólo me aterrorizaban ciertas cosas. Me parecieron cosas que otras veces mi madre y las tías habían considerado de mal agüero, y las miraba con ojos de duda entre si aceptar o rechazar semejante visión.

Mia madre però pareva lieta della mia disperazione. «Questi volatili», ella mi diceva, «non sono un buon presagio per noi. E anche quest'acqua limpida e anche questi aghi lucenti». L'ascoltavo e dolente non riuscivo a volgere gli occhi altrove in cerca di segni migliori. I quali avrei voluto suscitare davanti ai miei occhi col solo sforzo della memoria; cavalli e buoi, torrenti di fango, eserciti e treni; ma mi sfuggiva il loro ricordo.

Mia madre m'accompagnava e le cose ch'ella di tanto in tanto indicava accrescevano la mia apprensione. Seguivo la donna ormai rassegnato alla vista di tutti i cattivi presagi. «Mamma», dicevo, «sono cattivi questi tempi, ma poi verranno giorni più calmi. Quando tutti i segni avversi saranno passati, allora ai nostri occhi appariranno certamente migliori». E già mi consolavo con queste parole quando mia madre con perfidia m'indicò uno strano animale che mi guardava con occhi fissi. Mi volsi verso di lei con ira, trovandomi a dire senza rancore: «Potrebbe essere un gatto; tante volte, mamma, mi sogno di vedere brutte cose, orrende; una volta m'è accaduto di vederti morire, ma osservavo quello che accadeva con indifferenza, perché sapevo che lo spettacolo fra poco sarebbe finito».

Non so se sognando continuai a parlare, o soltanto a riflettere, era come se la mia madre dicesse: «È vero; i sogni finiscono, e anche questo, pieno di cattivi presagi, deve essere un sogno». Le risposi: «Sì, io voglio che sia un sogno».

Sempre quando in sogno appaiono cose tremende, ci si trova ad esprimere questo desiderio violentemente, quasi s'immagini che il sogno possa dileguarsi con la forza della nostra decisione. Ogni debolezza allora pare debba essere fatale. Così, con calma attesi che terminasse la vista dei cattivi presagi.

Mi destai, e con spavento m'accorsi che nella stanza non c'era nessuno. La luce che usciva chiara dal paralume di porcellana mi dette fastidio col suo chiarore. M'alzai e uscii nell'andito dove incontrai mia madre diretta a destarmi. Disse che c'era stata una breve e violenta tempesta e che forse due peschi giovani erano stati troncati dal vento. Si stupiva che non avessi udito il fragore dei fulmini, caduti non lontano. Tutti, donne e ragazzi, erano saliti fino nelle soffitte per rassicurarsi che ogni finestra fosse veramente chiusa.

Mi madre, sin embargo, parecía complacerse en mi desesperación. “Estos pájaros – me decía – no son de buen agüero para nosotros. Ni tampoco esta agua límpida, ni estas agujas relucientes”. La escuchaba y no conseguía volver los ojos en busca de signos mejores que hubiera querido suscitar ante mi vista sin más esfuerzo que el de la memoria; caballos y bueyes, torrentes de barro, ejércitos y trenes; pero su recuerdo huía de mí, se me escapaba.

Mi madre me acompañaba y las cosas que ella me indicaba de vez en cuando aumentaban mi aprensión. La seguía resignado yo a la vista de todos los malos presagios. “Mamá – decía –, estos tiempos son malos, pero luego vendrán día más tranquilos. Cuando hayan pasado todos los signos adversos aparecerán ante nuestros ojos otros mejores, de seguro”. Y ya me consolaba con estas palabras cuando mi madre me indicó, con intención, un extraño animal que me miraba fijamente. Me volví airado hacia ella y le dije sin rencor: “Podría ser un gato, mamá; muchas veces sueño que veo cosas feas, horribles. Una vez te veía morir, pero miraba todo aquello con indiferencia porque sabía que, al cabo de poco tiempo, el espectáculo habría acabado”.

No sé si mientras soñaba seguía hablando, o sólo pensando; era como si mi madre me dijera: “Es verdad; los sueños acaban y también éste, lleno de malos presagios, debe de ser un sueño”. Le respondí: “Sí, yo quiero que sea un sueño”.

Siempre, cuando el soñar se nos aparecen cosas tremendas, expresamos este deseo violentamente, como imaginando que el sueño pueda desvanecerse con la fuerza de nuestra decisión. Entonces parece que toda debilidad ha de sernos fatal. Y así, con calma, esperé que terminase la vista de los malos presagios.

Me desperté y me di cuenta con terror de que en la habitación no había nadie. La luz que salía clara de la lámpara de porcelana me molestaba con su claridad. Me levanté y salí al pasillo, donde me encontré con mi madre que venía a despertarme. Dijo que había habido una breve y violenta tempestad y que el viento había troncado dos melocotones jóvenes. Se extrañaba de que yo no hubiera oído el fragor de los rayos que habían caído allí cerca. Todos, mujeres y niños, habían subido hasta las buhardillas para asegurarse de que todas las ventas estaban cerradas como es debido.

Ascoltai queste notizie in silenzio, e intanto calcolavo che molti giorni avrebbero dovuto scorrere fino a che si avverassero i cattivi presagi del sogno cattivo. Tornati nella piccola sala da pranzo, ci sedemmo, e mia madre mi raccontò l'esplorazione notturna. Parlava calma senza la voce che per lo più le donne usano coi ragazzi. Mi disse che il vento entrava attraverso i vetri rotti, che il tetto mugolava come fosse stato una vela in mare. Aggiunse altri particolari insignificanti: i fratelli e le zie andati a letto, le serve ancora alzate, e così via.

«Ho sognato brutte cose», dissi con voce piagnucolosa per interrompere il suo discorso, ma essa non parve darmi ascolto: «Mi sognavo che io e tu ...». Mia madre aggiunse che la nonna era salita avanti a tutti, come un capitano in testa alla compagnia. «Mamma», dissi, «fa male dormire appena mangiato: si fanno brutti sogni», per poi riprendere il suo discorso. Compiangeva i peschi abbattuti: li avevano visti cadere fra i lampi.

Sarebbe stata una sera noiosa e io tentai d'evitare la noia del tempo che ancora mancava all'ora d'andare a letto prendendo una rivista con illustrazioni colorate. Mia madre invece continuava a parlare, e le sue parole uscivano fitte, e senza senso dalla bocca, tanto che avrei cercato di controbatterla con gesti d'impazienza se non mi fossi convinto che un litigio era necessario: si sarebbero avverati i cattivi presagi in una maniera per nulla terribile, secondo l'andamento comune dei giorni autunnali quando sia per il clima ancora incerto, sia per il languore della campagna, si finisce facilmente con trovare dovunque una ragione di rancore.

Escuché estas noticias en silencio y, mientras tanto, calculaba que habrían de transcurrir muchos días hasta que se realizasen los malos presagios del sueño. Volvimos al comedor, nos sentamos y mi madre me contó la exploración nocturna. Hablaba con calma, sin el tono que las mujeres usan, por lo general, para hablar con los chicos. Me dijo que el viento entraba al través de los cristales rotos, que el techo crujía como si fuera una vela en el mar. Añadió otros detalles insignificantes; los hermanos y las tías se habían ido a la cama; las criadas estaban aún levantadas, etc.

“He soñado cosas malas”, dije con voz llorosa para interrumpir su discurso, pero ella parecía no escucharme: “Soñaba que tú y yo...”. Mi madre añadió que la abuela había subido antes que todos, como un capitán a la cabeza de su compañía. “Mamá – dije –, es malo dormir nada más comer; se tienen sueños malos”. Ella continuó su charla; sentía los melocotones tronchados; los había visto caer a la luz de los relámpagos.

La velada se presentaba aburrida, y yo intenté evitar el tedio del tiempo que todavía faltaba para la hora de irse a la cama cogiendo una revista con ilustraciones en colores. En cambio, mi madre seguía hablando y las palabras salían de su boca copiosas y sin sentido, tanto que hubiera querido hacerla callar con un gesto de impaciencia si no estuviese convencido de que aquello significaría una riña; entonces se hubieran realizados los malos presagios de un modo nada terrible, según la marcha normal de los días otoñales, cuando, ya sea por el estado del tiempo, todavía inseguro, ya por la languidez del campo, es fácil acabar encontrando en todo un motivo de rencor.





RICARDO BAROJA



"Achul"  
(Ls/Fs, I, 11, 1941, 26-27)

Joanot de Amézqueta, apodado "Achul", vive con su mujer y con su hijo Sancho en una cueva del Jaizquibel. En las lomas del largo monte, que se extiende desde el puerto de Pasajes hasta el promontorio Olearso, ahora llamado Cabo Higuier, pacen un rebaño de ovejas y alguna vaca salvaje, y, defendiéndolas de los vientos terribles del Noroeste, en la vertiente de la montaña que baja al río Bidasoa, se alinean las filas de colmenas de "Achul". Troncos huecos, cubiertos por piedras planas y conos de ramas delgadas entretejidas y revestidos con boñiga de vaca, son morada de las abejas, tan salvajes y furibondas, que los chiquillos del puerto no se atreven a saquear los panales.

Joanot decía, orgulloso: "¡Nadie puede acercarse a tiro de arcabuz de mis batallones! ¡Yo solo soy su capitán!"

Pero aun más que el cuerno de las vacas cimarronas y que el aguijón envenenado de los insectos, lo que aterroriza a la chiquillería, temeraria para el mar y para el viento, es la voz terrible de "Achul".

Desde los riscos de Jaizquibel llega hasta la orilla del mar el grito estentorio de "Achul":

¡Corsario a la vista!... ¡Ballena a la vista!...

Los pescadores se apresuran a embarcar en las pinazas, y, armados con arpones y lanzas, salen a todo remo hacia alta mar, en busca del cetáceo anunciado por el vorazzón del barbarote.

Si el anuncio es de corsario, en los dos Pasajes, el de Fuenterrabía y el de San Sebastián, se preparan para atacarlo. A toda prisa, la tripulación de las naves ligeras se coloca en el banco de remar, y, a compás del grito del cómitre, sale del puerto. No es posible salir a vela: generalmente, el viento, encallejado entre Jaizquibel y las estribaciones del Ulía, sopla de proa, y gana el mar con remolque o con el reflujó, dejándose llevar por la corriente.

Son embarcaciones de borda baja, con treinta remeros por banda, palos cortos que solían envergar velas al tercio. Difícilmente, en las estrechuras de la boca pueden ceñir el viento arremolinado y cambiante. En la proa de la embarcación, una bombardita de bronce, que se carga por la recámara, dispara pelotas de hierro, y, cuando las ferrierías guipuzcoanas no surtían de proyectiles, iban lanzadas por la

bombarda cantos de río o esferas de piedra, talladas en la arenisca más dura y consistente que en el mismo Jaizquibel podía obtenerse.

“Achul”, desde las rocas cortadas a pico, puestas las grandes manazas a los lados de la boca a manera de bocina, señala a los maestros de las lanchas de combate la maniobra del enemigo.

—¡Rumbo a Socoa lleva! ¡Ganarle la vuelta! ¡Arrayúa! ¡Ganarle el viento!

Joanot conoce, no solamente las embarcaciones, sino a sus maestros. Y si éstos no comprendían lo que vociferaba, o, sin hacer caso de sus gritos, maniobraban no conforme a sus indicaciones, “Achul” pateaba de rabia. Los ojos, bajo las cejas ásperas, parecen salir de la órbita, y las venas de la frente, repujadas con el esfuerzo, toman el aspecto de raíces pegadas a una roca.

—¡Maldito Juan de Zavalaga! ¿Adónde vas? ¡Infeliz! ¡A babor, escarabajo de mar! ¡A babor! ¡Zavalaga! ¡Atún! ¡Cerdo de mar!

Y el vozarrón suena, a pesar del rumor de la rompiente.

El salvaje “Achul” desde el risco domina gran extensión de mar. Al Norte, la línea del horizonte, semivelada por la bruma. Ya, más cerca, la superficie plumiza, matizada por hileros de corriente más clara, y ya, junto a la costa, el agua, teñida por la arcilla, adquiere tono amarillento.

Casi a vista de pájaro, las tres galeotas negras, con los treinta pares de patas, llevan en la proa y en los flancos, guarniciones de espuma. En la lontananza, la rayita oscura de la nave enemiga, voltigea, ya presentándose de costado, ya de proa. A la luz del sol, brilla, de cuando en cuando, el bronce de los cañones. Las velas pardas cuelgan de los masteleros, flácidas, en espera de la ráfaga.

—¡Aprieta, aprieta, Juan de Zavalaga! ¡Arrea, antes de que sople! ¡Arrayúa!

¡Ah, si Joanot de Amézqueta tuviera en los pulmones el sople necesario para detener al vendaval y que las jarcias del corsario colgaran como vedijas a lo largo del mástil! Las tres galeotas tendrían tiempo para llegar a tiro antes de que las largas bocanadas del viento llevaran al corsario hasta la entrada de Socoa.

La voz de “Achul” era fuerte, era enormemente fuerte. En Pasajes se decía que alguna vez, en las noches calmas del invierno, “Achul” ha sido oído por los pastores desde la vertiente de la Peña de Aya, a

dos leguas de distancia, y que cuando la esposa de don Diego de Carbajas vino desde Fuenterrabía con su marido, alcaide de la Fortaleza, deseosa de oír aquella voz tremenda, estuve a pique de ocurrir una desgracia.

El alcaide hizo llamar a Joanot de Amézqueta. El salvaje de Jaizquibel se negó a bajar al pueblo, y dijo que si la señora y su marido deseaban escuchar su voz, subieran hasta el cementerio de la Iglesia, que está en lo alto.

La curiosa señora subió. Allí estaba “Achul” esperando, y, a ruegos de la dama, se colocó encima de una piedra sepulcral. Separó los pies, apoyó ambas manos en la cintura, hinchando el pecho. Dio un grito tan espantoso, que la señora cayó al suelo semidesvanecida.

Pero no es lo mismo gritar a tres varas de distancia que a las galeotas que fuerzan remo a quinientas varas, y en las que la ruptura de la ola, al crujir del remo y el grito acompasado del cómitre, pueden acallar el sonido que llega desde lejos. Por eso, “Achul” salta de risco en risco, hasta ponerse lo más posible de la bocana.

La galeota “Golondrina”, sea porque había llegado hasta el capitán Arizavalo la indicación de “Achul”, o porque creía posible cortar la ruta del corsario, forzaba remo e izaba vela con rumbo a la desembocadura del Bidasoa.

—¡Bravo, Arizavalo, bravo! ¡Eup..., eup..., eup!— grita “Achul” con el ritmo de los sesenta remos que se hunden unánimes en el agua—, ¡eup..., eup..., eup! ¡Auffa..., Arizavalo! ¡Eup..., eup..., eup!

La “Nuestra Señora de Guzamálaga”, más fina de casco que la “Golondrina”, pone proa fija al corsario; el agua hierve en sus costados y se riza en dos copos a los lados del tajamar.

—¡Ah, ésa, sí! ¡Ya se ve que Juan Soroa te ha perfilado el casco! ¡Esa, sí! ¡“Pasaitarra” habías de ser! —exclama “Achul”, y el orgullo hincha el pechazo bajo las pellejas de cordero.

Y cuando las tres galeotas llegan cerca del corsario, Joanot de Amézqueta, escalando las breñas, sube a lo más alto de Jaizquibel para contemplar el combate.

Mujeres, chiquillos, viejos marineros, se colocan en los riscos, y la gritería saluda al escupitajo de humo de la bombardera y termina antes de que llegue el estampido de la denotación.

Entonces, “Achul” calla. No quiere unir su voz a la zalagarda de chiquillos.

–¡Parecen gaviotas que cazan sardina!– murmura.

¡Ay, si el viento hincha las velas del corsario y éste consigue zafarse y marcha veloz a lo largo de las playas bajas de la costa francesa! “Achul” se dirige a su morada rupestre murmurando maldiciones. Desgraciada la colmena que encuentra a su paso. Una patada hace rodar el tronco hueco, y el irritado enjambre revolotea sobre los brezos.

–¡Animal ya soy!– dice “Achul”, y, sin temer a las picaduras, vuelve a colocar la colmena en su sitio y la cubre con una laja de piedra. Cuando Joanot descubre una ballena y avisa a los pescadores, ni una voz es tan bronca y penetrante, ni le interesa la lucha con aquel pobre monstruo marino, que echa agua en surtidores por la cabeza y después echa sangre.

–¡Esos! ¿Para qué querrán aceite y porquerías? ¡No se puede respirar cuando éstos queman el tocino en las calderas! ¡Hasta aquí arriba sube la peste!– rezonga despreciativo.

“Achul” se alimenta con leche y miel; todo lo demás lo repugna. Contempla, malhumorado, a su mujer y a su hijo Sancho si asan en el hogar de la covacha los peces que el chico ha pescado desde las rocas.

–¿No os da vergüenza matar a esos pobres bichos para comer?– pregunta. –¡Todavía si fueran pescados al otro lado del río, en Francia... no digo...!

Para “Achul” todo lo que existía al otro lado del río Bidasoa debía ser pasado a cuchillo, hasta los peces. Por eso su mayor delicia es ir con una partida de arcabuces a sorprender a las centinelas francesas.

Atravesar el río en una chalana. Cuanto más tormentosa y oscura es la noche, mejor. Deslizarse entre los cañaverales de la orilla; acercarse despacio, muy despacio, para que el limo no estalle al levantar los pies, adonde el centinela dormita, lanzar un alarido salvaje y que los otros se aprovechen del terror del soldado para acogerlo.

Muchas veces el alcaide de la fortaleza de Fuenterrabía llamó a Joanot de Amézqueta para emplear en las celadas contra los enemigos el espantoso vozarrón. Y si en alguna ocasión quisieron pagar sus servicios, el arisco salvaje de Jaizquibel despreció lo que le ofrecían.

–¡Bastante tengo con que uno de esos malditos le maten de hambre en el calbozo del castillo!

La buena señora del alcaide le tenía miedo cerval, y cuando su marido, don Diego Carbajal, le invitaba a repetir el experimento llevado a cabo en el cementerio de Pasajes, la señora se refugiaba en su alcoba, tapándose los oídos.

La gran preocupación de "Achul" es su segundo hijo Sancho, al que lo mismo en los Pasajes de Fueterrabía que en los de San Sebastián llaman Sancho Achul, omitiendo el apellido Amézqueta.

Al chico le aburre el monte; no le gustan ni los corderos, ni las vacas, ni las abejas. Se pasa horas y horas mirando al mar, siempre la espalda hacia tierra. Si algo existe en el mundo despreciable para Sanchico, es el hombre que con la azada o el arado destriba terrones. En cambio, cuando baja del monte y con otros chicos de su edad se apodera de un bote para regatear con otros en las tranquilas aguas del puerto, Sancho es feliz. Plantar un palo en la proa, y, cruzando un pedazo de saco a manera de velacho, navegar desde Lezo hasta Molinao es una delicia. Y entrar en los astilleros del gran Soroa, contemplar a los calafates que, a golpes de mazo, hunden las estopas en la rendija del tablón, es para el chico bastante más interesante que ver a su madre ordeñar a las ovejas y a su padre castrar colmenas.

Pero, sobre todo, cuando llega a Pasajes algún galeón, o el navío cargado hasta los escobenes, con cosas que echan olor magnífico, parecido al aramo de las flores, pero más fuerte y más embriagador. Y cuando en el muelle al chico de la Lorencha, y el segundo de la taberna y el menor del vigía, se ponen a hablar de Acapulco y de La Habana, y de Veracruz, y de las Molucas y de Terranova, Sanchico Achul siente invidia atroz y está dispuesto a embarcarse, con el permiso de su padre y sin él.

Por eso un buen día Sanchico Achul entra en el zaguán de Martineche, la casa solar de Martín Sanz de Villaviciosa, y pide ver al amo.

—¿Para qué quieres tú, mocoso, ver al amo? — pregunta la vieja Mari-Pachica, sin dejar de rascar la escama de un hermoso besugo.

—Para navegar — responde el chico.

—¡Ja...ja! ¿Tú navegar? ¡Ju... Juy!

—¡Sí, para navegar a las órdenens de tu amo!

—¡Si mi amo no tuviera otros marineros!...

Sancho Achul no tendrá la voz de su padre, pero sí tan mal genio como él. Por eso, cuando la vieja sirvienta inicia una sonrisa burlona, que reúne todas las arrugas de las mejillas alrededor de la boca, el chico, amenazador, se adelanta, coge el besugo por la cola y sacudiéndolo con furia grita:

—¡Ahora mismo me voy a ver a tu amo!—

Arroja el besugo al suelo y sube las escaleras.

Ricardo Baroja

–¡A ése..., a ése!– chilla la vieja.

Juanes de Villaociosa, llamado el Tibado (Oro Fino), hijo del célebre general Martín de Villaociosa, se prepara para almorzar, cuando el criado le dice que un granujilla del puerto ha dicho que desea presentarse.

–¿Quién es? – pregunta el capitán de marina.

–Es el chico de Achul, el de Jaizquibel.

–Dile que pase; a ver qué quiere.

El chico, sin quitarse el gorro, entra muy decidido.

–¿Qué quieres tú? – pregunta el marino sonriendo al valiente mocete.

–¿Yo? Embarcarme de marinero.

¿Así, así sin más ni más?

–¿Pues qué hay que hacer?

–Pues, cuando menos, hablar con tu padre.

–¡Va! Mi padre no querrá bajar al pueblo.

–Pues si no baja, no podré hablar con él.

–Yo se lo diré.

Mira, a las seis de la tarde estaré en el castillo de Santa Isabel; si tu padre se pone en el cerro, no tendrá necesidad de venir al pueblo para hablar conmigo.

Sanchico se va decidido; hace una morisqueta burlona a la vieja Mari-Pachica y sube a escape, saltando de risco en risco, hasta la cueva familiar...

A las seis de la tarde, la voz estentórea de “Achul” grita desde la altura:

–¡¡Juanes de Villaviciosa!! ¡¡Juanes de Villaviciosa!!

El capitán de marina, en la azotea del castillo, hace señas indicando que oye.

–¡¡Juanes de Villaviciosa!! ¡¡Si admites a mi chico en tu barco, que vaya contigo!!

–¡Bien!– responde el marino, sin esperanza de que su voz alcance al risco en que Joanot de Amézqueta aparece destacándose sobre el cielo arbolado de la tarde.

Y no hubo más. Sancho Achul entró de grumete en el navío que mandaba Juan de Villaviciosa. A su lado estaba cuando murió el capitán luchando con los corsarios turcos en el Mediterráneo.



“Achul”, desde las rocas cortadas a pico, puestas las grandes manazas a los lados de la boca a manera de bocina, señala a los maestros de las lanchas de combate la maniobra del enemigo.

—¡Rumbo a Socoa lleva! ¡Ganarle la vuelta! ¡Arrayúa! ¡Ganarle el viento!

Joanot conoce, no solamente las embarcaciones, sino a sus maestros. Y si éstos no comprendían lo que vociferaba, o, sin hacer caso de sus gritos, maniobraban no conforme a sus indicaciones, “Achul” pateaba de rabia. Los ojos, bajo las cejas ásperas, parecen salir de la órbita, y las venas de la frente, repujadas con el esfuerzo, toman el aspecto de raíces pegadas a una roca.

—¡Maldito Juan de Zavalaga! ¿Adónde vas? ¡Infeliz! ¡A babor, escarabajo de mar! ¡A babor! ¡Zavalaga! ¡Atún! ¡Cerdo de mar!

Y el vozarrón suena, a pesar del rumor de la rompiente.

El salvaje “Achul” desde el risco domina gran extensión de mar. Al Norte, la línea del horizonte, semivelada por la bruma. Ya, más cerca, la superficie plumiza, matizada por hileros de corriente más clara, y ya, junto a la costa, el agua, teñida por la arcilla, adquiere tono amarillento.

Casi a vista de pájaro, las tres galeotas negras, con los treinta pares de patas, llevan en la proa y en los flancos, guarniciones de espuma. En la lontananza, la rayita oscura de la nave enemiga, voltejea, ya presentándose de costado, ya de proa. A la luz del sol, brilla, de cuando en cuando, el bronce de los cañones. Las velas pardas cuelgan de los masteleros, flácidas, en espera de la ráfaga.

—¡Aprieta, aprieta, Juan de Zavalaga! ¡Arrea, antes de que sople! ¡Arrayúa!

¡Ah, si Joanot de Amézqueta tuviera en los pulmones el soplo necesario para detener al vendaval y que las jarcias del corsario colgaran como vedijas a lo largo del mástil! Las tres galeotas tendrían tiempo para llegar a tiro antes de que las largas bocanadas del viento llevaran al corsario hasta la entrada de Socoa.



ANDREA DE CHIRICO (QUINTILIO MAIO)

“Vendetta postuma”  
(L/E, I, 11, 1941, 33-35)

Dopo una pausa di quindici secoli, i giochi olimpici furono solennemente ripristinati ad Atene nel 1896. Benché tenerissimo d'età, ebbi la ventura di presenziare all'inaugurazione di questi giochi non più panellenici ma ecumenici. Non ero ancora sufficientemente versato nei misteri dell'atletica da interessarmi alla tecnica delle gare: ciò che maggiormente mi attirava erano i movimenti in margine, le operazioni di alcuni personaggi che non partecipavano ai giochi, ma per così dire li contornavano. Spiccava fra costoro un molle spilungone interamente vestito di nero, la testa coperta di un panama a barca con flosce ali palpitanti e un largo crespo nero intorno al cocuzzolo, il quale doveva avere funzioni di agonoteta o atloteta, o ellanodico, ossia arbitro dei giochi, perché si dava un gran da fare a misurare con una mazzetta di bambù i salti in lungo e quelli in altezza, a controllate steso per terra il «ponte schiacciato» di due campioni di lotta grecoromana, a tentare le enormi palle nere dei sollevatori di pesi, quasi volesse soppesarle. Sentii dire intorno a me che costui era il figlio di Enrico Schliemann.

Sei anni prima: il 26 dicembre 1890, l'archeologo Enrico Schliemann era morto a Napoli. Il luogo di questa archeologica morte può sembrare fortuito, ma in verità non è affatto tale. Schliemann risiedeva abitualmente ad Atene ma dopo che ebbe scoperte Troia e Micene, altre città sepolte lo attiravano, e particolarmente Ercolano. Schliemann «sentiva» le città sotterrate come il raddomante sente la colonna d'acqua che circola dentro l'oscuro viscere della terra. Gaspare Casella, l'erudito libraio di Napoli, mi mostrò un giorno le lettere nelle quali Schliemann offriva di condurre a termine a sue spese il dissotterramento della città dedicata a Ercole. La Minerva, come si diceva in quel tempo per indicare il Ministero dell'Istruzione Pubblica, ricusò l'offerta per ovvie ragioni di dignità nazionale; ma non è significativo tuttavia che Schliemann sia venuto a morire a Napoli, come il cane fedele sulla tomba del padrone, presso la misteriosa città che lo chiamava di sotto i quindici metri della sua coltre di lava?

“Venganza póstuma”  
(*Ls/Fs*, I, 12, 1941, 30-31)

Después de una pausa de quince siglos, los juegos olímpicos volvieron a celebrarse en 1896. Aunque muy pequeño, tuve la dicha de presenciar la inauguración de estos juegos, que ya no son panhelénicos, sino ecuménicos. Todavía no estaba lo suficientemente versado en los misterios del atletismo para poder interesarme por la técnica de las competiciones, y lo más me atraía de ellos eran los movimientos al margen, las operaciones de algunos personajes que no tomaban parte en los juegos pero que los rodeaban, por decirlo así. Entre estos personajes descollaba un hombre flaco y muy alto, completamente vestido de negro, con la cabeza cubierta con un “pánama” de blandas alas que oscilaban al moverse y una ancha cinta de crespón negro alrededor de la copa, el cual debía de desempeñar funciones de “agonoteta”, “aloteta” o “helanódico”, o sea, árbitro de los juegos, porque siempre estaba atareado midiendo con una vara de bambú los saltos de longitud y los de altura, comprobando, tendido en el suelo, el “puente” de los campeones de lucha grecorromana, y tocando las enormes bolas negras de los levantadores de peso como si quisiera sopesarlas. A mi alrededor oí decir que este individuo era el hijo de Enrique Schliemann.

Seis años antes, el 26 de diciembre de 1890, el arqueólogo Enrique Schliemann había muerto en Nápoles. El lugar de esta muerte arqueológica puede parecer fortuito; pero, en realidad, no lo es. Schliemann residía habitualmente en Atenas; pero después que descubrió Troya y Micene, le atraían otras ciudades sepultadas, y especialmente Herculano. Schliemann “sentía” las ciudades enterradas igual que el rdomante siente la vena de agua que circula por el interior de oscuras vísceras de la tierra. Gaspar Casella, el librero erudito de Nápoles, me enseñó un día las cartas en las que Schliemann se ofrecía a llevar a cabo a su costa los trabajos de la ciudad de Hércules. La *Minerva*, como se decía en aquel entonces para indicar el Ministerio de Instrucción Pública, rechazó la oferta por razones obvias de dignidad nacional; pero ¿no es significativo hecho de que Schliemann fuera a morir a Nápoles como un perro fiel junto a la tumba de su amo, junto a la misteriosa ciudad que lo llamaba desde debajo de quince metros de su manto de lava?

Andrea De Chirico (Quintilio Maio)

In Atene, questo idealista dell'archeologia, aveva lasciato la vedova, il figlio perticone, e l'*Iliou Mèlathron*, il suo palazzo di via dell'Università ch'egli si era fatto edificare a imitazione dei palazzi della città di Priamo.

Raccolto un grosso patrimonio nell'esercizio di varie industrie in Olanda, in Russia e persino in America, Schliemann era finalmente venuto in Grecia, terra dei suoi sogni. Vestito come un cacciatore di farfalle, egli camminava le sordide viuzze del quartiere Colonachi, il «Piccolo Colono» ove Edipo cieco arrivò guidato per mano da sua figlia Antigone, quando vide sulla soglia di una casipola una fanciulla scalza e succinta, che, una spazzola a sandalo infilata al piede, lavava il pavimento con acqua e sapone, e con un ritmo, uno slancio, un fuoco da danza panatenaica.

L'omerista guardò a luogo la *core* succinta, poi entrò di corsa nella casipola, e ai genitori di quella Nausica plebea dichiarò seduta stante che la voleva sposa.

Mise però dei patti. Il matrimonio si farebbe di lì a un anno, e quando la fanciulla, che aveva fatto sì e no la terza elementare, gli sapesse recitare a memoria cinque libri dell'*Iliade*.

In capo al dodicesimo mese, Sofia Engastròmenos (strano nome che letteralmente significa Sofia la gravida) si trovò fedele al patto, e l'unione fu saldata fra lo scopritore di Troia e di Micene e colei che non solo fu sposa e madre esemplare, ma anche la più alacre, e intelligente, e dotta collaboratrice dell'archeologo geniale.

Nel gennaio 1916, il contrammiraglio von Hopmann ebbe l'incarico dal Ministero della Marina germanica di riorganizzare l'armata turca che navigava in cattive acque, e a questo fine partì da Berlino alla volta di Costantinopoli. Di questa e di altre missioni da lui assolte durante la Prima guerra mondiale, il contrammiraglio von Hopmann narra le vicende in un suo diario denso di fatti e caldo d'interesse.

Una sera, accoccolato nel mio lettuccio monastico, mentre fuori il vento ululava negli alberi di Villa Svezia, a Roma, io, due dita fuori della coltre, chiuso nell'imbuto luminoso della lampadina notturna, mi stavo assaporando il *Diario di Guerra* del contrammiraglio von Hopmann, quando, come il pellegrino che traversa la baia del San Michele di Normandia si trova d'un tratto in mezzo alle sabbie mobili, io pure d'un tratto mi trovai in mezzo alle insidie di cui è sparso il capitolo dedicato dall'autore al suo soggiorno in Turchia.

Este idealista de arqueología había dejado en Atenas su viuda, su larguirucho hijo, y el *Ilíou Melathron*, su palacio de la calle de la Universidad, que había hecho construir imitando los palacios de la ciudad de Príamo.

Habiendo reunido un buen patrimonio con el ejercicio de diversas industrias en Holandas, en Rusia y hasta en Américas, Schliemann había ido a parar finalmente a Grecia, la tierra de sus sueños. Paseaba vestido como un cazador de mariposas por las sórdidas callejuelas del barrio Colonachi, el "Pequeño Colono", adonde llegó Edipo ciego guiado de la mano de su hija Antígona, cuando vio en el umbral de una casucha muchacha descalza y casi desnuda, que, con cepillo sujeto al pie, fregaba el suelo con agua y jabón y con un ritmo, un brío y un fuego de danza panatenaica.

El homerista se quedó mirando largo tiempo a la *core* casi desnuda, después, entró corriendo en la casucha y declaró a los padres de aquella Nasica plebeya, sobre la marcha, que la quería por esposa.

Sin embargo, impuso condiciones. El matrimonio se habría de celebrar al cabo de un año, y cuando la muchacha, que había pasado mejor o peor la tercera clase elemental, supiera recitarle de memoria cinco libros de la *Iliada*.

Al cabo de los doce meses, Sofía Engastrómenos (extraño nombre, que literalmente significa Sofía la embarazada) se encontró fiel al pacto, y quedó sellada la unión entre el descubridor de Troya de Micene, y que no sólo fue esposa y madre ejemplar sino también la colaboradora más activa, inteligente y docta del genial arqueólogo.

En enero de 1916, el contraalmirante von Hopmann recibió del Ministerio de Marina el encargo de reorganizar la armada turca, que no estaba en buenas condiciones, y a este fin partió de Berlín para Constantinopla. De esta misión y de otras llevadas a cabo por él durante la primera guerra mundial, el contraalmirante von Hopmann cuenta todos los detalles en diario denso de hechos y de interés. Una noche, acurrucado en mi lecho monástico, mientras fuera el viento aullaba en los árboles de la Villa Svezia en Roma, saboreaba yo, con dos dedos fuera del embozo y en el cono luminoso que proyectaba la lámpara nocturna, el *Diario de guerra* del contraalmirante von Hopmann, cuando, igual que el peregrino que atraviesa la bahía del San Miguel de Normandía y se encuentra improvisadamente en medio de arenas movedizas, yo también me encontré de repente en medio de las insidias de que está lleno el capítulo que dedica el autor a su estancia en Turquía.

Lessi:

«Il giorno dopo partii da Cianak per fare una corsa a Hissarlik, luogo dell'antica Troia. Là, per alcune ore, ci sentimmo separati dal caos del mondo contemporaneo, e mentre dalla collina su cui sorgeva Ilio i nostri occhi spaziavano sulla pianura troiana, quelli della mente, la popolavano dei carri di combattimento di Achille e di Ettore, e delle tende dell'accampamento di Agamennone.

«La visita dell'acropoli offriva molto di più di quanto io mi aspettassi. Benché la piccolezza della collina sulla quale sorgeva l'acropoli mi fosse causa di stupore (non più di 200 metri di diametro) gli scavi a trincea consentivano di scorgere chiaramente i resti dei successivi strati lasciati dalle varie civiltà che si erano sovrapposte in quel luogo. Una granata della nave da battaglia inglese *Agamemnon* era andata a battere la sacra collina e le si era conficcata nel fianco ...».

Non lessi più avanti. Le idee mi tumultuarono in testa. Ilio colpita da una granata dell'*Agamemnon*! Agamennone che scavalca i tempi. Traversa l'invenzione delle armi da fuoco, si serve di cannoni di grosso calibro! Il maggiore degli Atridi che nell'anno 1916 dopo Cristo domina i mari! E la sua nave non è più nera e «dall'azzurra prora» come la chiama Omero, ma grigia del grigio dell'acciaio! E che odio è mai questo del re di Micene, che dopo trentadue secoli non si è ancora placato? Nemmeno il passaggio di razza lo ha attenuato. E basta forse lo squisito ellenismo di Oxford a giustificarlo?

Si dice che le anime passano da un corpo in un altro corpo, ma che trasmigrassero pure nelle cose, negli oggetti, nei navigli, io lo ignoravo. Maurizio Renard dice che l'anima malvagia del dottor Lerne era passata nella sua automobile, la quale per effetto di questo passaggio impazzì, diventò omicida, e finalmente, inorridita di se stessa, si buttò contro un muro e terminò la sua nefasta esistenza in un mucchio di ferramenta e di olio bruciato. Più che giusto dunque che l'anima di un re – e di quale re! – fosse passata in una corazzata e l'animasse di sé. Poteva l'anima del maggiore degli Atridi passare in un bragozzo, in una tartana, in una barchetta? Maestoso, solitario, irto di cannoni. Agamennone naviga i mari verdi. Delfini scortano la sua prora.



Y leí:

“Al día siguiente salí de Chanak para ir rápidamente a Hissarlik, donde estuvo la antigua Troya. Allí nos sentamos durante algunas horas separados del caos del mundo contemporáneo, y mientras desde colina donde se alzaba Ilio nuestros ojos recorrían la llanura troyana, los de la imaginación poblaban aquella de los carros de combate de Aquiles y de Héctor y de las tiendas del campamento de Agamenón.

“La visita a la Acrópolis ofrecía mucho más de lo que yo podía esperar. Aunque la pequeñez de la colina en la que surgía la Acrópolis me causara asombro (no más de 200 metros de diámetro), las excavaciones en trincheras permitían ver claramente los restos de los varios estratos que dejaron las diversas civilizaciones que se sucedieron en aquel lugar. Una granada del buque de guerra inglés había ido a caer en la colina sagrada, hundiéndose en uno de sus lados.”

No seguí leyendo. Las ideas se agolpaban en mi cabeza. ¡Ilio alcanzada por una granada del *Agamenón*! ¡Agamenón que pasa sobre el tiempo, atraviesa la invención de las armas de fuego y se sirve de cañones de gran calibre! ¡El mayor los Atridas que en el año 1916, después de Jesucristo, domina los mares! ¡Y su buque ya no negro y “de proa azul”, como lo llama Homero, sino gris, de un gris acero! ¿Qué odio es éste del Rey de Micene, no aplacado todavía después de treinta y dos siglos? No ha atenuado ni siquiera el cambio de raza. ¿Acaso basta para justificar el exquisito helenismo de Oxford?

Se dice que las almas pasan de un cuerpo a otro, pero yo ignoraba que transmigrasen también a las cosas, a los objetos a las naves.

Mauricio Renard dice que el alma malvada del doctor Lerne había pasado a su automóvil que, por efecto de este paso, enloqueció, se volvió homicida, y, finalmente, horrorizado de sí mismo, se lanzó contra un muro y terminó su nefasta existencia en un montón de hierros y de aceite quemado. Era, pues, más que justo que el alma de un Rey – ¡y de qué Rey! – hubiera pasado a un acorazado, transfundiéndole su propio ser ¿Podía el alma del mayor de los Atridas pasar a una barca de pesca, a una tartana o a un bote? Majestuoso, solitario y erizado de cañones, navega Agamenón por mares verdes. Los delfines escoltan su proa.

Lampeggia il sole sulla sua corazza. Nembi si attorciano alla tua torre centrale. Un ululo lacerante, un grido di leone marino esce talvolta dal suo fianco e si perde nel liquido deserto. I lunghi cannoni affiancati si muovono lentamente, girano assieme con la torretta: chiocciole enormi che hanno tirato fuori le corna, tre dita che guardano con gli occhietti piantati in cima all'ultima falange, tre bocche in cerca di cibo.

Sono secoli, epoche, ere che Agamennone va cercando la sua vendetta. Se la studia, se la cova, se la matura. Un giorno, col favore del tempo che putisce di morte, Agamennone scopre la terra odiata. Si avvicina alla riva arenosa, all'arido piano, al monticolo nudo e bianco come un osso calcinato, ferito verticalmente dai tagli delle trincee archeologiche. Agamennone ride. Si riconcentra nel suo acciaio. Un lampo sulla bocca del cannone che scatta in avanti e nell'istante medesimo rincula, un globo di fumo, un rombo che s'arrotola come tappeto sul mare e sulla terra, e Agamennone, il re che non dimentica, il re vendicativo come un elefante, il re che ha trasformato le sue braccia in cannoni da 281, il re che «se l'è legata al dito», colpisce la sua vittima morta trentadue secoli addietro, le dà questo ritardatissimo colpo di grazia.

Inutile crudeltà. Vigliaccheria che nella storia della viltà umana non ha l'eguale. Non ha arrossito quel re, non ha impallidito di vergogna sotto le sue pesanti squame d'acciaio, per la disparità delle armi, per aver colpito col ferro, col fuoco e *a distanza* quella terra vecchissima, quella terra fragilissima, quel povero scheletro, quel fossile, che pur quando era giovane e gagliarda era abituata alle armi naturali, alla lotta diretta, ai guerrieri che combattono *con le mani*? Tu spari il cannone, o re, per uccidere un'allodola. Che strazio, povera terra, nel tuo fianco di vecchio scheletro, quel proiettile enorme, fragoroso e carico di fiamme, di acciaio e di aria attossicata! Guai a te, Agamennone, re della codardia! Io non temo l'acciaio sotto il quale ti nascondi. Con quale arma un uomo, un uomo solo, può colpire una corazzata? Datemi la prima che capita, datemi un tubo di gomma magari, un tagliacarte. Sempre fosti vigliacco. Conosci Virgilio? Senza la frode non saresti entrato nella città di Priamo, non avresti uccisi i nostri padri. Guai a te. Agamennone! Un'arma! Un'arma! Un'arma!

Su coraza refleja los rayos del sol. Nubarrones nimban su torre central. Un alarido lacerante, un grito de marino sale tal vez de su costado se pierde en el desierto líquido. Los largos cañones acoplados se mueven lentamente y giran a la vez que la torreta; enormes caracoles que han sacado los cuernos: tres dedos que miran con los ojos, puestos en lo más alto de su última falange; tres bocas que buscan alimento.

Hace siglos, épocas, eras, que Agamenón va en busca de su venganza. La estudia, la incuba, la madura. Un día, a favor del tiempo, que hiede de muerte, Agamenón descubre la odiada tierra. Se acerca a la orilla arenosa, a la árida llanura, al montículo desnudo y como un hueso calcinado, herido verticalmente por de las trincheras arqueológicas. Agamenón ríe. Se reconcentra en su acero. Un relámpago en la boca del cañón, que salta hacia adelante y el mismo instante retrocede; un globo de humo, un ruido que se extiende como una alfombra sobre el mar y la tierra, y Agamenón, el Rey que no olvida, el Rey vengativo como un elefante, el Rey que ha transformado sus brazos en cañones del 281, el Rey que “hizo un nudo en el pañuelo”, hiere a su víctima, muerta hace treinta y dos siglos, y le da este atrasadísimo golpe de gracia.

Crueldad inútil. “Cobardía que no tiene igual en la historia de la vida humana. ¿No enrojeció el Rey, no palideció de vergüenza bajo pesadas escamas de acero, por la disparidad de las armas, por haber herido con hierro, fuego y a *distancia* aquella tierra viejísima, aquella tierra frágil, aquel pobre esqueleto, aquel fósil que hasta cuando era joven y gallarda estaba acostumbrada a las armas naturales, a la lucha directa, a los guerreros que combaten con las manos? Tú, ¡oh Rey!, disparas un cañón para matar una alondra.

¡Qué destrozos hizo en ti, pobre tierra, tu costado de viejo esqueleto, aquel proyectil enorme, fragoroso y cargado de llamas, de acero y de aire atosigado! ¡Ay de ti, Agamenón, Rey de la cobardía! No temo yo el acero bajo el que te escondes. ¿Con qué arma puede un hombre, un hombre solo, herir a un acorazado? Venga la primera que halléis a mano, venga, aunque sea un frasco de goma, una plegadera. Siempre fuiste un cobarde. ¿Conoces a Virgilio? No hubieras entrado sin trampa en la ciudad de Príamo y no hubieras asesinado a nuestros padres. ¡Ay de ti, Agamenón!... ¡Un arma! ¡Un arma! ¡Un arma!...

Quando alle otto Maria entrò nella mia camera col caffè e il giornale, il raggio della lampadina notturna lividamente illuminava il mio sonno. Ai piedi del mio letto giaceva il *Diario di Guerra* del contrammiraglio Hopmann.

Gli articoli di terza pagina di solito io li leggo per ultimo e soltanto se il tempo mi avanza. Ma come resistere a un titolo che suona così: «La guerra di Troia non è ancora terminata», e soprattutto dopo gli avvenimenti che avevano sconvolta la mia notte? L'articolo diceva a un dipresso questo:

«Hissarlik non è Troia. Contro l'affermazione di Schliemann e dei suoi discepoli Dörpfeld e Brückner, il signor Charles Vellay mobilita Omero, la strategia e l'archeologia. La Troia di cui parla Omero è grandissima, alta, costituita dell'acropoli e della città bassa, che i capi troiani traversavano ogni volta che uscivano dai loro palagi per scendere al piano ad affrontare il nemico. La Troia di Omero è circondata di fiumi. Innumerevoli erano i combattenti, il che richiede molto spazio davanti alla città e a settentrione di essa, tra le mura di Troia e il campo dei Greci addossato all'Ellesponto. Hissarlik non risponde a queste condizioni. Hissarlik ha dato pochi ruderi e mediocri un frammento di muro lunato, non vestigia di acropoli né di città. Gli strati sovrapposti testimoniano, sì, l'esistenza di antichissimi agglomerati preachei, ma così piccoli da coprire poco più di due ettari. È appena un villaggio, non una città potente e che su le altre dell'Asia Minore esercitava una incontrastata sovranità. Come avrebbe resistito per dieci anni quel villaggio alle forze associate di tutta la Grecia? Nella stessa regione di Hissarlik, altri campi di rovine meritano con maggior diritto l'onore di essere «ciò che rimane della grande e regale città». Quanto a strategia, Hissarlik non è collocata «a un'altezza inespugnabile». La distanza che separa Hissarlik dalla riva dell'Ellesponto è troppo breve, per dare campo a quelle memorabili battaglie. Ed ecco un particolare che dovrebbe eliminare ogni dubbio: a fine di spiare le mosse dell'esercito greco, i Teucri spedirono fuori della città un emissario chiamato Polites. Ora, se Troia fosse stata Hissarlik, la missione di Polites non aveva ragione d'essere, perché dall'altura di Hissarlik *la vista spazia liberamente fino all'Ellesponto*, ossia sull'insieme del campo greco...».

Cuando a las ocho entró María en mi habitación con el café y el periódico, los rayos de la lámpara de noche iluminaban mi sueño. A los pies de la cama yacía el *Diario de Guerra* del contraalmirante Hopmann.

Los artículos literarios los leo por lo general, lo último, y solo si me sobra tiempo. Pero, ¿cómo resistir a un título que dice así: “La guerra de Troya no ha terminado aún”, y sobre todo después de cuanto me había desasosegado aquella noche? El artículo decía, aproximadamente, esto:

“Hissarlik no es Troya. Contra la afirmación de Schliemann y de sus discípulos Dörpfeld y Brückner, el señor Charles Vellay moviliza a Homero, la estrategia y la arqueología. La Troya de que habla Homero es enorme, alta, constituida por la Acrópolis y la ciudad baja, que atravesaban los jefes troyanos siempre que salían de sus palacios para descender a la llanura a enfrentarse con el enemigo. La Troya de Homero está rodeada de ríos. Los combatientes eran innumerables, lo que exige mucho espacio ante la ciudad y al norte de la misma, entre las murallas de Troya y el campamento de los griegos, adosado al Helesponto, Hissarlik no responde a estas condiciones. Hissarlik ha proporcionado pocas ruinas, y éstas mediocres, un fragmento de muralla circular, pero nada de vestigios de Acrópolis ni de ciudad. Los estratos superpuestos testimonian, sí, la existencia de aglomerados preaqueos antiquísimos, pero tan pequeños que cubren poco más dos hectáreas. Es apenas un pueblo, no una ciudad poderosa y que ejercía su soberanía indiscutida sobre las demás del Asia Menor.

¿Cómo hubiera resistido semejante pueblo durante diez años a las fuerzas aliadas de toda Grecia? En la misma región de Hissarlik otros campos de ruinas que merecen, con mayor derecho, el honor de ser “lo que queda de la grande y regia ciudad”. En cuanto a estrategias, Hissarlik no está situada “en una altura inexpugnable”. La distancia que separa Hissarlik de las orillas del Helesponto es demasiado pequeña para ofrecer un campo a aquellas batallas memorables. Y además hay un detalle que habría de eliminar toda duda: con el fin de espionar los movimientos del ejército griego, los turcos enviaron fuera de la ciudad a un emisario llamado Polites. Ahora bien: si Troya hubiera sido Hissarlik, la misión de Polites no hubiera tenido razón de ser, porque desde la altura de Hissarlik *la vista se extiende libremente hasta el Helesponto*, o sea, sobre todo el conjunto del campo griego...”

Andrea De Chirico (Quintilio Maio)

Il giornale mi cadde di mano e andò a posarsi accanto al *Diario* del contrammiraglio Hopmann.

*Ubi Troia fuit?* Non si sa. Non là in ogni modo ove Schliemann credeva che fosse.

E la granata dell'*Agamemnon* allora, quella «inutile vendetta?».

Che l'uomo sbagli, *errare humanum est*. Ma che sbagli una granata...

Andrea De Chirico (Quintilio Maio)

El periódico se cayó de las manos y fue a parar junto al *Diario* del  
contraalmirante Hopmann.

*Ubi Troia fuit?* No se sabe.

En todo caso, no donde Schliemann creía que estaba.

“Uomo eterno”  
(L/F, III, 7, 1943, 17-19)

Eònio nacque il 25 agosto 1791. I bambini vengono al mondo imbronciatissimi, la loro prima emissione di voce è un grido non si sa se di dolore, di stupore o di ribellione. Il piccolo Eònio invece non solamente non gridò né di dolore né di stupore né di ribellione, ma venne al mondo col sorriso sulle labbra. Così assicuravano di poi come un miracolo e la sora Rosa, la levatrice che aveva aiutato il piccolo Eònio a varcare la difficile soglia della vita, e la stessa sua madre la quale, a trovarsi tra le braccia stanche quella specie di salume roseo brillante di gioia, le sembrò in quella camera buia di aver dato alla luce il seme stesso della luce. Col togliere il piccolo Eònio all’oscuro mondo prenatale e introdurlo nel chiaro mondo delle creature vive, sembrava che i suoi genitori avessero esaudito un suo desiderio profondo e antichissimo: un desiderio che egli covava fin dai primordi della vita animale. Le teorie degli stoici, le dolenti figurazioni di Michelangelo, gli accenti amarissimi di Leopardi sulla vita come dolore ebbero dal piccolo Eònio la più recisa smentita. Un’aura di felice meraviglia si formò intorno al felice bambino e andava via via allargandosi, e poiché anche la gioia come il dolore è contagiosa, anelli di gioia sempre più larghi circondarono la vita del piccolo Eònio e intorno a lui per un largo raggio ogni cosa gioiva. Suo padre a vederlo così fisicamente e metafisicamente florido impose al suo figliolo questo nome Eònio che oggi suona strano ma a lui riusciva chiarissimo perché al tempo suo le lingue classiche si studiavano profondamente ed «eònio» in greco significa «eterno». Il padre di Eònio oltre a ciò praticava la magia dei nomi a ragion veduta aveva messo nome alla sua prima figliola Lucia perché essa gl’«illuminasse» la casa, altrettanto intenzionalmente aveva chiamato Andrea il suo figlio primogenito a fine di mettersi in famiglia un uomo gagliardo da potersene servire a un bisogno contro prepotenti e sopraffattori. Di questi tre nomi tuttavia egli preferiva Eònio, prima perché questo nome gli era stato ispirato dalla eccezionalità stessa del suo figliolo, poi perché questo nome egli se lo era inventato da sé come un piccolo ma nuovo strumento di magia. Eònio era un augurio come tale era iperbolico, perché la pratica augurale insegna che bisogna augurare molto per ottenere poco; ma diversamente dalla massima parte degli auguri che falliscono, l’augurio con-



tenuto nel nome di Eònio attecchì; in altre parole la sorte prese alla lettera l'augurio che il padre di Eònio aveva inteso mettere nel nome di suo figlio, ed Eònio diventò veramente «eterno».

Quando Eònio entrò nel suo quarto anno di vita, la luce in casa d'improvviso si spense, cioè a dire che Lucia a sette anni morì all'alba di un giorno di maggio di febbri perniciose. Quanto ad Andrea, fratello maggiore di Eònio, colui che nell'augurio paterno doveva diventar il Telamone della famiglia, egli veniva su cachettico, aveva una testa grossa e «inutile» simile a quelle coluquinte che giacciono enormi negli orti e gli ortolani finiscono per gettare ai maiali, gambe sottili come cannuce; a sei anni infermò degli arti, non fu più capace né di camminare né di afferrare il minimo oggetto con quei ditini molli e come ripieni di stoppa, e passò il rimanente dei suoi giorni in un sedione a rotelle. Rimase il piccolo Eònio, che sembrava aver succhiato la vita e della sorellina morta e del fratello paralitico, ed era come un piccolo sole, domestico e ridotto alla misura di un bambino, che spande luce, e calore, e forza intorno a sé.

A quindici anni Eònio era un ragazzo stupendo, lustro come una maiolica, raggiante di vitalità.

Nuove idee percorrevano il mondo e come brividi universali fremevano nella società i tempi nuovi. Eònio nonché partecipar a questo fremito, sembrava che egli stesso lo ispirasse e che in lui vivesse già formato e presente l'avvenire.

A vent'anni Eònio prese moglie. Era giunto al massimo dello splendore. Gli anni passavano e lo splendore fisico di Eònio non accennava a spegnersi. Egli rimaneva fermo nella magnificenza dei suoi vent'anni: il sole era arrestato allo zenit.

Aveva sposato una fanciulla di due anni più giovane di lui. Ebbero dei figli. Padre, l'aspetto giovanile di Eònio dava maggiormente all'occhio. Sua moglie ammirò e per alcuni anni fu abbagliata da quella luce giovanile, poi rimproverò Eònio in principio scherzosamente, in seguito con sempre minore amenità di sembrare ancora un bambino. «Con quella faccia, gli diceva, né io né gli altri ti possiamo prendere sul serio». Per darsi un aspetto più grave in accordo con la sua età (Eònio era arrivato ai trent'anni e i trent'anni, nel secolo passato, erano la soglia della vecchiezza) Eònio pensò di lasciarsi crescere la barba. Ma la barba non gli spuntava, la pelle della sua splendida faccia si conservava irrimediabilmente liscia. Non meno splendido della sua faccia era il suo entusiasmo per la

vita, la sua «adesione» all'esistenza. La stessa vittoriosa marcia di Napoleone attraverso l'Europa sembrava che attingesse forza e fortuna da lui; e quando l'«aquila» fu domata e il mondo si posò sulla torbida pace della Santa Alleanza, sembrava ancora che l'unica sorgente di audacia, di avvenire, di «rivoluzione» fosse lui: Eònio; lui: l'«eterno».

Intanto i suoi figli crescevano ed era morto nel frattempo suo padre, era morto suo fratello Andrea il paralitico. Quando Eònio ebbe quarant'anni, il suo figlio primogenito entrò nel suo ventesimo anno e nessuno voleva credere che fossero padre e figlio: li scambiavano per fratelli. Peggio capitò alla moglie di Eònio che aveva due anni meno di lui, e che tutti ormai vedendoli assieme scambiavano per sua madre: per sua madre morta.

L'uomo «eterno» continuò a vivere, a portare in giro il suo splendido corpo, la sua faccia, raggiante. Ma qualcosa si andava spegnendo in lui: qualche cosa *che non si vede*. I rapporti tra lui e la vita si allentarono a poco a poco, cessarono allorché gli anni di questo miracoloso «ventenne» ebbero superato l'età oltre la quale l'uomo non si sente più «contemporaneo» degli uomini in mezzo ai quali vive, delle cose che lo circondano. Eònio si astrasse dalla vita. Non diede segno non dico di voler partecipare, ma di capire, di sentire il grande travaglio che a poco a poco e faticosamente formava nuove nazioni e una volta ancora mutava la faccia del mondo civile. Si ricordava soltanto dei suoi genitori morti? Si ricordava soltanto dei suoi fratelli morti? Si ricordava soltanto di sua moglie morta? Si ricordava soltanto dei suoi figli morti questo miracoloso «ventenne»?

Eònio era rimasto giovanissimo e solo: lontano dalla vita, dalla «sua» vita. I nipoti, i figli dei suoi figli lo avevano abbandonato: diffidavano di questo mostro di gioventù che distanziava le generazioni. Fu preso «in affitto» da un impresario che per vent'anni, dal 1880 al 1900, lo portò in giro per il mondo, esibiva nelle fiere questo centenario che aveva conservato il fisico del ventenne e la sera, terminato lo spettacolo, gli copriva bene testa con un cappuccio per fargli traversare la città e ricondurlo in albergo.

Eònio era assente da tutto ormai. Ricordava ancora?

Morto anche l'impresario che lo portava in giro, spenta nel pubblico la curiosità per il «fenomeno», Eònio fu ricoverato in un ospizio per i vecchi; e faceva uno strano vedere quel ventenne fresco come un fiore ancor bagnato di rugiada tra vecchi il più giovane dei quali aveva settant'anni d'età, ed era il loro decano.

Venne la grande guerra, gli echi della tragedia arrivavano anche a quei vecchioni, spargevano l'ansia e secondo i casi la speranza o la disperazione: ma speranza e disperazione morivano ai piedi di quel «ventenne» che se ne stava chiuso nella sua splendida e mostruosa giovinezza, come la statua nel marmo.

Venne l'ottobre 1918. La notizia scoppiò in mezzo alla città e tutta la sconvolse. Squillarono le campane, ulularono le sirene, urlarono gli uomini di gioia. Anche nel gerontocomio i vecchi balbettarono di gioia attraverso le canne arrugginite e talune guaste delle loro gole; e trascinati dal giubilo corsero a dare la grande notizia della pace anche a Eònio. Ma lo trovarono che dormiva.

Eònio dormiva e sognava. E nel sogno aveva ritrovato la sua mamma in fondo a quella sua vita, senza più vita ormai, il suo babbo, il suo fratello paralitico, la sua sorella morta a sette anni, e la sua moglie, i suoi figlioli: aveva ritrovato il «suo» tempo, la «sua» gente, la «sua» vita.

E i vecchi che lo circondavano e lo guardavano dormire, assistero a un «terribile» miracolo: videro la mostruosa gioventù di quel corpo disfarsi a vista d'occhio, videro quel corpo raggrinzirsi, rattrappirsi, dissugarsi, ridursi a scheletro.

Dal sogno Eònio era trapassato nella morte.

Ma trapassare dal sogno nella morte non è forse il destino comune di tutti noi?



INDRO MONTANELLI

“Oggi a Farsalo con Cesare”  
(*L/F*, II, 11, 1942, 15-17)

Farsalo, 10 agosto del 48 a. C.

Stendiamo queste rapide note seduti sull'orlo di un fossatello scavato in mezzo al campo che ieri vide la disfatta completa e irreparabile delle armi pompeiane, ieri quinto giorno avanti gli idi del mese sestile. Il castrò è ancora quasi deserto: i cesariani sono intenti a inseguire e a ripulire il terreno degli ultimi resti avversari, rifugiatisi nella notte dapprima sull'altura di Alogofati, e poi sulle colline di Rizi e Sciatecli, nella vana speranza di scampare con l'aiuto delle tenebre verso Larissa. Prevenendo questo estremo tentativo, Cesare in persona ha con fulminea azione condotto quattro delle sue legioni a imbottigliare il passaggio dell'Epiro: le sei miglia che lo separano da questa gola montagnosa sono state coperte in meno d'un'ora dalla truppa galvanizzata dalla certezza della vittoria. I pompeiani, trovatisi presi nella sacca, hanno cercato ancora una possibilità di salvezza nella scalata del Karagia-Ahmet, un monticello isolato che un'ansa dell'Eniseo circonda: posizione adatta alla difensiva e capace, se saldamente tenuta, di rendere gli occupanti padroni del passaggio del fiume. Ma Cesare, durante la notte, senza concedere un minuto di tregua all'avversario né un attimo di riposo ai suoi soldati, ha mozzato il troncone roccioso isolandolo dal fiume e dal resto della catena montagnosa con opere di scavo. Sul fare dell'alba l'attacco è cominciato. I pompeiani si sono difesi strenuamente e tuttora si stanno difendendo. Ma, secondo notizie che arrivano dalla linea, essi sono allo stremo e si attende la loro resa da un momento all'altro. Corre anche voce che Pompeo stesso sia caduto. Comunque, è certo che nessun ostacolo si frappone più oramai al trionfo completo di Cesare. A noi non resta che cercare di riassumere, retrospettivamente, le vicende di questa clamorosa battaglia destinata a passare alla storia.

Da oltre un mese i due eserciti si scrutavano negli occhi, uno di qua, l'altro di là dal fiume, nessuno dei due osando prendere l'iniziativa, cioè nessuno dei due osando lasciare la difensiva.

“Hoy en Farsalia con César”  
(*Ls/Es*, III, 25, 1942, 10-11)

Trazamos estas notas rápidas sentados al borde de un arroyo en medio del campo que vio ayer la derrota completa e irreparable de las armas de Pompeyo: ayer, día quinto antes de los idus el sexto mes. El castro está aún casi desierto: los soldados de César están ocupados en perseguir y limpiar el terreno de los últimos restos adversarios que la noche anterior se refugiaron en la altura de Alogopati, y luego en las colinas de Rizi y Sciatecli, con la vana esperanza de huir hacia Larisa con ayuda de las tinieblas. Previendo esta última tentativa, César en persona ha llevado fulminantemente a cuatro de sus legiones para embotellar el paso del Epiro: las seis millas que lo separan de esta garganta montañosa han sido cubiertas en menos de una hora por las tropas galvanizadas con la certidumbre de la victoria. Los soldados de Pompeyo, al verse encerrados en la bolsa, han buscado todavía una posibilidad de salvación escalando el Karagiá-Ahmet, un montículo aislado al que rodea uno de los recodos del Enipeo; posición adecuada para la defensiva y capaz de hacer a sus ocupantes – si la mantienen sólidamente – dueños del paso del río. Pero César, durante la noche, sin conceder un minuto de tregua a sus soldados, ha cortado el macizo rocoso aislándolo del río y del resto de la cadena montañosa, mediante trabajo de excavación. Al despuntar el alba ha comenzado el ataque. Los de Pompeyo se han defendido tenazmente y continúan defendiéndose todavía. Pero, según noticias que llegan de la línea de batalla, se hallan en sus últimos momentos y se espera su rendición de un instante a otro. Corre también la voz de que el mismo Pompeyo ha caído. En todo caso lo cierto es que ninguno obstáculo se opone ya al triunfo completo de César. A nosotros no nos queda más que resumir retrospectivamente las alternativas de esta clamorosa batalla destinada a pasar a la Historia.

Hace ya más de un mes que los dos ejércitos se espían mutuamente sus movimientos, uno a este lado, y otro al lado opuesto del río, no atreviéndose a tomar la iniciativa ninguno de los dos, o sea sin que ninguno de ellos osara abandonar su posición defensiva.

Primo a giungere in questa piana rossa di ferro e gialla di sole fu Cesare, in ritirata dopo gl'inausti fatti d'arme del 27 e 28 maggio presso Durazzo. Come ricorderete, il 29 era cominciata per lui una catabasi affannosa pungolata per quattro giorni dalle cavallerie pompeiane sguinzagliate all'inseguimento. Solo al principio del quinto giorno, il 3 giugno, a Melisopetra, l'inseguimento era cessato, Pompeo avendone riconosciuta la vanità e avendo accolto il saggio consiglio di Afranio di lasciare l'avversario disfarsi in quel territorio a lui straniero ed ostile. Infatti, Cesare, abbandonato l'esercito a Malisopetra sotto il comando di Silla, si era precipitato con una scorta di pochi uomini ad Apollonia per tentare di rimettersi in comunicazione con Vatinio restano a Brindisi e sollecitare aiuti. Impeditone dal rigido blocco della flotta pompeiana, era caduto in preda ad inquietudini e rimorsi che lo spinsero perfino a confessare ai suoi soldati – se devo credere ad Appiano che lo ha seguito – l'errore strategico commesso lasciandosi inchiodare nella melma delle stagnanti basse albanesi, deleterie al fisico e al morale della sua truppa. Ma subito si riprese. E, a sera del giorno dopo, riassorbita la legione che aveva scortato le impedimenta e i feriti del Mai Lales, ripartì, raggiunse l'esercito a Melisopetra e, ripresone il comando, lo guidò sulla via di Giànina e di Mèzzovo.

Il problema più urgente era, per il momento, quello di ricongiungersi con i luogotenenti Fufio Caleno e Domizio Calvino che egli aveva distaccati in Macedonia e in Tessaglia sia per reclutarvi armi ed armati, sia per impedire il congiungimento delle armate di Pompeo e di Scipione. Cesare aveva loro inviato corrieri su corrieri per informarli dell'accaduto e richiamarli, ma nessuno di questi corrieri era rientrato al campo. Evidentemente, essi erano stati catturati dalle pattuglie di perlustrazione avversarie. Non restava quindi a Cesare che affidarsi un poco all'intuito dei suoi luogotenenti e molto alla sua buona stella muovendo con tutto l'esercito alla loro ricerca. Pompeo, senza volerlo, gli facilitò l'impresa marciando contro Domizio Calvino, che alcuni informatori indigeni gli avevano riferito essersi accampato nella media valle del Vistrizza di contro a Scipione.



El primero en llegar a esta llanura rojiza de hierro y amarilla de sol fue César en su retirada, después de los infaustos hechos de armas del 27 y 28 de mayo cerca de Durazzo. Como se recordará, el 29 había comenzado para él una afanosa retirada agujoneada durante cuatro días por la caballería de Pompeyo lanzada en su persecución. Sólo al principio del quinto día, el 3 de junio y en Melisopetra, había cesado esta persecución, reconociendo Pompeyo su inutilidad y dando oídos al sabio consejo de Afranio de dejar al adversario que se desgastase en aquel territorio extraño y hostil. En efecto, César, después de abandonar en Melisopetra al ejército al mando de Sila, se había precipitado con una escolta de pocos hombres a Apolonia para intentar volver a ponerse en comunicación con Vatinio, que había quedado en Brindisi, y solicitar ayuda. Impedido de hacerlo a causa del rígido bloqueo de la flota de Pompeyo, había caído presa de inquietudes y remordimientos que le hicieron incluso confesar a sus soldados – si he de creer a Appiano que estuvo a su lado – el error estratégico cometido al dejarse enclavar en el lodo de los pantanos albaneses, deletéreos para la salud física y moral de sus tropas. Pero se recobró en seguida, y a la noche del día siguiente, habiéndosele unido la legión que había escoltado las impedimentas y los heridos de Mai Lales, emprendió de nuevo la marcha, se unió al ejército en Melisopetra y, volviendo a tomar el mando, lo llevó camino de Janina y de Metzovo.

El problema más urgente era, por el momento, el de reunirse con sus lugartenientes Fufio Caleno y Domizio Calvino, a quienes había destacado en Macedonia y en Tesalia, ya para reclutar armas y soldados, ya para impedir la unión de los ejércitos de Pompeyo y de Escipión. César les había enviado correo tras correo para informarles de lo ocurrido y llamarlos junto a él, pero ninguno de estos correos había vuelto al campamento, evidentemente capturados por las patrullas de limpieza adversarias. No quedaba, pues, a César, más que confiar un poco en la intención de sus lugartenientes y mucho en su buena estrella, moviéndose en busca de aquéllos con todo el ejército. Pompeyo, sin saberlo, le facilitó la empresa marchando contra Domicio Calvino que, según les habían comunicado ciertos informadores indígenas, había acampado en mitad del valle del Vistriza, enfrente de Escipión.

Egli intendeva così prenderlo nella tenaglia del suo esercito e di quello di suo suocero e annientarlo. Ma Domizio, avvertito dai suoi esploratori dell'approssimarsi di Pompeo, in fretta sguscio' verso sud nella speranza di ritrovare il collegamento non già col suo Capo, di cui niente sapeva, ma con Fufio Caleno. Fu una manovra fortunata, eseguita a tempo: partito la mattina del 7 giugno da Eraclea Orestide, quattr'ore dopo vi piombava Pompeo col grosso delle sue forze, mentre Scipione avanzava da est. Ma le due armate attanagliarono il vuoto. Domizio, in marcia verso la Tessaglia, v'incontrava Fufio Caleno, alle cui forze univa le proprie. Ambedue ignari degli avvenimenti durazzeschi, l'arrivo di Pompeo sul Vistrizza li insospettì. Sistemati in difensiva, decisero di spedire messi e di attendere ai piedi del colle di Mèzzovo. Fu qui, alle porte della Tessaglia, che il 14 giugno Cesare, sbucato dal montagnoso Epiro e dall'alto Pindo degli Atamani, li ritrovò.

In Tessaglia ci attendevano un mare di biade e l'ostilità delle popolazioni, fedeli a Pompeo perché Pompeo era il Senato e fedeli al Senato perché il Senato era l'oligarchia plutocratica. I Tèssali non erano un popolo: erano una cricca di cento duecento famiglie arcionate su una logora plebe. Centocinquant'anni fa, Flaminio, venuto quaggiù come plenipotenziario di Roma, aveva ribadito questa situazione col bullone della legge. Ora questa oligarchia intendeva difendere, contro il democratico Cesare, non l'integrità del territorio, ma gli interessi della casta. Ecco perché, riuniti nella «koinòntessalon» come la chiamano nella loro barbara lingua, cioè nella lega dei tessali, tentarono di opporci resistenza rinserrandosi nel triangolo di Tricca, Pelineon, e Metropolis. «No pasarán» dicevano. Invece passammo, senza nemmeno porre l'assedio, con una battaglia manovrata rapidissima, alla Màlaga, sotto le mura di Gomphi, che ci fece cadere in mano questa fortezza, come una pera matura. Ma rendiamo omaggio agli sfortunati difensori: essi si batterono coraggiosamente e bene, i ventidue capi della lega, ventidue vecchiardi molto dignitosi, in prima linea. Questi vecchiardi Cesare voleva risparmiarli e trattare con essi la resa di tutta la regione.

Él quería cogerlo de este modo, en la tenaza que formara su ejército y el de su suegro, y aniquilarlo. Pero Domicio, advertido por sus exploradores de que Pompeyo se aproximaba, marchó a toda prisa hacia el Sur con la esperanza de encontrar la forma de enlazarse, no ya con su jefe, del que nada sabía, sino con Fufio Caleno. Fue una maniobra afortunada ejecutada con toda regularidad: habiendo partido en la mañana del 7 de junio de Heraclea Orestide, cuatro horas después caía allí Pompeyo con el grueso de sus fuerzas, mientras que Escipión avanzaba desde el Este. Pero los dos ejércitos encerraron en su tenaza el vacío. Domicio, en marcha hacia Tesalia, se encontraba allí con Fufio Caleno, a cuyas fuerzas unía las propias. Ignorantes ambos de los acontecimientos de Durazzo, la llegada de Pompeyo al Vistriza los cogió de sorpresa, se aprestaron a la defensiva y decidieron expedir cosechas y esperar al pie de la colina de Metzovo. Aquí, a las puertas de Tesalia, fue donde los encontró César el 14 de junio, saliendo del montañoso Epiro y del alto Pindo de los Atamanes.

En Tesalia nos esperaban un mar de cebada y la hostilidad de las poblaciones fieles a Pompeyo, porque Pompeyo era el Senado, y fieles al Senado porque el Senado era la oligarquía plutocrática. Los tesalios no eran un pueblo: eran una camarilla de cien o doscientas familias asentadas sobre una plebe embrutecida. Hace ciento cincuenta años, Flaminio, llegado allí como plenipotenciario de Roma, había consolidado esta situación con los resortes de la ley. Ahora esta oligarquía quería defender contra el democrático César, no ya la integridad del territorio, sino los intereses de su casta. Por eso es por lo que, reunidos en la «Koinon tessalon», como la llaman ellos en su bárbara lengua, o sea en la Liga de los tesalios, intentaron oponernos resistencia, encerrándose en el triángulo Trica, Pelineón y Metropolis. «No pasarán», decían. En cambio, pasamos sin recurrir siquiera al sitio, mediante una batalla de rapidísima maniobra, a la Málaga, bajo los muros de Gomfi, que hizo cayera en nuestras manos esta fortaleza como si fuera una pera madura. Pero rindamos un homenaje a los infortunados defensores: ellos se batieron valerosamente y bien, en primera línea los veintidós jefes de la Liga, veintidós viejos de lo más digno, a quienes César quiso respetar y tratar con ellos la rendición de toda la región.

Ma quando giunse nella città conquistata, li trovò stecchiti nella casa di un medico.

Anche Appiano ed io, che eravamo al séguito, li vedemmo: erano distesi perbenino sul pavimento, a distanza di un metro l'uno dall'altro, come tanti soldatini disciplinati, e accanto a sé ognuno aveva la coppa in cui aveva bevuto il veleno. Cesare rimase cinque minuti a guardarli, poveri vecchi, e non disse nulla. Ma si vedeva che era commosso e dopo ordinò ai veterani di seppellirli con tutti gli onori.

Difuori, per le vie della città, i soldati facevano un baccano d'inferno, vendicandosi sui granai, sulle cantine e sulle belle ragazze tessale di tutti quei mesi di digiuno e d'astinenza. Ogni tanto alcuni ufficiali subalterni si presentavano a Cesare, preoccupati, sollecitandone ordini che richiamassero quei demoni al dovere e alla disciplina. «Lasciateli fare» diceva Cesare. «Hanno patito e dovranno ancora patire. È giusto che ora si abboffino un po'!» E quelli dà a abboffarsi. Appiano ed io, che circolammo per le osterie tutta la notte in cerca di colore giornalistico, ne trovammo a centinaia sbronzi come ciabatte e assistemmo ad allegre scenette. Ma, da buoni soldati, quei veterani erano soldati buoni: familiarizzavano con gl'indigeni, facevano alla lotta con loro, cantarono bevvero e mangiarono, ma non torsero un capello a nessuno e la notizia volò di paese in paese che eran giunte non truppe nemiche, ma amiche, e soprattutto i servi della gleba, non vollero intendere ragione di prendere le armi contro di loro. Come già ai tempi di Aminandro, la presa di Gomphi «ingentem terrorem tessalis intulit», infuse terrore ai tessali, che sguarnirono le loro rocheforti e ne consegnarono le chiavi a Cesare. Per primi vennero in deputazione di pace quelli di Metropolis che il giorno avanti avevano suonato trombe e campane proclamando la necessità della resistenza a oltranza. Cesare fu clemente. La clemenza incoraggiò le altre città a seguire l'esempio e tutto l'ovest tessalo ci venne incontro in festa, il Kambos, la prateria, un mare dorato di grano, su cui navigammo per sette giorni fra canti, acclamazioni, belle ragazze e bicchieri di vino resinoso, fino a una cittadella parata a turbante sulla vetta di una collina isolata che, come un pizzardone a dito teso, c'indicò la via di Farsalo.

Pero cuando llegó a la ciudad conquistada los encontró secos en casa de un médico. También Appiano y yo, que íbamos detrás, los vimos: estaban tendidos en el suelo a un metro de distancia uno de otro, como otros tantos soldados disciplinados, y cada uno de ellos tenía junto a sí la copa en que había bebido el veneno. César estuvo cinco minutos mirando a los pobres viejos y no dijo nada, pero se veía que estaba conmovido, y luego ordenó a los veteranos que los enterrasen con todos los honores.

Fuera, por las calles de la ciudad, los soldados hacían un bullicio infernal, vengándose en los graneros, en las tabernas y en las bellas muchachas tesalias de todos aquellos meses de ayuno y de abstinencia. De cuando en cuando algunos oficiales subalternos, preocupados, se presentaban a César pidiéndole órdenes que volviesen a aquellos demonios al deber y a la disciplina. «Dejadles hacer», decía César. «Han sufrido y tendrán que sufrir todavía. Es justo que ahora se aprovechen algo». Y se aprovecharon. Appiano y yo, que anduvimos por las tabernas y posadas toda la noche en busca de notas de color periodísticas, los encontramos a centenares ebrios como cubas, y asistimos a regocijadas escenas. Pero, como buenos soldados, aquellos veteranos eran soldados excelentes: se familiarizaban con los indígenas, jugaban con ellos, cantaron, bebieron, comieron, pero no tocaron un solo cabello a ninguno, y de pueblo en pueblo se difundió la noticia de que habían llegado no tropas enemigas, sino amigas, y, sobre todo, los siervos de la gleba no quisieron oír razones para tomar las armas contra ellas. Como ya sucedió en tiempos de Aminandro, la toma de Gonfi «ingenten terrorem tessalis intulit», infundió terror a los tesalios que desguarnecieron sus posiciones rocosas en las que se habían hecho fuertes y entregaron las llaves a César. Los primeros en llegar en son de paz fueron los de Metrópolis, que el día anterior habían tocado trompetas y campanas proclamando la necesidad de la resistencia a ultranza. César fue clemente.

La clemencia animó a las demás ciudades a seguir el ejemplo y todo el Oeste tesalio nos salió a recibir en son de fiesta, el Kambos, las praderas, un mar dorado de trigo por el que navegamos durante siete días entre cánticos, aclamaciones, muchachas bonitas y vasos de vino resinoso, hasta una ciudad dispuesta a modo de turbante sobre la cima de una colina aislada que, como un guardia municipal con el dedo extendido, nos indicó el camino de Farsalia.

A Farsalo arrivammo i primi di luglio, non ricordo con precisione il giorno esatto.

Dopo una rapida ricognizione sul terreno, Cesare parve trovarlo di suo gusto e decise di fermarcisi, precisamente in mezzo alla piana di Valcofarsalo, in un angolo formato dalla confluenza di un ruscello con l'Enipeo: una piana anonima, sfarinata sotto il sole peso e immobile di Tessaglia, senza nessun segno di riconoscimento fra le altre che la circondano. Cesare, guardandola, osservò: «Fra duemil'anni, quando gli archeologi verranno a ricostruire il campo di Cesare, avranno il loro daffare». Ma Appiano, che ha un debole per gli archeologi, ha voluto facilitarne il compito lasciando scritto che la località si trova a trenta stadi da Kaidaria. Se li è contati ad uno ad uno, gli stadi, il buon Appiano.

Qui attendemmo Pompeo, in questa terra rossa sotto il sole rosso, al quale non c'era scampo. Attendemmo Pompeo con impazienza, ufficiali sottufficiali e soldati e anche noi giornalisti, perché quella era una dannata fornace, fuoco disopra e fuoco disotto e neanche di notte c'era refrigerio. «Porca miseria, dicevano i soldati, se quella tartaruga di Pompeo non si spiccia un po' di più col suo esercito di lumache, ci arrostitiamo vivi quant'è vero Iddio».

Finalmente, dopo circa una settimana di attesa, la tartaruga apparve sulle alture che ci fronteggiavano a settentrione, si fermò un poco a guardare, non trovò la posizione di suo gusto e, sceso in basso, girò dietro le creste di Farsalo, attraversò l'Enipeo e si fermò lungo le pendici di Kaidaria. Cesare lo lasciò fare, restando guardingo sulla difensiva. Ma anche Pompeo mostrò subito che di attaccare non aveva nessuna voglia. Si diede a fare scavare trincee e ridotte, stabili avamposti e vietò ai suoi soldati di uscire dal campo. L'estate continuava a folgorare e noialtri a cuocere disopra e disotto. I veterani mugugnavano. Silla, impaziente, ogni tanto dava in smanie e inveiva contro la vigliaccheria della «tartaruga» che, con un esercito più che doppio, non osava attaccare. Quanto a Cesare, era ridiventato silenzioso e accigliato come nei giorni di scarogna, e nessuno, tanto meno noi giornalisti, osava avvicinarlo. Era chiaro che Pompeo, ben vettovagliato, intendeva «cunctare» e ridurci alla fame. Avendoci tagliato fuori dai pascoli e granai di Kaidaria, ci aveva inguaiato in brutto modo: nel nostro campo non si sapeva più come metter d'accordo il rancio della mattina con quello della sera.

Llegamos a Farsalia a primeros de julio, no recuerdo exactamente el día. Después de un rápido reconocimiento del terreno, César pareció encontrarlo de su gusto y decidió que nos detuviéramos allí, precisamente en medio de la llanura de Varcofarsalio, en un ángulo formado por la confluencia de un arroyuelo con el Enipeo: una llanura anónima, calcinada bajo el sol pesado e inmóvil de Tesalia, sin ninguna señal que la distinga de las demás colinas de la rodean. César, mirándola, observó: «Dentro de dos mil años, cuando los arqueólogos vengan a reconstruir el campamento de César, ya tendrán trabajo». Pero Appiano, que siente debilidad por los arqueólogos, ha querido facilitarles la tarea dejando escrito que la localidad se encuentra a treinta estadios de Kaidaria. El bueno de Appiano los ha ido contando uno por uno.

Aquí esperamos a Pompeyo, en esta tierra roja bajo un sol de fuego del que no había modo de defenderse. Esperábamos a Pompeyo con Impaciencia, tanto oficiales, suboficiales y soldados, como nosotros los periodistas, porque aquello era un horno endemoniado: fuego por arriba, fuego por abajo y ni siquiera refrescaba por las noches; «¡Maldita sea! – decían los soldados – ; si esa tortuga de Pompeyo no se da un poco más de prisa con su ejército de caracoles, nos tostaremos vivos, como hay Dios».

Finalmente, después de casi una semana de espera, la tortuga apareció en las alturas que daban frente al septentrión, se detuvo un poco a mirar, no halló la posición de su gusto y, descendiendo, dio la vuelta por detrás de las crestas de Farsalia, atravesó el Epipeo y se detuvo junto a las laderas de Kaidaria. César lo dejó hacer, permaneciendo prudentemente a la defensiva. Pero también Pompeyo hizo ver en seguida que no tenía ninguna gana de atacar.

Se puso a excavar trincheras y refugios, estableció sus avanzadas y prohibió a sus soldados que salieran del campamento. El verano continuaba en todo su rigor y nosotros continuábamos cociéndonos por arriba y por abajo. Los veteranos murmuraban. Sila, impaciente, era de cuando en cuando presa de manías y lanzaba dicterios contra la cobardía de la «tortuga» que, con un ejército más del doble que el nuestro, no se atrevía a atacar. En cuanto a César, se había vuelto silencioso y preocupado, con el entrecejo fruncido como en los días nefastos, y ninguno, y menos que nadie los periodistas, se atrevía a acercársele. Estaba claro que Pompeyo, bien abastecido, pretendía retardar el encuentro y reducirnos por hambre. Habiéndonos apartado y cortado el camino de los pastos y graneros de Kaidaria, nos había puesto en una situación harto penosa; en nuestro campamento no se sabía ya cómo poner de acuerdo el rancho de la mañana con el de la tarde.

Ogni tanto s'accendeva una speranza per via di qualche incursione della cavalleria avversaria. Ma erano fuochi di paglia che subito si spegevano: dietro i cavalieri, i fanti non apparivano e tutto si riduceva a una scaramuccia fra squadroni, che aveva l'aria d'una partita di polo e nella quale difficilmente ci scappava il morto. Poi i pompeiani rientravano nel loro accampamento, i cesariani idem, e tutti continuavamo a arrostirci in quel fuoco disopra e disotto.

Chi o che cosa ha persuaso Pompeo, ieri mattina, ad abbandonare questa tattica di logoramento che stava per dare tutti i suoi frutti? Non lo sappiamo e forse non lo sapremo mai. Forse si era stancato più lui a vederci morire di fame che noi a morire, forse qualche notizia giunta da Roma, forse la smania di tornare in Italia a farsi incoronare col lauro del vincitore. Fatto sta che ieri mattina 9 agosto, dopo un mese di disfacimento, quando già Cesare aveva impartito gli ordini di una nuova ritirata verso Scotussa in cerca di pane, eccoti i pompeiani discendere nella piana e schierarsi in ordine di battaglia.

Cesare non perde tempo per non dare all'avversario nemmeno quello di riflettere. Fa suonare l'allarme, chiama i suoi luogotenenti e dà loro le direttive: le sette legioni e mezza, cioè le settanta, cinque coorti, ogni legione essendo formata su dieci coorti, di cui è composto il suo esercito, si dispongano su tre linee. L'ala sinistra, appoggiata al ruscello, sia data dalla Nona e dalla Terza legione comandate da Antonio; Domizio Calvino si tenga al centro con l'Undecima e la Dodicesima. All'ala destra sia Silla il fedelissimo con la Decima dei Veterani, «la mia coorte pretoriana» come la chiama Cesare. Perché su quest'ultimo settore Cesare ha compreso che Pompeo tenterà la manovra avvolgente della cavalleria. Anzi, per maggiore precauzione, egli «inventa» una nuova tattica e sarà proprio questa invenzione a dargli il successo: crea la «quarta linea» rovesciando tutti i criteri seguiti fino allora, crea cioè una linea laterale, che fronteggi l'eventuale minaccia che possa incombere sul fianco: sei coorti soltanto, sei magre coorti ricavate dalla magra terza linea e, con esse, la scarsa truppa celere di cui dispone, mille cavalli. In tutto, ventiduemila uomini.



De cuando en cuando se encendía una esperanza a causa de algunas incursiones de la caballería adversaria, pero no eran más que fuegos artificiales que en seguida se apagaban; detrás de los caballeros no aparecían los infantes y todo se reducía a una escaramuza entre escuadrones, que tenía todo el aspecto de un partido de polo y en la que difícilmente ocurría nada grave. Luego, los soldados de Pompeyo volvían a su campamento, los de César ídem, y todos seguíamos asándonos en aquel fuego por arriba y por abajo.

¿Quién o qué ha persuadido a Pompeyo ayer por la mañana para que abandonase esta táctica de desgaste que estaba para dar todos sus frutos?

No lo sabemos y acaso no lo sabremos nunca. Quizá estaba él más cansado de vernos morir de hambre que nosotros de morir; quizás le llegó alguna noticia de Roma; quizá el afán de volver a Italia para hacerse coronar con el laurel del vencedor. El hecho es que ayer, 9 de agosto por la mañana, después de un mes de agotamiento, cuando ya César había dado órdenes para retirarnos nuevamente hacia Scotussa en busca de pan, he aquí que los soldados de Pompeyo descienden al llano y se alinean en orden de batalla.

César no pierde tiempo para no dar al adversario ni siquiera el suficiente para reflexionar.

Hace tocar generala, llama a sus lugartenientes y les da sus instrucciones; las siete legiones y media, es decir, las setenta y cinco cohortes – cada legión está formada por diez cohortes – de que se compone su ejército, se disponen en tres líneas. El ala izquierda, apoyada en el arroyuelo, la compondrán la Novena y la Tercera, mandadas por Antonio; Domicio Calvino formará en el centro con la Undécima y la Duodécima. En el ala derecha estará Sila, el fidelísimo, con la Décima, la de los Veteranos, «mi cohorte pretoriana», como la llama César, porque en este último sector ha comprendido que Pompeyo intentará la maniobra envolvente de la caballería. E incluso para mayor precaución «inventa» una nueva táctica que será precisamente la que le dé el éxito: crea la «cuarta línea», cambiando todos los criterios seguidos hasta entonces, es decir, crea una línea lateral que afronte la amenaza eventual que pueda caer sobre el flanco: seis cohortes tan sólo, seis sencillas cohortes.

Pompeo invece di uomini ne ha quarantacinquemila, divisi in undici nutrite legioni di dieci coorti ciascuna, scaglionate sulle solite tre linee di cui ognuna ha dieci ranghi di spessore. La sua fronte si sviluppa su due chilometri e mezzo, superando quella di Cesare e quindi offrendogli possibilità di aggiramento sul fianco. È qui, cioè sulla sua ala sinistra che egli concentra le sue forze come Cesare aveva preveduto: settemila cavalieri, un migliaio di ausiliari e le sue due più belle legioni, la Prima e la Terza, che avevano già servito Cesare nelle Gallie e che ora si trovavano al comando di Domizio Aenobarbo. Il centro, che doveva fare da perno alla manovra di quest'ala, era affidato a Scipione con le sue legioni di Siria, mentre l'ala destra, appoggiata anch'essa dal ruscello come la sinistra avversaria, al comando di Lentulo, doveva servire di copertura.

La battaglia cominciò all'alba con un attacco folgorante della cavalleria pompeiana. Vedemmo gli squadroni avanzare a briglia sciolta in un nuvolo di polvere rossa, caricare la destra cesariana e avvolgerla. Poteva essere il principio dell'accerchiamento; ma di colpo la quarta linea entrò in gioco: fronte ad est, le sei coorti di veterani che la componevano, i veterani delle Gallie allenati ai turbini delle cavallerie barbariche, indicano l'avversario che ruota loro intorno, ne smorzano l'impeto, lo paralizzano. I cavalieri pompeiani attaccano, rinculano, riattaccano a ondate, a risacca, dapprima ordinatamente, poi scompaginandosi, annodandosi nel movimento, alcuni caricando mentre altri si ritirano e viceversa, vediamo cavalli impennare, uomini rotolarsi nella polvere. I cesariani, una muraglia compatta di scudi e di corazze, sono incrollabili. Di colpo, Cesare vede il suo successo. Chiama a sé una legione di truppa celere ausiliaria, tenuta in riserva, e la scaglia al contrattacco, come una sassata. Il guizzo degli ausiliari rompe addirittura in due pezzi gli assalitori: un pezzo viene ributtato nel grosso pompeiano, l'altro, tagliato fuori, si sbanda e a briglia sciolta, a piccoli nuclei disordinati, cerca scampo chi verso Orfana sulla strada di Macedonia e chi in direzione della Grecia, incalzati tutti e decimati dai celeri cesariani. Ma: e le fanterie di Pompeo? le fanterie di Carri armati sovietici colpiti dalle nostre artiglierie di Pompeo non si mossero e questo fu l'errore che gli costò la vittoria. Pompeo non volle impegnarsi a fondo, credette assurdamente che la cavalleria sola bastasse e rattenne i fanti in linea. Silla, impaziente, a cavallo, col suo sciabolone sguainato, implorava Cesare di buttarlo con la sua Decima contro quelle mummie.

En cambio, Pompeyo tiene cuarenta y cinco mil, divididos en once nutridas legiones de diez cohortes cada una, escalonadas en tres sólidas líneas de espesor. Su frente se desarrolla a lo largo de dos kilómetros y medio, superando al César y teniendo, por tanto, la posibilidad de girar sobre su flanco. Aquí, es decir, en el ala izquierda, es donde concentra todas sus fuerzas como había previsto César; siete mil caballeros, un millar de auxiliares y sus dos mejores legiones, la Primera y la Tercera, que ya habían servido con César en las Galias y que ahora se encontraban a las órdenes de Domicio Abenobarbo.

Cesare temporeggiò un poco attendendo che il troncone fuggiasco della cavalleria avversaria, il quale tornava a briglia sciolta verso Pompeo, mettesse in disordine le linee di quest'ultimo – e poi diede l'ordine ai pretoriani: «All'attacco!». Partirono come la folgore, Silla in testa come un Marte, con lo sciabolone alzato a martello. Sulla scia dei cavalli avversari e nella loro polvere, giunsero non visti a contatto d'uomo con i pompeiani messi in subbuglio dal risucchio dei fuggiaschi. E allora fu la sarabanda. Noialtri, di qua, si vide solo un gran luccichio di ferri e d'acciai in una nuvola rossa. Poi si vide uomini fuggire correndo oltre il ruscello e verso Kaidaria ed altri uomini inseguirli facendone macello. Un altro troncone di pompeiani era stato tagliato fuori e i cesariani s'incaricavano di distruggerlo meticolosamente. Guardammo l'orologio: era mezzogiorno preciso. Il sole immobile, in mezzo al cielo di cobalto, picchiava come un maglio sulle teste dei vivi e dei morti, le gole riarse chiedevano acqua, i corpi sudati invocavano riposo. Niente. Cesare, spietato, dà l'ordine di cominciare l'attacco del campo.

Infatti il successo, sin qui, non era stato che parziale. Solo le due ali, la destra cesariana e la sinistra pompeiana, si erano impegnate, il centro e l'altra ala di ambedue gli eserciti essendo rimasti estranei ed intatti. Anzi, la ritirata Pompeo la cominciò bene, ordinatamente, verso il suo Castro. Se la posizione di esso fosse stata a suo tempo scelta con miglior criterio, il successo di Cesare non sarebbe stato più grande di quello ottenuto da Pompeo un mese e mezzo fa a Durazzo. Ma ottima per temporeggiare, questa posizione si è rivelata invece pessima come terreno di battaglia manovrata. I pretoriani di Silla, tenaci sull'avversario come giocatori di calcio sulla palla, lo scompaginano, lo rompono, lo inseguono su per l'erta, lo sorpassano e si trovano in posizione di privilegio alle spalle del campo pompeiano prendendolo dall'alto sotto il tiro dei loro archi e fromboli.

I pompeiani barcollano, cercano scampo, Afranio giganteggia, il caporale Afranio, picchia con i suoi grossi pugni i soldati presi dal panico, ferito e insanguinato, un mascherone rosso, lustre di sudore. Ma i suoi sforzi sono vani: a un tratto la difesa crolla di colpo. Cos'è successo? È successo che si è sparsa la notizia della fuga di Pompeo e del suo stato maggiore. «Picchia il tuo Generale invece di picchiare noi!» urlano i soldati a Afranio. «Tradimento!» urla Afranio, ma una sassata nella testa lo mette a dormire.

Indro Montanelli

Indro Montanelli

È la fine. Gli avanzi scompaginati cercano un rifugio sulle alture di Alogopati, dalle quali la mancanza di acqua li scaccia, poi su quelle del Rizì e Sciatecli. Massacrati di fatica, allupati di fame, sul far della sera crollano per terra e attendono l'alba per scampare verso Larissa. Ma Cesare, nottetempo, li circonda per ributtarli, sul far del giorno, sul Macagià-Amet imbottigliandoveli.

Eravamo a questo punto quando ho cominciato a stendere queste rapide note. Ora il Castro si è ripopolato di legionari che tornano alla spicciolata, ognuno trascinandosi dietro quattro o cinque prigionieri. Pare confermata la notizia della morte di Pompeo. «Bah! – dicono i legionari stravaccandosi a terra, sganciandosi le corazze e tergendosi il sudore – bah! Anche questa è fatta».

ORIO VERGANI

“Dafne”  
(L/E, II, 9, 1942, 17-19)

Era un pomeriggio caldo. Stefano Melandri, filosofo e poeta, aveva dormito un'oretta, sulla poltrona, nel salotto a pianterreno, e adesso si svegliava. Si svegliava, ma non si ricordava, in quel momento, né d'essere filosofo né d'essere poeta. L'aveva destato una voce che canticchiava nel giardino della villetta. Ricordò che era in villeggiatura, che quella villetta era in riva al mare, che la moglie era in gita e sarebbe tornata solamente alla sera, e che quella voce lì fuori non cantava nel giardino, ma nell'orto. Era la voce della cameriera, e per farla smettere e per riaddormentarsi sarebbe bastato dire, con un tono un po' alto: «Insomma! ... Qui non si può dormire!». Ma a Stefano Melandri, per certe sue ragioni filosofiche, ripugnava qualsiasi forma di imposizione, anche se giustificata dal suo diritto di uomo che pagava un salario alla cameriera perché badasse alla casa e non perché canticchiasse: e non piaceva nemmeno di confessare così il suo sonno, il suo opaco bisogno di dormire, un bisogno fisico modesto e dimesso, una negazione di energia, la confessione del peso dei quarant'anni, la confessione di non aver, lui poeta e filosofo, nessun acceso pensiero che potesse tenerlo desto. Poeta, avrebbe dovuto lui cantare, per rispondere al suggerimento di quel sole, che filtrava là, fra le stecche delle persiane: lui, e non quella ragazza, venuta dai campi, figlia di contadini, abituata alla Natura e presumibilmente sorda ai suoi richiami. E invece tutto in lui taceva, in un torpido peso della carne: e solo cantava la ragazza invisibile.

Quel canto veniva a tratti nella stanza, come una tremula ala leggera, e faceva voglia di cercarne, fra le pareti e nel soffitto, la colorata immagine, come di una farfalla. Veniva a tratti, con brevi pause che eran dovute, probabilmente, al lavoro che la ragazza stava facendo: probabilmente al fatto che, tra una strofetta e l'altra, appendeva ad asciugare della biancheria, chinandosi a raccoglierne i vari capi dal mastello del bucato. Era una piccola voce calda e distratta, ma portava con sé un tiepido e giovanile respiro, innocente anche se le parole delle strofette erano cariche di intenzioni d'amore.



## "Dafne"

(Ls/Fs, II, 22, 1942, 28-29)

Era una tarde calurosa. Stéfano Melandri, filósofo y poeta, había dormido como cosa de una hora en una butaca del salón del piso bajo y ahora se despertaba. Se despertaba; pero, en aquel momento, no se acordaba ni de que era filósofo ni de que era poeta. Lo había despertado una voz que canturreaba en el jardín de la villa. Recordó que estaba veraneando, que aquella villa estaba a orillas del mar, que su mujer había ido de excursión y que no volvería hasta la noche, y que aquella voz que le llegaba de fuera no cantaba en el jardín, sino en el huerto. Era la voz de la doncella, y para hacerla callar y volverse a dormir hubiera bastado decir con un tono algo alto: "¡Bueno!", aquí no se puede dormir! Pero, por ciertas razones filosóficas propias, a Stéfano Melandri le repugnaba toda forma de imposición, aunque estuviera justificada por su derecho de hombre que pagaba un salario a la doncella, no para que canturrease, sino para que cuidara de la casa; y tampoco le gustaba confesar así su sueño, su opaca necesidad de dormir, una necesidad física modesta y humilde, una negación de energía, la cuestión del peso de sus cuarenta años, la de que él, poeta y filósofo, no tenía la luz de ningún pensamiento que le ayudara a mantenerse despierto. Como poeta debería cantar para responder a la sugestión de aquel sol que se filtraba por entre las maderas de las persianas; debería cantar él y no aquella muchacha que se había criado en el campo, hija de labradores, acostumbrada a la Naturaleza y, casi con seguridad, sorda a su voz. Y, en cambio, todo callaba en él, no sentía ni el torpe peso de la carne, y sólo cantaba la muchacha invisible.

Aquel canto llegaba hasta la habitación a retazos, como un ala que batiese trémula y ligera, y daban ganas de buscar, en las paredes o en el tedio, su imagen coloreada como la de una mariposa. Llegaba a retazos, con breves pausas, debidas, probablemente, al bochorno que, entre estrofa y estrofa, tendía a secar la ropa blanca, inclinándose a recoger las piezas de la artesa de la colada. Era una vocecilla cálida y distraída, pero impregnada de un aliento tibio, juvenil, inocente, aunque la letra de las estrofas estuviera llena de intenciones amorosas.

La ragazza aveva sì e no venti anni, non doveva capire cosa cantava; in un anno da che era in casa la moglie di Stefano Melandri aveva dichiarato ripetutamente che mai aveva visto una ragazza più seria.

Nelle parole della canzone, che si infilavano fra le stecche verdi delle persiane, pareva si disegnasse la sua bocca, e il moto che doveva fare, lento, per modellare le varie sillabe. La lentezza di quei movimenti dava a quelle labbra un languore ch'era insolito per quella bocca sana e fresca che, fino a quel momento, era sembrato fosse stata fatta solamente per mangiare e per bere, per rispondere «Sissignora» agli ordini della padrona, e appena ogni tanto per raccontare qualcosa dei suoi parenti lontani, dei campi di casa, di una lettera che non arrivava, della malattia di un nipotino.

I pensieri che quel canto suggerì a Stefano Melandri trovarono una espressione molto semplice. Disse a se stesso quel che s'era detto, in maniera più complicata, altre volte: «È una bella ragazza». Le altre volte aveva trovato altre vie a queste affermazioni, e aveva giustificato con pensieri tortuosi di aver trovato un certo nascosto interesse e piacere a constatarlo, interesse e piacere che in apparenza contrastavano col carattere della sua vita e dei suoi pensieri. Aveva detto che era bello lo spettacolo di quella sua giovinezza solo perché era, appunto, lo spettacolo della Giovinezza, eterna lusingatrice delle speranze umane: e aveva detto che anche a lui era lecito contemplarlo, con un distacco filosofico, per prendere le misure di una verità eterna che in quella ragazza, come in mille altre, prendeva forma, e dalla quale si poteva partire per un lungo giro di meditazioni. La ragazza andava e veniva per la casa, nel suo vestito che diventava stretto, ignara che, guardandola di sottocchi, Stefano Melandri trovava nel suo corpo giovane il punto d'appoggio per levarsi negli spazi indeterminati del pensiero. Stefano la seguiva con uno sguardo che pareva assente, sentiva l'aria della stanza occupata qua e là dal suo corpo, e, anche quando se n'era andata, pareva che quel corpo avesse lasciata nell'aria la sua forma, come quella in cui si cola il gesso di una statua. La casa era piena di queste forme, intraviste nell'ombra dei corridoi o nel sole che entrava dalla finestra della cucina. Talvolta ella veniva avanti, rapida, come una Diana cacciatrice, tal'altra si chinava nell'atteggiamento che, essa non lo sapeva, era eguale a quello di una ninfa che attinge acqua a una fonte nel bosco.

La muchacha tenía, sobre poco más o menos, veinte años. No debía de comprender lo que cantaba. En un año que hacía que estaba en la casa, la mujer de Stéfano Melandri había repetido varias veces que nunca había visto a una muchacha más seria. En la letra de la canción que se dejaba oír por entre las verdes tiras de madera de las persianas parecía dibujarse su boca y el lento movimiento que debían de hacer sus labios para modelar las sílabas y las palabras. La lentitud de estos movimientos daba a aquellos labios una languidez insólita en aquella boca sana y fresca que, hasta entonces, parecía estar hecha únicamente para contar cosas de sus parientes lejanos, de los campos familiares, de una carta que no llegaba, de la enfermedad de un sobrinito...

Los pensamientos que aquel canto sugirió a Stéfano Melandri encontraron una expresión muy sencilla. Se dijo a sí mismo lo que otras veces se dijera en forma más complicada: "Es una hermosa muchacha". Las demás veces había encontrado otros modos de hacer esta afirmación, y había justificado, con pensamientos tortuosos, haber hallado en ello cierto interés oculto y experimentado cierto placer en constatarlo; interés y placer que, aparentemente, contrastaban con el carácter de su vida y de sus ideas. Había dicho que era hermoso el espectáculo de aquella juventud, tan solo porque era justamente el espectáculo de la juventud, halagadora eterna de las esperanzas humanas; y había dicho que también a él era lícito contemplarlo con cierto alejamiento filosófico para medir una verdad eterna que, en aquella muchacha, como en otras muchas, tomaba forma, y que podía servir de punto de partida para una larga serie de meditaciones. La muchacha iba y venía por la casa con su vestido que le iba resultando estrecho, sin aperibirse de que Stéfano Melandri, mirándola disimuladamente, encontraba en su cuerpo joven el punto de apoyo para elevarse a los espacios indeterminados del pensamiento. Stéfano la seguía con una mirada que parecía ausente, sentía el aire de la habitación ocupado aquí y allá por su cuerpo, e incluso cuando ella salía le parecía que aquel cuerpo dejara en el aire su huella como si fuera el molde en que se vierta el yeso de una estatua. La casa estaba llena de estas huellas entrevistas en la penumbra de los pasillos o en el sol que entraba por la ventana de la cocina. A veces se presentaba rápida como una Diana cazadora; otras se inclinaban en una actitud que, sin ella saberlo, era igual a la de una ninfa cogiendo agua de una fuente en el bosque.

Nella grigia casa, fra i mobili e i libri, fra i letti e i cassettoni, c'era tutto un museo di queste statue tiepide trasparenti e senza piedistallo, nelle quali pareva di poter affondare la mano: e molte volte la mano di Stefano Melandri, avanzando nell'aria per un pretesto qualunque, anche in presenza della moglie – erano soli lui e lei nella stanza – aveva indugiato su quelle statue d'aria, ne aveva percorse le membra, se n'era riempito il palmo. Non faceva male, o ne faceva moltissimo? Gli pareva che questi fossero i diritti dell'immaginazione, e che anzi fosse sua virtù mettersi così alla prova senza mai tentare di trasformare con un gesto l'immaginazione in realtà.

Più tardi poté ricostruire, in un orrendo silenzio, quel che era accaduto: più tardi la sua angoscia lo portò a ripercorrere il sentiero per il quale era giunto al suo involontario ma tremendo delitto, con la sua conclusione irreparabile per le forze umane, appunto perché la sua conclusione era stata al di là dell'umano. Ma, mentre il destino lo portava a compiere i gesti e a dire le parole che avevano reso fatale quel pomeriggio destinato a dare un'ombra di agghiacciante rimorso a tutta la sua esistenza, egli non sapeva cosa faceva, o meglio, non credeva di dover controllare parole, gesti e pensieri così come invece avrebbe dovuto fare per rendersi conto della via misteriosa sulla quale si incamminava. Nel suo ricordo, più tardi, molti particolari sfuggivano. Il racconto ne riusciva scucito, con larghe zone vuote.

Si era alzato dalla sua poltrona, ed era andato a spiare fra le stecche delle persiane. L'orto era in pieno sole, un piccolo orto cintato da un muro bianco su cui erano state fatte arrampicare delle campanule. L'orto era diviso in tre aiole, di zucchine, di pomodori, di fagioli. Fra una aiola e l'altra aveva viste correre due lucertole. Sopra, si apriva un cielo azzurro, d'un azzurro più denso per il contrasto col biancore del muro. Dal muro di cinta alla parete della casa erano tesi dei fili di ferro, e su loro la ragazza stendeva della biancheria che, come Stefano Melandri aveva supposto, andava raccogliendo da un mastello che stava in terra, ai suoi piedi. La ragazza era senza calze, in pianelle. Molta della biancheria che disponeva sui fili era celeste, e anche la sottana della ragazza, che le scopriva il cavo dei ginocchi ogni volta che si levava in punta di piedi per raggiungere il filo di ferro, era celeste.

En aquella casa gris, entre los muebles y los libros, entre camas y cómodas, había todo un museo de estas estatuas tibias, transparentes y sin pedestal, en las que parecía se pudiera introducir la mano; y muchas veces la mano de Stéfano Melandri, adelantándose en el aire con un pretexto cualquiera, e incluso en presencia de su mujer – en la habitación no había nadie más que ellos dos – se había recreado con aquellas estatuas de aire, había recorrido sus miembros, había llenado su palma con ella ¿No hacía con ello ningún mal o hacía muchísimo? Le parecía que eran los derechos de la imaginación, y que era hasta un acto de virtud pasar así tal prueba sin intentar nunca transformar con un gesto la imaginación en realidad.

Luego pudo reconstruir, en un horroroso silencio, todo lo sucedido. Habíase levantado de su butaca y había ido a espiar por entre las maderas de las persianas. El huerto estaba a pleno sol; un huerto pequeño, cercado por un muro blanco por el que trepaban las campanillas. Estaba dividido en tres planteles, uno de calabacines, otro de tomates y otro de judías. Entre plantel y plantel había visto correr a dos lagartijas. En lo alto se abría un cielo azul que resultaba más intenso por el contraste con el blancor del muro. Desde éste a la pared de la casa iban los alambres en los que la muchacha tendía la ropa, que, como Stéfano Melandri había supuesto, recogía de una artesa que estaba en el suelo a sus pies. La muchacha estaba sin medias y en chancletas. Parte de la ropa que tendía en los alambres era color celeste, y también la falda de la muchacha, que le dejaba al descubierto las corvas cada vez que se empinaba para alcanzar los alambres, era del mismo color.

Quell'azzurro contrastava con il rosa delle sue gambe, un rosa un po' acceso che faceva pensare ch'ella, nel caldo pomeriggio, si fosse rinfrescate le gambe. Tutto quel celeste aveva avuto una gran parte nello smarrimento che aveva colto Stefano Melandri. Ogni volta che la ragazza si alzava sulla punta dei piedi il tallone si sollevava dal piccolo piedistallo bruno della pianella e scopriva la sua rotondità di un rosa caldo, e lo scorcio ombrato, falcato, della pianta del piede. Quel movimento aveva un ritmo come di respiro che pareva schiudere la vista ad altri segreti. Nella cavità del ginocchio passavano, in un pallore di mandorla, sottili vene azzurre. L'orlo di un gonna bianca pendeva dalla sottana celeste.

Stefano Melandri stava dietro alla persiana, a tre metri di distanza. Nell'aria del pomeriggio veniva il sentore umido di quelle biancherie attorte nel mastello, che le mani della ragazza sciorinavano e stendevano al sole. Nell'atto di spiegarle all'aria quelle tele battevano sulle braccia nude della ragazza come una fresca carezza: ed era appunto a quel tocco che ella ricominciava ogni volta quel suo canto distratto. Stefano Melandri continuava a guardare. Egli faceva quello che non aveva mai fatto: spiava. Molte volte, nella notte, il suo orecchio aveva spiato, attraverso il muro, i rumori che venivano dalla stanza della ragazza, separata dalla sua, in campagna, solamente con una parete: ma allora aveva trovato la scusa che, per non udire quei rumori di lei che si spogliava, non poteva tapparsi le orecchie. Adesso, lo sapeva, non c'era invece scusa. Si era alzato dalla poltrona volontariamente, aveva camminato in punta di piedi per andare alla finestra, e tratteneva il respiro per non farsi udire. Aveva avuto la precisa intenzione di spiare. Il suo gesto era vergognoso come quello di uno che guarda per la toppa di una serratura, e indegno dei suoi quarant'anni, e di tutti quei volumi delle opere sue che riempivano mezza libreria, a testimonianza di un pensiero che era in assoluto contrasto con quello che stava facendo. Ma che questo contrasto fosse effettivo era anche, alla prova estrema dei sensi, da mettere in dubbio; e questo dava un tormentoso sostegno di complicate meditazioni all'atto sconveniente ch'egli stava compiendo. Era una nuova esperienza, un nuovo modo di interrogarsi, un nuovo modo di indagare in se stesso: così egli pensò più tardi, quando cercava una scusa per quello che era accaduto.

Aquel azul contrastaba con el rosa de las piernas, un rosa algo encendido que hacía pensar que las había expuesto al sol del mediodía. Todo aquel celeste había tenido gran parte en el extravío de que fuera presa Stéfano. Cada vez que la muchacha se levantaba sobre la punta de los pies, el talón se alzaba del breve pedestal oscuro de la chancleta y descubría su redondez de un rosa cálido, y la forma sombreada y curva de la planta. Aquel movimiento tenía un ritmo como de respiración que abriese los ojos a la vista de otros secretos. Por las corvas pasaban sutiles venas azules sobre un fondo pálido de almendra. El borde de una blanca enagua sobresalía de la falda azul celeste.

Stéfano Melandri estaba tras la persiana a tres metros de distancia. En el aire de la tarde llegaba el olor húmedo de la ropa retorcida en la artesa, que las manos de la muchacha oreaban y tendían al sol. Cuando la extendía, la tela golpeaba los brazos desnudos de la muchacha como una fresca caricia, y era precisamente al sentir este contacto cuando ella reanudaba su cantar distraído. Stefano seguía mirando. Hacía algo que nunca había hecho: espiaba. Muchas veces por la noche, su oído había espiado al través del muro los ruidos que llegaban de la habitación de la muchacha, separada de la suya, en el campo, tan sólo por una pared; pero entonces había encontrado la excusa de que no iba a taparse las orejas para no oír aquellos ruidos que hacía ella al desnudarse. En cambio, ahora sabía que no tenía ninguna excusa. Se había levantado de la butaca voluntariamente, había ido de puntillas hasta la ventana y contenía la respiración para que no lo oyera. Había tenido la intención precisa de espiar. Su gesto era vergonzoso, como el de uno que mira por el ojo de la cerradura, e indigno de sus cuarenta años y de todos aquellos libros que llenaban media librería como testimonio de un pensamiento que estriba en contradicción absoluta con lo que estaba haciendo. Mas, pensándolo bien, también podía dudarse de que esta contradicción fuera efectiva, y esto daba un atormentado apoyo de complicadas meditaciones al acto inconveniente que estaba realizando.

La ragazza sentì sui fianchi un peso improvviso. Era vestita, ma le parve, ad un tratto, di avere i fianchi nudi. Ebbe un soprassalto e una intuizione, si volse alla persiana, mandò un sommesso grido. Una delle stecche della vecchia persiana era incurvata, e lasciava vedere, entro la fessura più larga, l'occhio del suo padrone. Dietro quella persiana c'era un silenzio innaturale, che sarebbe bastato da solo a denunciare che, lì dietro, qualcuno stava spiandola. Da quel silenzio, come in una verde acqua di acquario, galleggiava e affiorava, fra le due lame di legno, l'occhio del padrone.

Stefano Melandri non poteva più tirarsi indietro. Il suo sguardo s'era incontrato con quello della ragazza, azzurro, dilatato da qualcosa che era, più che sorpresa, spavento. Quello sguardo e quel grido non si potevano cancellare più. La ragazza, dopo un anno di convivenza senza confidenza, sapeva ormai tutto di lui, a un tratto: sapeva che il padrone era un uomo, e che per lui non era più la cameriera, ma una donna da desiderare. Ormai le posizioni erano variate, e fra loro due c'era un segreto. Stefano Melandri si era irrimediabilmente compromesso. Il passo era fatto, una forza irragionevole gli consigliava di continuare ormai in fretta, più che poteva in fretta, su quel cammino, di approfittare della sorpresa, di non lasciare tempo alla ragazza di riflettere, di reagire, di opporsi, di fuggire. Quanto tempo era passato fra il momento in cui i loro sguardi s'erano incontrati e il momento in cui Stefano Melandri aveva girata la maniglia della persiana e aveva fatto un passo avanti nel sentiero dell'orto? Un tempo piccolissimo e infinito: un istante e tutta una età. Stefano Melandri aveva pensato sempre d'essere un figlio dei tempi civili. Adesso, in maniche di camicia e in pantofole, acceso dalla digestione, il fiato corto di desiderio, il cervello incapace di cercare delle parole che dessero un velo qualsiasi al suo gesto, era un uomo – lo doveva riconoscere con orrore più tardi – d'altri tempi, la creatura primitiva che esce dalla grotta dove vivevano gli uomini cavernicoli, ancora mezzi bruti, era il satiro dal piede forcuto che balza da una fratta del bosco dietro alla pallida fuga della ninfa sorpresa al bagno.



De repente la muchacha sintió un peso sobre su cuerpo. Iba vestida, pero en aquel momento le pareció estar desnuda. Tuvo un sobresalto y una intuición, se volvió hacia la ventana y sofocó un grito. Una de las maderas de la vieja persiana estaba curvada y dejaba ver por la juntura ensanchada los ojos de su amo. Detrás de la ventana había un silencio que no era natural y que hubiera bastado para denunciar que allí había alguien espiándola. Y en aquel silencio, como en el agua verde de un acuario, flotaba el ojo del amo que asomaba entre las dos tiras de madera.

Stéfano Melandri ya no podía echarse atrás. Su mirada se había encontrado con la de la muchacha, una mirada azul y dilatada por algo que, más que sorpresa, era susto. Aquella mirada y grito ya no podían borrarse. De repente la muchacha, después de un año de convivencia sin confianza, sabía de él todo: sabía que el amo era un hombre, y que para él ella ya no era la doncella, sino una mujer a la que desear.

Ahora la cosa había cambiado entre ambos había un secreto. Stéfano Melandri se había comprometido irremediablemente. El paso estaba dado, una fuerza irrazonable le aconsejaba continuar ya a toda prisa, lo más que pudiera, por aquel camino; aprovechara de la sorpresa, no dejar a la muchacha tiempo para reflexionar, para reaccionar, para oponerse, para huir. ¿Cuánto tiempo había pasado entre el momento en que sus miradas se habían encontrado y aquel en que Stéfano Melandri había hecho girar el picaporte de la persiana y había dado un paso por el sendero del huerto? Un tiempo reducidísimo e infinito; un instante y toda una edad. Stéfano había creído siempre que era un hijo de la época civilizada. Ahora, en mangas de camisa y en zapatillas, con el rostro encendido por la digestión, el aliento entrecortado por el deseo, y el cerebro incapaz de buscar palabras que velaran de alguna manera su gesto, era un hombre – tenía que reconocerlo luego con horror – de otros tiempos: la criatura primitiva que sale de la gruta donde vivían hombres de las cavernas, medio brutos aún: era el sátiro de pie curvo que salta de un matorral del bosque para lanzarse tras la fugitiva ninfa sorprendida en el baño.

Veniva talmente di lontano, quell'ignoto Stefano Melandri, che ora non rammentava nemmeno il nome della ragazza cui sorrideva goffamente, non sapeva come chiamarla, le si avvicinava con un'aria ardente e impacciata dicendo solamente e ripetendole varie volte: «Stai zitta... stai zitta...». La ragazza pareva impietrita per lo stupore, aveva avanzato un braccio per difendersi, lasciando cadere a terra un asciugamano. Diceva: «No.... signor padrone... No! Cosa fate? Siate buono ...». Stefano Melandri, ripetendo «Stai zitta ... Stai zitta!», le aveva afferrato un polso. La ragazza si era divincolata, e aveva fatto un passo indietro. Stefano ne aveva fatto uno avanti, inciampando nel mastello che si era rovesciato. Questo non era valso a fermarlo, aveva annaspato con tutte e due le braccia, aveva afferrato la ragazza per la vita, lei aveva tentato di respingerlo mettendogli una mano contro il mento. Non parlavano più. Avevano lottato un momento. La ragazza era riuscita a sciogliersi, faceva qualche passo di corsa fra le aiole, Stefano Melandri le correva dietro calpestando le piantine di pomodori, immemore d'ogni ritegno, con la bocca schiusa, con l'occhio acceso. La ragazza doveva aver avuta una paura immensa della sua forza e della sua violenza. Non poteva più muoversi, apriva spalancati gli occhi. Le mani febbrili di Stefano l'avevano presa alle ascelle, le frugavano nella camicetta, i suoi occhi guardavano tanto da non vedere più nulla, e in quella aveva sentito sotto le dita la pelle tiepida di lei farsi, all'improvviso, dura, squamosa, rugosa, la carne irrigidirsi, il respiro cessare, il suo corpo prima plastico diventare qualcosa di solido, di immobile, di ligneo, di saldamente radicato al suolo, qualcosa che non oscillava più sotto la sua spinta e sotto il suo abbraccio, qualcosa che gli lasciava nelle mani un profumo improvvisamente amaro.

Allora si era ricordato il nome della ragazza: solamente nel momento in cui stava perdendo la sua forma. Si chiamava Rita. Più che non vedesse, e più che ancora non capisse, aveva la intuizione che qualcosa di irreparabile stava avvenendo, e cominciò a implorare quel nome che, di lì a poco, non avrebbe avuto più senso, e cui la muta pianta in cui la ragazza si trasformava non avrebbe potuto più rispondere. «Rita! Rita! Per carità! Perdonami! Perdonami! Rita! Rita!», così aveva implorato.

Venía tan lejos de Dios aquel Stéfano Melandri desconocido que ahora no se acordaba ni siquiera del nombre de la muchacha, a la que sonreía torpemente, no sabía cómo llamarla, se le acercaba con un aire ardiente y embarazado, diciendo solamente y repitiéndole varias veces: "Calla... calla..." La muchacha parecía petrificada por el estupor y había extendido un brazo para defenderse, dejando caer en tierra una toalla. Decía: "No.... no señor... no. ¿Qué hace?, pórtese bien..." Stéfano Melandri, repitiendo: "Calla, calla..." la había cogido por una muñeca. La muchacha se había soltado y había dado un paso atrás. Stéfano había dado otro adelante, tropezando con la artesa que se había volcado. No fue esto bastante para detenerlo, había vacilado, manteniendo el equilibrio con ambos brazos y había cogido la muchacha por la cintura. Ella había intentado rechazarlo empujándole la barbilla con una mano. No hablaban. Habían luchado un momento. La muchacha había logrado desasirse y corría precipitadamente por los planteles, y Stéfano la perseguía pisoteando las tomateras, perdido todo freno, con la boca abierta y con ojos brillantes. La muchacha debía de tener un miedo inmenso a su fuerza y a su violencia, ya no podía moverse y abría desmesuradamente los ojos.

Las manos febriles de Stéfano la habían aferrado por los sobacos y rebuscaban entre la camisa, sus ojos miraban tanto que ya no veían nada, y en aquel momento había sentido bajo sus dedos la tibia piel de ella hacerse de repente dura, escamosa, arrugada; había sentido que su carne se ponía rígida, que cesaba su respiración, que su cuerpo, antes elástico, se volvía sólido, inmóvil, lígneo, sólidamente arraigado en el suelo, algo que ya no oscilaba ante su empuje y su abrazo, algo que le dejaba en las manos un perfume improvisadamente amargo.

Entonces había recordado el nombre de la muchacha: lo había recordado sólo en el momento en que ella estaba perdiendo su forma. Se llamaba Rita. Más que ver, más que comprender, había tenido la intuición de que algo irreparable estaba sucediendo, y empezó a repetir implorante aquel nombre que, dentro de poco, ya no tendría sentido y al que la muda planta en que se trasformaba la muchacha ya no podría responder: "¡Rita!, ¡Rita!, ¡por caridad!, ¡perdóname!, perdóname!, ¡Rita!, Rita!" había implorado.

Ma era troppo tardi. Le sue mani si agitavano nel tentativo disperato di fermare la metamorfosi che stava compendosi. Una voce gli gridò dentro: «Presto, Stefano! Purché non faccia le radici forse si salva, forse si salva...». Abbrancò sotto alle ginocchia le gambe della ragazza, già irrigidite, già coperte di grosse scaglie sempre più larghe di corteccia, già rigide nelle giunture. Tentò di staccarle da terra. Un piede non era già più di quel tono di rosa ch'egli aveva osservato prima, quando spiava dalla persiana, ma adesso era bruno, color della terra, e dalle sue piccole dita color d'argilla spuntavano e crescevano rapide barbe di radici, qualcuna leggera e tremula, qualche altra già grossa e serpentina. Lo spavento gli tolse la forza di strapparla dal suolo e di sostenerla. La terra si apriva sotto di lei ad accoglierla. Le due lucertoline, da una zolla vicina, stavano a guardare.

Stefano Melandri alzò gli occhi disperato. Già tutti i capelli di Rita s'eran trasformati in verdissime fronde e si allargavano veloci, che le salivano dalla nuca, dalle orecchie, dallo stesso filo della schiena. Dei suoi abiti, della sua sottana azzurra, della sua gonna bianca, della sua camicetta rosa non c'era più segno. Le braccia di Rita erano due forti rami che parevano volessero difendere dalle mani di lui il petto che le sue dita avevano toccato: ma quel petto e quel ventre non c'erano più, erano un tronco coperto da una corteccia grigia in cui svaniva, sempre più il colore umano. Anche il viso della ragazza si cancellava nell'ombra delle foglie. Palpitò per ultimo la luce del suo sguardo, quella stessa pupilla dilatata dallo spavento che si era incontrata con il suo sguardo quando l'aveva spiata fra le stecche delle persiane. Poi diventò un opaco nodo nella corteccia.

Per l'orrore Stefano Melandri s'era coperto il viso con le mani, e le aveva sentite intrise di profumo di alloro. Il vento azzurro del pomeriggio, venendo dal mare, superava il muretto e stormiva come un respiro fra le foglie di quell'alberello che era stato Rita. L'ombra delle sue fronde riparava la fronte dell'uomo che era crollato a sedere per terra e che supplicava, senza osare di guardare: «Dafne, dimentica! Dafne, perdona! Perdonami Dafne!». Una goccia d'acqua cadde da un panno bagnato sulla nuca di Stefano Melandri, come una lagrima fredda. Gli sembrò il pianto di lei, l'addio di lei alla vita; si buttò a terra per baciarle i piedi, non trovò sotto alle labbra altro che la zolla secca e polverosa, come intatta da secoli, alla quale si immergeva il grigio tronco dell'alloro.

Pero ya era tarde. Sus manos se agitaban intentando desesperadamente detener la metamorfosis que se estaba realizando. Una voz interior le gritó: “¡Pronto, Stéfano!, si no echa raíces acaso se salva, acaso se salva...”. Asíó por las rodillas las piernas de la muchacha, ya rígidas y cubiertas de gruesas escamas, cada vez mayores, de corteza, ya rígidas en las articulaciones, e intentó separarlas de la tierra. Un pie ya no era de aquel color rosa que antes había visto cuando espiaba desde la persiana, sino que ahora ya oscuro color tierra, y de sus dedos color de arcilla salían, creciendo rápidamente, pequeñas raíces, unas ligeras y trémulas, otras ya gruesas y enroscadas. El otro pie era todavía color de rosa, pero cambiaría de color por momentos. El miedo le quitó fuerzas para arrancarla del vuelo y sostenerla. La tierra se abría bajo ella para acogerla. Las dos lagartijas estaban mirando desde un terrón de tierra cercano.

Stéfano Melandri alzó la vista desesperado. Los cabellos de Rita se habían transformado ya en una verde fronda que crecía con rapidez, que le subía desde la nuca, desde las orejas, desde el borde mismo del cuello. De su vestido, de su falda azul, de su enagua blanca, de su camisa rosa ya no quedaban trazas.

Los brazos de Rita eran dos fuertes ramas que parecían querer defender de las manos de él el pecho que sus dedos habían tocado; pero aquél pecho y aquel vientre ya no existían, eran un tronco cubierto por una corteza gris de la que el color humano iba desapareciendo cada vez más. Hasta el rostro de la muchacha iba borrándose con la sombra de las hojas. Dio un último dentello la luz de su mirada, aquella misma pupila dilatada por el miedo que se había encontrado con la mirada de él que la espiaba por entre las maderas de la persiana. Luego se convirtió en un nudo opaco en la corteza.

El horror había hecho a Stéfano Melandri cubrirse el rostro con las manos y las había sentido impregnadas de perfume de laurel. El viento azul de la tarde, que llegaba del mar, cruzaba sobre el muro y susurraba como si respirase entre las hojas de aquel arbolillo que había sido Rita. La sombra de su copa cubría la frente del hombre, que, sentado en el suelo, suplicaba sin atreverse a mirar: “Dafne, olvida. Dafne, perdona, ¡Perdóname Dafne!”. Una gota de agua cayó de una prenda mojada en la nuca de Stéfano Melandri como si fuera una lágrima fría. Le pareció el llanto de ella, su adiós a la vida; se arrojó al suelo para besar sus pies y no halló bajo sus labios más que la tierra seca y polvorienta, como intacta de siglos, de la que surgía el tronco gris del laurel.

“La sirena”  
(L/F, III, 4, 1943, 15-17)

La scoperta venne fatta casualmente. La conversazione languiva. Di fronte alla terrazza dello stabilimento di bagni il mare russava, nel dormiveglia. Tra i cinque della brigata, un giovanotto coi pantaloni bianchi aveva taciuto sino allora essendo nuovo della compagnia e non sapendo assolutamente che cosa dire.

Il silenzio oscillò a lungo sul filo delle ultime parole e delle ultime battute oziose. S’era parlato di chiromanzia, e ciascuno aveva detto la sua. Una giovinetta ascoltava, in silenzio. Infine toccò di parlare all’uomo dai pantaloni bianchi. La sua voce era ferma, e nascondeva abbastanza bene la preoccupazione di non saper come il discorso sarebbe andato a finire.

«Non bisogna credere che il nostro destino sia segnato nelle linee delle mani. Son le mani nostre che lo disegnano, all’esterno di noi, e tracciano, esatto, il posto che occuperemo nel mondo. Ciascuno nasce con mani magiche, sotto al cui tocco gli aspetti e l’essenza stessa delle cose si tramutano. Una leggenda parla di uno che tramutava in oro tutto ciò che toccava, e morì di fame, perché anche il pane diventava d’oro massiccio. In questa leggenda bisogna riconoscere l’espressione elementare, quasi evangelica, di una verità che, per essere compresa e accettata, doveva palesarsi dal vertice di un prodigio. Da questo doveva esser facile scendere al piano della comprensione comune, adatta a tutti i casi della vita. La suddivisione delle mani bisognava farla per categorie, sommariamente, secondo certi avvertimenti che chiamerei magnetici se non temessi d’essere frainteso. L’uomo, o la donna, conoscendo la propria mano, non fallirebbe mai il proprio destino. Ci sono mani di vinti e di vincitori; e, in questo caso, l’uomo predestinato a esser vinto potrebbe abilmente portare la propria vita in una serie di imprese nelle quali fosse dolce invece che triste essere sconfitto: e il vincitore potrebbe destreggiarsi per non perdere il tempo in vittorie inutili, come sono, nella maggior parte, le vittorie. Ci sono mani di amanti e mani nuziali, mani adultere e mani fedeli. Al tocco di queste mani tutto si avvia verso il peccato o verso la purezza.

“La sirena”  
(Ilustraciones de Cabanyes)  
(*Ls/Fs*, III, 30, 1943, 31-32)

El descubrimiento tuvo lugar de una manera casual. La conversación languidecía, frente a la terraza del establecimiento de baños el mar roncaba en el duermevela. Entre los cinco que componían la reunión, un joven con pantalones blancos había callado hasta entonces por ser nuevo en la tertulia y no sabía en absoluto qué decir.

El silencio osciló largo rato, al filo de las últimas palabras pronunciadas y tras las últimas frases ociosas. Se había hablado de quiromancia y cada uno había dicho su opinión. Una joven escuchaba en silencio. Por fin, tocó el turno de hablar al individuo de los pantalones blancos. Su voz era firme y ocultaba bastante bien la preocupación de no saber cómo acabaría el discurso.

“No hay que creer que nuestro destino está marcado en las líneas de la mano. Son nuestras manos las que lo marcan, independientemente de nosotros, y trazan exactamente el lugar que ocuparemos en el mundo. Cada uno nace con manos mágicas a cuyo toque cambian los aspectos de la esencia misma de las cosas. Una leyenda nos habla de alguien que cambiaba en oro todo aquello que tocaba, y murió de hambre porque hasta el pan se le convertía en oro macizo. En esta leyenda hay que reconocer la expresión elemental y casi evangélica de una verdad que, para comprenderle y aceptarse, había de hacerse patente desde el vértice de un prodigio, desde el que fuera fácil descender al plano de la comprensión común y válida para todos los casos de la vida. La división de las manos habría que hacerla por categorías, de una manera sumaria, según ciertos fenómenos, que llamaría magnéticos, si no temiera ser mal comprendido. El hombre o la mujer, conociendo su propia mano, no dejarían nunca de cumplir su destino. Hay manos de vencidos y manos de vencedores, y, en este caso, el hombre predestinado para vencido podría fácilmente dirigir su propia vida hacia una serie de empresas en las que la derrota fuera dulce en vez de triste, y el vencedor podría arreglárselas para no perder el tiempo en victorias inútiles, como son la mayor parte de las victorias. Hay manos de amantes y manos nupciales, manos adúlteras y manos fieles. Al contacto de unas manos todo se dirige hacia el pecado o hacia la pureza.

Sotto l'imposizione di queste mani, i sogni torbidi si inazzurano, gli azzurri si oscurano. Bisogna sfuggire dalle definizioni suggerite dalle pure caratteristiche formali. Sarebbe troppo facile riconoscere nella mano corta e tozza il lavoratore manuale e in quella lunga e sottile il pianista. Le categorie non devono essere professionali: le indicazioni sono solamente morali. Anche una mano piccola e infantile, molle e schiusa come un giglio, può essere una mano musicale e indicare un destino di armonie, anche se queste non saranno mai espresse attraverso uno strumento».

Comprese che a questo punto bisognava citare un esempio. L'occasione gli sembrò facile. Si rivolse alla giovinetta, la cui mano, sospesa con mollezza al braccio appoggiato alla balaustra, aveva un più lieve e splendente aspetto, quasi innaturale contro l'avvampante luce marina. Disse:

– Le vostre mani, per esempio. Penso che voi non suoniate nessuno strumento. Ma tutto ha un suono, e tutto scopre la sua segreta armonia, sotto questa mano. Non ve ne siete mai accorta? Il vostro destino ha una forma di musica...

La giovinetta rise. E, nel medesimo istante, si meravigliò d'aver riso.

Credette? Non credette? Da quel giorno cominciò ad ascoltarsi, passeggiando solitaria sulla riva del mare, restia, in principio, a dar fede a quello che le pareva un gioco, a quegli avvertimenti che le sembravano una illusione dei nervi. Il vento del mare veniva contro la seta della sua gonna, modellando il suo soffio sulle sue gambe, come su due corde che mandassero una nota unica. La mano portata a riassettare le pieghe le sembrò sovrapporre d'un tratto alla prima un'altra nota, in controtempo, un fruscio più pacato e sereno. Nello stesso momento, il soffio del vento le sconvolse i capelli, e, nel riportarli dietro le tempie, la frescura della mano, sulla fronte dove splendeva il sole, si modulò come un'ala di ombra. La felicità del suo respiro contro il rabbrivire del vento batteva la misura di questa musicalità entro la quale il suo corpo le pareva all'improvviso sospeso.

Così come prima era restia e riluttante, adesso cercava di aiutare il sorgere nel suo corpo di queste musiche imprecise e di ordinarle secondo un'armonia che le pareva si dovesse comporre in un equilibrio simile a quello delle membra giovani e felici, quasi ignude, arse e fresche ad un tempo, che avevano sete d'onda e di vento.



Bajo la imposición de las manos los sueños turbios se aclaran y los azules se oscurecen. Hay que huir de las definiciones sugeridas por características puramente formales. Sería demasiado fácil reconocer en la mano corta y tosca al trabajador habitual, y en la fina y larga al pianista. Las categorías no deben ser de orden profesional: las indicaciones son tan solo morales. También una mano pequeña e infantil, suave y abierta como un lirio, puede ser una mano musical e indicar un destino de armonías, aunque éstas no hayan de expresarse nunca mediante un instrumento”.

Comprendió que al llegar a este punto precisaba citar un ejemplo. La ocasión le pareció fácil. Se dirigió a la joven cuya mano, que pendía suavemente del brazo apoyado en la balaustera, tenía un aspecto más leve y luminoso que casi contrastaba raptaba con la ardiente luz marina, y dijo:

“Sus manos, por ejemplo. Me parece que usted no toca ningún instrumento. Pero, bajo esta mano, todo tiene un sonido y todo descubre su secreta armonía. ¿No lo ha notado nunca? Su destino tiene una forma musical.

La joven rio y, en el mismo instante, se extrañó de haberse reído.

¿Lo creeréis? ¿No lo creeréis? Desde aquel día comenzó a escucharse paseando solitaria a la orilla del mar, resistiéndose, al principio, a dar crédito a lo que le parecía un juego, a aquellas cosas que le parecían una ilusión de sus nervios. El viento marino daba contra la seda de su falda, modulando el soplo de sus piernas como en dos cuerdas que dieran una nota única. Al llevarse la mano para arreglar los pliegues le pareció que, de pronto, se sobreponía otra nota a la primera, en contrapunto, con un sonido muy suave y sereno. En el mismo instante, el soplo del viento le desordenó los cabellos, y, al ajustárselos por las sienas, la frescura de la mano sobre la frente, en la que brillaba el sol, se moduló como una leve sombra. La felicidad de su respiración contra el vibrar del viento marcaba el compás de esta musicalidad, en la que le parecía como si su cuerpo se hubiese suspendido de repente, y así, como al principio se resistía, ahora parecía querer ayudar a que surgiese de su cuerpo esta música imprecisa y ordenarla según una armonía que teñía la impresión de que debía componerse con un equilibrio semejante al de sus miembros jóvenes y felices, casi desnudos, frescos y ardientes a la vez, con sed de olas, y de viento.

Cercò, con la mano, di scoprire tra le cose che la circondavano nuovi punti di incontro che potessero dare una più chiara vibrazione. Si appoggiò a uno scoglio, ne accarezzò la superficie ruvida, mosse il piede, come tentando, nell'aria, una corrente segreta. Ma comprese di essere ancora come cieca, davanti a questa infinita pagina di musica che esalava nel mondo. Dubitò di svelare troppo presto la sua volontà a questo istinto che entro le viveva non ancora ammaestrato, temendo che si ribellasse per non domarsi e poi ammutolisce.

Cercò di dimenticarsi, attendendo che la musica tornasse a lei per vie inattese e spontanee. Camminò un tratto con la nuca piegata all'indietro, gli occhi chiusi, le labbra schiuse. Respirò profondamente. Sorrise a qualche cosa. Si abbandonò, con tutti i nervi spenti, alla docilità automatica del passo. Calcò la sabbia umida. Il brivido le salì per tutto il lato sinistro, il freddo la ghermì un attimo al cuore. Vi portò una mano. Sentì il cuore, sotto la camicetta, cantare, e quella sua musica passare nel palmo, nel braccio e giungere alla spalla e all'orecchio, come il suono, dalle dita martellanti e dall'arco, attraversa il legno prezioso di un violino. Poi, staccando la mano, e tenendo il braccio sospeso, la musica di quel cuore vibrò ancora sotto la pelle nuda, si modellò nella concavità tiepida del palmo, si distese per le cinque dita, fiori cerea, disegnò un alone, sospeso, incancellabile. Anche l'altra mano ora, in un accordo perfetto, era intrisa come in una fosforescenza sonora, che più o meno splendeva, passando, nella oscillazione del passo, dall'ombra al sole: le giunture delle falangi sostenevano sottilissime modulazioni dello stesso suono. Questa sonorità, dalle mani, risaliva alle sue spalle, alla gota, alla fronte. Solamente la gola ne era immune perché a questa musica, assolutamente, doveva essere negato il suono, almeno così come gli uomini lo intendono. Ma, cullata in questo canto come in un'altalena, tenuta da questo ritmo sotto le ascelle come quand'era bambina, le ginocchia nude componevano e scioglievano in ogni passo un nodo, una misura somigliante a una danza, un alternarsi di prigionia e di libertà.

Trató de descubrir con la mano, entre las cosas que la rodeaban, nuevos puntos de apoyo que pudieran dar una vibración más precisa. Se apoyó en un escollo, acarició su rugosa superficie, movió el pie como buscando en el aire una corriente secreta, pero comprendió que aún estaba como ciega ante esta infinita página musical que exhalaba el mundo. Y dudó en descorrer demasiado pronto el velo de su voluntad a este instinto que vivía dentro de ella no amaestrado aún, temiendo que se le rebelase para no dejarse domar y que luego enmudeciera.

Trató de olvidar todo, esperando a que la música volviera a ella de un modo inesperado y espontáneo. Anduvo algún tiempo con la nuca echada hacia atrás, los ojos cerrados, los labios entreabiertos. Respiró profundamente. Sonrió a algo. Se abandonó con todos los nervios en calma a la docilidad automática del paso. Pisó la arena húmeda. Sintió que un escalofrío le subía por todo el lado izquierdo; el frío le hizo presa un instante en el corazón. Se llevó a él una mano. Sintió que el corazón le cantaba bajo la ropa y que aquella música pasaba a su mano, al brazo, y le llegaba al hombro y a oído como el sonido de los dedos y del arco a través de la madera preciosa de un violín. Luego, separando la mano y dejando caer el brazo, la música del corazón siguió vibrando bajo la piel desnuda, se moduló en la tibia concavidad de la palma de su mano, se extendió por los cinco dedos, floreció cerúlea y dibujó un halo imborrable y suspendido en el aire. Entonces también la otra mano, en un acorde perfecto, se vio diluida como en una fosforescencia sonora que brillaba más o menos y que, en la oscilación del andar, pasaba de la sombra al sol, y las junturas de las falanges sostenían sutiles modulaciones de la misma nota. Esta sonoridad de las manos subía desde sus hombros a las mejillas, a la frente. Sólo la garganta permanecía inmune, porque era una música que carecía absolutamente de sonido, al menos, tal como los hombres lo entienden. Pero, acunada en este canto como en un columpio, sostenida bajo las axilas por este ritmo como cuando era una niña, las rodillas, desnudas, formaban y resolvían a cada paso un nudo, una medida semejante a una danza, alternarse de prisión y de libertad.

Volle esser sola col suo segreto. Scese al bagno in un luogo deserto. Capì che andava verso le onde come verso i fili di un'arpa immensa; ma cercò subito di cancellare questa sensazione, per non capirla, accontentandosi di viverla. Le piacque di vedere come nella trasparentissima acqua il suo corpo si colorava di madreperla, e nella refrazione prendeva un modellato fantastico, un'apparenza di capriccio; e come il braccio, immergendosi, diventava una nota bianca, sempre più lunga; ritraendolo, il biancore diventava stellare, sulle punte dei polpastrelli, ancora immersi. In questo gioco, il colore si modulava: e allora sentì che, col crescere e il calare dell'onda, immergendosi ed emergendo, il suo corpo intero cantava su due toni il suo colore, dorato e madreperlaceo, solare e subacqueo.

Nell'attimo in cui risorgeva dall'acqua, la modulazione nel sole aveva un crepitio e un ardore. Rituffandosi, riprendevano il predominio i toni azzurrini, verdini, cerei, come di una musica sottintesa e quasi inafferrabile. Nel giro delle braccia, ora che l'acqua le era giunta sino al petto, sfiorò in cerchio il filo lucente dell'orizzonte. Una voce infinita corse a lei, nelle acque, con giri concentrici, si accumulò e vibrò nel suo torso come in una cavità armonica. Al ripetere del gesto, le parve che tutto il mare risuonasse, come di una nota caduta al pari di una stella in mezzo alle acque, e sentì di essere questa stella. La luminosità immensa si arricchì di un nuovo innaturale splendore. Una vela lontanissima vibrò come un acuto. Sull'altro lato, un promontorio boscoso cavalcava contro luce le onde, come un muso di delfino. Anche quel verde fumoso, dietro la soglia magica della mano schiusa, le parve sciogliersi, fondersi in musica; mandare un ruggito di belva ammansita che si accovaccia. E ripensò a Orfeo.

Allora comprese il mito delle sirene e le sembrò d'essere finalmente ridonata al suo destino marino e sonoro. Le sembrò, che nel suo corpo seminudo che sorgeva dalle acque la musica del mare padre di ogni cosa suonasse come nella concavità attorta della conchiglia, richiamandola verso un'antichità prodigiosa che era giovane come la sua giovinezza diciottenne.

Quiso quedar a solas con su secreto. Se bañó en un lugar desierto. Comprendió que iba hacia las olas como hacia las cuerdas de un arpa inmensa, pero trató de borrar en seguida esta sensación para no entenderla y contentarse con vivirla. Le agradó ver como su cuerpo se coloreaba de nácar en el agua transparente, tomando en la refracción formas fantásticas, apariencias caprichosas, y como el brazo, al sumergirse, resultaba una nota blanca cada vez más larga, mientras que, al recogerlo de nuevo, el blancor se hacía estelar en la punta de las yemas de sus dedos todavía sumergidos. En este juego se modulaba el color, y entonces sintió que, con el subir y bajar de las olas, su cuerpo, sumergiéndose y emergiendo, cantaba a dos voces su propio color dorado y de nácar, solar y subacuático.

En el momento de salir del agua, la modulación tenía al sol un ardor y un crepitar especiales. Al volverse a sumergir volvían a predominar los tonos azulados, verdosos y cerúleos, como una música sobrentendida y casi inaprehensible. Al girar los brazos, ahora que el agua le llegaba hasta el pecho, acarició circularmente la línea luminosa del horizonte. Una voz infinita llegó hasta ella, procedente del agua, y con giros concéntricos se acumuló y vibró en su torso como en una caja de resonancia. Al repetir el gesto, le pareció que todo el mar sonaba con una nota como caída de una estrella en medio de las aguas, y sintió que aquella estrella era ella misma. La inmensa luminosidad se enriqueció con un resplandor nuevo y extraño. Una vela lejana vibró como un agudo. Al otro lado, un promontorio, lleno de bosque, cabalgaba a contraluz, sobre las olas como el hocico de un delfín. También aquel verde borroso le pareció que, al conjuro del signo mágico de su mano abierta, se desleía y fundía en música, como si lanzara un rugido de fiera mansa que se agazapa. Y pensó en Orfeo.

Entonces comprendió el mito de las sirenas y le pareció haber vuelto, por fin, a su destino marino y sonoro. Le pareció que en su cuerpo semidesnudo que surgía de las aguas, la música del mar, padre de todas las cosas, sonaba como en la rizada concavidad de las conchas, llamándola hacia una antigüedad prodigiosa, a que, al mismo tiempo, era tan joven como su propia juventud de dieciocho años.

Nuotò verso questa propria immagine tendendo or l'uno or l'altro braccio sull'arpa delle onde accorrenti; ascoltando, per l'orecchio posato sul fuggente origliere delle acque, entrare in lei questa melodia che era la sua vera vita, restituita dall'incontro nudo della mano contro le spume, contro il sole, contro l'azzurro, contro l'orizzonte. Si identificò nelle eterne sirene, ammaliatrici di naviganti. Diventò essa stessa come un elemento dell'onda e dell'infinità sonora. Dimenticò la terra e chi l'attendeva.

Poi il prodigio tacque. La vita fu eguale a quella di tutti i giorni. Percorse le spiagge serali, muta, senza saper rispondere ad alcuno. Era una sirena in esilio. L'uomo, una sera; era seduto accanto a lei, contro la luna. Ella disse, poiché voleva farsi smentire:

– Dimmi che non è vero, che non è vero, quello che mi hai detto una volta, ricordi: che la mia mano segna attorno a me un destino di musica.

L'uomo ricordava appena il faticoso discorso. Ma gli parve fosse il caso di trarne un dolce pretesto.

– No, cara, scherzavo. Non ti conoscevo, allora. Rammenti? Ti dissi che ci sono al mondo mani di amante, mani di peccato; mani di fedeltà, mani nuziali. La tua ...

Tacque un momento.

Capì, Elvira, che tutto era stato un gioco. Compresa, mentr'egli teneva, nella propria, la sua piccola mano nuda e ormai muta, che egli avrebbe detto: «È una mano nuziale».

Sentì come un singulto di pianto salire. Disse:

–Taci.

– Perché?

– Taci, taci, ti prego. Non puoi capire. Non saprei dirti. Taci...

Egli, orgoglioso, la pensò commossa, turbata, felice. La baciò. Sentì una bocca fredda e chiusa. Altamente di questo si meravigliò, perché è vecchia abitudine degli uomini passare accanto alla bellezza e non saperla fermare, e perché gli uomini non riconoscono più la fredda bocca delle sirene.

Nadó hacia esta imagen propia, tendiendo ora un brazo, ora el otro sobre el arpa de las olas, escuchando, con la oreja posada sobre la luciente almohada de las aguas, cómo le penetraba esta melodía que era su verdadera vida que le había devuelto el encuentro desnudo de la mano contra la espuma, contra el sol, contra el azul, contra el horizonte. Se identificó con las eternas sirenas hechiceras de navegantes. Ella misma se convirtió como en un elemento de las olas y de la inmensidad sonora. Se olvidó de la tierra y de quienes la estaban esperando.

Luego el prodigio enmudeció. La vida fue igual a la de todos los días. Recorrió las playas al anochecer, muda, sin saber contestar a nadie. Era una sirena desterrada. Una noche, el hombre se hallaba sentado junto a ella a la luz de la luna. Ella dijo, porque quería que la desmintieran:

“Dime que no es verdad, que no es verdad, que dijiste una vez, ¿recuerdas?: que mi mano marca en torno mío un destino musical”.

El hombre apenas recordaba su fatigoso discurso, pero le pareció que era el caso de aprovecharlo para sacar de él un dulce pretexto.

“No, querida, era de broma. Entonces no te conocía; ¿recuerdas? Te dije que en el mundo hay manos de amantes, manos de pecado, manos de fidelidad, manos nupciales. La tuya...”

Calló por un momento.

Elvira comprendió que todo había sido un juego. Comprendía que, mientras él guardaba entre sus manos la de ella, pequeña, desnuda y ya silenciosa, iba a decirle: “Es una mano nupcial”...

Sintió como si le subiera a la garganta un hipo de llanto, y dijo: “Calla.”

–¿Por qué?

– Calla, calla, te lo ruego; no puedes comprender, no sabría explicarte, calla.

Él, orgulloso, la creyó conmovida, turbada, feliz. La besó. Sintió una boca fría y cerrada. Lo que le extrañó mucho, porque es una vieja costumbre de los hombres pasar junto a la belleza y no saberla detener, y porque los hombres ya no reconocen la boca fría de las sirenas.

“Susanna”  
(L/F, III, 1, 1943, 15-17)

Susanna si svegliò. L'aveva destata un dolore, o meglio, una stanchezza, un peso, un indolenzimento al fianco. Anche il gomito le faceva male. Si era addormentata col braccio piegato sotto la testa, e adesso se lo sentiva pieno di formicoline. Cambiò posizione, e cercò subito di riaddormentarsi. Sentì un po' di freddo, e con la mano scese a cercare la coperta che certamente, come spesso le capitava, doveva essere andata a finire in fondo al letto. Allungò dunque il braccio, trovò qualcosa, che non era, però, né il suo lenzuolo, né la sua coperta abituali.

Il vero e proprio risveglio cominciò da questo momento, cominciò dai polpastrelli, salì per il polso e per il braccio, le dette un picchio nel cuore, le serrò il fiato in gola. Non capiva dov'era, né come e dove si era addormentata. La cosa che aveva sotto le dita, e che dopo la prima presa aveva lasciato subito, era una stoffa di seta, mentre la sua coperta era sempre stata di ottima, lieve, morbida lana. Sotto il fianco nudo sentì un lenzuolo estremamente ruvido, che faceva grosse pieghe. Sotto il lenzuolo non c'era un materasso, ma qualcosa di molto duro: si sarebbe giurato che si trattava di un sasso, o, peggio, addirittura di una roccia. Cos'era accaduto? Cosa stava accadendo? Sognava? Sentiva, vicino a sé, un odore d'erba, uno, più acuto, di muschio. Fiutò meglio l'aria e sentì un odore di pelle nuda, quello del suo corpo. Si accorse così che si era addormentata addirittura senza camicia, cosa che non le era mai accaduta. Sentì il peso dei seni liberi sul petto, e quello sinistro tremare rispondendo al cuore che, sotto, batteva in allarme. Vi portò sopra le mani istintivamente. Li sentì freddi. Aveva freddo per tutto il corpo. Chi sa da quanto tempo dormiva così scoperta. Allungò un piede. Mandò un piccolo grido soffocato. Ritirò subito il piede. Non c'era da sbagliarsi. Era bagnato, si era bagnato in un'acqua che veniva da qualche parte, un'acqua corrente, fresca, troppo fresca. Tirò in su le gambe. Si stropicciò gli occhi. Attorno c'era buio, e filtrava appena, da qualche parte, una luce di luna. Sentì che in tutto il corpo, nel filo della schiena, nelle costole, nelle spalle, nella nuca, era piena di ammaccature. Cercò di voltarsi. Le parve di precipitare. Tentò di attaccarsi da qualche parte. Cadeva. Sotto una mano sentì qualcosa che pareva una grossa contorta radice



d'albero: con l'altra, continuando nella caduta, sfiorò dei ciottoli bagnati. Stramazzo in terra, con una botta il cui rumore rintronò tutto dentro. Benché tramortita sentì che aveva battuto su qualcosa di levigatissimo e gelato, come se fosse stato un pavimento di marmo. Vi annaspò sopra con le gambe e con le braccia, prima di potersi alzare.

Appena si sollevò a sedere vide chiaramente, senza possibilità di inganno, due figure attraversare furtivamente, a pochi passi da lei, l'obliquo raggio della luna. Erano due figure di vecchi calvi, con barrette crespe e bianche, avvolti in ampie stoffe che impacciavano assai i loro movimenti, resi già tardi dall'età. Correivano come meglio potevano a piccoli rapidi passi, con uno scalpiccio come di sandali. Erano, per quanto la loro corsa dovesse essere stata brevissima, trafelati. Fu la visione di un momento. Sparirono nell'ombra, si nascosero da qualche parte.

Susanna ebbe paura. Il complesso delle circostanze – il giaciglio di rupe, il tronco d'albero, l'acqua corrente sotto i piedi, la caduta su quel pavimento di marmo, l'apparire e il fuggire dei due vecchietti ammantellati – era sufficiente per giustificare quella paura. Dalla gola salì, prima strozzato, poi più forte, sempre più forte, un grido: «Aiuto! Aiuto! I ladri! I ladri!».

Quel grido le parve immenso, come se si ripercuotesse entro una cupola: disperato e inutile, e risuonava in un luogo estremamente deserto. Lo ripeté molte volte: e fra un grido e l'altro, sempre più nero era il silenzio. Il ricordo di essere nuda la riprese, sotto l'onda della paura. Alzò il braccio per prendere almeno, dalla rupe dove si era misteriosamente addormentata e da cui era precipitata, quel ruvido lenzuolo e quella seta che aveva sentito sotto le dita. Ma non trovò più nulla. Non c'era più né il lenzuolo, né la seta, né l'acqua, né il tronco d'albero, né i ciottoli, né la roccia. Trovò, che saliva verticalmente, una liscia parete di muro, e, più su, un rilievo di legno scolpito che non capì cosa potesse essere. Questo rilievo conteneva, e anzi, più precisamente, incorniciava una tela, che pareva sospesa al muro, tanto liscia che al tocco della sua mano non dava presa.

Benché il suo grido fosse irragionevole cominciò di nuovo a urlare: «I ladri! I ladri!». Si era levata in piedi, e si era appoggiata alla parete, tendendo le braccia in avanti, come per difesa. Sentì sulle spalle srotolarsi la treccia, la lunga treccia che prima aveva annodata come una corona attorno al capo: le parve, giù per il filo della schie-

na, come una serpe. Quell'impressione dette l'ultimo crollo alla sua paura. Svenne, scivolando nuovamente a terra. L'urto che fece con la fronte la fece immediatamente rinvenire, non aveva più fiato, e non poteva gridare più. Il silenzio totale nel quale le pareva di essere immersa valse a darle un po' di calma. I suoi occhi, abituandosi al buio, cominciarono, se non precisamente a vedere, almeno a distinguere qualcosa. Il raggio della luna pareva si fosse lentamente spostato. Veniva da qualcosa che riconobbe essere una finestra, un'altra finestra.

Era in una sala, ampia, altissima. Alle pareti della sala, che parevano decorate con rilievi a stucco, pendevano altre tele, come quella che stava sul muro sopra di lei, chiuse entro cornici scolpite. Grandi, gigantesche, immobili figure sorgevano qua e là da piedestalli: un uomo nudo, dalle forme erculee, che si appoggiava a una clava: un altro uomo, sottile e bellissimo, che pareva stesse passeggiando e toccando nel tempo stesso le corde di una cetra: una donna, nuda come era nuda lei, con una piccola mano abbassata a nascondere l'inguine e l'altra sollevata a proteggere le mammelle piccole e dure. Tutte queste figure erano bianche come il marmo e tacevano profondamente.

In mezzo alla sala era collocato qualcosa che pareva un divano. Susanna ebbe di nuovo paura, pensando, che i due vecchietti visti poco prima potessero essere nascosti lì dietro. Ma non sentì il più lieve rumore. Fece qualche passo avanti, camminando a piedi nudi sui lucidissimi marmi del pavimento, finché poté toccare quello che le era sembrato un divano, e che di fatti lo era. Era un mobile grandissimo, molto più alto di lei. Susanna, con la spalla, arrivava appena all'altezza del sedile. Vi si appoggiò con le mani, dette un balzo. Era una giovane donna agile e forte. Facendo forza con le braccia e coi ginocchi riuscì ad arrampicarvisi. Sedette affannata. Il sedile era di velluto, che si fece subito tiepido.

In quella un uscio scricchiolò, una luce brillò. Era una lanterna cieca, che dirigeva il suo raggio qua e là verso gli angoli della sala, non si vedeva la figura della persona che reggeva in mano quella lanterna: ma doveva essere qualcuno che aveva udite le grida di Susanna e che veniva in suo aiuto. Susanna si fece animo, e mormorò: «Aiuto! Sono qui ... Sono sul divano!».

La luce della lanterna cieca vacillò un momento. Da dietro al suo raggio venne una voce, velata dallo spavento, che diceva: «Dove? Quale divano? Fatti vedere o sparo ... Chi sei?»

Susanna non aveva più paura. Si alzò dal sedile, si affacciò allo schienale del divano. Disse: Sono Susanna ...».

«Susanna?» gridò la voce soffocata. Il raggio della lanterna arrivò sul viso della donna, e le abbagliò la vista. La persona dalla lanterna cieca si spostò verso una parete, dove cercò qualcosa con le mani, mentre balbettava parole incomprensibili. Una grande luce avvampò dalla volta della sala, rivelando la figura del portatore di lanterna.

Si trattava di un uomo di età matura, vestito con una veste da camera di lana verde. Era in pantofole, e teneva nella destra una rivoltella. Guardò, con occhi pieni di sbalordimento Susanna, e poi rivolse subito lo sguardo alla parete dov'era appeso il quadro di «Susanna al bagno», capolavoro della scuola fiamminga. Il quadro era al suo posto, ma vi mancavano, come se le avessero ritagliate e portate via, tre figure: quelle appunto della nuda Susanna, e dei due vecchietti che spiavano il suo bagno: bagno che, per un capriccio del pittore, era diventato un lieve sonno di Susanna, entro la placida ombra estiva dell'albero.

L'uomo dalla lanterna mormorò: «Che avventura! che tremenda avventura!», e non si muoveva. Susanna pensò ch'egli si fosse addirittura dimenticato di lei, e pensò bene di chiamarlo, abbassandosi dietro allo schienale per nascondere la sua nudità. Disse: «Signore ... Signore ...».

L'uomo pareva tramortito dalla stupefazione, non si avvicinava ancora. Domandò di lontano:

«E i due vecchi?»

«Quali vecchi?».

«Quelli che ... spiavano il tuo bagno».

«Non so. Ho visto correr via due vecchietti con dei pesanti mantelli. Non so se sono quelli di cui parlate voi».

«Non possono essere che loro. Fuggiti! Dove si saranno nascosti? Il museo ha cinquanta sale, saloni, scale, magazzini, sottotetti, sotterranei ...C'è da impazzire!».

Finalmente l'uomo si decise a venire avanti. Si affacciò allo schienale del divano dietro cui si era riparata Susanna. Mormorò: «Dio, come sei piccola!».

Susanna, infatti, benché fino allora non potesse averne cognizione, perché aveva vissuto nei limiti di un quadro dove tutto era proporzionato a lei, era molto piccola, ora che, risvegliata, era entrata nel

mondo fatto sulla misura degli uomini vivi e non delle loro immagini. Benché essa fosse la figura centrale di una grande e celebre tela non era alta più di settanta centimetri. Era una bellissima bionda fiorentina donna alta settanta centimetri, completamente nuda.

Il signore guardò lei, e guardò il quadro. Disse: «Sciocco! Perché dovrei stupirmene? Le dimensioni della tela sono di m. 1,78 per 2,10! I due vecchi devono essere più piccoli ancora, perché sono figure in secondo piano. Saranno, sì e no, alti cinquantacinque centimetri ... Sarà un disastro trovarli ...».

Susanna mormorò:

«Signore: ho freddo».

L'uomo la guardò ancora una volta. Disse.

«Vado a cercare qualcosa con cui coprirti».

«Per carità... Non lasciatemi ancora sola. Se tornano i due vecchi ...».

«Magari tornassero! rispose l'uomo. Cercò qualcosa in saccoccia. Ne tirò fuori un fazzoletto, col quale avrebbe potuto almeno coprire le spalle di Susanna, facendole un mantelletto. Ma il fazzoletto era sporco, e lo ripose subito in tasca.

«Qui non ho niente. Se hai paura, vieni nel mio appartamento; lì troveremo qualcosa per coprirti».

«Voi dormite qui?».

«Certo. Sono il Direttore del Museo».

Susanna non capì: ma finse di capire e sorrise, perché aveva compreso una cosa sola: che si trovava davanti a una persona che aveva una carica importante.

«Vieni» disse l'uomo. Susanna si calò giù dal divano. Aveva dimenticato il pudore della sua nudità, tanto quell'uomo era buono e paterno, benché di gigantesca statura al suo confronto. Alzò il braccio per prendere la sua mano che le si offriva da guida.

Entrava intanto, in ciabatte, un altro uomo, spettinato, come desto da un sonno improvviso. Vide il gruppo che avanzava, stentò a riconoscere il Direttore del Museo tanto era grande, adesso, il contrasto della sua figura con quella della donnina che gli marciava al fianco, arrivandogli poco più su del ginocchio. Gettò un grido.

«Bravo» gridò il Direttore del Museo «mettiti a urlare adesso! Non sai fare altro che urlare! Bel custode sei!».

«Ma io ...».

«Taci! Cerca invece i vecchi! Chiama l'altro custode! Sorvegliate le uscite!»

«Tutto è chiuso, signor direttore ...».

«Non importa ... Sono capaci di scappare attraverso ai muri. Non lo vedi? Non vedi il quadro? Non vedi che mancano le tre figure? Per fortuna, una, la più importante, Susanna, eccola qui ...».

Era agitatissimo, si dimenticava di aver Susanna appesa alla mano, e sbatteva il braccio dando violenti scossoni alla piccolissima donna che teneva per mano.

«Se non c'ero io... se aspettavo che si svegliassero i signori custodi... se l'era svignata anche questa ...».

Dal basso udì salire la piccola voce di Susanna che si lamentava: «Signore ... mi fate male ... sono tanto piccola ...».

Il Direttore del Museo si rivolse a lei. Disse intenerito:

«Scusa, scusa, Susanna; mi ero dimenticato». Si chinò, la prese in braccio come si prende una bambina, le fece posare il capo sulla sua spalla. Mormorò:

«L'avevo previsto! Avevo intuito che una volta o l'altra doveva accadere. Lo dicevo sempre: dorme, ma sembra che respiri, sembra che da un momento all'altro si debba svegliare. E infatti, ecco, ti sei svegliata ... ».

Guardò ancora verso il quadro dove, ai piedi del tronco di quercia si disegnava, col grigio della antica tela, la sagoma che era occupata, prima del risveglio, dalla figurina di Susanna. Gridò: «È terribile! Sembra incredibile! E così nuda, adesso, santo cielo, mi prenderà una polmonite!».

Cominciò a correre verso la porta. Di lì si rivolse ancora al custode che era rimasto impalato. Gridò: «E tu, imbecille, cerca piuttosto i vecchietti».

Corse, col piccolo peso di Susanna fra le braccia, per varie sale che venivano illuminate da altri uomini che arrivavano, a passi rapidi, da tutte le parti: altri custodi che accorrevano alle grida. Senza smettere di correre il Direttore del Museo gridava loro: «I vecchi! I due vecchioni! Cercateli! Sono alti cinquantacinque centimetri! Telefonate alla Polizia! Fate circondare tutto il palazzo! Dite che Susanna è salva! Susanna è salva!».

Susanna, sballottata dalla corsa, assordata dalle grida, non sentiva altro che un terribile freddo ai piedi. Doveva essere una notte d'inverno. Sicura che il vecchio signore non l'avrebbe rimproverata di

Orio Vergani

questa confidenza, infilò le sue gambette nello scollo della sua veste da camera dalla parte del cuore. Il Direttore del Museo, dormendo nel suo letto, sentì un piccolo peso appunto dalla parte del cuore. Si volse. Pensò, nel sonno, che doveva stare attento a non addormentarsi su quel fianco. Affondò la testa nel cuscino. Non ricordò nemmeno, per quell'attimo di risveglio, di aver sognato, e si riaddormentò subito.

“La grande vasca”  
(L/F, III, 9, 1943, 17-18)

Il ragazzo si svegliò di soprassalto. Cosa l’aveva svegliato? Non c’era stato alcun rumore in casa, non aveva sognato, suo fratello dormiva tranquillamente nel suo lettuccio. Tese l’orecchio, per udire, attraverso le pareti della stanza vicina, il silenzio, il vivo silenzio che voleva dire il sonno dei genitori. Avrebbe potuto accendere la luce, bere un sorso d’acqua, voltarsi dall’altro lato sul guanciale. Invece non si mosse. Rimase ad ascoltare, ad ascoltare, a guardare nel buio, in quel buio familiare della stanza da cui non ricordava da quanti anni – ma gli parevano lunghissimi – aveva vissuto. Non trovava il motivo del suo risveglio subitaneo. «Adesso – si diceva – mi riaddormenterò». Pensò alla vita che, tre metri più in su della sua testa, si svolgeva sul tetto della casa. Era, questo, un pensiero costante delle sue notti, quando si addormentava: quello di pensare che ogni cosa, assieme a lui, dormisse, come per garantirsi la sicurezza che nulla della vita gli era sottratto. Gli piaceva di addormentarsi quando la casa era addormentata, dopo il fratello, dopo i genitori, se fosse stato possibile dopo la cameriera che si chiudeva nella sua camera di fondo. Pensava che in quello stesso momento, uno per uno, a brevissimi intervalli, si addormentavano i suoi compagni di scuola, e i genitori dei suoi compagni di scuola. La giornata per lui e per tutti, aveva suddivisa la stessa porzione di vita. Poi arrivava a pensare alla vita e al sonno degli animali, anche dei più piccoli. Dormivano i passeri già da molto tempo, dormivano già – credeva – le formiche nei vasi delle terrazze, dormivano i piccoli ragni che ogni tanto si scoprivano in qualche angolo delle pareti. Forse qualcosa non dormiva sul tetto della casa, misteriosa dimora di gatti e forse di uccelli notturni. Era probabile che il suo risveglio era dovuto al pensiero, nel suo subcosciente, di quella vita che lassù si svolgeva, il cui segreto gli era vietato e irraggiungibile. Come tutti i ragazzi aveva bisogno di credere, almeno di vivere la vita di tutti quelli e di tutto quello che lo circondava. Lo aveva destato l’ansietà di ignorar qualcosa della vita, di non partecipare alla suddivisione di quei beni comuni e misteriosi che formano la vita. Il suo pensiero era impreciso, era più istinto che pensiero, forse era più sogno che coscienza.

Il padre si vegliò nella stanza accanto. Era abituato a comprendere, nel silenzio della notte, tutta la vita della sua famiglia. Pensò subito: «Mario non dorme». Al buio, benché una parete lo separasse dalla stanza dei figli, un avvertimento dell'istinto gli faceva credere il figlio steso sul letto, con gli occhi aperti nella tenebra. Cosa aveva fatto durante il giorno, il figlio? Pensò che oramai ignorava tante cose delle giornate del figlio: giornate intere erano state cancellate dalla memoria o addirittura ignorate: e, perché nel figlio ritroviamo noi stessi, pensò che nella sua maniera egli, il padre, ignorava infinite cose di sé, che gli sarebbero state restituite con la freschezza della giovinezza, dell'infanzia anzi, lontana, per lui, vicinissima ancora per il figlio. Un improvviso interessamento lo prese per questo oblio di sé e di lui. Rammentò i lontani risvegli della sua infanzia, ormai lontana, la brevità e al tempo stesso l'immensità di quel mondo da cui era venuto, staccandosi gradatamente, per la legge della vita, per diventar l'uomo quarantenne che adesso non riusciva a trovare sé stesso intero fanciullo, se non attraverso il figlio. «Come accadde a me, – pensò – sta accadendo a lui. Anche lui diventa uomo, senza saperlo, ogni giorno qualcosa della sua infanzia si perde, ed egli non cura e la dimentica di ora in ora».

Gli pareva d'esser sicuro che il figlio non dormisse, si levò dal letto, andò per il breve tratto del corridoio, scalzo ascoltò davanti all'uscio socchiuso, chiamò a bassa voce: «Mario!». Il ragazzo non rispondeva, si era addormentato. Il padre entrò nella stanza, accese la piccola lampada velata accanto al letto del figlio. Mario dormiva. I suoi occhi si mossero appena sotto le palpebre, il sonno non fu interrotto. Il padre rimase in piedi a guardare il figlio, le sue braccia nude fuori dalle lenzuola, la sua bocca fanciullesca. Il disegno della bocca di Mario era uguale a quello, stanco, della bocca paterna. Il padre si ricordò della propria bocca di ragazzo, quasi con dolce disperazione al ricordo della sua voce e del suo respiro di un tempo. Ricordò l'ansia delle corse, il sapore della frutta rubata, il sapore degli spaghetti che masticava per gioco, per sfilacciarli; si chiese quando tutto questo fosse finito. Il suo viaggio nel tempo fu brevissimo e lunghissimo: calò in profondità incancellabili; che invece accorrevano verso lui e venivano istantanee alla superficie. Ricordò anche la propria bocca nel sonno, e nei risvegli per sonni pesanti e troppo forti. Non distingueva più tra immaginazione e memoria. Di una cosa era sicuro, che il figlio



un momento prima doveva essere sveglio e che certamente nel risveglio doveva essersi chiesto il perché di quella breve interruzione del sonno. Un perché, un motivo indistinto si era forse affacciato alla sua coscienza: quei ruderi sui quali i fanciulli non sanno indagare e di cui non sanno trovare l'origine e i limiti, perché in loro la fresca natura porta rapida la quiete.

Cosa aveva fatto durante il giorno suo figlio? Esattamente non poteva dirlo: ma con ogni probabilità, la vita di ogni giorno, divisa fra il risveglio, lo studio, la varia noia e il vario interesse per la scuola, le due ore coi compagni ai giardini pubblici, le corse attorno alla grande vasca dei pesci rossi, la sosta su una panchina sotto alla grande magnolia. Il figlio aveva, fatto quello che aveva fatto il padre trent'anni prima.

Trent'anni prima? Non ricordava quale fosse stato il suo «ultimo giorno dei giardini pubblici», l'ultimo giorno in cui aveva giocato facendo galleggiare le foglie secche di magnolia sulle acque di quella stessa vasca. Quel giorno era passato senza lasciar traccia e solo per un sortilegio di magia una voce avrebbe allora potuto dirgli che al giardino non sarebbe più tornato, o, almeno, che non ci sarebbe più tornato con l'animo meraviglioso di fanciullo. Il fiore dell'infanzia si era spento, era appassito senza che nessuno gli facesse aprire gli occhi innanzi a quel doloroso miracolo.

Guardò il figlio che dormiva, con quieto respiro. «Tornerai, domani alla grande vasca?» gli domandava in silenzio il padre. Era una domanda come solo si può rivolger a un'anima, o a sé stessi. Né il bambino né il padre potevano rispondere a questa domanda. La logica avrebbe risposto: «Sì. Tuo figlio tornerà anche domani alla grande vasca, raccoglierà le foglie secche di magnolia, le varerà sull'acque appena increpate dallo zampillo centrale...». Questo avrebbe dovuto rispondere la logica. Ma l'anima rispondeva «egli tornerà alla grande vasca, ma non sarà più quello di ieri. Ed egli lo sa, egli non è stato avvertito misteriosamente, un momento fa, da uno degli spiriti che aleggiano nel sogno immemorabile. Se tu svegliassi tuo figlio e gli dicessi questo, egli direbbe di no: non ti crederebbe. Egli non può saperlo: ma questo gli è stato detto, questo gli è stato scritto nel suo piccolo cuore».

Parimenti, trent'anni prima, fanciullo, accadeva a colui che era il padre, di svegliarsi all'improvviso nel sonno, senza sapere perché,

Orio Vergani

senza forse domandarselo nemmeno. Solo adesso gli pareva di comprendere i motivi di quei risvegli, di quelle notti che aprivano una parentesi di lievissima angoscia subito sopita dal riprendere del sonno. Era uguale al suo bambino che quietamente dormiva, ignaro anche dello sguardo che si posava su di lui. Anche a lui una voce non ascoltata avrebbe detto: «Tornerai per un giorno, per una settimana, per qualche mese ancora forse alla grande vasca, ma non sarai più quello di ieri ...».

Tacque in questo pensiero. Sentì passar la vita. La casa dormiva, tutti dormivano tranne lui. Spense la lampada. Si allontanò muto.

MARCO RAMPERTI



“L’ultima corrida”  
(L/F, III, 2, 1942, 17-19)

A meno di quarant’anni, invecchiato dal dolore dell’unica figlia perdutasi per un uomo indegno, Vicente Ferial s’era tagliata la *coleta* dell’*espada*, rinunciando a una professione per cui più non gli bastavano, ormai, né l’anima né le forze. Vagabondò una ventina d’anni, sempre più impoverito e stanco, sino a che poté acquistare, con gli ultimi risparmi, una bettola da contrabbandieri, e rassegnarsi a viverci, nella ristrettezza e nel disgusto, soffrendo il contatto di uomini abbietti cui era costretto a mescolare il vino, e per giunta a dire grazie, a stringere la mano.

Stava l’osteria nell’ombra d’un olmeto, alla periferia d’una borgata di cui l’esule non aveva chiesto neppure il nome, giungendovi oltre alcune miglia dalla frontiera francese. Avendo accettato quell’ultimo destino a cuore stretto, considerò tutto quanto gli rimaneva (quattro monete d’argento; una *muleta* avanzatagli, unico ricordo, delle antiche corride; e una *pontilla*, cioè il pugnale riservato per finire i cavalli sventrati dai tori) e si fece il segno della croce del *desemparado*, allora che si rassegna, privato di tutto, a cercare l’elemosina alla porta delle chiese. Peggio che il mendicare, forse, quel servir da bere a dei furfanti, a dei banditi da strada maestra! Ma ormai, perduta l’unica figlia, gli pareva che lo stesso onore fosse un lusso, un’inutilità per la sua inutile vita. Rintanato in quell’anfro di malaffare, era quasi l’oscurità che ci voleva. Finito nell’ombra, sepolto nell’infamia, colui che aveva indossato al sole delle arene l’«abito di luce»! Vero che non l’avrebbe saputo più nessuno. Vicente Ferial era defunto, ormai, per il suo passato. Nella taverna dei contrabbandieri, avrebbe soltanto finito di morire.

Gros Claude, il biscaglino, Riquet, Vert-Vert e Trémard erano gli avventori d’ogni sera, quando pure il contrabbando non li tenesse impegnati per le montagne, con l’eventualità di tornarne fra due gendarmi, o magari di non tornarne affatto: come quel Jacquot, detto l’Arsouille, che l’anno prima una pallottola aveva steso morto a due passi dal confine, con la bocca piena di sangue e una provvista di droghe in saccoccia. I compari superstiti ne riparlavano, tra una cioncata e l’altra, con un cinismo appena mascherato d’una vaga compassione. Il rischio della morte era un’abitudine nella loro esistenza; e, in verità, essi erano ribaldi ma coraggiosi. Era forse per queste dimostrazioni di coraggio

che l'ex torero, malgrado tutto, riusciva a compatirli. E talvolta anche, fra loro, a rievocare la propria professione d'un tempo ed a rimpiangerla. Non aveva affrontato dei gendarmi, lui, ma delle belve. Cioè qualche cosa di più. Ne avessero capito la differenza! Invece Trémard sorrideva, Vert-Vert scuoteva il testone selvaggio, Riquet la fronte ricciuta. Secondo loro, un toro che si getta a testa bassa si può sempre evitare con un po' di destrezza. Ma evitare un colpo di carabina, mentre si sta aggrappati ad una rupe con un carico di frodo sulle spalle!

Ammutoliva allora Vicente, e se n'andava di là, mortificato, a spillare il suo vino nero, o a preparare pei suoi biechi avventori un piatto di *tortillas* alla castigliana. Sì: forse era meglio che fosse finito accattone, alla Porta degli Apostoli della sua Valenza, tra i due ciechi vestiti a lutto e con la croce in mano che vi stanno in permanenza. Adesso, però, di stare fra malandrini non si lagnava nemmeno più. Passavano gli anni, veniva l'oblio; e, in fondo, anche l'ombra di bosco che avvolgeva quel suo tugurio ne taceva quasi un asilo di pace, un *buen retiro*. Rassegnato, tornava alle botti ed ai fornelli. E quando risaliva su nello sgabuzzino fumigoso della vendita, poteva consolarsi anche d'incontrarvi Jeannette, la figliola sedicenne di Anna la fornaia, che una volta il giorno gli mandava giù dai Mulini la pasta per le *tortillas*. Era una cara ragazza, Jeannette, tutta sorriso e freschezza; l'unico incontro amabile in quel covo di malnati; e il vecchio l'aveva cara, anche perché un poco gli ricordava la figliola perduta. Avrebbe avuto la stessa età, quella sua Nina che un tristo gli aveva portato via. E, certo, lo stesso amore di vivere, lo stesso sorriso di pace. Se la riguardava commosso, rapito, identificando le immagini. E talvolta a lei, a lei sola, faceva qualche confidenza del suo passato, dei begli anni già illuminati dal «vestito di luce» ed ora spenti nelle tenebre.

Quanti tori avete ammazzato, Don Vicente?

Jeannette era la sola che credesse, che mostrasse di credere ai suoi racconti di prodezze. Per gli altri, per tutti gli altri frequentatoli della taverna egli era soltanto un millantatore, o un maniaco, che non doveva aver mai visto una *corrida* non stampata sulle scatole savigliane dei sigari di contrabbando.

La giovinetta scendeva apposta nelle prime ore del pomeriggio, quando la bottega era vuota, per farsi raccontare quelle lontane imprese. Quanti tori aveva ucciso? Un'ottantina almeno, nei dieci anni che aveva portato la cappa d'*espada*, senza contare quelli incontra-

ti prima come *novillero*. Si ricordava con la *muleta* al braccio, tra la squadriglia preceduta dagli *alguazili*, durant il *paseo* trionfale, e qualche volta, nel palco da cui l'alcade avrebbe dovuto gettargli le chiavi del *toril*, era comparso nientemeno che il Re, a dare il segnale degli applausi. Trombe e tamburi a festa, in onore di Re Alfonso! Ed ecco s'accendevano le torce di cera, ed egli «brindava» il toro alla salute del Sovrano. Raddoppiavano le acclamazioni, la fiera veniva inoltrata nel Circo; e dopo i «passi» rituali dei *picadores* e dei *banderilleros*, toccava a lui d'affrontare la fiera incollerita, esasperata, portata al parossismo; dalle grida, dai pungoli, dall'odore del sangue, dalle cappe rosse, dai cavalli sventrati; dalle bandiere di fuoco piantate nelle reni. Bisognava che Jeannette l'avesse visto allora: nelle finte, nelle schivature, nelle *largas* dei volteggi. Una volta, a Barcellona, aveva atteso il toro stando a sedere, come il celebre Frascuelo gli aveva insegnato da ragazzo; e un'altra volta, a Cadice, gli si era addirittura inginocchiato dinanzi, prima colpirlo: ch'era la *suerte* favorita dalle spettatrici, da quando l'aveva resa famosa il Carpio, il maestro di scuola diventato *castigador de toros*.

Entrò Riquet, un giorno, intanto che il vecchio torero spiegava alla ragazza questa «*suerte*». Sogghignò, al solito, ma non aggiunse una parola di motteggio. Riquet, un tolosano ancora giovane ma già indurito nel male non ebbe occhi quella volta che per la figliola della molinara. Anche Jeannett gli rese, un istante, lo sguardo, ma per ritrarsene con una sorta di paura. Il contrabbandiere la fissava con una cupidigia dura, ferma, senza voce né turbamento. E il vecchio spiegava:

– Ho visto Bombita affrontar i più terribili tori di Navarra; e Dominguin, poi ucciso da una cornata, eseguire passi di danza quasi fra le gambe d'un toro dell'Andalusia. Ho visto spirare Dominguin, e qualche anno prima cadere e morire Calderon, il *picador* senza rivali. Ho visto l'italiano Mazzantini afferrare per le corna Alcuncillo, una belva che aveva già sfondato due volte la palizzata; un'altra volta affrontare Labrador, che aveva fatto fuggire un leone! Vera *corrida de muerte*, figliola mia.

– E voi, non avete mai rischiato di morire?

– I tori m'hanno sempre rispettato. Sono stati soltanto gli uomini a farmi del male. Ed è per causa loro che ho rinunciato alla professione, che mi sono tagliato la *coleta*; e che adesso mi trovo in questa bottega a vendere vino nero, io che ho brindato dei tori alla salute del Re ...

– Non vi lagnate: – disse finalmente il tolosano – qua dentro nessuno vi caverà mai una goccia di sangue. Non siete dunque contento di morire nel vostro letto?

Vicente sospirò. No: di morire nel suo letto non era contento, adesso che ci sarebbe morto solo, senza che la mano di Nina gli aggiustasse la coltre sul petto. Questo però non lo disse. Ma ripensando la figliola lontana, perduta; la figliola che aveva pur essa arrischiato una *suerte*, incontrando la più infame, un tremito gli passò nelle mani, e la destra tornò a richiudersi, convulsa, quasi nell'atto d'impugnar una lama. Si rivedeva dunque nell'arena, il vecchio? Jeannette tornò a interrogarlo. Era curiosa. Voleva sapere. Nulla più ammirava negli uomini, questa creatura tutta mitezza e freschezza, come la temerietà. Se ne accorse anche Riquet quando, entrato Gros Claude nell'osteria insieme a Trémard, il biscaglino ebbe a battergli una mano sulle spalle in segno di rallegramento, per avere la notte prima portato un carico di sigari traverso la montagna, sotto l'uragano, fra i lampi del cielo e le schioppettate dei doganieri. Una volta ancora, occhio di Jeannette si posò sul tolosano. E fu, ancora, uno sguardo di spavento, però mitigato da un'ammirazione a cui certo contribuivano la bella testa scapigliata del ribaldo, quell'ardita sicurezza che spirava dall'asciutta ma atletica persona. Riquet, già oltre i trent'anni, doveva forse al suo tristo mestiere, e alle ginnastiche pericolose a cui ogni giorno lo obbligava, l'aver conservato la sveltezza d'un ragazzo.

Vicente Ferial interrompeva i suoi racconti, e li riprendeva all'arivo di Jeannette.

Ho conosciuto – diceva – tutte le arene della Spagna; da quella di Granata dove ho corso la mia prima corrida, alla Plaza Mayor di Madrid, gremita di ventimila spettatori. E Toledo! E Siviglia! E Valladolid! A Valenza, mia città natale, le donne una volta mi lanciarono in regalo una lama d'Albacete. Perduta anche quella: venduta anche quella, nella miseria! Adesso non mi resta che una *pontilla* da beccaio. E le gambe paralizzate, quasi, come quelle dei *picadores* nella fasciatura. E il cuore arido, come il letto del Guadalquivi nella siccità ...

– Ditemi Don Vicente: Valenza è bella? Bella come dice la canzone?

– Di più ... Molto di più. Non potrei neppur figurartela. Sta, come dirti? in un profumo amaro d'aranci e di cipressi, e in un allagamento di luce che opprime, tanto è intenso, e quasi fa male al cuore. Mi domandi se è bella? Oh! Là dove l'Albufeira si confonde col mare, in faccia ai monti azzurri e rosa, rimanevo qualche volta delle ore intere, non sapendo



neppure nello stordimento, formare delle volontà, dei pensieri. Fiorisce di tutto a Valenza: uva, datteri, banane, *chirimoyas*, mirti, bambù. E dei rosai come alberi; delle primule che si colgono a dicembre; dei melograni così succosi, che bastano a sfamare per strada i vagabondi. Mi capisci, Jeannette? Questa è Valenza. Ma bisogna vederla dal Convento di San Michele, al mattino, quando nell'aria di velluto si vengono formando le ondate delle rondini e le sonagliere dei cavalcanti, quando il cielo è d'un turchino unico come quello delle *azulejas*, e si sente la brezza trepidare, netta e fresca, lungo il «Tribunale delle acque», – sotto la Porta degli Apostoli. E i giardini monacali, lassù, sono tutti scuri di malve e di cicute; le *huertas* laggiù, tutte chiare d'agrumi e di rose. E le belle donne! E il dolce dialetto! I fiori che mi gettarono, il giorno di quella *corrida* in cui m'offrirono la spada d'onore, andai a portarli all'altare della Seu, dove stanno le catene del porto di Masiglia e gli *ex voto* dei Re d'Aragona. Nello stesso giorno, aveva luogo la processione dei giganti. Portavano i santi a braccia, sotto stormi di campane che parevano scrosci di gragnuola; e alle finestre, sui balconi, dietro le stuoie di giunchi, c'era tutta Valenza a guardare. Ed io avevo l'impressione, vedi, che tanta festa fosse per me, per me solo. Ma non era tutta illusione, poiché, in realtà erano in molti a riconoscermi per via: mulattieri, maiolicari, risaiole, gli orefici della Plateria, i bifolchi delle *Huerta* col bastone passato orizzontalmente dietro il collo; e gli stessi gendarmi in tricorno da parata: pur essi tramortiti nel gran profumo d'arancio, sotto i concerti delle campane da duecento quintali, fra gli spari dei mortaretti, gli sfrigolii delle cialde, le grida dei venditori di gelati ...

– Ve la ricordate bene la vostra città.

– Te la ricorderesti altrettanto, piccola, se ci fossi vissuta un'ora soltanto. Vedi: mi basta socchiudere gli occhi, e la rivedo come a vent'anni, quella sera che portai alla Vergine i fiori della *corrida*. Le sue strade tortuose, le sue ombre lunghe, la luce interrotta dai voli delle rondini; e i muri imbiancati dalla luna, le brecce dei giardini da cui si intravede un pozzo o una fontana ... Tu non sai, tu non sai. E più tardi i ritorni delle mule, dalle bardature tintinnanti, i pastori ammantellati di nero, i *serenos* che invitano al silenzio, gridando «Dio sia lodato». Così la notte succede al giorno, a Valenza; e ogni strada s'oscura, si svuota: ma gli ultimi a scomparire sono i due ciechi che vegliano alla Porta degli Apostoli, vestiti a lutto con una croce in mano ... Ora va, figliola. S'è fatto tardi. Tua madre t'aspetta.

Quelle rievocazioni, in fondo, facevano male al cuore del vecchio. Rimasto solo doveva ripensare a colei di cui non aveva parlato mai con nessuno, neppure con Jeannette. Pensava a Nina; alla sua Nina così bella, alla sua creatura rubatagli da un infame. Ridente gli appariva nella memoria, come sempre gli era apparsa prima che si perdesse: alta come le palme del Porto di Grao, saporosa come il frutto dei *chirimoyos*, fulgida negli occhi come i brillanti della Plateria. Che gli rimaneva, adesso? Che era rimasto al *desemparado* fuorché l'ultimo dei mestieri, qualche unta moneta lucrata su dei malviventi, con un coltellaccio da cucina? Se la riguardava, questa sua *pontilla* avanzata all'*espada* d'un tempo, scanalata, tinta di rosso e allargata nel mezzo a forma di pesce com'è d'uso fra gli sventratori di bestiame, quando capitò la solita comitiva: Trémard, Gros Claud, Vert-Vert e altri due compari. Mancava Riquet. Il tolosano s'era assentato per fare, secondo le sue abitudini, la posta ad una donna: e il biscaglino ne parlava, ghignando, a Vert-Vert, che l'ascoltava con grandi stupori d'invidia nel faccione bestiale.

– Questa sera, Don Vicente, dovrete parlarci di qualche vostra *suerte*.

S'erano fatti imbandire, col vino, di quel prosciutto *serrano*, maturato con neve dei monti, che l'ex torero si provvedeva dai Pirenei, e la bella sera di maggio, insieme col cibo piccante, li invogliava a prendersi gioco del vecchio. Il quale, invitato a bere con loro, finì per acconsentire a raccontare di sé: sulle prime solo per cenni, tra il pudore di dire troppo e il timore di non essere creduto abbastanza, quindi appassionandosi alle proprie parole, quasi il discorso non fosse che un soliloquio: un racconto particolareggiato, quale mai gli era capitato di fare, dell'intera sua vita; un riassunto testamentario, una confessione ad alta voce.

Aveva «brindato» anche lui, lo sapessero, a delle *corridas de muerte*. Lo sapessero e non lo mettevano in dubbio. Vicente Ferial, antica *espada* di lama valenzana, non avrebbe saputo mentire. Ottanta volte aveva brindato, come il rito comanda, al Re, alla Spagna e al proprio cavallo. Tori mancesi, tori d'Andalusia, tori di Surga cornuti come Belzebù erano stramazati sotto la sua spada. Non c'era cimento che non avesse conosciuto, segreto dell'arte di cui non avesse dato prova. Un buon torero, dicono in Catalogna ha da saper uccidere otto volte con sette stoccate, ché l'ottavo toro deve morire di fatica: e Vicente

Ferial aveva tenuto il patto. Aveva dimostrato di saper «passare la cappa» alla *veronica*, come Fuentes, o alla navarrese, come Guerrita; il *recibir* gli era riuscito come a Cayetano, il *volapie* come a Bienvenida, il cambio di cintura come a Frascuelo; né lo stesso Pastor l'aveva superato nell'eleganza d'avvolgersi nella cappa, schivando d'un centimetro la carica della fiera scatenata. Aveva conosciuto Mezzantini e Lagartijo, trattato da pari a pari Gallo e Il Gallito, Bombita l'impasabile ed Espartero l'ardimentoso; Mazzantini, che parlando al toro e pregando i santi tornava a parlar italiano; e infine Guerrita, il terribile Guerrita: il solo che sapesse, dopo l'antico Mantijo, aspettare la belva stando legato ad una sedia. Anche lui, anche lui la morte l'aveva saputa guardare negli occhi; come loro, come tutti loro; come Carpio, il *corregidor*, o come il «*niño del periódico*», che giostrava spiegando un giornale invece della muleta; come Joselito, ch'egli aveva visto spirare sotto i colpi d'un toro impazzito, quarant'anni prima, coperta poi la sua bara da ventimila garofani bianchi; come Granero, infilato da una cornata sotto la mascella, portato in giro per l'arena dalla bestia furibonda, e scaraventato come una *muñeca*, una bambola, innanzi alla tribuna dove la moglie dell'infelice era svenuta... Ma simili orrori rinfrancavano, anziché spaventare, il cuore del buon *espada*. E per quanto feroce fosse il toro, era una gioia d'affrontarlo al primo grido d'«*atencion!*»; una gioia di gettare il proprio cappello in aria, come colui che nella *suerte* temeraria può, deve giocare l'ultima carta, la sua. Ora anche lui aveva giocato questa sorte; anche lui, cinquanta e cento volte, era giunto, attraverso bravure e pericoli senza fine, al «momento della verità»: com'è chiamato quello in cui, al cospetto della folla in delirio, la stoccata dell'uomo giunge al cuore della belva; e scoppiano le acclamazioni, i fiori cadono sul toro trafitto e sui cavalli sventrati, volano nell'arena cappelli e bastoni, colombe, ventagli, orci di vino; e il combattente vittorioso saluta con un semplice gesto della mano sul cuore ...

Quella sera appariva tanto commosso, il pover'uomo, nell'evocare il suo passato, che neppure quel cialtrone di Trémard, neppure il biscaglino, vecchio avanzo di galera, si sentirono di continuare lo scherzo, fingendo di consentire a degli sproloqui di cui non credevano una parola. Se ne andarono, invece, non appena il racconto cominciò ad annoiarli; e già Vicente stava per abbassare le serrande, avendo spento tutti i lumi eccetto la lucernetta della cantina, quando dall'olmeto adiacente un'ombra dilungò nell'osteria. Era il tolosano.

Marco Ramperti

– Che volete? Riquet?

– Da bere. –

– Ma è tardi. Si chiude.

– Da bere, vi dico. Ho un'ora da aspettare, e ho sete. Non vorrete lasciarmi al fresco, immagino. È ancora troppo presto, di maggio, per fare serenate; e d'altra parte, con le donne, io non ho l'abitudine. Vo per le spicce, io.

– Riquet, mi spiace. È tardi.

– Sentite, amico. Con voi non bisogna avere segreti. Questa notte la madre di Jeannette s'è assentata dal mulino, la ragazza è in casa sola, e aspetta un mio segnale. La vostra bottega, per questo, serve benissimo. Farò un segnale da quella finestra. Via: lasciatemi passare.

Un pallore, un tremore invadono la faccia del vecchio. Le gambe, già mezzo prese nella paralisi, gli vacillano, così da obbligarlo ad appoggiarsi ad uno stipite. Crede d'aver udito male. Balbetta:

– Avete detto? Jeannette è già vostra amante ...

– Non ancora. Eh, purtroppo, la ragazza non molla. E se non fosse capitata la buona occasione, l'avrei certo aspettata un pezzo. Ma questa non me la lascio scappare. In casa sola, capite? E in piena notte di maggio! Un'ora con lei, e avrò il fatto mio.

Vicente Ferial si ricorda di sua figlia. Si ricorda di un'altra perduta. Si ricorda di colei, la cui immagine è fatta sola con l'immagine di questa. Un'ondata di sangue affluisce al suo stanco cuore, come quando affrontava i tori neri della Murcia nell'«abito di luce». Ora lo sguardo è franco. Le gambe non gli tremano più. S'è piantato innanzi alla porta, e gli occhi infiammati fissano, sfidano gli occhi di Riquet.

– Voi non andrete a quel convegno.

– Sei impazzito? O non ti preme più la pelle? Amico, va, lasciami il passo...

– Tu non andrai da Jeannette.

– La chiami col suo nome? Bravo... Sei geloso, dunque. Per un toterro di sessant'anni, non c'è male. Sei in ritardo, però. Mi fai ridere. Riso e schifo, mi fai. Orsù, levati dai piedi.

Dalla cintura il vecchio ha cavato la *pontilla*. Riquet è costretto a sfoderare il suo coltello. S'affrontano nella stanza chiusa, appena rischiarata da una lanterna da cantina: soli, muti, non veduti da nessuno. Sarà, anche questa, una *corrida de muerte*, in un'arena grande come

uno stambugio: senza uno spettatore, senza una voce; presenti i due soli attori della battaglia: un uomo e una belva, come al tempo in cui l'uomo «brindava» la belva al cospetto del Re.

Anche questa volta, *atencion!*, il torero fa il suo «brindisi». Lo fa, in silenzio, ad una mamma lontana. E la *pontilla*, la vecchia lama da sventrare carogne, gli sta ferma nel pugno.

Questa volta non scoppieranno battimani, né voleranno colombe per la gloria dell'*espada* canuto. Eppure sarà questa, anche perdendo, la sua *suerte* migliore. Ma Vicente Ferial, una volta ancora, non manca il suo toro. «*Tome usted!*», prendi questo, dice ad un tratto – e sono le sue prime, le sue ultime parole – vibrando la stoccata mortale al cuore dell'avversario, secondo il frasario di rito nelle corride... È il colpo finale. E il «momento della verità». Il giovine è caduto ai piedi del vecchio. E il vecchio getta il pugnale, recita mentalmente un'orazione, pensa che Riquet, un giorno, ha sbagliato una profezia: giacché egli, Vicente Ferial, non potrà più tranquillamente morire nel suo letto.

Ora dovrà fuggire; ripassare il confine, prima che giunga l'alba e il delitto sia scoperto. Egli sa le strade. E sa la sorte, l'ultima, che lo aspetta: nella sua Valenza, alla Porta degli Apostoli, tra i due vecchi vestiti a lutto che impugnano una croce. Ci sarà posto, forse, anche per un terzo mendicante, e anche lui, l'*espada*, porterà la sua croce, fino all'ultimo dei suoi giorni, domandando perdono a Dio di ciò ch'è stato nel nome di Nina, nel nome di Jeannette.



VÍCTOR RUIZ ALBÉNIZ (EL TEBIB ARRUMI)





“Chi è il Tebib?”  
(L/F, II, 12, 1942, 15-179)

Il capitano Tuero ci riceve sulla porta d’una bella casetta di campagna, nella splendida valle di Valls. Il suo sorriso, abitualmente amabile e gioviale, sembra più aperto.

– Che venite a fare qui?

– Ma, quel che facciamo sempre. A farci dire dal Generale o da Troncoso da che parte dobbiamo andare oggi per vedere qualche cosa della guerra.

– Da che parte? ... Andiamo! Tante arie da veterani in guerra, e poi non siete altro che dei perdigiorno.

– Tuero, Tuerito, non essere mascalzone. Sputa l’osso. Dove sta il Generale?

– Che ora è?

– Pelandrone! Sono le nove e mezzo della mattina

– Beh, guarda. A quest’ora, press’a poco, il generale Solchaga e l’illustre Stato Maggiore del Corpo d’Armata di Navarra se non sono al Tibidabo sono in piazza Cataluña.

Tuero, parlando seriamente, ci confermò che all’alba il Corpo d’Armata di Navarra, e forse anche quello del Marocco, aveva ricevuto l’ordine di entrare – all’assalto se fosse stato necessario – nella capitale di Catalogna, anche per risparmiare alla città il solito comiato dei marxisti. Noi sapevamo che dal giorno precedente Juan Bautista Sanchez e Barroó avevano piazzato i loro cannoni a distanza di tiro normale dal centro della città. Sapevamo anche che il nemico offriva poca resistenza dacché ci aveva visto sulle rive del Llobregat e sapevamo infine che altre divisioni dell’esercito di Franco operavano al Nord e all’Est di Barcellona per tagliare la ritirata agli ormai già fuggiaschi del famoso «Esercito del Popolo» ma da questo a supporre che, proprio quel giorno – 26 gennaio 1939 – avremmo riconquistato Barcellona, ci correvano molte miglia di distanza, quasi tante quanto quelle che avevano percorso avanzando le Divisioni di Franco, lanciate dall’Ebro fino al mare e alla frontiera dei Pirenei.

Come poteva essere accaduto? Sette giorni prima, il 19 di quello stesso mese, era stato dato l’ordine di avanzata ed i nostri soldati avevano cominciato a disegnare, con la loro presenza fisica, il piano

della geniale manovra concepita dal Caudillo. Muñoz Grandes, partendo da Pons con le sue forze divise in due colonne, aveva mirato e colto nel segno a Solsona il giorno 24; Moscardó, partito da Guissona, aveva occupato tutto il massiccio montagnoso fino a installarsi nelle Saline di Cardona.

A sua volta il Corpo dei Legionari italiani, col generale Gambarà, si era diretto a Igualada operando un accerchiamento nel settore di Monserrat. García Valiño aveva il compito più arduo e i suoi soldati dell'Esercito del Mestrazgo si lanciarono per le montagne sopra Cervera e più tardi, sempre attraverso la montagna, per sentieri tortuosi, raggiunsero Calaf e Manresa, realizzando il difficile accerchiamento di Barcellona dal nord, vale a dire da dove forzosamente dovevano passare i rossi nella loro ritirata. Infine Solchaga e Yague, con i navarrini e i marocchini, avanzarono diretti come frecce verso la stessa Barcellona; i soldati di Solchaga partendo da Gaya per Villafranca de Panadés, diretti a Martorell, e quelli di Yague percorrendo la accidentata costa per Vendrell, Villanueva e Sitges. Tutta questa geniale operazione era stata realizzata con la precisione di un «piano tattico», con la tranquillità di una «manovra logistica»; la mattina del 24 i navarrini e i marocchini apparirono in vista di Barcellona sulle rive del Llobregat e i quattro Corpi d'Armata, che avevano per obiettivo il famoso fiume, lo passarono a guado in quella stessa mattina in parecchi punti e disponendosi con tutte le garanzie tattiche in modo di poter dare l'ultimo salto per cadere sulla grande città.

Ma quel salto poteva riservare delle sorprese. Ed era naturale che così fosse.

Vi era chi diceva che Barcellona si sarebbe difesa come Madrid iniziando una nuova fase della campagna che avrebbe durato settimane, e forse mesi, come era accaduto con la capitale. Coloro che si abbandonavano a questi calcoli pessimistici dimenticavano che questa volta non giungevano alla grande città tre o quattro mila soldati stanchi di combattere senza un giorno di tregua dai margini dello Stretto di Gibilterra, mancanti di vere e proprie armi di attacco per scarsità di artiglieria e di aeroplani, pochi di numero per affrontare una impresa così grande come quella di assaltare, dominare e conquistare una popolazione di un milione di anime aiutata dai rinforzi freschi, ben armati e ancora non provati dalla sconfitta delle celebri «Brigate Internazionali». Questa volta la cosa era diversa. Su Barcel-

lona avanzava l'esercito del Nord, un forte contingente di attacco ben armato, ben nutrito, ben comandato, con una lunga esperienza e il morale altissimo per la clamorosa vittoria della battaglia dell'Ebro. In queste condizioni Barcellona doveva cadere in breve tempo come cadde poco dopo Madrid, senza neppure combattere.

Ma il breve tempo che avevamo calcolato noi «informati», non corrispose in nessun modo alle trentasei ore che trascorsero tra il passaggio del Llobregat e l'arrivo delle nostre bandiere al centro della piazza di Cataluña.

Vittoria incredibile.

Anche a costo di lasciare la nostra massa encefalitica contro uno di quei carrubi della strada che porta da Tarragona a Barcellona, sui cui tronchi i nostri soldati avevano lasciato scritto il nome di Franco dipinto a grandi lettere, con la calce, Campúa ed io, condotti dal mio inseparabile Felipe Laporta, ci lanciammo a gran velocità verso la famosa capitale. A Villafranca sapemmo che – alle 11 della mattina – ancora non si era entrati nella città quantunque verso di essa si fossero diretti un'ora prima i generali Solchaga e Vigón.

Una breve sosta per procurarci benzina e un boccone da mangiare e poi di nuovo in cammino. I ponti, sistematicamente distrutti dai rossi nella loro fuga, ci costringevano a terribili deviazioni, e a superare passaggi difficilissimi. In uno di questi la mia automobile fece «crac» e si fermò col differenziale rotto. Lì la lasciammo, affidata ad alcuni genieri incaricati di facilitare il passaggio agli autocarri e ancora avanti in una insignificante «Topolino» recentemente acquistata da Pepe Campúa. La piccola macchina, con tre persone di peso regolare, non offriva quasi spazio libero per caricare gli innumerevoli barattoli di composte, conserve e qualche prosciutto che portavamo a Barcellona pensando che i nostri familiari, se li avessimo trovati in vita – cosa che ignoravamo – li avrebbero accolti come manna provvidenziale ...

A Barcellona avevamo infatti persone molto care. Io nientemeno che il mio primogenito e la mia vecchia madre. Mio figlio Víctor aveva potuto miracolosamente lasciare Madrid pochi giorni dopo che suo fratello cadde assassinato dalle orde marxiste; giunto a Barcellona, dove era totalmente sconosciuto, non aveva potuto sottrarsi alla persecuzione dei rossi e, in seguito a una vile denuncia, era stato arrestato e condotto nientemeno che alla Checa di Valmayor. Il nostro

servizio di informazioni me lo aveva comunicato poche settimane prima, mentre eravamo impegnati nella dura battaglia dell'Ebro.

Per tre volte i rossi vollero condurre mio figlio Víctor alla Radio di Barcellona, perché attraverso il microfono disonorasse suo padre dipingendolo come l'essere più crudele ed abietto; e rifiutandosi mio figlio a questo atto contro natura, fu barbaramente maltrattato per cinque interminabili mesi. Il Caudillo, comprendendo la situazione di un padre in tal frangente, ponendosi il problema di sopprimere le mie cronache radiofoniche, o per lo meno di nascondermi sotto uno pseudonimo, approvò quella soluzione che nella mia anima di buon spagnolo doveva trovare una logica reazione: «Con dolore immolerò anche questo figlio, ma mi conforterà sempre l'idea che facendolo avrò compiuto il mio dovere verso la Patria! ...»

Dopo questo potrete immaginare qual era la mia ansia, la mia angustia, la mia smania di entrare a Barcellona per sapere cosa ne era di mio figlio prigioniero e della mia vecchia madre che supponevo sola e senza difesa, con i suoi 85 anni in una città e in un ambiente che le erano totalmente estranei. E così, nonostante la sera ci sorprendesse all'altezza di Molin del Rey, dato che poco prima avevamo incontrato Solchaga, il quale ci aveva confermato che le prime truppe nazionali erano già entrate dalla parte di Pedralbes, ci lanciammo vertiginosamente sulla città.

Alle porte di Barcellona, uno sbarramento della strada (entravamo dalla parte del Tibidabo) ci costrinse a fermarci. Si avvicinarono alla nostra macchina un motorista e un carabiniere, i quali, vedendo l'indicazione di «Quartiere Generale del Generalissimo» e, sotto il mio pseudonimo e la mia qualifica di cronista di guerra, ci lasciarono passare. Ma, da che parte saremmo entrati a Barcellona? ... Qual era la strada libera e più sicura? ... Coloro ai quali ci rivolgemmo lo ignoravano. Erano rimasti lì, di servizio e nulla sapevano di ciò che accadeva alle loro spalle.

La nostra buona stella ci riservò, in quella occasione, una giornata provvidenziale: un Falangista, un ragazzo di una ventina d'anni, che si era avvicinato con prudenza e leggendo l'indicazione che portava la nostra macchina aveva alzato il braccio e lanciato un *Arriba España!*

Quel ragazzo si strappò la blusa che copriva il suo torso e ci mostrò una gloriosa camicia azzurra con le frecce ricamate. Veniva da

Barcelona. Era salito a piedi per il Tibidabo, desideroso di incontrarsi al più presto con le nostre truppe e da lui avemmo le indicazioni precise della strada da percorrere. Lui stesso si offrì di farci da guida; e per mancanza di spazio salì sulla cappotta della «Topolino» e da lì, a gran voce, indicava a Campùa la direzione da seguire.

Si udivano spari in lontananza. Tra le ombre della notte nascente lampeggiavano alcune fiammate.

Già avevamo raggiunto il Palazzo di Pedralbes dove Juan Bautista Sánchez González aveva impiantato il suo posto di comando e, superata quella magnifica arteria barcellonese, ci inoltrammo nella Diagonale.

A un tratto, all'imboccatura d'una strada, irruppe un carro blindato che sparava con la mitragliatrice. Fortunatamente, correndo velocemente avanti a noi ci aveva superato; da un centinaio di metri di distanza, potemmo vedere come il congegno rosso si apriva il passo tra gli spari che provenivano da un reparto di tiratori di Ifni che venivano verso Barcellona per quella medesima via. Sparito il carro blindato – come avrebbe finito la sua scabrosa fuga quel mostro di ferro e fuoco, ultimo avanzo delle orde marxiste già cacciate dalla città da quattro ore? –, dovemmo fermarci nuovamente. In mezzo alla strada era steso un corpo umano. Scendemmo e fummo i primi ad avvicinarci ad esso. Subito ci imitarono alcuni mori e gente del luogo che cominciava a uscire dalle case, finito il fragore provocato dalla fuga drammatica del mostro rosso. Era un ragazzo di appena 16 o 18 anni. Era stato colto in pieno da una raffica di mitragliatrice del carro blindato marxista perché il valoroso si era lanciato contro di esso armato di pistola, nel folle ed eroico intento di tagliare la strada.

Il Falangista che ci accompagnava riconobbe subito il caduto. «Dio mio, è il Tale!» (e pronunciò un nome che sempre mi è rincresciuto aver dimenticato perché quello fu senza dubbio l'ultimo eroe) e chiedendo aiuto a quelli che lo circondavano si mise sulle spalle l'aspirante falangista – anche lui lo era perché la camicia azzurra che portava proclamava la sua onorata condizione – e seguendo quelli che lo orientavano si diresse verso un posto di soccorso situato nella stessa imboccatura della strada dalla quale era sbucato il carro armato rosso.

Lo seguimmo. Per grande che fosse la nostra smania di giungere presto al numero 80 della Gran Via Layetana, dove pensavo trovare

alcuni parenti che mi potessero indicare dove trovare mio figlio e mia madre, quello spettacolo drammatico, terribile, ci fece dimenticare ogni cosa. E continuammo sin dove un gruppo di bluse bianche ci indicava l'esistenza di un ospedale.

Appena la nostra piccola automobile si fermò alla porta dell'ospedale una delle infermiere, che si era avvicinata curiosamente a leggere ciò che era scritto sul cartello del nostro parabrezza, si fece strada a gomitate cercando di avvicinarsi a noi e gridando: «chi è il Tebib Arrumi? Chi è il Tebib?...».

Udendola mi presentai immediatamente e quella ragazza, non potendosi frenare, mi gettò le braccia al collo gridando: «Viva! Viva! ... É Dio che vi manda!».

Piangeva e rideva, e finalmente, staccandosi dal mio collo e prendendomi per mano mi trascinò disperatamente dicendo delle cose incoerenti che non riuscivo a decifrare. Supposi che quella ragazza non sentisse per me altro che il desiderio di dimostrarmi gratitudine: forse ammirazione, perché senza dubbio, durante la sua prigionia, aveva ascoltato alcune delle mie cronache. Ma perché mi trascinava? Perché quella ostinazione a introdurmi in quel posto di soccorso dove avevano portato l'eroe che aveva motivato quel drammatico episodio? ...

Condotto, o meglio trascinato dalla ragazza, entrai nell'edificio. Il corridoio del pianterreno era gremito di medici e infermiere; tutti in blusa bianca. La ragazza continuava ad aprirsi il passo tra quella massa di gente gridando sempre: «Il Tebib!», «Porto il Tebib!». «Lasciateci passare che è il Tebib!».

Già pensavo che quella effusione fosse eccessiva quando, a spintoni, mi sentii portato verso una sala che subito riconobbi trattarsi di una sala operatoria. Lì c'erano vari medici che cercavano di rianimare il falangista agonizzante. La ragazza non poté contenersi neanche davanti a quel luogo e a quel terribile frangente, e gridò: «Il Tebib! Il Tebib Arrumi!».

All'improvviso – credetti morire dall'emozione – di fronte a me, al capezzale di quell'eroe moribondo, vidi una testa bionda, riccia, una fronte macilenta ma ampia e, infine, due occhi che mi guardavano ansiosi.

Era mio figlio! Mio figlio Víctor, un maggiore, il medico! Mio figlio, che io pensavo – senza volerlo pensare – avesse seguito la stessa sorte di suo fratello Alberto!

Stava lì, tentando di salvare la vita, che già era morte, di un camerata, di un eroe della Spagna.

Non volli che interrompesse il suo lavoro. Non gli diedi un bacio! Tra i singhiozzi mi limitai a dire: «Figlio ... figlio ... figlio ...!». Passati alcuni istanti, rimessomi dall'impressione, solo osai dirgli: «Dov'è mia madre?» ...

Víctor, ingoiando le lagrime, senza abbandonare i ferri chirurgici, pronunziò appena un indirizzo.

– Arrivederci, figlio mio! ... Vado lì e quando finirai, lì ti aspetto! ...

E nonostante le ginocchia mi si piegassero, uscii per cadere pochi istanti dopo tra le braccia della mia vecchietta. Quella stessa notte rientrai, in compagnia di Víctor, al Castello di Reymat, presso Lerida, dove il Caudillo aveva impiantato quel giorno il suo Quartier Generale. E quella stessa notte pagai il mio debito di gratitudine baciando la mano di Franco.





LUIS ANTONIO DE VEGA



“El presente del Gadiri”  
(*Ls/Fs*, III, 26, 1943, 36-37)

El jardín se hallaba punteado de olivos y de higueras rugosas, que surgían entre los macizos de los rosales y bajo un cielo de zafiro de destacaban las encaladas medias mandarinas de las cúpulas de los morabitos, mausoleos de marabúes con exvotos prendidos en las paredes, mechones de cabellos de las mujeres mauritanas que tienden velos largos en la sobra de las ricas moradas; cintajos de las cabileñas que trajeron a la tierra llana la primavera en los lomos de sus asnos dóciles, cargados con ramas de los prados monteses, húmedas de regato y con los frutos prendidos y golpeando al andar los flacos de las dulces bestias.

Detrás de aquellas rosas y de aquellos nácares, que fingían celestes incendios en la Malena de la Palmeranía, lloraban las flautas indígenas en una melopea en la que sólo eran agudas las notas de una chirimía. En la medina mora las tazas de té, aromadas con hojas de violeta, se enfriarían en los vértices de los dedos cónicos teñidos de púrpura; piernas plegadas bajo sayas de muselina, jugo de frambuesas y reposteros que fingen puertas en arco de herradura, por donde se escapa la fantasía a través de los terciopelos de color cereza y oros pálidos y verdes que apenas se insinúan entre los bordados primorosos.

Las gacelas sajarinas tienen unos ojos de maravilla. Tal vez por esto las persiguen las perras de las caravanas; las perras de pelaje lacio y actitud desconfiada; pero de ojos magníficos como los de las gacelas por ellas perseguidas.

Como los de las gacelas, como los de las hembras de los canes que en las noches en que el siroco hace llover arena sobre las tiendas tuaregs ladran a la luna desmesurada del desierto, así tienen los ojos las muchachas de Mauritania. Ellos son el vino fuerte que turba las cabezas sólidas de los viejos alfaquíes, los que encienden los sueños de los europeos y les lanzan a las más arriesgadas e inútiles empresas.

Para la hora deliciosamente pálida, vinos de buenas vendimia sobre manteles castrenses, vinos cristianos de Europa y una historia de lindos ojos árabes, como los de las gacelas sajarinas, en un paisaje con contorno de palmeras y de morabes que eran nieve teológica sobre el oro incontenible del Desierto.

Luis Antonio de Vega

El coronel recién llegado de Siria preguntó al comandante del fuerte situado en la margen meridional del río que da nombre al oasis:

¿Quién es ahora pachá de este territorio?

Sib Abd-el-Kader el Gadiri.

¿Vive todavía?

Vive, y si bien es cierto que sus ojos apenas ven, porque la ancianidad ha marchitado los músculos hasta el extremo de que ni siquiera pueden sostener los párpados, en cambio su puño continúa siendo firme. Como enemigo es peligroso; como aliado, consigue que la paz sea un beneficio en toda la comarca colocada bajo su autoridad, y es una garantía de que la disidencia no asomará bocas de fusiles en la Palmenaria.

Le conozco de cuando yo era gobernador militar de la región. Es más: puedo asegurar que fue por mi culpa por lo que se alzó en armas contra nosotros y, antes, de sacrificar la ternera, exigió mi traslado. ¿Continúa viviendo en Dar Hamara?

Sí.

Preciosa residencia. Sólo una vez estuve en su recinto, y no entré en ella por la puerta que mira al naranjal, sino encaramándome en una tapia.

¿Espionaje?

Amor.

En el año 1930, Merehi Rebbo era sultán de Mauritania. Las tribus azules del recodo del Dran acataban a este fantástico emperador de las arenas, y en la montaña, con música de violines moros, se cantaban sus proezas, su corte errante, el resplandor de la Media Luna que iluminaba sus bélicas empresas; en el Atlas, Bel Kassan era señor de muchas montañas, y con dátiles y pólvora animaba la rebeldía bereber, y aquí, en el territorio de Uad Serrak, Abd-el-Kader el Gadiri, en guerra con nosotros ya y con sus vecinos, permitió que entráramos en su territorio. No hubo necesidad de disparar una sola bala. Bastó con que Abd-el-Kader conservara el mundo, para que la paz fuese estable en las "hamados" del sur de Khenassa.

El pachá estaba terminando las obras de Dar Hamara, la casa de estilo árabe, pero un tanto desplazada de los estilos marroquí y argelino por las influencias tunecinas de las torres afiligranadas y de sus cúpulas brillantes.

Solamente los jardines eran absolutamente marruecos. Mucho naranjo, mucho limonero y reventonas rosas entre los senderos alfombrados con mosaicos minúsculos al filo del agua.

Los árabes no saben nunca su edad. Contar los años es llamar a la Muerta, y su cuenta exacta no aumentará ni disminuirá un día siquiera entre los que Dios nos tenga concedidos; por tanto, Abd-el-Kader ignoraba el número de sus años; pero por la blancura de sus barbas, por ser viejo entre los viejos del oasis, no debía bajar de los setenta seguramente.

Como ignorábamos el número de sus años, ignorábamos igualmente el de las mujeres que poblaban su serrallo. Esposas legítimas, cuatro, porque Mahoma no permite a los creyentes que rebasen esta cifra: pero la Palmerania y la Montaña pusieron sobre las alfombras y las colchonetas morunas de Dar Hamara sus adolescentes más bellas, y el arenoso sur dio al pachá la ofrenda de las muchachas de color canela, a quienes sus viajes por el Sájara les ha concedido oportunidad de comparar con los suyos los ojos maravillosos de las gacelas y los de las perras de pelaje lacio que ladran sus cuitas a la asombrada luna sajarina.

Yo, capitán del ejército de ocupación, había sido nombrado gobernador interino de los territorios recién ocupados. De Uad Serrak lo ignoraba todo. Las costumbres, los habitantes, su manera de vivir y su estilo de amar, y hasta que la soberbia construcción de Dar Hamara, todavía no terminada, fuese de la pertenencia del Gadiri.

Ignoraba, por tanto, que, como todos los ancianos ricos del Islam, al perder una de sus esposas, había buscado, para sustituirla, una muchacha que por aquellos días debía avivar los celos de las otras mujeres de Abd-el-Kader, que, por un breve espacio de tiempo, abrirían una tregua en su odio común para proyectarlo contra la belleza de la joven berberisca.

Fue en una tarde de jueves – cuando ya para los musulmanes que cuentan el día desde la muerte del sol, era viernes –, el único día en que las mujeres moras pueden cambiar por unas de calle las babuchas caseras y salir de sus moradas para visitar las tumbas de sus muertos. En el Sájara, como en todos los países musulmanes, sólo las esclavas y las kabileñas están autorizadas para salir de sus casas; las unas, a las fuentes nocturnas y a los pozos de frescas aguas colocados a la vera

de los senderos que trazan a su paso las lentas caravanas; las otras, descienden a las ciudades y oasis cargadas de frutas y de verduras, de cántaros de leches agrias y de redondos quesos, que venden bajo las parras de los zocos. Unas y otras, con los rostros cubiertos, sin permitirles que muestren otra cosa a la curiosidad de los creyentes que los talones enrojecidos por la arjeña y los ojos dulces que embriagan como los más fuertes vinos europeos o como ese aguardiente de higos que les israelitas beben en sus líricas Pascuas.

Pero, como es sabido, en las tardes de los jueves la prohibición queda abolida. Las mujeres que en sus casas no tienen baños acuden a los “hammames” públicos, y a todas se les tolera que acudan a los cementerios.

Fue, pues, en el día que la prohibición abre brecha en la clausura cuando en las proximidades de Dar Hamara vi dos mujeres que se habían quedado rezagadas en la peregrinación femenina. Los Jaikes azules se ceñían a los cuerpos, y me permitían colegir que una era vieja y joven la otra. Las dos en el rostro tapado; pero por encima del alféizar del pañuelo brillaban las pupilas de la joven. Luego, cuando, las vi de espaldas, el ligero color rosa de los talones de una de ellas, en contraste con el achocolatado color de los de su compañera, me proporcionaron la certidumbre de que mis cálculos no eran equivocados.

Una mirada fue suficiente para marcarme el camino de todas las audacias, y al jueves siguiente montaba guardia cerca del camposanto moruno, al que se dirigían los mozos del oasis, en la mano la jaula donde trinaba el oro vivo de los canarios: los ancianos, que arrastraban babuchas con pesados pies, y las damas, felices por aquella pequeña expansión semanal que disfrutaban.

Y llegaron ellas, y, antes de entrar, me miraron, sorprendidos, los ojos jóvenes, y el cementerio me pareció más lindo, las flores más cargadas de aroma y el cielo más azul. Caminaba envuelta en su jai-que azul, precedida por la anciana. El semanario de oro tintineó al temblar en la muñeca, y desde las veredas la vi cortar azahares en los naranjos.

Esperé hasta que saltaran. No mucho, porque fueron las primeras en dejar el cementerio en el que los pájaros enjaulados piaban su prisión a los otros pájaros posados en las ramas de los árboles.

¡Si no hubiera vuelto la cabeza! ¡Si no me hubiera mirado con aquellas pupilas mansas de gacela! Pero lo hizo, y el corazón se me

llenó de imágenes musulmanas, como nos ocurre siempre a los europeos en tierras árabes. El velo que no permite ver la herida de unos labios que se presienten bellos, el jaique que apenas si permite que se insinúen las líneas dulces de las mujeres de África...

Unos ojos han sido siempre el principio de una aventura o de una tragedia en cualquier rincón mahometano, callejas almendradas de Fez, blancura infinita de los zocos de Rabat, verdes maleables de Túnez o de Constantina.

Fui tras ellas, y cuando la verja de Dar Hamara se cerró tras sus pasos menudos, la muchacha se volvió de nuevo e insistió en mirarme... Ninguno de ustedes ignora hasta qué punto son expresivas las pupilas moras... Yo dudé un instante. El muro de la finca no estaba todavía terminado y me fue fácil saltar al jardín.

Para tranquilizar mi conciencia me repetí uno de los versículos del Corán: "Todo está escrito, todo está predeterminado desde el principio del mundo. Nada de lo que haga el hombre puede torcer ni desviar de lo que tiene decretado Dios".

Estaría escrito desde el principio del mundo que una tarde de jueves había de correr riesgo y aventura tras los salones pintados de una adolescente en una "hamada" próxima al Sájara.

La muchacha se había detenido un momento junto a la acequia. La enmarcaban los arrayanes todavía jóvenes, y yo avancé hacia ella.

Si yo fuera un zelje de zoco o un rapsoda de los que animan las veladas largas del mes sagrado del Ramadán en las casas de los ricos mercaderes, diría:

"Alá, ¡oh creyentes!, conoce el corazón del hombre, y sabe lo que hay bajo las aguas claras y bajo las aguas turbias. Un día entre los días..."

Msah-el-jeir (Tarde del Bien)

El saludo salía de entre unas barbas de nieve.

U salam alik (La paz sobre ti)

Te encuentro en mi jardín, y eres mi huésped y el huésped de Dios. ¿Qué puedo hacer en tu servicio?

No sé qué rara ventolera me agitó en aquellos instantes, y le respondí verazmente: Sidi, en el Corán está escrito, y el Corán es el libro que contiene la palabra de Dios y las enseñanzas de su Profeta, ¡Alaba tan santos nombres!

Luis Antonio de Vega

¡Alabados sean!

Dos cosas pierden al hombre: las mujeres y el orgullo. Una esclava tuya ha hecho olvidar toda cortesía; pero ya los poetas árabes dieron testimonio de que no hay dique de piedra ni río tumultuoso que detenga al creyente cuando unos ojos mansos le producen una embriaguez más fuerte que el licor que se extrae exprimiendo los racimos.

Los dos miramos hacia la acequia.

La muchacha había abandonado la sombra de los arrayanes, y sus pequeños pies pisaban el último peldaño de la escalinata y se perdían por la boca que dejaba abierta el portón de cedro.

Ni un instante quebró la cortesía musulmana, Abd-el-Kadir el Gadiri es un noble moro, y supo desplegar toda la cordialidad que es debida a los visitantes. La hospitalidad es norma y divisa del Islam; la más arraigada de sus bellas prácticas civiles.

Me paseó por el jardín, excusándose de que las obras no estuvieran terminadas y, con excepción de las habitaciones destinadas a sus esposas plurales, recorrimos una por una todas las habitaciones de la casa.

Luego, las esclavas nos sirvieron el té, perfumado con hojas de violeta y no de hierbaluisa, como es costumbre en el norte de Berbería, y trajeron las redondas bandejas llenas de pastelillos morunos. Encendieron los incensarios y nos perfumaron con sahar.

Mi casa – me dijo cuando me despedía ante la verja –, vale más desde el momento que tú te has dignado visitarla. Quisiera hacerte un presente para que nunca olvidaras nuestro diálogo; pero, por no hacerte esperar, te lo enviaré al cuartel... ¡Qué la paz sea contigo!

¡Sobre tu cabeza la paz!... Para recordar tu casa no es necesario ningún presente. No es fácil que olvide nunca esta visita.

Yo tampoco.

¡La paz!

¡La paz!

La luna sajarina era como una promesa redonda en el firmamento cuando yo regresaba al cuartel, después de mi aventura. Por el camino, a mi corazón le brotaban crótalos jubilosos. Todo un mundo de poesía antigua y de ojos nuevos para mi vida en el oasis. Yo estaba en esa edad peligrosa que el Corán no especifica, pero que se colige, porque fue aquella en que Mahoma se sintió prendido en los ojos ni-



ños de su sobrina Aixa y por ellos olvidó tormentas de arena, batallas incontables y los collares de nardos que eran sobre sus hombros los perfumados brazos de sus mujeres múltiples.

Interrumpió un joven teniente la relación de aquella historia para preguntar:

—¿Y cuál fue la edad en que Mahoma se dejó prender en los ojos niños de Aixa?

— Cuando la madurez ponía las primeras canas en sus barbas negrasísimas.

El coronel continuó su relato.

— Amanecía, cuando mi asistente llamó a la puerta de mi dormitorio.

— Adelante.

El spahi entró.

— Hay alguna novedad?

— Ninguna grave; pero es que se ha recomendado prisa en la entrega.

— ¿Qué sucede?

— Sidi Abd-el-Kader el Gadiri ha enviado, con uno de sus esclavos, esta carta y esta caja de cedro, diciendo que rogaba le fueran entregadas con rapidez.

Cogí la carta.

Con dificultad, porque hacía tiempo que no pertenecía a los servicios de información y con el tiempo se me iba olvidando el descifre de los caracteres árabes, pude leer:

“Loor a Dios Único. Sólo en él reside el poder. El es quien da y quien quita la victoria. Soberano en la hora de la retribución; el que nos conduce por el camino de los justos y no por el de los que extravían.

Te envió los dos objetos que más me parecieron llamar tu atención cuando honraste mi casa con tu vista. El Corán lo dice, y tú evocaste justamente el versículo: “Hay cosas que producen una embriaguez mayor que la de los vinos de los cristianos”.

Que tus pies y los míos pisen siempre caminos derechos.

Y la paz.”

Abrí la caja de cedro.

Luis Antonio de Vega

En su interior había dos bolitas vidriosas, sanguinolentas: los ojos húmedos y mansos de la que yo había confundido con una esclava y era la cuarta esposa de Sidi Abd-el-Kader el Gadiri; los ojos lindos como los de las gacelas y como los de las perras de lacio pelaje que ladran a la luna en las noches sajarinas.

EUGENIO MEDIANO FLORES



“La llave del féretro”  
(Ilustraciones de Kin)  
(*Ls/Fs*, III, 29, 1943, 36-37)

I

Un poco alejada del tráfigo de las linotipias, en el último rincón de la imprenta, se levantaba – formando rectángulo con la pared – la mampara de madera y cristales tras de la que tenía su oficina el corrector de pruebas. Poco mobiliario dentro, una mesa, enorme de despacho, vieja, con grandes cajones laterales y gruesas patas torneadas, ennegrecida toda ella por el polvo del plomo y el roce con la tinta fresca de las pruebas, que un día tras otro iban pasando por su tablero. A la derecha de ésta, un “bureau” alto, con cierre de persiana y multitud de compartimentos. En la pared, colgados, muchos ganchos, de los cuales pendían tiras de papel impresas. Dos sillas completaban el ajuar: una de ellas colocada junto al muro, delante de la mesa, y enfrente la otra.

Dentro de esta reducida, habitación, dos hombres, sentados en ambas sillas, se dedicaban afanosamente a un trabajo que de vez en vez se tornaba en violenta discusión. Uno de ellos, Cernadas, corrector de la imprenta “Gráficas del Porvenir”, Rianza Hermanos, con su guardapolvo azul, sus lentes de pinza asidos, temblequeantes como una mariposa, sobre el caballete de la nariz, y su pelo blanco plumizo con ciertas ráfagas ambarinas, aparentaba una edad rayana en los sesenta y cinco años, o los setenta bien conservados. Sentado junto a la pared, leía en las pruebas, al parecer, de un próximo libro. El otro personaje era don Julián Suárez Trulock, célebre filósofo, autor de tantas obras y sabias teorías sobre la afirmación de la vida y la congoja del morir ante la nada presentida. Vestía un gabán gris oscuro, casi negro, y su bigote, barba y pelo, blanquísimos y profusos, le daban aspecto de gran estatua cincelada por Miguel Ángel, que únicamente se truncaba en sus gruesas gatas de concha. Los pies desaparecían bajo la mesa buscando el calor del brasero que, colocado sobre una tarima, tenía Cernadas para preservarse de los rigores invernales. No obstante, entre la penumbra, y brillando en contraste con las zapatillas rusas que calzaba el corrector, se adivinaban las amplias botas de don

Julián, abrochadas con botones laterales, de esas que ya hace años no se ven por los escaparates.

En el momento que nos ocupamos de ellos, leía Cernadas en voz alta y escuchaba, Suárez, si que poniendo cara de estupor y atusándose su bien cuidada barba con impaciencia.

–“... Y quedar, quedar siempre. En vosotros, tras de vosotros y más allá de los que han de venir. Vencer a la muerte y seguir siendo en la vida como el primer día. Quiero contar en la vida como uno más, contar infinitamente. No: mejor contar como el único. Ser, ser sobre todo y permanecer siempre, con una perennidad de vida eterna, de “yo” absoluto expandido por todos los ambientes; que se respire mi esencia y con ella se dilaten los pulmones del alma de todas las generaciones venideras. Ser y permanecer siempre. Esta es mi gran enseñanza.

“Pasar, ¿por qué he de pasar yo también? Mi vida será algo más que un nacer y un morir con olvido. Si nacemos no es para recorrer el camino de la muerte, sino para plantar en el mundo el monolito de nuestra presencia: una presencia que no puede acabar como acaba la luz cada tarde o como se rinde la tormenta ante la serenidad del arco iris.

“La vida del hombre no es un meteoro, y yo me sublevo, yo niego esa condición meteorológica de la humana existencia. Nacer, morir. .. ¿y la nada después o un más allá problemático? No; la verdad está aquí, sobre la tierra, y entre los hombres. Hay que apurar la verdad hasta su rincón más íntimo. Y mi verdad soy yo mismo. El modo y la forma de las cosas están en mí; el sentido de la vida lo doy yo; la religión misma y ese “más allá”, tan decantado por todos, no es en tanto sobre la tierra no le damos un ser los hombres. Todo, todo es aquí a través en los siglos y de las eras. Todo en la tierra, que es donde hay que permanecer, que es donde hay que ser. Permanencia, permanencia. He aquí la verdad y el objeto de la vida del hombre. “Pienso, luego existo” – dijo Descartes – y en tanto nuestro pensamiento quede perenne en el mundo de los hombres, la existencia está asegurada”.

–Me ha leído usted algo que sé de memoria, puesto que lo he escrito yo mismo, ¿o imagina que mis libros los hace la cocinera en sus ratos de ocio?

Fue todo lo que dijo don Julián cuando Cernadas concluyó la lectura.

– Perdón, señor Suárez – interrumpió tímidamente el corrector: pero ¿no cree usted que resulta demasiado fuerte?

–¿Fuerte? ¿Fuerte? Pero usted qué es, ¿corrector de pruebas o censor filosófico? ¡Estaría bueno, hombre, que hasta en la imprenta me saltera un contradictor! ¡Como si no tuviera uno bastante con los cretinos del Ateneo y los pedantes de la Universidad!

– Don Julián: yo creí que los muchos años que llevo luchando con sus endiablados manuscritos y los grandes ratos de charla que entre este mismo ruido de máquinas hemos pasado me daban pie para permitirme esta pequeña insinuación. Por otra parte, soy su más asiduo y seguro lector y he podido irme formando en su filosofía.

Suárez Trolock le miró con aire impertinente, como si se hallara ante una persona que encontrara por primera vez y tratase de reconocerla. Quedó un instante pensativo, y como hablando para sí contestó:

–¡Mi filosofía! Mi drama, mi tragedia más bien, y la tragedia de todos los humanos. ¿Por qué estamos en el mundo? ¿Sé yo acaso de dónde vengo; sé yo acaso qué se me reserva como meta de este haber vivido? Eso es el misterio, y hasta tanto no se aclare, hasta tanto no llegue yo a comprender qué hay antes y después de mí que fue antes de pronunciarse la palabra nacer y qué será cuando se pronuncie la de muerte, hasta tanto, ¿dónde está mi filosofía?...

Se había agitado demasiado y respiraba con trabajo. Hizo una pausa, y después de ella pareció volver a la vida real. Miró de nuevo a Cernadas, que escuchaba sin atreverse a interrumpir.

¿Qué me lee y que me ha aprendido en mi filosofía, dice? No lo dudo, no lo dudo. Pero de todo eso, que aprecio en lo que es – como tales valores transitorios y circunstanciales en el hecho absoluto de la vida del hombre –; pero de todo eso, repito, a pretender que cambie mis teorías filosóficas, mis convicciones, por las que soy y para las que vivo; que renuncie a mi obra – porque eso es pedirme que renuncie a mi obra –, a la que me hará ser eternamente en la conciencia íntima de los hombres... De una cosa a la otra, querido Cernadas, hay el abismo inmenso que divide el mundo en dos: los que somos, y por ser permaneceremos siempre, y ustedes, los que han nacido para cruzar la vida con la misma insensibilidad que realizan los viajes las maletas.

Don Julián, a medida que hablaba, había ido poniéndose rojo de ira, y sus últimas palabras las pronunció en el tono más violento y despectivo de que era capaz. Cernadas, por su parte, ante la perorata del gran filósofo, cambió de color dos o tres veces y sus lentes adquirieron un movimiento continuo de auténtica mariposa antes de po-

sarse. Los de la imprenta ya conocían este ritmo signo de la máxima irritación del corrector. Se levantó y dio un tremendo golpe sobre la mesa con un cuadrado de plomo que le servía de pisapapeles.

Eso, señor Suárez, no se lo consiento yo a nadie. Ni al mismo Gutenberg, figuro a quien más respeto, si bajara a la tierra. ¡Llamarme a mí maleta! Y con ello creará usted que ha dejado sentada, su filosofía como inconvencible. No olvide que en esta imprenta hemos corregido hasta párrafos de Platón, porque no nos parecieron bien. ¿Olvida usted, don Julián, que está hablando con un gráfico? La cultura de los de nuestro oficio es vastísima y polifacética...

—Señor mío — gritó Suárez, que se había puesto en pie también y erguía orgulloso su bella cabeza, digna de un Miguel Ángel estaba colérico, y su aspecto era imponente —, ¡Señor mío, no sea majadero! ¡Estoy de su cursilería hasta la coronilla!...

Iba a continuar, ensartando la serie de insultos que acostumbraba cuando la cólera le subía de tono; pero algo ocurrió que paralizó la sangre en las venas del indignado Cernadas, el cual se disponía ya a recibir los calificativos fuertes del sabio. Don Julián, con evidentes muestras de ahogo, se agarró rígido a la esquina de la masa, soltándose luego de pronto y desplomándose cuan largo era. Unos segundos, el corrector se quedó perplejo, sin saber qué partido tomar; pero reaccionó en seguida abalanzándose fuera para asistir al filósofo, al tiempo que gritaba a los de la imprenta:

—¡Luis, Nicolás, Rodríguez...!

Fueron llegando todos, alarmados por las voces de Cernadas. Este seguía inclinado sobre el cuerpo inerte del gran sabio y trataba de reanimarlo aplicándole un conato de respiración artificial.

—¡Don Julián, don Julián! ¡Señor Suárez, señor Suárez!... Vuelva en sí, que llevaba usted razón; sólo era una broma, para que discutiéramos...

Por toda respuesta, un olor a cuero quemado salía de debajo de la mesa. Al caer, don Julián había metido un pie en el brasero. Su cuerpo se iba enfriando poco a poco.

Cuando llegó el médico de la Casa de Socorro, se limitó a diagnosticar: “Muerte repentina, producida por una angina de pecho”.

Algo como una figura esfumada en el ambiente se había desprendido del cuerpo del filósofo y su cara, digna del cincel de un Miguel Ángel, sonreía con bondad ante el gimoteo, inconsolable de Cernadas. Cuando salió el médico, aprovechó también para salir tras él.



II

Sentía un malestar indefinible en aquel elevarse por el espacio contra su voluntad. Bajo sus pies, ya casi a vista de pájaro, Madrid se alejaba hasta perderse, y con él la vida, tan amada por don Julián. Mal día había escogido para su muerte. Atravesaba grandes nubarrones cargados de agua, prontos para regar el asfalto de la ciudad. Por un momento – la falta de costumbre – olvidó su inmaterialidad y se palpó el cuerpo para comprobar la mojadura: pero nada le afectaban ya los fenómenos físicos.

–Entonces – pensó –, ya no soy. Me he convertido en la nada – y sintió una desolación sin límites.

Miró hacia abajo horrorizado. A su vista se abrían los nabos, y allá, en el fondo, se le apareció de nuevo Madrid, su calle de los Madrazo y su casa en el número cuatro. Reconoció en seguida la habitación, aunque algo transformado. La mesa de trabajo había desaparecido y las estanterías de sus libros, ¡tan queridos! aparecían cubiertas de arriba abajo con sendos paños negros. Un cuerpo idéntico a él posaba yerto entre cuatro cirios y cubierto de flores.

He muerto, no hay duda. He muerto yo, el afirmador de la vida. Y ahora, ¿qué?...

Una última ojeada a la tierra, y vio cómo cerraban el féretro los mozos de la funeraria, entregando después la llave a su hijo, que, en pie, todo de luto, esperaba ya con el abrigo puesto. Por la escalera, llena de gente, bajaban el ataúd dándole trastazos desconsiderados. Don Julián sentía cada golpe en el corazón, como si se los dieran en el cuerpo vivo. No quiso ver más. Había dejado su cuerpo en el coche fúnebre, y las nubes se cerraron.

Cuando miró en derredor suyo, se encontró andando sobre un mar de olas indecisas que no cedían bajo su peso.

¿Qué es esto? ¿Dónde estoy? ¿Qué camino es éste, jamás sentido?

–Estás en nuestro mundo, el que desde hoy será tuyo – dijo una voz a su espalda.

Al volverse, vio ante sí un grupo inmenso de entes tocados con largas túnicas y encapuchada cabeza. Colocados de dos en dos, se asemejaban a los novicios de un convento de Dominicos en la hora de recogerse a sus celdas.

—¿Quién sois y qué queréis de mí? Contestadme pronto, porque no tardaré en despertar de este sueño absurdo para volver a la tierra, donde debo cumplir mi existencia.

—¡Está contento, hombre sabio, por tu existencia cumplida! Pero escucha...

—¡Aligera! Me ahogo en esta vida sin atmósfera y sin paisajes.

—Estás en el mundo de los fantasmas, en la ultravida penitente. Aquí habrás de ganar la eterna.

—¿Qué dices, mentecato? Soy víctima de una mala postura sobre el corazón que me hace soñar; pero volveré a despertar y de nuevo estaré en la tierra, donde existe una verdad misteriosa, que se llama flor y una certeza insospechada que se llama hombre.

—Mira — dijo el fantasma señalándole al grupo: todos nosotros fuimos, como tú, hombres.

—¡Mientes! Vosotros sois creaciones de mi fantasía trastornada, que en este momento gira sola, sin el apoyo de mi voluntad.

Airado, el espíritu de Suárez Trulock volvió la espalda y se alejó al final de aquella estepa de lana cardada, para ver el efecto del crepúsculo en el mundo sin ambiente. Pero habían transcurrido cuatro meses en mantener esta discusión fantasmal. Así de rápido pasa el tiempo cuando se vive en esa existencia sin medida.

Allá lejos, en la punta última de una nube, don Julián, las manos a la espalda y la vista perdida en un horizonte inexistente, observaba puros los reflejos del crepúsculo, inmaculados en este mundo donde el aire se para. No obstante, recordaba con añoroso recuerdo aquellos otros crepúsculos que tantas veces viera en sus paseos por Rosales, cuando se tornaban sombras rojizas los pinos de la Casa de Campo.

También, recordando, pasa allí rápido el tiempo; mas, sin embargo, un crepúsculo puede durar años cuando es un fantasma quien lo contempla.

### III

Reunidos en grupo, los fantasmas conversaban en el rincón formado por una nube blanca y otra plomiza. La luna, retrasada, pasó corriendo para hacer noche en la tierra, y una cohorte de estrellas la seguía, formándole un manto bellísimo. Cuatro cometas delante le abrían paso apartando nubes, y un lucero giraba incesante como el faro de una costa sin origen.

–Es tan rebelde aquí como lo fue en vida – dijo uno de los fantasmas cuando el cortejo celeste hubo pasado.

–A pesar de eso, ¡qué gran sabio este Suárez Trulock! contestó otro.

–Nos odia – intervino un tercero –. Cree que somos la causa de su abandono de la tierra, y jamás nos perdonará.

–Estáis en un error. Idéntico error que él mismo padece.

Hablaba así un fantasma viejecito, hombre de gran saber, que en vida fue bibliotecario de la Sorbona. Todos se volvieron para escucharle, porque era muy respetado entre los habitantes del éter. Al darse cuenta de que esperaban algo más de él, continuó:

–Si; desde que entabló diálogo con Schopenhauer – rabioso negador de la vida – se encuentra aquí a sus anchas. Mejor que abajo, sin él sospecharlo.

– Pero sí son enemigos furibundos. Sus discusiones tienen tal magnitud, que provocan tormentas a diario. La de ayer fue un pedrisco que ha agostado todas las cosechas de la tierra.

– No importa; el filósofo ve siempre su mejor amigo en su más fuerte contradictor. ¡Ah! ¡Si aquel insensato corrector hubiera sido Schopenhauer!... Suárez no hubiera muerto hasta dejar bien sentados sus razonamientos.

–¡Pobre!—dijo uno del grupo. Toda su filosofía de la pervivencia, truncada por una angina de pecho...

–No lo creas – le cortó el bibliotecario de la Sorbona –; él sigue viviendo en la conciencia de los de abajo. Y ahora, después de muerto, más que nunca. Pero, ¡chits! Silencio, que aquí vienen.

La reunión de fantasmas – cual novicios de un convento imponente de Dominicos se disolvió en parejas, que comenzaron a pasen, con ese ruido a cama recién mudada que hacen las sábanas de los fantasmas. No movían las piernas y avanzaban como debe avanzar por encima de las olas una estatua que se colocara sobre una balsa.

El fantasma de Suárez Trulock, aun sin túnica – para mostrar su rebeldía contra el mundo abstracto –, andaba como siempre, erguido y con las manos atrás. A su lado, Schopenhauer, ensabanado, lanzaba sin cesar diatribas contra la repugnante vida terrena y sus lacras incorregibles.

–Nada vale, nada cuenta, en la vida, y loco es quien en ella pretende la felicidad, porque, todo lo más, llegará a atenuar el dolor que la puebla.

– Sólo tú, insensato, que entraste en la filosofía y en la vida dando zarpazos de oso, puedes decir eso – arguyó don Julián –. ¿Por qué no miraste a la piedra para hallar el gozo de su forma y de su materia? ¿A la rosa, para encontrar el júbilo de su color y la delicia de su esencia? ¿Al hombre, para ver la sorpresa oculta de su bondad y de su talento? Espera, te lo voy a decir yo. Porque tú sólo buscaste la piedra para verla posible proyectil; porque en la rosa sólo miraste las espinas; porque del hombre sólo te interesa por sus pasiones deleznales. Por eso odias a la vida. Ni supiste de la felicidad de una mirada amorosa, cuando por los ojos te están dando el alma, ni de la alegría de mirar las estrellas en una noche despejada.

– Bah: cursilerías más o menos poéticas que, ya lo dice nuestro buen amigo Ujeda, jamás deben oírse en boca de un filósofo.

– Pues yo digo... ¡Ay! ¡Que me caigo, que me llevan!

Una fuerza extraña tiraba fuertemente de Suárez Trulock hacia la tierra. Este, desesperadamente, se agarraba a la sábana de Schopenhauer para no caer, al tiempo que lanzaba a las cuatro nadas sus gritos de “¡Que me caigo, que me llevan!”. El bibliotecario de la Sorbona se volvió a los que paseaban con él:

¿Veis? Hay algo que le llama desde la tierra y, sin embargo, le atemoriza el bajar.

Cuando desapareció la atracción, don Julián, ya más sosegado, miró para ver qué pasaba en el mundo. Una multitud con ramos de flores y coronas cubría todo el camino desde las Ventas del Espíritu Santo hasta la Sacramental del Este. Era el día de Todos los Santos, y sus hijos estaban en el panteón de familia colocando fieros. El mayor había abierto su féretro para cerciorarse del estado del cuerpo que allí dormía el sueño inacabado. Ni un solo síntoma de descomposición. Don Julián vio cómo cerraba de nuevo y se guardaba la llave.

– ¡Qué extraño! – pensó –. ¿Por qué he perdido mi afán de vivir?

El bibliotecario de la Sorbona estaba a su lado, mirando también lo que abajo sucedía.

– Nada tiene de particular le dijo, con ese tono de hermandad que es habitual entre fantasmas – Has muerto como se debe morir, en pleno combate, y por el mundo está esparcida ya tu alma grande.

Un gas amarillento primero, rojo después, que iba poco a poco tornándose cárdeno, anunciaba el crepúsculo en la tierra y convertía a los fantasmas en azucenas, vistas en un jardín de noche. Don Julián

se hundió en sus meditaciones: “En efecto, debía, de suceder como le decía aquel hombre erudito, acostumbrado a manejar las almas de los inmortales en su biblioteca. Y, desde luego, él no se encontraba mal allí. Aparte de que en la tierra no hallaba un contradictor de la talla de Schopenhauer. ¡Pero, aquella maldita llave!... Mientras existiera...”.

#### IV

En el número 4 de la calle de los Madrazo, en el piso principal, dos lamparillas brillaban aquella noche sobre la consola de la sala, velando a unos cuantos retratos que se apoyaban en la pared. En el centro de todos ellos uno más grande de don Julián recibía más luz que ninguno. Era el último muerto de la familia.

Julián Suárez – el hijo mayor del sabio llegó del cementerio muy impresionado. Su mujer le instó para que se acostara pronto y no saliera después de cenar. Así se lo hizo saber a la criada, diciéndole que preparara, además un ponche bien caliente para el señorito. El nene dormía ya en su cunita hacía tiempo.

Cenaron en silencio, y pronto en la casa no se oía otro ruido que el que hacía Catalina fregando los platos. Media hora después, todo era sueño en la mansión de los Suárez. Sonaron las doce en el reloj de piedra de la habitación contigua y un silbido apenas perceptible penetró por un resquicio de los balcones.

El espíritu de don Julián revoloteó por la habitación, parándose beatífico ante la cuna donde dormía su nieto. El nene se removió un poco y se dio la vuelta, dejando al aire un bracito rollizo. Mucho rato estuvo contemplándolo el filósofo, hasta que una nueva hora, dada por el reloj, lo sacó de su éxtasis. Se aproximó a la mesilla, donde su hijo dejaba la cadena y las llaves al irse a acostar, y del llavero sacó una. Miró de nuevo a los que dormían y salió al exterior por donde había entrado.

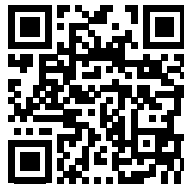
Un airecillo fresco se expandió por la estancia. Tosió el niño, y con su tos despertó al padre.

–María, María, arropa bien al niño, que ha debido de coger frío.

Su mujer, entra sueños, le obedeció. Al volver a su cama, dijo:

–Mañana tendré que comprar un poco de burlete para este balcón.

Visita il nostro catalogo:



---

Finito di stampare nel mese di  
Dicembre 2017

Presso la ditta Photograph s.r.l – Palermo

Editing e typesetting: Valentina Tusa - Edity società cooperativa  
per conto di NDF

Progetto grafico copertina: Luminita Petac